



MICHAEL CRICHTON

EL MUNDO PERDIDO

Lectulandia

El excéntrico matemático Ian Malcolm, quien sobrevivió a los eventos de la primera novela (*Parque Jurásico*), y el ingeniero de materiales Jack «Doc» Thorne reciben una llamada satelital de un paleontólogo, Richard Levine, diciendo que se encuentra atrapado en una isla llamada Enclave B y necesita ayuda. Ellos organizan una operación de rescate con ayuda del mecánico Eddie Carr y se dirigen a Isla Sorna, luego de determinar que ese es el sitio llamado Enclave B. Con ellos viajan escondidos R.B. «Arby» Benton, un niño genio de once años y Kelly Curtis, de trece años y amiga de Arby. La isla es una instalación secreta de la empresa InGen, que se encuentra en bancarrota, donde mantenían los dinosaurios antes de transferirlos al Parque Jurásico.

Lectulandia

Michael Crichton

El mundo perdido

Parque Jurásico 2

ePUB v1.5

Perseo 27.05.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Lost World*

Michael Crichton, 1995

Traducción: Carlos Milla Soler

Diseño/retoque portada: Perseo

Editor original: Perseo (v1.0 a v1.5)

Corrección de erratas: Perseo, EditorB y EditorC

ePub base v2.0

A Carolyn Conger

Lo que realmente me interesa es si Dios tuvo alguna elección en la creación del mundo.

ALBERT EINSTEIN

En lo más profundo del régimen caótico los pequeños cambios en la estructura causan casi siempre enormes cambios en el comportamiento. Un comportamiento complejo controlable es, por lo visto, imposible.

STUART KAUFFMAN

Las consecuencias son intrínsecamente imprevisibles.

IAN MALCOLM

Introducción

Extinción en el límite K-T

En las últimas décadas del siglo XX ha crecido notablemente el interés científico por la extinción.

No es en absoluto un tema nuevo; ya en 1786, poco después de la Guerra de la Independencia norteamericana, el barón Georges Cuvier había demostrado que las especies se extinguen. Por lo tanto, el hecho de la extinción era ya aceptado por los científicos tres cuartos de siglo antes de que Darwin formulase su teoría de la evolución. Y después de Darwin las innumerables controversias generadas en torno de su teoría no atañían por lo general a los problemas de la extinción.

Por el contrario, la mayoría de los científicos no otorgaba mucha más importancia al fenómeno de la extinción que al hecho de que un automóvil se quedase sin combustible. La extinción demostraba simplemente la incapacidad de adaptación. El modo en que se adaptaban las especies era objeto de profundos estudios y acalorados debates; pero la circunstancia de que alguna especie fracasase apenas se tomaba en consideración. ¿Qué podía decirse al respecto? Sin embargo, a principios de la década del 70, dos nuevos datos concentraron el interés en la extinción.

El primero fue la toma de conciencia del enorme crecimiento demográfico y de que la superpoblación estaba provocando alteraciones en el planeta a un ritmo muy rápido: la eliminación de los hábitats tradicionales, la deforestación, la contaminación del aire y el agua, y quizás incluso cambios en el clima global. Simultáneamente se extinguían muchas especies animales. Algunos científicos dieron la voz de alarma; otros sobrellevaron en silencio su desasosiego. ¿Acaso era demasiado frágil el ecosistema terrestre? ¿Había incurrido la especie humana en un comportamiento que causaría finalmente su propia extinción?

Nadie lo sabía con certeza. Dado que la extinción no se había estudiado

sistemáticamente, existía poca información acerca de sus índices en otras eras geológicas. De manera que los científicos empezaron a estudiar detenidamente la extinción en el pasado con la esperanza de disipar las inquietudes en cuanto al presente.

El segundo dato guardaba relación con la muerte de los dinosaurios. Se sabía que todas las especies de dinosaurios se habían extinguido en un tiempo relativamente breve al final del período Cretácico, hace unos sesenta y cinco millones de años. Exactamente a qué ritmo se había producido tal extinción era tema de discusión desde hacía mucho tiempo: algunos paleontólogos sostenían que había sido catastróficamente acelerado; otros pensaban que los dinosaurios habían desaparecido de un modo más gradual, a lo largo de un período que oscilaba entre diez mil y diez millones de años, es decir, no precisamente muy deprisa.

Pero en 1980, el físico Luis Álvarez y tres colaboradores suyos descubrieron altas concentraciones de iridio en rocas formadas a finales del Cretácico y principios del terciario, el llamado límite K-T (El Cretácico se abrevió como “K” para evitar confusiones con el cámbrico y otros períodos geológicos.) El iridio es un elemento poco común en la Tierra; en cambio, abunda en los meteoritos. Según el equipo de Álvarez, la presencia de tal cantidad de iridio en las rocas del límite K-T indicaba que un meteorito gigante, con un diámetro de muchos kilómetros, había entrado en colisión con la Tierra en esa época. Plantearon la teoría de que el polvo y los cascotes resultantes oscurecieron el cielo, imposibilitaron la fotosíntesis, exterminaron plantas y animales y pusieron fin al reinado de los dinosaurios.

Esta sensacional teoría cautivó la imaginación de los medios de comunicación y el público. Dio origen a una controversia que se ha prolongado durante muchos años. ¿Dónde estaba el cráter abierto por ese meteorito? Se propusieron varias posibilidades. En el pasado se produjeron básicamente cinco períodos de extinción, ¿fueron los meteoritos la causa de todos ellos? ¿Acaso esta catástrofe sobreviene cíclicamente cada veintiséis millones de años? ¿Espera el planeta en estos momentos otro impacto devastador?

Después de más de una década estas preguntas seguían sin respuesta. El debate continuó en plena efervescencia hasta agosto de 1993, cuando en un seminario semanal del Instituto Santa Fe un matemático iconoclasta llamado Ian Malcolm anunció que estas cuestiones carecían de importancia y que la discusión acerca del impacto meteórico era «una especulación frívola y ajena al problema».

—Consideren las cifras —decía Malcolm, inclinado en el podio y mirando a su auditorio—. En nuestro planeta conviven actualmente cincuenta millones de especies entre plantas y animales. Aunque esto nos parezca una notable diversidad, no es nada en comparación con la que ha existido anteriormente. Calculamos que han pasado

cincuenta mil millones de especies por este planeta desde que surgió la vida. Eso significa que de cada mil especies que existieron queda sólo una. Por lo tanto, casi el ciento por ciento de todas las especies que han vivido alguna vez se hallan ahora extintas. Y las grandes matanzas sólo dan cuenta de un cinco por ciento de ese total. La abrumadora mayoría de las especies ha muerto una por una.

El hecho, explicó Malcolm, era que la vida en la Tierra estaba marcada por un ritmo de extinción continuo y estable. En general, el promedio de vida de una especie era de cuatro millones de años. En el caso de los mamíferos se reducía a un millón de años. Transcurrido ese tiempo la especie desaparecía. De modo que el desarrollo de cualquier especie se ajustaba a un mismo patrón: surgimiento, pujanza y extinción en unos cuantos millones de años. A lo largo de la historia de la vida en la Tierra, se había extinguido una especie al día en promedio.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Malcolm—. ¿Qué provoca la aparición y el ocaso de las especies terrestres en un ciclo de cuatro millones de años?

»La respuesta es, en parte, que no somos conscientes de que nuestro planeta permanece en continua actividad. Sólo en los últimos cincuenta mil años (apenas un abrir y cerrar de ojos desde el punto de vista geológico) las selvas tropicales se han contraído significativamente y luego han vuelto a crecer. Las selvas no son un elemento inalterable del planeta; de hecho, son muy recientes. Hace tan sólo diez mil años, cuando había ya cazadores humanos en el continente americano, una masa de hielo flotante se extendió hasta lo que hoy en día es la ciudad de Nueva York. Muchos animales se extinguieron durante esa época.

»De manera que en su mayor parte la historia de la Tierra muestra animales que viven y mueren en un entorno extremadamente activo. Esto explica probablemente el noventa por ciento de las extinciones. Si el mar se seca o aumenta su salinidad, como es lógico el plancton morirá. Pero no ocurre lo mismo con los animales complejos, como los dinosaurios, ya que éstos se aíslan, literal y figurativamente, de tales cambios. ¿Por qué se extinguen los animales complejos? ¿Por qué no se adaptan? Físicamente parecen aptos para la supervivencia. En apariencia no existe razón alguna para que mueran. Y sin embargo, mueren.

»Mi planteamiento es que los animales complejos no se extinguen a causa de un cambio en su adaptación física al medio ambiente, sino de su propio comportamiento. Me atrevería a afirmar que las recientes conclusiones derivadas de la teoría del caos, o dinámica no lineal, ofrecen interesantes indicios de cómo se produce esta situación.

»Nos revelan que el comportamiento de los animales complejos puede modificarse muy rápidamente, y no siempre para bien. Revelan que el comportamiento puede dejar de ser una respuesta al medio ambiente y conducir, en cambio, al ocaso y la muerte. Revelan que los animales pueden renunciar a la adaptación. ¿Es esto lo que ocurrió con los dinosaurios? ¿Es ésta la verdadera causa

de su desaparición? Puede que nunca lo sepamos. Pero no es casualidad que los seres humanos muestren tanto interés en la extinción de los dinosaurios. El ocaso de los dinosaurios posibilitó el desarrollo de los mamíferos, incluida la especie humana. Y eso nos lleva a preguntarnos si la desaparición de los dinosaurios va a repetirse tarde o temprano en nosotros, si en el nivel más profundo la culpa no recae en el ciego destino (en un feroz meteorito procedente del cielo), sino en nuestro comportamiento. Por el momento no tenemos respuesta.

En ese momento sonrió y añadió:

—Pero yo tengo algunas sugerencias.

Prólogo

La vida al borde del caos

El Instituto Santa Fe, en la ciudad del mismo nombre, ocupaba una serie de edificios de Canyon Road que habían sido antiguamente un convento, y los seminarios del instituto se dictaban en una sala utilizada en otro tiempo como capilla. En aquel momento Ian Malcolm, de pie en el podio e iluminado por un haz de sol, hizo una pausa retórica antes de proseguir con su conferencia.

Malcolm tenía cuarenta años y era un asiduo visitante en el instituto. Estaba entre los primeros defensores de la teoría del caos, pero su prometedora carrera se había visto truncada por las graves heridas sufridas durante un viaje a Costa Rica; de hecho, varios noticiosos lo habían dado por muerto. «Aunque lo lamenté mucho, tuve que interrumpir las celebraciones en los departamentos de matemáticas de todo el país — declararí más tarde—, pero resultó que sólo estaba levemente muerto. Los cirujanos han hecho maravillas, como ellos mismos enseguida les contarán. Así que he vuelto... en mi siguiente iteración, podría decirse».

Vestido totalmente de negro y apoyado en un bastón, Malcolm ofrecía una imagen de rigidez. En el instituto se lo conocía por la originalidad de su análisis y por su tendencia al pesimismo. La charla de aquel agosto, titulada *La vida al borde del caos*, era un ejemplo característico de su pensamiento. En ella, Malcolm presentaba su análisis de la teoría del caos aplicado a la evolución.

No podría haber disfrutado de unos oyentes más duchos en la materia. El Instituto Santa Fe se había fundado a mediados de los años 80, bajo la tutela de un grupo de científicos interesados en las consecuencias de la teoría del caos. Dichos científicos procedían de muy diversos campos: la física, la economía, la biología, la informática. Tenían en común la convicción de que la complejidad del mundo ocultaba un orden básico que había escapado hasta el momento a la ciencia, y que sería revelado por la

teoría del caos, conocida ya como teoría de la complejidad. Según las palabras de uno de ellos, la teoría de la complejidad era «la ciencia del siglo XXI».

El instituto había investigado el comportamiento de una gran variedad de sistemas complejos —las empresas en el mercado, las neuronas en el cerebro humano, las cascadas enzimáticas en una célula individual, la conducta grupal de las aves migratorias—, sistemas tan complejos que no había sido posible estudiarlos antes de la aparición de la computadora. La investigación era reciente y los descubrimientos asombrosos.

Los científicos no tardaron en advertir que los sistemas complejos presentaban ciertos comportamientos comunes. Pronto concibieron tales comportamientos como rasgos característicos de todos los sistemas complejos. Comprendieron que estos comportamientos no podían explicarse mediante el análisis de los componentes de dichos sistemas. El enfoque científico clásico del reduccionismo —desmontar el reloj para ver cómo funciona— no servía de nada en el caso de los sistemas complejos, porque el comportamiento interesante parecía fruto de la interacción espontánea de los componentes. El comportamiento no obedecía a ningún plan o norma; simplemente ocurría. Por lo tanto, este comportamiento se denominó «autoorganizativo».

—Entre los comportamientos autoorganizativos —dijo Ian Malcolm—, existen dos de especial interés para el estudio de la evolución. Uno es la adaptación. Encontramos ejemplos de ella por todas partes. Las empresas se adaptan al mercado; las células cerebrales se adaptan a las señales de tráfico; el sistema inmunológico se adapta a las infecciones; los animales se adaptan al suministro de alimentos. Hemos llegado a la conclusión de que la capacidad de adaptarse es propia de los sistemas complejos, y quizá por esta razón entre otras la evolución tiende aparentemente hacia organismos más complejos. —Cambié de postura en el podio desplazando el peso al bastón—. Pero aún más importante es el modo en que los sistemas complejos parecen alcanzar un equilibrio entre la necesidad de orden y la imperiosa obligación de cambio. Los sistemas complejos tienden a situarse en un espacio que llamamos «el borde del caos». Concebimos el borde del caos como un lugar donde existen suficientes innovaciones para que un sistema vivo permanezca vibrante y suficiente estabilidad para impedir que caiga en la anarquía. Es una zona de conflicto y convulsiones donde lo viejo y lo nuevo se hallan continuamente en guerra. Encontrar el punto de equilibrio no debe de ser fácil: si un sistema vivo se acerca demasiado, corre el riesgo de sumirse en la incoherencia y la disolución; pero si el sistema se aleja demasiado del borde, se torna rígido, inerte, totalitario. Ambos estados llevan a la extinción. El cambio resulta tan destructivo por exceso como por defecto. Los sistemas complejos sólo se desarrollan al borde del caos. —Tras una pausa añadió—: Por lo tanto, la extinción es el resultado inevitable de una u otra estrategia: el exceso

o la falta de cambio.

Los oyentes expresaron con gestos su asentimiento. Ésa era una idea ya conocida para la mayoría de los investigadores presentes. En realidad, el concepto de «borde del caos» casi se aceptaba como dogma en el Instituto Santa Fe.

—Por desgracia —continuó Malcolm—, un gran abismo separa este marco teórico y el hecho de la extinción. No hay manera de saber si nuestras conclusiones son acertadas. El registro fósil nos indica que un animal se extinguió en determinada fecha, pero no por qué razón. Las simulaciones por computadora tienen una validez limitada. Y tampoco podemos realizar experimentos con organismos vivos. Por lo tanto, nos vemos obligados a admitir que la extinción, como fenómeno no verificable ni susceptible de experimentación, puede no ser en absoluto un tema científico. Esto explicaría por qué la cuestión ha dado pie a intensas controversias religiosas y políticas. Piensen, por ejemplo, que el número de Avogadro, la constante de Planck o las funciones del páncreas no han originado ninguna clase de discusión religiosa. En cambio, la extinción es causa de un incesante debate desde hace doscientos años. Y me pregunto cómo va a resolverse si... ¿Sí? ¿Qué ocurre?

Al fondo de la sala se había alzado una mano y se agitaba con impaciencia. Malcolm arrugó la frente, manifiestamente molesto. En el instituto, tradicionalmente, las preguntas se reservaban para el final de la exposición; no se consideraba correcto interrumpir al orador.

—¿Tiene alguna pregunta? —inquirió Malcolm.

Al fondo de la sala se puso de pie un hombre de poco más de treinta años.

—En realidad —aclaró—, se trata de una observación.

Era un joven moreno y delgado, de ademanes precisos, vestido con pantalón corto y camisa de color caqui. Malcolm lo reconoció. Era un paleontólogo de Berkeley llamado Levine que había ido al instituto a pasar el verano. Malcolm no había hablado antes con él, pero conocía sus méritos: según la opinión general, Levine era el mejor paleobiólogo de su generación, tal vez el mejor del mundo. Sin embargo, en el instituto no había despertado grandes simpatías, pues sus colegas lo encontraban grandilocuente y arrogante.

—Coincido —prosiguió Levine— en que el registro fósil poco aporta al estudio de la extinción. Menos aún si aceptamos su tesis de que el comportamiento es la causa de la extinción, porque los huesos no revelan gran cosa acerca del comportamiento. Pero discrepo en cuanto a que su tesis del comportamiento no sea verificable. De hecho, implica un resultado. Aunque quizá no lo haya usted considerado todavía.

La sala se hallaba en silencio. En el podio Malcolm frunció el entrecejo. El eminente matemático no estaba acostumbrado a oír que no había desarrollado plenamente sus propias ideas.

—Explíquese —exigió Malcolm.

—Es muy sencillo —dijo Levine, aparentemente ajeno a la tensión que reinaba en la sala—. En el Cretácico los Dinosauria se hallaban repartidos por todo el planeta. Hemos encontrado restos en todos los continentes y en todas las zonas climáticas, incluso en la Antártida. Entonces si la extinción se debió realmente a su comportamiento y no a una catástrofe, una enfermedad, un cambio en la vida vegetal o a cualquiera de las distintas explicaciones a gran escala que se han propuesto, me parece muy poco probable que todos cambiasen de comportamiento simultáneamente y en todas partes. Y de ahí se desprende a su vez que aún podrían quedar vivos algunos de esos animales en la Tierra. ¿No podríamos acaso buscarlos?

—Claro que podríamos —respondió Malcolm fríamente—, si nos diera algún placer hacerlo, y siempre y cuando no tuviésemos nada mejor en qué emplear el tiempo.

—No, no —protestó Levine con vehemencia—. Hablo muy en serio. ¿Y si los dinosaurios no se hubiesen extinguido? ¿Y si aún existiesen? En algún lugar aislado del planeta.

—Habla usted de un Mundo Perdido —sugirió Malcolm, y los oyentes de la sala asintieron con gestos de complicidad. Los científicos del instituto habían desarrollado un lenguaje taquigráfico para referirse a los escenarios más comunes del evolucionismo. En sus charlas había menciones a los Campos de Balas, a Ruina del jugador, el juego de la Vida, el Mundo Perdido, la Reina de Corazones y el Ruido Negro. Eran formas bien definidas de pensar en la evolución. Pero todas eran...

—No —insistió Levine obstinadamente—. Lo digo en sentido literal.

—En ese caso usted está muy equivocado —respondió Malcolm, haciendo un claro gesto de rechazo con la mano. Volvió la espalda al auditorio y se acercó lentamente al pizarrón—. Y ahora si consideramos las consecuencias de la vida al borde del caos, podemos empezar por preguntarnos cuál es la menor unidad de vida. En la mayoría de las definiciones contemporáneas de vida estaría presente el ADN, pero existen dos ejemplos que demuestran que tales definiciones son demasiado limitadas. Si tenemos en cuenta los virus y los llamados priones, está claro que la vida puede darse sin ADN...

Al fondo de la sala Levine lo miró fijo por un instante. A continuación, de mala gana, se sentó y comenzó a tomar notas.

La hipótesis del Mundo Perdido

Una vez que terminó la conferencia, poco después del mediodía, Malcolm atravesó cojeando el patio abierto del instituto. Lo acompañaba Sarah Harding, una joven bióloga que realizaba trabajos de campo en África y se hallaba de visita en Santa Fe. Malcolm la conocía desde que, hacía ya unos años, le habían solicitado que actuase como supervisor externo de la tesis doctoral que ella preparaba entonces en Berkeley.

En el patio, bajo el intenso sol veraniego, formaban una dispar pareja: Malcolm vestido de negro, encorvado y ascético, ayudándose con el bastón; Harding, sólida y musculosa, con un pantalón corto y una remera que le daban un aire vigoroso y juvenil y el pelo negro y corto sujeto hacia atrás con unos anteojos de sol. Su área de estudio eran los depredadores africanos, concretamente los leones y las hienas. Tenía previsto regresar a Nairobi al día siguiente.

Estaban muy unidos desde el período de convalecencia de Malcolm, después de su paso por el quirófano. Por entonces Harding se hallaba en Austin disfrutando de un año sabático y cuidó a Malcolm hasta su total restablecimiento después de las numerosas operaciones que le habían practicado. Durante un tiempo dio la impresión de que el amor había surgido entre ellos, y que Malcolm, un solterón empedernido, sentaría cabeza. Pero finalmente Harding volvió a África y Malcolm se marchó a Santa Fe. Fuera cual fuese su anterior relación, en esos momentos eran sólo amigos.

Hablaban de las preguntas formuladas al final de la conferencia. Según Malcolm, sólo se habían planteado las objeciones previsibles: que las extinciones en masa sí eran importantes; que los seres humanos debían su existencia a la extinción que, en el Cretácico, había aniquilado a los dinosaurios y permitido a los mamíferos reemplazarlos. Como había dicho con cierta ampulosidad uno de los asistentes: «Gracias al Cretácico afloró en el planeta nuestra conciencia sensible».

La respuesta de Malcolm no se hizo esperar: «¿Qué le lleva a pensar que los seres humanos son sensibles y conscientes? No existe prueba alguna de eso. Los seres humanos nunca piensan por su cuenta, les resulta incómodo. En general, los miembros de nuestra especie se limitan a repetir lo que oyen y se desconciertan ante cualquier punto de vista distinto. El rasgo humano característico no es la conciencia sino el conformismo, y el resultado característico es la guerra religiosa. Otros animales luchan por el territorio o el alimento; los seres humanos, en cambio, son los únicos en el reino animal que luchan por sus «creencias». Ello se debe a que las

creencias rigen el comportamiento, el cual tiene importancia evolutiva entre los seres humanos. Pero en una época en la que nuestro comportamiento puede conducirnos a la extinción no veo razón alguna para suponer que poseemos conciencia. Somos unos conformistas obcecados y autodestructivos. Cualquier otra opinión acerca de nuestra especie es una simple ilusión, fruto de la suficiencia. Siguiendo pregunta».

Mientras cruzaban el patio Sarah Harding se echó a reír y dijo:

—Eso no les gustó nada.

—Reconozco que es desalentador, pero ¿qué se le va a hacer? —respondió Malcolm. Moviendo la cabeza en un gesto de desánimo, añadió—: Estaban presentes algunos de los mejores científicos del país y, sin embargo, ni una sola idea interesante. Por cierto, ¿qué sabes de ese tipo que me interrumpió?

—¿Richard Levine? —Harding dejó escapar una carcajada—. Insoportable, ¿no es cierto? Su fama de pelmazo lo acompaña por todo el mundo.

—No me extraña —convino Malcolm con un gruñido.

—Es rico, ése es su problema —explicó Harding—. ¿Has oído hablar de las muñecas Becky?

—No —contestó Malcolm, lanzándole una mirada.

—No existe una sola niña en Estados Unidos que no las conozca. Hay toda una serie: Becky, Sally, Frances y varias más. Forman parte de nuestro patrimonio cultural. Levine es el heredero de la empresa que las lanzó al mercado. O sea, es un niño rico de familia bien. Y además impetuoso: hace lo que le da la gana. Malcolm asintió con la cabeza y propuso:

—Si tienes un rato, podríamos ir a comer.

—Claro que sí...

—¡Doctor Malcolm! ¡Espere, por favor! ¡Doctor Malcolm! Malcolm se volvió. Hacia ellos corría por el patio la desgarrada figura de Richard Levine.

—¡Mierda! —exclamó Malcolm.

—Doctor Malcolm —dijo Levine mientras se acercaba—, me sorprendió que no tomase más en serio mi propuesta.

—¿Cómo iba a tomarla en serio? —repuso Malcolm—. Es absurda.

—Sí, pero...

—La señorita Harding y yo íbamos a comer —lo interrumpió Malcolm, señalando a Sarah.

—Sí, pero opino que debería reconsiderarla —perseveró Levine—. Porque creo que mi argumento es válido. Es muy posible, o incluso probable, que aún existan dinosaurios. Sin duda conoce los continuos rumores al respecto que llegan de Costa Rica, donde, si no me equivoco, pasó usted una temporada.

—Sí, y en el caso de Costa Rica le aseguro...

—Y lo mismo ocurre en el Congo —añadió Levine—. Los pigmeos vienen

informando desde hace años de la presencia de un gran saurópodo, quizás incluso un apatosaurio, en los espesos bosques que rodean Bokambu. Y parece que también en las selvas altas de Iran Occidental habita un animal del tamaño de un rinoceronte, que podría ser un ceratopsio...

—Fantasías —objetó Malcolm—. Puras fantasías. Nunca se ha visto nada. No hay fotografías. No hay pruebas consistentes.

—Quizá no —concedió Levine—, pero la ausencia de pruebas no es prueba de ausencia. Tengo la convicción de que puede haber un lugar donde hayan sobrevivido estos animales, vestigios del pasado.

—Todo es posible —dijo Malcolm con un gesto de indiferencia.

—Pero la supervivencia es realmente posible —insistió Levine—. No dejan de llegarme noticias sobre la aparición de nuevos animales en Costa Rica. Restos, fragmentos.

Después de un silencio, Malcolm preguntó:

—¿Recientemente?

—No, desde hace un tiempo.

—Mmm —murmuró Malcolm—. Lo suponía.

—Me llamaron por última vez hace nueve meses —informó Levine—. Estaba en Siberia examinando la cría de mamut congelada que acababan de encontrar allí y no conseguí regresar a tiempo. Pero me dijeron que era una especie de lagarto grande y fuera de lo común, hallado muerto en la selva de Costa Rica.

—¿Y bien? ¿Qué fue de él?

—Quemaron los restos.

—Es decir, no queda nada.

—Así es.

—¿Ni fotografías? ¿Ni pruebas?

—Por lo visto, no.

—Entonces no son más que habladurías —dijo Malcolm.

—Tal vez. De todos modos creo que vale la pena organizar una expedición para conocer más detalles sobre esos supervivientes de los que se habla.

Malcolm le clavó la mirada.

—¿Una expedición? ¿Para encontrar un hipotético Mundo Perdido? ¿Quién va a financiarla?

—Yo —afirmó Levine—. Ya he iniciado los preparativos.

—Pero eso costaría...

—No me importa lo que cueste —aseguró Levine—. El hecho es que la supervivencia es posible. Ha ocurrido con diversas especies de otros géneros y podría haber también supervivientes del Cretácico.

—Fantasías —repitió Malcolm, negando con la cabeza.

Levine guardó silencio por un instante y miró a Malcolm a los ojos.

—Doctor Malcolm, le confieso que me sorprende su actitud. Acaba de exponer una tesis, y yo le ofrezco la oportunidad de verificarla. Esperaba verlo saltar de entusiasmo ante la perspectiva.

—Ya no estoy para saltos —repuso Malcolm.

—Y en lugar de aceptar mi propuesta se...

—No me interesan los dinosaurios —espetó Malcolm.

—A todo el mundo le interesan los dinosaurios.

—A mí no —respondió Malcolm, y giró sobre su bastón dispuesto a marcharse.

—A propósito —añadió Levine—. ¿Qué hacía en Costa Rica? Según he oído, pasó allí casi un año.

—Estaba en la cama de un hospital. No pudieron sacarme de terapia intensiva durante seis meses. Ni siquiera era posible trasladarme en avión.

—Sí, ya sé que tuvo un accidente —dijo Levine—. Pero, ¿qué lo llevó hasta allí? ¿No fue a buscar dinosaurios?

Malcolm lo miró con los ojos entornados a causa del sol resplandeciente y se apoyó en el bastón.

—No —contestó—. En absoluto.

Se hallaban los tres sentados alrededor de una pequeña mesa en un rincón del café Guadalupe, al otro lado del río. Sarah Harding bebía cerveza directamente de la botella y observaba a los dos hombres que tenía delante: Levine, visiblemente complacido de estar con ellos, como si compartir su mesa fuese para él un triunfo; Malcolm, con aspecto de hastío, como un padre que ha pasado demasiado tiempo con un hijo hiperactivo.

—¿Quiere saber qué ha llegado a mis oídos? —preguntó Levine—. Que hace un par de años una compañía llamada InGen creó dinosaurios mediante ingeniería genética y los llevó a una isla de Costa Rica. Pero algo salió mal, mucha gente resultó muerta, y los dinosaurios fueron eliminados. Ahora, por alguna razón legal, nadie está dispuesto a hablar. Debe de haber un pacto de no divulgación o algo así. Y el gobierno costarricense no quiere que el asunto afecte negativamente al turismo. Así que todo el mundo guarda silencio. Eso he oído.

Malcolm lo miró fijo.

—¿Y se lo creyó?

—Al principio no, la verdad —respondió Levine—. Pero el caso es que lo he oído una y otra vez. Los rumores están en el aire. Según se dice, usted, Alan Grant y unas cuantas personas más estuvieron allí.

—¿Le preguntó a Grant al respecto?

—Sí, el año pasado, en un congreso celebrado en Pekín. Me contestó que era una

idea absurda.

Malcolm movió lentamente la cabeza en un gesto de asentimiento.

—¿También ésa es su respuesta? —inquirió Levine entre sorbo y sorbo de cerveza—. Por cierto, conoce a Grant, ¿no?

—No, no lo conozco.

Levine observó a Malcolm atentamente.

—Por lo tanto, ¿no es verdad?

Malcolm suspiró.

—¿Le suena el concepto de tecnomito? Lo desarrolló Geller en Princeton. Básicamente la tesis sostiene que hemos perdido los mitos antiguos: Orfeo y Eurídice, Perseo y Medusa. De modo que los hemos sustituido por tecnomitos modernos. Geller enumeró una docena aproximadamente. Uno es que hay un alienígena vivo en un hangar de la base aérea de Wright-Patterson. Otro es que alguien inventó un carburador con un consumo de un litro por cada sesenta kilómetros, pero los fabricantes de automóviles compraron la patente y la mantienen archivada. También existe el cuento de que unos niños adiestrados por los rusos en técnicas de percepción extrasensorial en una base secreta de Siberia son capaces de matar con la mente a personas en cualquier lugar del mundo. O la fantasía de que las líneas de Nazca, en Perú, son un aeropuerto para naves espaciales. Que la CIA propagó el virus del sida para acabar con los homosexuales. Que Nikola Tesla descubrió una increíble fuente de energía, pero sus notas han desaparecido. Que en Estambul existe un dibujo del siglo X que representa la Tierra vista desde el espacio. Que el Instituto de Investigación de Stanford encontró a un individuo que resplandece en la oscuridad. ¿Capta la idea?

—Pretende darme a entender que los dinosaurios de InGen son un mito —dijo Levine.

—Claro que lo son. No puede ser de otro modo. ¿Acaso cree que la ingeniería genética podría crear dinosaurios?

—Según sostienen los expertos, no.

—Y tienen razón —aseguró Malcolm. Dirigió una mirada a Harding como si buscara su confirmación. Ella permaneció en silencio, limitándose a beber cerveza.

En realidad, Harding sabía algo más sobre esos rumores referentes a los dinosaurios. Una vez, tras una intervención quirúrgica, Malcolm empezó a delirar a causa de la anestesia y los calmantes. Aparentemente asustado, se retorció en la cama y repetía los nombres de varias clases de dinosaurios. Harding se lo comentó a la enfermera, quien le explicó que le ocurría lo mismo después de cada operación. El personal del hospital dio por sentado que se trataba de una fantasía provocada por la medicación, pero a Harding le pareció que Malcolm revivía alguna experiencia real aterradora. Esa impresión se vio reforzada por la familiaridad con que Malcolm se

refería a los dinosaurios en una especie de jerga: «raptores», «compis», «trices». En apariencia, los raptores lo atemorizaban de una manera especial.

Más tarde, cuando Malcolm volvió a su casa, Harding le preguntó por aquellos delirios. Él les restó importancia contestando con un chiste malo: «Al menos no mencioné a otras mujeres, ¿no?». A continuación se escudó en vaguedades sobre su afición a los dinosaurios en la infancia y las regresiones causadas por los estados de enfermedad. En su actitud se adivinaba una afectada indiferencia, como si todo aquello fuese intrascendente. Harding tuvo la clara sensación de que sus respuestas no eran más que evasivas, pero prefirió no insistir; por aquel entonces estaba enamorada de él y se sentía inclinada a la condescendencia.

Ahora Malcolm la miraba con expresión interrogativa, como preguntándole si tenía intención de contradecirlo. Harding levantó una ceja y le devolvió la mirada. Malcolm debía de tener sus razones, y ella esperaría con paciencia.

—¿Así que el asunto de InGen es totalmente falso? —preguntó Levine inclinándose sobre la mesa hacia Malcolm.

—Totalmente falso —afirmó Malcolm sin titubear—. Totalmente falso.

Malcolm llevaba ya tres años desmintiendo esas especulaciones. A esta altura ya había desarrollado una verdadera maestría; su hastío no era ya fingido sino auténtico. En realidad, actuó como asesor de International Genetic Technologies de Palo Alto en el verano de 1989, y en representación de la compañía realizó un viaje a Costa Rica que terminó en un desastre. Inmediatamente después todos los implicados en el suceso se apresuraron a evitar la difusión de la noticia. InGen deseaba limitar su responsabilidad. El gobierno de Costa Rica quería salvaguardar su fama de paraíso turístico. Y los científicos participantes tenían prohibido hablar por un pacto de no divulgación, revalidado posteriormente mediante generosas gratificaciones destinadas a garantizar su silencio. En el caso de Malcolm consistían en el pago de dos años de facturas médicas por parte de la compañía.

Mientras tanto, las instalaciones de InGen en la isla de Costa Rica habían sido desmanteladas. Ya no quedaba allí ninguna criatura viviente. Además la compañía había contratado al eminente profesor George Baselton de Stanford, un biólogo y ensayista que gracias a sus frecuentes apariciones televisivas se había convertido en una autoridad popular en temas científicos. Baselton afirmó haber visitado la isla y desmintió infatigablemente los rumores de que habían existido allí animales extintos. Especialmente eficaz resultaba su irónico comentario: «¡Sí, ya lo creo, tigres de dientes de sable!».

Con el paso de los meses, el interés decayó. InGen había quebrado hacía tiempo ya; los principales inversores europeos y asiáticos aceptaron sus pérdidas. Aunque los bienes materiales de la compañía —edificios y equipo de laboratorio— se venderían

parte por parte, se decidió que la tecnología básica desarrollada no se pondría en venta. En resumen, el capítulo InGen se había cerrado.

Ya estaba todo dicho.

Así que todo es mentira —comentó Levine mientras devoraba su tamal de maíz tierno—. Para serle sincero, doctor Malcolm, eso me tranquiliza.

—¿Por qué? —preguntó Malcolm.

—Porque significa que los restos que vienen apareciendo en Costa Rica deben de ser auténticos. Dinosaurios reales. Tengo un amigo de Yale, un biólogo, que está allí trabajando y asegura que los ha visto. Y yo le creo.

Malcolm se encogió de hombros y dijo:

—Dudo de que se encuentren más animales en Costa Rica.

—Es cierto que no ha aparecido ninguno desde hace casi un año. Pero por si acaso voy a viajar hasta allí. Y mientras tanto tengo la intención de preparar una expedición. He pensado mucho en eso. Creo que los vehículos especiales podrían construirse y estar disponibles en un año. Ya hablé con Doc Thorne. Luego reuniré un equipo en el que podría incluirse a la doctora Harding aquí presente, o a algún otro naturalista de experiencia equiparable, y a unos cuantos estudiantes graduados...

Malcolm negaba con la cabeza mientras escuchaba.

—Piensa que es una pérdida de tiempo —adivinó Levine.

—Sí, en efecto.

—Pero suponga, simplemente suponga, que aparecen otros animales.

—No ocurrirá.

—Pero suponga que así fuese —insistió Levine—. ¿Le interesaría ayudarme? ¿A organizar una expedición?

Malcolm terminó de comer y apartó el plato.

—Sí —respondió por fin—. Si aparecen más animales, lo ayudaré.

—¡Magnífico! —exclamó Levine—. Eso quería saber.

Afuera, bajo el deslumbrante sol que bañaba Guadalupe Street, Sarah y Malcolm se encaminaron hacia el destartado Ford de éste. Levine subió a su Ferrari roja, se despidió con un alegre gesto y se alejó ruidosamente.

—¿Crees que es posible? —preguntó Harding—. ¿Que aparezcan otra vez... estos animales?

—No —contestó Malcolm—. Tengo la total certeza de que no aparecerá ningún otro.

—¡Qué optimista!

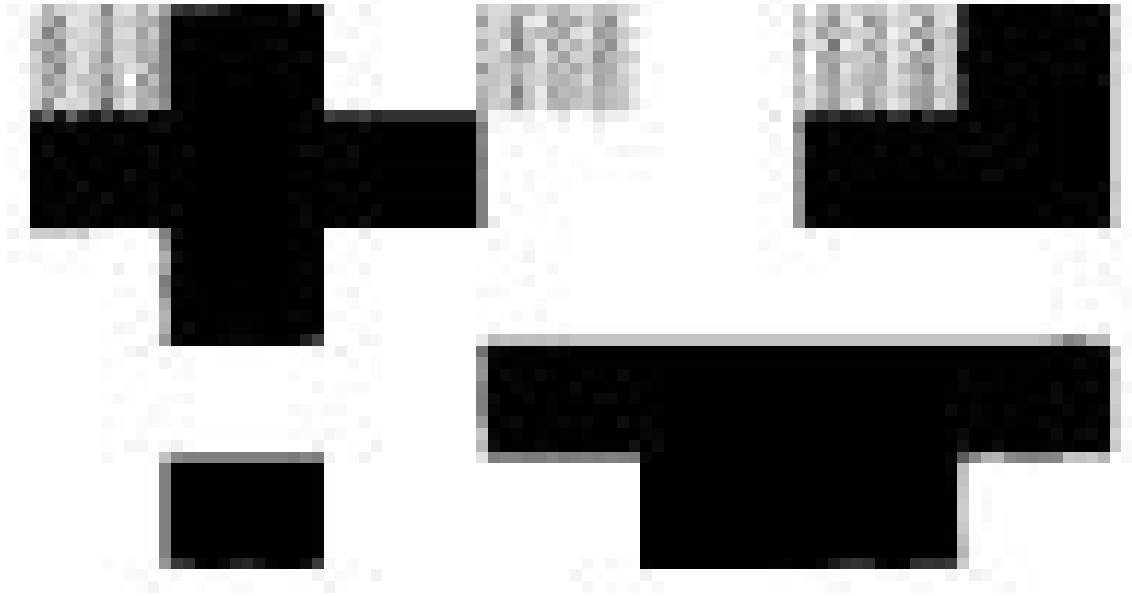
Malcolm sacudió la cabeza y subió torpemente al coche, metiendo la pierna

lesionada bajo el volante con un balanceo. Harding ocupó el asiento contiguo. Malcolm la miró y puso el motor en marcha. Volvieron al instituto.

Al día siguiente Harding regresó a África. Durante los dieciocho meses posteriores tuvo una vaga noción de los progresos de Levine por las esporádicas llamadas que recibía de él para preguntarle sobre los procedimientos característicos de un trabajo de campo, los neumáticos más apropiados para los vehículos, o el mejor anestésico para animales en estado salvaje. A veces la llamaba Doc Thorne, encargado de la construcción de los vehículos. Casi siempre lo notaba preocupado.

De Malcolm no tuvo más noticia que la felicitación que le envió por su cumpleaños. Llegó con un mes de retraso. Al pie de la tarjeta escribió: «Feliz cumpleaños. Tienes suerte de no estar cerca de él. Me está volviendo loco».

PRIMERA CONFIGURACIÓN



En la región conservadora, lejos del borde caótico, los elementos se agrupan lentamente, sin mostrar pautas definidas.

IAN MALCOLM

Formas aberrantes

El helicóptero sobrevolaba a baja altura la costa en la tenue luz vespertina, siguiendo la línea donde se unían la playa y la densa selva. Las últimas aldeas de pescadores habían quedado atrás hacía unos diez minutos. En esos momentos sólo se divisaban la impenetrable selva costarricense, los manglares y un kilómetro tras otro de arena desierta. Sentado junto al piloto, Marty Gutiérrez veía pasar velozmente la costa por la ventanilla. En aquella zona no había siquiera carreteras, o al menos no a la vista.

Gutiérrez era un biólogo norteamericano de treinta y seis años, tranquilo y barbudo, que llevaba ocho afincado en Costa Rica. Al principio viajó hasta allí sólo para estudiar la especiación de los tucanes en la selva tropical, pero consiguió un puesto de asesor en la Reserva Biológica de Carara, el parque nacional situado al norte del país, y se quedó a vivir. Accionó el micrófono de la radio y preguntó al piloto:

—¿Cuánto tiempo falta?

—Cinco minutos, señor Gutiérrez.

Gutiérrez se volvió y anunció:

—No tardaremos en llegar.

Pero el hombre alto que viajaba comprimido en el exiguo espacio del asiento trasero del helicóptero no contestó ni se dio siquiera por aludido. Permaneció inmóvil, mirando por la ventanilla con una mano bajo el mentón y el entrecejo fruncido.

Richard Levine llevaba un uniforme caqui desteñido y un sombrero australiano de ala ancha calado hasta las orejas. De su cuello colgaban unos desgastados prismáticos. Sin embargo, pese a su tosco aspecto, Levine transmitía una imagen de ensimismamiento intelectual. Detrás de los anteojos de armazón metálica se advertían unas facciones angulosas, así como una expresión intensa y crítica por lo que veía a través de la ventanilla.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En una región llamada Rojas —contestó Gutiérrez.

—¿Tan al sur hemos bajado?

—Sí. Nos hallamos a unos ochenta kilómetros de la frontera panameña.

—No veo carreteras —comentó Levine, contemplando la selva—. ¿Cómo lo localizaron?

—Lo encontraron unas personas que estaban de campamento —explicó Gutiérrez

—. Llegaron por mar y desembarcaron en la playa.

—¿Cuándo fue?

—Ayer. En cuanto lo vieron, salieron corriendo.

Levine asintió. Con los largos miembros encogidos y las manos bajo el mentón parecía una mantis religiosa. Así lo habían apodado sus compañeros en los cursos de doctorado, en parte por su apariencia, en parte por su propensión a devorar a quienquiera que lo contradijese.

—¿Estuvo antes en Costa Rica? —preguntó Gutiérrez.

—No. Es mi primera visita —contestó Levine. A continuación hizo un gesto de enojo con la mano, como si no deseara ser molestado con intrascendencias.

Gutiérrez sonrió. Levine no había cambiado en absoluto con el paso del tiempo. Seguía siendo uno de los científicos más destacados e insoportables del momento. Habían sido compañeros en los cursos de doctorado de Yale hasta que un buen día Levine cambió de especialidad para graduarse en zoología comparativa. Levine anunció que no le interesaba el tipo de investigación de campo contemporánea que tanto atraía a Gutiérrez. Con el desdén que lo caracterizaba dijo una vez que el trabajo de Gutiérrez consistía en «recoger mierda de loro por todo el mundo».

La realidad era que a Levine —genial y puntilloso— lo seducía el pasado, el mundo que ya no existía. Y estudiaba ese mundo con una vehemencia obsesiva. Era conocido por su memoria fotográfica, su arrogancia, su lengua afilada y el manifiesto placer que sentía señalando los errores de sus colegas. Como declaró uno de ellos en una ocasión: «Levine nunca olvida un hueso... y consigue que los demás tampoco lo olviden».

Los investigadores de campo lo detestaban, y él les correspondía con igual aversión. Era en el fondo un amante del detalle, un catalogador de la vida animal, y su mayor pasión era rebuscar en las colecciones de los museos, reclasificar especies, reordenar los esqueletos expuestos. Le desagradaban el polvo y las incomodidades de la vida al aire libre. De haber tenido elección Levine nunca habría salido de un museo. Pero el destino había querido que viviese en la época de mayores descubrimientos en la historia de la paleontología. El número de especies de dinosaurios conocidas se había duplicado en los últimos veinte años, y se describían nuevas especies a un ritmo de una cada siete semanas. Por lo tanto, debido a su prestigio internacional, Levine estaba obligado a viajar continuamente por todo el mundo, inspeccionando los nuevos hallazgos y ofreciendo su experta opinión a investigadores que de mala gana admitían necesitarla.

—¿De dónde vienes ahora? —preguntó Gutiérrez.

—De Mongolia —respondió Levine—. He estado en los Acantilados Flameantes del desierto de Gobi, a tres horas de Ulan Bator.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hay allí?

—John Roxton llevó a cabo una excavación. Encontró un esqueleto incompleto y pensó que podía tratarse de una nueva especie de Velociraptor. Quería que le echase un vistazo.

—¿Y?

—Roxton nunca ha sabido anatomía —contestó Levine, encogiéndose de hombros—. A la hora de recaudar fondos se dedica con auténtico entusiasmo, pero si realmente descubre algo, es incapaz de seguir adelante.

—¿Se lo dijiste?

—¿Por qué no iba a decírselo? Es la verdad.

—¿Y el esqueleto?

—El esqueleto no era de un raptor ni remotamente —explicó Levine—. Los metatarsianos no se correspondían; el pubis era demasiado ventral; el isquion carecía del característico obturador, y los huesos largos eran demasiado livianos. En cuanto al cráneo... —Alzó la mirada al techo en un gesto de desesperación—. El palatal era demasiado grueso, las fenestras anteorbitarias demasiado rostrales, la carina distal demasiado pequeña y un sinfín de detalles más. Para colmo, la uña incisiva apenas estaba desarrollada. Así que nada.

No sé en qué estaría pensando Roxton. Sospecho que en realidad tiene una subespecie de troodon, aunque todavía no lo sé con seguridad.

—¿Troodon? —preguntó Gutiérrez.

—Un pequeño carnívoro del Cretácico, unos dos metros desde el pie hasta el acetábulo. A decir verdad, un terópodo bastante corriente. Y el hallazgo de Roxton no era un ejemplar especialmente interesante. Aunque había un detalle curioso. El material contenía un artefacto tegumentario, es decir, una huella impresa de piel de dinosaurio. Eso no es raro en sí mismo. Hasta la fecha quizá se haya obtenido una docena de huellas de piel en buen estado, principalmente entre los hanrosauridae. Pero nada comparable a esto. Porque estaba claro que la piel de este animal poseía ciertas características muy poco comunes que hasta el momento no se habían sospechado siquiera en los dinosaurios...

—Señores —los interrumpió el piloto—, estamos llegando a la bahía de Juan Fernández.

—Primero sobrevuélela en círculo si es posible —pidió Levine. Miró por la ventanilla con renovada intensidad en el rostro, olvidándose de la conversación. Debajo de ellos, kilómetros de selva se extendían por las colinas hasta donde la vista alcanzaba. El helicóptero se ladeó, describiendo un círculo sobre la playa.

—Ahí está —anunció Gutiérrez, señalando por la ventanilla.

La playa era una media luna limpia y blanca, totalmente desierta bajo la luz de la tarde. Al sur vieron un único bulto oscuro en la arena. Desde el aire parecía una roca

o tal vez un enorme cúmulo de algas. Era amorfo y medía un metro y medio aproximadamente. Alrededor había numerosas pisadas.

—¿Quién ha estado aquí? —preguntó Levine con un suspiro.

—Los del Servicio de Salud Pública vinieron esta mañana —respondió Gutiérrez.

—¿Hicieron algo? ¿Tocaron o alteraron algo de algún modo?

—No lo sé.

—¡El Servicio de Salud Pública! —repitió Levine, moviendo la cabeza en un gesto de irritación—. ¿Qué saben ellos de estas cosas? No deberías haberles permitido acercarse, Marty.

—Oye, yo no gobierno este país —protestó Gutiérrez—. Hice lo que estaba en mis manos. Querían destruirlo antes de que lo viesen. Por lo menos he logrado conservarlo intacto hasta tu llegada. Aunque no sé cuánto esperarán.

—En ese caso mejor será que empecemos ya —dijo Levine. Pulsó el botón del micrófono—. ¿Por qué seguimos volando en círculo? Estamos perdiendo tiempo de luz. Aterrice en la playa ahora mismo. Quiero echarle un vistazo a eso con mis propios ojos.

Richard Levine corrió por la arena hacia la forma oscura, con los prismáticos balanceándose ante su pecho. Incluso a lo lejos percibía el hedor de la carne en estado de descomposición. Mientras se aproximaba, extrajo ya sus primeras impresiones. El animal muerto yacía medio enterrado en la arena y lo rodeaba un enjambre de moscas. La identificación resultaba difícil, porque la piel se había hinchado a causa de los gases internos.

Se detuvo a unos metros de la criatura y sacó una cámara. Al instante el piloto del helicóptero se acercó a él y lo obligó a bajar la mano.

—No está permitido.

—¿Cómo?

—Lo siento, señor. No se permiten fotografías.

—¿Por qué no, maldita sea? —se quejó Levine. Se volvió a Gutiérrez, que trotaba hacia ellos por la playa—. Marty, ¿por qué no puedo tomar fotografías? Esto podría ser importante...

—Fotografías no —repitió el piloto, y le arrancó la cámara de las manos.

—Marty, esto es ridículo.

—Acércate y examínalo —indicó Gutiérrez, y se dirigió al piloto, que le respondió airadamente agitando las manos.

Levine los observó por un momento y dio media vuelta. «Al diablo. Podrían estar discutiendo eternamente», pensó. Se aproximó rápidamente al animal, respirando por la boca. En las inmediaciones la fetidez era mucho más intensa. Advirtió que, pese al gran tamaño del cuerpo, no habían acudido aves, ratas ni otros carroñeros. Sólo había

moscas, una nube de moscas tan densa que cubría toda la piel y distorsionaba el perfil del animal muerto.

De todos modos se apreciaba claramente que había sido una criatura de considerables dimensiones, más o menos como una vaca o un caballo, antes de que la hinchazón la agrandara más aún. La piel seca se había agrietado por efecto del sol y empezaba a levantarse, dejando a la vista la capa de grasa subcutánea derretida y amarillenta.

«¡Uf, cómo apesta!», se dijo Levine con una mueca. Se obligó a acercarse, concentrando toda su atención en el animal.

Aunque tenía el tamaño de una vaca, sin duda no era un mamífero. La piel no estaba cubierta de pelo. En vida del animal, la piel debía de haber sido verde, surcada de estrías longitudinales algo más oscuras. La superficie epidérmica presentaba una granulación a base de tubérculos poligonales de diversos tamaños, formando un dibujo que recordaba la piel de un lagarto. Esta textura variaba en cada parte del animal, siendo el granulado más amplio y menos definido bajo el vientre. Tenía prominentes pliegues de piel en las articulaciones del cuello, hombro y la cadera, también como un lagarto.

Sin embargo, el cuerpo era enorme. Levine calculó que en vida el animal debía de haber pesado unos cien kilogramos. Salvo los dragones de Komodo indonesios, los lagartos no alcanzaban tales dimensiones en ningún lugar del mundo. El *varanus komodoensis* era un lagarto monitor de hasta tres metros de longitud, un carnívoro del tamaño de un cocodrilo que devoraba cabras, cerdos y, de vez en cuando, también seres humanos. Pero no habitaban lagartos monitor en ningún lugar del Nuevo Mundo. Naturalmente, cabía pensar que aquel animal perteneciese a la familia de los *iguanidae*. Había iguanas en toda Sudamérica y las iguanas marinas se desarrollaban considerablemente. De todos modos, aquel ejemplar poseía un tamaño excepcional.

Levine rodeó lentamente el cadáver, dirigiéndose hacia la parte delantera. «No, esto no es un lagarto», pensó. El animal yacía de costado, con la mitad izquierda de la caja torácica hacia arriba. Tenía enterrado casi medio cuerpo; la hilera de protuberancias que marcaban los procesos espinosos dorsales de la columna vertebral se alzaba apenas unos centímetros sobre la arena. El largo cuello estaba doblado y la cabeza había quedado oculta bajo el cuello, como si fuese un pato que escondía la cabeza entre las plumas. Levine vio un miembro delantero, en apariencia débil y pequeño. El apéndice distal se hallaba hundido en la arena. Excavaría para echar un vistazo, pero antes de alterar el espécimen in situ quería tomar fotografías.

De hecho, cuanto más observaba el cuerpo, mayor era su convicción de que debía obrar con sumo cuidado, pues una cosa estaba clara: se trataba de un animal muy raro y posiblemente desconocido. Levine sintió entusiasmo a la vez que era consciente de la necesidad de cautela. Si aquel hallazgo tenía la trascendencia que empezaba a

entrever, era esencial documentarlo debidamente.

En la playa Gutiérrez seguía hablando a gritos con el piloto, que negaba una y otra vez con la cabeza obstinadamente. «¡Estos burócratas de república bananera!», pensó Levine. ¿Qué problema había en tomar unas fotografías? No podían causar el menor daño. Y era vital documentar el estado cambiante de aquella criatura.

De pronto oyó un ruido atronador. Al levantar la vista vio un segundo helicóptero sobrevolar la bahía mientras su sombra oscura se deslizaba por la arena. Era de color blanco como una ambulancia, con letras rojas en el costado. El resplandor del Sol poniente no le permitió leer el rótulo.

Se volvió hacia el animal muerto y reparó en que la pata trasera, muy distinta del miembro delantero, estaba dotada de una poderosa musculatura. Eso indicaba que aquella criatura caminaba en posición erguida, manteniendo el equilibrio sobre unas fuertes patas posteriores. Se sabía que muchos lagartos se erguían, desde luego, pero ninguno de aquel tamaño. De hecho Levine, a medida que inspeccionaba la forma general del cuerpo, estaba más seguro de que no era un lagarto.

Decidió apresurarse, pues la luz disminuía por momentos y tenía aún mucho trabajo por delante. Con todos los especímenes se planteaban siempre dos dudas básicas, ambas de igual importancia. Primero, ¿qué era el animal? Segundo, ¿cuál era la causa de la muerte?

Deteniéndose junto al muslo, advirtió que la piel se había agrietado y abierto, sin duda debido a la acumulación de gas subcutáneo.

Pero cuando Levine examinó con mayor detenimiento la abertura, vio que no era una grieta sino una incisión nítida y profunda que atravesaba la región femorotibial y dejaba a la vista los músculos rojos y el hueso claro. De pronto se olvidó del hedor y de los gusanos blancos que serpenteaban por los tejidos abiertos de la hendidura, porque se dio cuenta de que...

—Lo siento —se disculpó Gutiérrez mientras se acercaba—. El piloto se niega. El piloto caminaba nerviosamente junto a Gutiérrez y observaba con atención.

—Marty —insistió Levine—, tengo que tomar fotografías.

—Lamentablemente no es posible —dijo Gutiérrez, encogiéndose de hombros.

—Es importante, Marty.

—Lo siento. Hice todo lo posible.

En otro punto de la playa aterrizó el helicóptero blanco y se redujo el zumbido del motor. De inmediato empezaron a salir hombres uniformados.

—Marty, ¿qué crees que es este animal?

—Bueno, son sólo conjeturas —aventuró Gutiérrez—, pero por las dimensiones diría que se trata de algún tipo de iguana desconocido hasta el momento. Es de gran tamaño, desde luego, y obviamente no pertenece a la fauna autóctona de Costa Rica. Supongo que este animal procede de las Galápagos o de alguna de las...

—No, Marty —lo interrumpió Levine—. No es una iguana.

—Antes de seguir —le advirtió Gutiérrez, lanzando una mirada al piloto—, deberías saber que han aparecido en esta zona varias especies de lagarto anteriormente desconocidas. Nadie sabe muy bien por qué. Quizá se deba a la destrucción de la selva tropical o alguna otra cosa. Pero el hecho es que están apareciendo nuevas especies. Unos años atrás empecé a ver especies sin identificar de...

—Maldita sea, Marty, esto no es un lagarto.

—¿Qué dices? —protestó Gutiérrez parpadeando—. Claro que es un lagarto.

—No lo creo.

—Probablemente te ha confundido su tamaño. Aquí en Costa Rica encontramos de vez en cuando estas formas aberrantes...

—Marty, yo nunca me confundo —dijo Levine fríamente.

—Sí, por supuesto, no quería decir que...

—Y te aseguro que esto no es un lagarto.

—Lo siento —repuso Gutiérrez, negando con la cabeza—, pero no puedo darte la razón.

Junto al helicóptero blanco los hombres agrupados, se colocaban mascarillas quirúrgicas.

—No te pido que me des la razón —dijo Levine. Se volvió hacia el animal muerto—. El diagnóstico puede determinarse fácilmente. Sólo tenemos que excavar la cabeza o en todo caso cualquiera de los miembros, por ejemplo este muslo que, según creo...

Se interrumpió y se agachó junto al animal. Examinó de cerca la cara posterior del muslo.

—¿Qué viste? —preguntó Gutiérrez.

—Dame tu navaja.

—¿Para qué?

—Dámela —insistió Levine.

Gutiérrez sacó la navaja y la dejó por la empuñadura en la mano extendida de Levine.

—Ya verás como esto te parece interesante.

—¿Qué?

—Justo a lo largo de la línea dermal posterior hay una...

De pronto oyeron gritos en la playa y, al levantar la vista, vieron que los hombres del helicóptero blanco corrían por la playa hacia ellos. Llevaban tanques en la espalda y vociferaban.

—¿Qué dicen? —preguntó Levine con expresión ceñuda.

—Nos ordenan que retrocedamos —respondió Gutiérrez con un suspiro.

—Diles que estamos ocupados —sugirió Levine, y volvió a inclinarse sobre el cuerpo muerto.

Pero los hombres siguieron gritando y de repente se oyó un rugido. Levine dirigió hacia ellos la mirada y vio las lenguas de fuego que brotaban fragorosamente de sus lanzallamas en la tenue luz. Rodeó el cuerpo del animal y se dirigió rápidamente hacia ellos exclamando:

—¡No! ¡No!

Pero los hombres no le prestaron la menor atención.

—¡No! —protestó—. Esto tiene un valor incalculable...

El hombre que encabezaba el grupo agarró a Levine y lo arrojó a la arena sin contemplaciones.

—¿Qué diablos hacen? —gritó Levine, levantándose de inmediato. Pero aún no había terminado la frase cuando vio que era ya demasiado tarde. Las primeras llamas lamían ya el cuerpo, ennegreciendo la piel y alcanzando las bolsas de gas metano, que se inflamaron con un súbito fulgor azul. Una densa columna de humo empezó a elevarse hacia el cielo.

—¡Alto! ¡Alto! —Levine se volvió hacia Gutiérrez—. ¡Diles que paren!

Pero Gutiérrez permaneció inmóvil, contemplando el cuerpo. Devorado por el fuego, el torso crepitó, y una vez consumidas la piel y la grasa quedaron a la vista las costillas negras y planas del esqueleto. De pronto el torso giró y, debido a la contracción de la piel, el cuello del animal se irguió entre las llamas. En medio de la pira Levine vio un hocico largo y puntiagudo, hileras de afilados dientes de depredador y las cuencas vacías de los ojos, mientras todo el animal ardía como un dragón medieval alzándose hacia el cielo entre las llamas.

San José

Levine estaba sentado en el bar del aeropuerto de San José, tomándose lentamente una cerveza mientras esperaba la salida del avión que lo llevaría de regreso a Estados Unidos. En los últimos minutos él y Gutiérrez habían caído en un incómodo silencio. Gutiérrez observó la mochila de Levine, que estaba en el suelo a sus pies. Era de un material especial de color verde oscuro e iba provista de bolsillos adicionales para el equipo electrónico.

—Una mochila preciosa —comentó Gutiérrez—. ¿De dónde la sacaste? Parece obra de Thorne.

Levine tomó un sorbo de cerveza.

—Lo es.

—Una maravilla —siguió Gutiérrez—. ¿Qué llevas ahí en la solapa superior? ¿Un teléfono portátil para comunicaciones vía satélite? ¿Y un GPS? ¿Qué se les ocurrirá la próxima vez? Muy ingenioso. Te habrá costado una...

—Marty —dijo Levine con tono irritado—, déjate de pavadas. ¿Vas a contármelo o no?

—¿Contarte qué?

—Quiero saber qué demonios pasa aquí.

—Oye, Richard, siento que...

—No —lo interrumpió Levine—. En la playa había un espécimen muy importante, Marty, y lo han destruido. No me explico por qué lo permitiste.

Gutiérrez lanzó un suspiro y echó un vistazo a los turistas que ocupaban las otras mesas.

—Esto es confidencial, ¿queda claro? —dijo por fin.

—Sí, de acuerdo.

—Se ha convertido en un grave problema para el país.

—¿A qué te refieres?

—De vez en cuando aparecen en la costa... en fin, formas aberrantes. Viene ocurriendo desde hace varios años.

—¿Formas aberrantes? —repitió Levine, moviendo la cabeza en un gesto de incredulidad.

—Es el término oficial para esa clase de especímenes —aclaró Gutiérrez—. En el gobierno nadie desea una definición más exacta. Empezó hace unos cinco años. Se descubrieron unos cuantos animales en las montañas, cerca de un apartado centro de

investigación agrícola donde cultivaban variedades experimentales de semillas de soja.

—¿Semillas de soja?

Gutiérrez asintió con la cabeza.

—Por lo visto esos animales se sienten atraídos por las semillas y algunas clases de hierba. Se supone que necesitan a toda costa una alimentación rica en cierto aminoácido, la lisina. Pero no son más que conjeturas. Quizá simplemente les gusten ciertos cultivos...

—Marty, no me importa si les gustan la cerveza y las galletas saladas —dijo Levine—. Sólo una cosa importa: ¿de dónde proceden esos animales?

—Nadie lo sabe.

Levine pasó eso por alto, al menos por el momento.

—¿Qué sucedió con todos esos otros animales?

—Todos fueron destruidos, y que yo sepa durante varios años no se encontró ninguno más. Pero, según parece, ahora ha empezado de nuevo. En el último año encontramos los restos de otros cuatro animales, incluido el que viste hoy.

—¿Y qué se hace? —preguntó Levine.

—Las... formas aberrantes siempre se destruyen, tal como has visto. Desde el principio el gobierno tomó todas las medidas a su alcance para asegurarse de que no corra la voz. Hace unos años ciertos medios de información norteamericanos publicaron que algo raro sucedía en una isla llamada Nublar. Menéndez invitó a venir a un grupo de periodistas para realizar una visita especial a la isla... y los llevaron en avión a otra isla. No notaron la diferencia. Ya conoces esa clase de maniobras. Puedes creerme, el gobierno se ha tomado el asunto muy en serio.

—¿Por qué?

—Están preocupados —respondió Gutiérrez.

—¿Preocupados? —exclamó Levine—. No veo por qué tiene que preocuparles...

Gutiérrez levantó una mano y cambió de posición en la silla, acercándose a Levine.

—Por una enfermedad, Richard.

—¿Una enfermedad? —repitió Levine.

—Sí. Costa Rica posee uno de los mejores sistemas sanitarios del mundo —explicó Gutiérrez—. Los epidemiólogos han estado buscando la causa de una extraña encefalitis que parece en aumento, especialmente en la costa.

—¿Encefalitis? ¿De qué origen? ¿Virósico?

Gutiérrez negó con la cabeza.

—No se ha encontrado ningún agente patógeno.

—Marty...

—Ya te dije, Richard. Nadie lo sabe. No es un virus, porque en los análisis no

aumenta la concentración de anticuerpos ni varían los diferenciales de glóbulos blancos. No es de origen bacteriano, porque no ha habido ningún cultivo. Es un misterio. Los epidemiólogos sólo saben que afecta principalmente a campesinos, personas que viven cerca de animales y ganado. Y es una auténtica encefalitis: dolores de cabeza insoportables, confusión mental, fiebre, delirios.

—¿Y la mortalidad? —preguntó Levine.

—Hasta el momento parece autolimitarse. Dura unas tres semanas. Aun así preocupa al gobierno. Este país depende del turismo, Richard. Nadie quiere que corran rumores sobre enfermedades desconocidas.

—¿Entonces piensan que existe alguna relación con esas... formas aberrantes?

—Los lagartos transmiten muchas enfermedades virósicas —dijo Gutiérrez, encogiéndose de hombros—. Son un vector conocido. Así que tiene cierta lógica, podría haber una conexión.

—Pero tú mismo has dicho que no se trata de una enfermedad virósica.

—Sea lo que sea, creen que existe una relación —afirmó Gutiérrez.

—Mayor razón para averiguar de dónde vienen esos lagartos. Supongo que habrán buscado...

—¿Que si buscaron? —lo interrumpió Gutiérrez, echándose a reír—. ¡Claro que buscaron! Rastrearon hasta el último centímetro cuadrado del país una y otra vez. Organizaron docenas de partidas de búsqueda; yo mismo encabezé varias. Hicieron reconocimientos aéreos. Sobrevolaron la selva. Sobrevolaron las islas. Eso sólo ya representa un trabajo enorme. Hay muchas islas, ¿sabes?, sobre todo frente a la costa occidental. ¡Por Dios, rastrearon incluso las que son propiedad privada!

—¿Hay islas de propiedad privada? —preguntó Levine.

—Unas cuantas. Tres o cuatro. Como isla Nublar, que tuvo alquilada durante años una compañía norteamericana, InGen.

—Pero, según tú, esa isla fue rastreada.

—De arriba abajo, y nada.

—¿Y las otras?

—Veamos —dijo Gutiérrez, y empezó a enumerarlas con ayuda de los dedos—. Está isla Talamanca, en la costa este; ahí hay una urbanización del Club Méditerranée. Está también Sorna, en la costa este; ésa la tiene en alquiler una compañía minera alemana. Luego tenemos Morazan, al norte, que pertenece a una acaudalada familia costarricense. Y puede que haya otra que no recuerdo.

—¿Y cuál fue el resultado de las búsquedas? —quiso saber Levine.

—Nulo —contestó Gutiérrez—. No han encontrado nada. Se supone, por lo tanto, que los animales salen de algún recóndito lugar en la selva. Y por eso aún no los hemos encontrado.

—En ese caso, buena suerte —comentó Levine con un gruñido.

—Sí, ya sé, la selva es un entorno idóneo para ocultarse. Una partida de búsqueda podría pasar a diez metros de un animal grande sin llegar a verlo. Y ni siquiera los sensores de tecnología más avanzada sirven de mucho, porque deben traspasar múltiples capas: nubes, las copas de los árboles, la flora de bajo nivel. En resumen, el gobierno está desesperado. Y el gobierno no es la única parte interesada, naturalmente.

Levine alzó la vista al instante.

—¿Y eso?

—Sí —prosiguió Gutiérrez—. Por alguna razón, esos animales han despertado mucho interés.

—¿Qué clase de interés? —preguntó Levine, aparentando toda la despreocupación posible.

—El pasado otoño el gobierno concedió permiso a un equipo de botánicos de Berkeley para realizar un reconocimiento aéreo de la fronda tropical en las tierras altas del centro del país. Cuando las tareas de reconocimiento llevaban ya un mes en marcha, surgió una disputa en relación con una factura de combustible para avión o algo así. El caso es que un burócrata de San José llamó a Berkeley para quejarse. Y en Berkeley le dijeron que no sabían nada de ese equipo de reconocimiento. Para entonces el equipo había salido ya del país.

—¿Así que nadie sabe quiénes eran realmente?

—No. Y después —continuó Gutiérrez— un par de geólogos suizos aparecieron por aquí para recoger unas muestras de gas en las islas costeras, como parte de un estudio, afirmaron, sobre la actividad volcánica en Centroamérica. Todas esas islas son de origen volcánico y la mayoría siguen activas en cierto grado, de modo que parecía una petición razonable. Luego resultó que los supuestos «geólogos» trabajaban en realidad para Biosyn, una compañía norteamericana especializada en genética, y buscaban... animales grandes en las islas.

—¿Por qué habría de estar interesada una compañía de la industria biotecnológica? —comentó Levine—. No tiene sentido.

—Para ti y para mí quizá no —dijo Gutiérrez—, pero Biosyn tiene unos antecedentes especialmente deplorables. Su jefe de investigaciones es un tal Lewis Dodgson.

—Ah, sí —recordó Levine—. Lo conozco. Es el individuo que probó una nueva vacuna contra la rabia hace unos años. El que expuso a unos campesinos a la rabia sin advertírsele.

—El mismo. También puso en el mercado a modo de prueba una clase de papa producida mediante ingeniería genética sin hacer público que estaba manipulada. Provocó diarreas leves entre los niños; un par acabaron en el hospital. Después de eso la compañía tuvo que contratar a George Baselton para limpiar su imagen.

—Por lo visto, todo el mundo recurre a Baselton —observó Levine.

—Hoy en día los profesores universitarios de renombre se dedican a la asesoría —comentó Gutiérrez con un gestó de indiferencia—. Forma parte del trato. Y Baselton es el rector de biología. La compañía lo necesitaba para salir del aprieto, porque Dodgson tiene la mala costumbre de violar la ley. Dodgson tiene gente que trabaja para él en todo el mundo. Roba íntegramente las investigaciones de otras compañías. Se dice que Biosyn es la única compañía de la industria biogenética con más abogados que científicos.

—¿Y por qué se han interesado en Costa Rica? —inquirió Levine.

—No lo sé —respondió Gutiérrez, encogiéndose de hombros—, pero la actitud general respecto de la investigación ha cambiado, Richard. Aquí resulta muy evidente. Costa Rica posee una de las ecologías más ricas del mundo. Existe medio millón de especies en doce hábitats medioambientales distintos. El cinco por ciento de todas las especies del planeta se hallan representadas aquí. Este país es un centro de investigación biológica desde hace años, y te aseguro que las cosas han cambiado. Antes venían científicos entregados a su trabajo, con el único objetivo de conocer algo por sí mismo, ya fuesen los monos aulladores, las avispas del papel o la planta sombrilla. Esas personas habían elegido su campo de estudio porque les atraía. Obviamente no pretendían enriquecerse. Ahora, en cambio, todo en la biosfera posee un valor potencial. Nadie sabe de dónde saldrá el próximo medicamento, así que las empresas farmacéuticas financian toda clase de investigaciones. Quizás el huevo de un ave incluye en su composición una proteína que lo hace impermeable al agua. Quizás una araña produce un péptido que inhibe la coagulación de la sangre. Quizá la superficie cerosa de un helecho contiene un sedante. Se ve cada vez con más frecuencia una nueva actitud hacia la investigación. La gente ya no estudia el mundo natural, lo explota. Se ha impuesto la mentalidad del saqueador. Cualquier cosa nueva o desconocida suscita interés automáticamente, porque podría ser valiosa. Podría valer una fortuna. —Gutiérrez se interrumpió para terminar la cerveza. Luego añadió —: El mundo está patas arriba, y el hecho es que hay mucha gente interesada en saber qué son esos animales aberrantes... y de dónde vienen.

Por los altavoces anunciaron el vuelo de Levine. Cuando se levantaron de la mesa, Gutiérrez preguntó:

—¿Mantendrás todo esto en secreto? Me refiero a lo que has visto hoy.

—Para serte sincero —respondió Levine—, no sé qué vi hoy. Podría tratarse de cualquier cosa.

Gutiérrez sonrió.

—Buen viaje, Richard.

—Cuídate, Marty.

La partida

Con la mochila al hombro, Levine se encaminó hacia la salida de la terminal. Se volvió para despedirse de Gutiérrez, pero su amigo cruzaba ya la puerta con el brazo en alto para llamar un taxi. Levine hizo un gesto de indiferencia y se dio media vuelta.

Frente a él se hallaba el mostrador de aduanas, donde unos cuantos viajeros esperaban a que les sellasen los pasaportes. Levine había reservado pasaje en un vuelo nocturno a San Francisco con una larga escala en México; no había demasiada cola. Probablemente tenía tiempo de llamar a su oficina y dejarle un mensaje a su secretaria, Linda, informándole que viajaba en aquel vuelo; y quizá debiera también llamar a Malcolm. Echó una ojeada alrededor y vio una hilera de teléfonos en la pared de su derecha bajo el rótulo ICT TELÉFONOS INTERNACIONALES, pero eran pocos y en todos había alguien. Mientras se descolgaba la mochila, pensó que le convenía utilizar el teléfono portátil y quizá...

De pronto se quedó inmóvil, con expresión ceñuda. Volvió a mirar hacia la pared.

Cuatro personas usaban los teléfonos. La primera era una mujer rubia en pantalón corto y remera sin espalda que, mientras hablaba, mecía en sus brazos a un niño de corta edad muy bronceado. Junto a ella se encontraba un hombre con barba que vestía una chaqueta safari y consultaba sin cesar su Rolex de oro. A continuación había una mujer canosa con aspecto de abuela que hablaba mientras sus hijos ya mayores asentían tajantemente con la cabeza.

La cuarta persona era el piloto del helicóptero. Se había quitado la chaqueta del uniforme y llevaba una camisa de manga corta y corbata. Estaba de cara a la pared, con los hombros encorvados.

Levine se acercó y oyó que el piloto hablaba en inglés. Dejó la mochila en el suelo y se inclinó sobre ella, simulando ajustar las correas mientras escuchaba. El piloto seguía de espaldas a él. Lo oyó decir:

—No, no, profesor. No es así. No. —Luego permaneció en silencio por un instante—. No. Le aseguro que no. Lo siento, profesor Baselton, pero eso no lo sabemos. Debemos esperar a que aparezcan más. No, se marcha esta noche. No, creo que no sabe nada y no ha tomado fotografías. No. Lo comprendo. Adiós.

Levine agachó la cabeza mientras el piloto se dirigía con paso enérgico hacia el mostrador de la compañía aérea LACSA, en el otro extremo del aeropuerto.

«¡Qué diablos! —pensó Levine—. Es una isla, pero cuál...».

¿Cómo sabían que era una isla? El propio Levine aún no estaba seguro de eso. Y había estudiado día y noche aquellos hallazgos intentando extraer conclusiones: de dónde venían; por qué se producían.

Se fue a un rincón para no ser visto y sacó el pequeño teléfono portátil. Marcó apresuradamente un número de San Francisco. Tras una rápida sucesión de chasquidos se estableció comunicación con el satélite. Empezó a sonar. Se oyó un zumbido y una voz electrónica dijo: «Por favor, introduzca el código de acceso». Levine pulsó otros seis dígitos.

Se produjo otro zumbido. La voz electrónica dijo: «Deje su mensaje».

—Llamo para informar sobre los resultados del viaje —comenzó Levine—. Un único espécimen, en mal estado. Situación: BB-17 de tu mapa. Es muy al sur, lo cual encaja con nuestras hipótesis. Me fue imposible hacer una identificación exacta antes de que quemasen el espécimen. Pero diría que se trataba de un ornitolestes. Como sabes, este animal no está en la lista. Un hallazgo muy significativo. —Eché un vistazo alrededor, pero no había nadie cerca, nadie se fijaba en él—. Además, el fémur lateral presentaba una profunda incisión. Este detalle resulta en extremo inquietante. —Titubeó, resistiéndose a ser mucho más explícito—. Envío una muestra que requiere un minucioso examen. Creo también que hay otra gente interesada. De todos modos, Ian, aquí está pasando algo totalmente nuevo, sea lo que sea. No se habían encontrado especímenes desde hacía un año y ahora vuelven a aparecer. Algo nuevo está ocurriendo. Y aún no tenemos la menor idea de qué puede ser.

«¿O sí la tenemos? —pensó Levine. Apretó el botón que daba por finalizada la comunicación, desconectó el teléfono y volvió a guardarlo en el bolsillo exterior de la mochila—. Quizá sepamos más de lo que creemos», se dijo. Miró pensativamente en dirección a la puerta de salidas de la terminal. Era hora de tomar el avión.

Palo Alto

Eran las dos de la madrugada cuando Ed James llegó al estacionamiento casi vacío del restaurante Marie Callender, en Carter Road. El BMW negro ya se encontraba allí, estacionado junto a la entrada. A través de la vidriera vio a Dodgson en el interior, sentado ante una mesa con una expresión ceñuda que desfiguraba sus suaves rasgos. Dodgson nunca estaba de buen humor. En ese momento hablaba con el hombre robusto que lo acompañaba y consultaba su reloj. El hombre robusto era Baselton, el profesor que salía por televisión. James siempre experimentaba una sensación de alivio cuando Baselton se hallaba presente. Dodgson le ponía los pelos de punta, pero le costaba imaginar a Baselton envuelto en algo turbio.

James apagó el motor e inclinó el espejo retrovisor para verse mientras se abotonaba el cuello de la camisa y se subía la corbata. Se miró en el espejo: un hombre cansado y mal peinado con barba de dos días. Pero, ¿por qué demonios no iba a parecer cansado? Era plena noche. Dodgson siempre lo citaba en plena noche, y siempre en aquel horroroso restaurante, el Marie Callender. James no alcanzaba a entenderlo; el café era espantoso. Pero tampoco entendía muchas otras cosas.

Agarró el sobre marrón, salió del coche y cerró la puerta con fuerza. Se dirigió hacia la entrada moviendo la cabeza en un gesto de hastío. Desde hacía semanas Dodgson venía pagándole quinientos dólares diarios por seguir a unos cuantos científicos de un lado a otro. Al principio James supuso que se trataba de espionaje industrial. Pero ninguno de los científicos trabajaba en una empresa; sólo desarrollaban actividades académicas, y en áreas aburridísimas. Por ejemplo, la paleobotánica Sattler, especializada en los granos de polen prehistóricos. James había asistido a una de sus clases en Berkeley, y le había costado un verdadero esfuerzo no dormirse. Mientras se sucedían una diapositiva tras otra de pequeñas esferas claras semejantes a bolas de algodón ella hablaba sin parar de los ángulos de enlace de los polisacáridos y el límite campaniensemaestrichtiense. Había sido soporífero.

Sin duda aquello no valía quinientos dólares al día, pensó. Al entrar en el restaurante parpadeó deslumbrado por la luz y se acercó a la mesa. Se sentó, saludó a Dodgson y Baselton con un gesto y levantó la mano para pedirle un café a la camarera.

—No tengo toda la noche —dijo Dodgson, lanzándole una mirada colérica—. No perdamos más tiempo.

—Muy bien —respondió James, bajando la mano—. Sí, de acuerdo. —Abrió el

sobre y empezó a sacar hojas y fotografías que iba entregándole a Dodgson mientras hablaba—. Alan Grant: paleontólogo de Montana. Ahora está con licencia y se encuentra en París dando un ciclo de conferencias sobre los últimos hallazgos de dinosaurios. Según parece, ha desarrollado la nueva hipótesis de que los tiranosaurios se alimentaban de carroña y...

—No me interesa —ordenó Dodgson—. Pasemos a otra cosa.

—Ellen Sattler Reiman —prosiguió James, deslizado una fotografía sobre la mesa—. Botánica. Tiempo atrás mantuvo relaciones con Grant; ahora está casada con un físico de Berkeley y tiene dos hijos. Trabaja medio día en la universidad y pasa el resto del día en su casa porque...

—El siguiente, el siguiente —lo interrumpió Dodgson.

—Bien. Casi todos los otros han fallecido. Donald Gennaro, abogado... murió de disentería en un viaje de negocios. Dennis Nedry, experto en sistemas informáticos integrados... también fallecido. John Hammond, el fundador de International Genetic Technologies... murió durante una visita a las instalaciones de su compañía en Costa Rica. Lo acompañaban sus nietos; los niños viven ahora con su madre en el Este y...

—¿Alguien se ha puesto en contacto con ellos? —preguntó Dodgson—. ¿Alguien de InGen?

—No, nadie. El chico está ya en la universidad y la niña termina este año la secundaria. Y al morir Hammond, InGen se acogió a la protección del Capítulo 11. El asunto está en manos de jueces desde entonces. Finalmente las posesiones materiales se han puesto en venta. De hecho, en estas últimas dos semanas.

—¿Se incluye el Enclave B en la venta? —preguntó Baselton, que hasta entonces había permanecido en silencio.

—¿El Enclave B? —repitió James con cara de incompreensión.

—Sí. ¿Nadie le mencionó el Enclave B todavía?

—No, ésta es la primera noticia que tengo. ¿Qué es?

—Si oye algo acerca del Enclave B —advirtió Baselton—, queremos saberlo.

Sentado junto a Baselton, Dodgson fue pasando una por una las fotografías y hojas de datos; al acabar, las apartó con un gesto de impaciencia. Levantó la vista y miró a James.

—¿Qué más tiene?

—Eso es todo, doctor Dodgson.

—¿Esto es todo? —dijo Dodgson—. ¿Y Malcolm? ¿Y Levine? ¿Son aún amigos? James consultó sus anotaciones.

—No estoy muy seguro.

—¿Que no está seguro? —preguntó Baselton con el entrecejo fruncido—. ¿Cómo que no está seguro?

—Malcolm conoció a Levine en el Instituto Santa Fe —explicó James—.

Coincidieron allí durante un tiempo hace un par de años. Pero Malcolm no ha vuelto por Santa Fe últimamente. Aceptó un puesto de profesor visitante en la Facultad de Biología de Berkeley. Da un curso sobre modelos matemáticos en el campo de la evolución. Y al parecer ya no tiene contacto con Levine.

—¿Se han enemistado?

—Puede ser. Según mis informaciones, discutieron por la expedición de Levine.

—¿Qué expedición? —inquirió Dodgson, inclinándose.

—Levine lleva ya alrededor de un año preparando una expedición a alguna parte. Encargó vehículos especiales a una empresa llamada Mobile Field Systems. Es un pequeño negocio de Woodside dirigido por un tal Jack Thorne. Thorne equipa jeeps y camiones destinados a científicos en investigaciones de campo. Muchos científicos usan sus vehículos en África, Sichuan, Chile, y todos confían plenamente en ellos.

—Entonces, ¿Malcolm está al tanto de esa expedición?

—Debe de estarlo. Visita de vez en cuando el taller de Thorne. Una vez al mes, más o menos. Y naturalmente Levine va por allí casi a diario. Así es como terminó en la cárcel.

—¿En la cárcel? —dijo Baselton.

—Sí —confirmó James, y echó un vistazo a sus notas—. Veamos. El 10 de febrero Levine fue detenido por conducir a ciento noventa en un tramo donde el límite de velocidad era de veinticinco, justo frente al instituto de Woodside. El juez ordenó el embargo de su Ferrari, le retiró el permiso de conducir y lo condenó a realizar servicios para la comunidad, básicamente dar clases en el instituto.

—¿Richard Levine dando clases a adolescentes! —exclamó Baselton sonriendo—. Me gustaría verlo.

—Se lo ha tomado muy en serio. De todos modos, ha pasado mucho tiempo con Thorne. Es decir, hasta que se marchó del país.

—¿Cuándo se marchó? —preguntó Dodgson.

—Hace dos días. Fue a Costa Rica. Un viaje corto. Debía estar de vuelta esta mañana temprano.

—¿Y dónde está ahora?

—No lo sé, y me temo... que va a ser difícil averiguarlo.

—¿Por qué?

James tosió, vacilante.

—Porque —dijo por fin— estaba en la lista de pasajeros del vuelo procedente de Costa Rica, pero no se encontraba en el avión cuando aterrizó. Según mi contacto en Costa Rica, dejó su habitación en un hotel de San José antes del vuelo y no volvió. Y no ha salido de la ciudad en ningún otro vuelo. Así que por el momento, me temo que el paradero de Richard Levine es desconocido.

Se produjo un largo silencio. Dodgson se reclinó contra el respaldo, dejando

escapar aire entre los dientes con un siseo. Miró a Baselton, que negó con la cabeza. Dodgson tomó con sumo cuidado las hojas de papel y formó un pulcro montón golpeándolas suavemente por el borde contra la mesa. Las introdujo en el sobre y se las devolvió a James.

—Y ahora escúcheme, pedazo de idiota —dijo Dodgson—. A partir de este momento sólo le pido una cosa. Es muy sencilla. ¿Me oye?

James tragó saliva.

—Sí.

Dodgson se inclinó sobre la mesa y ordenó:

—Encuéntrelo.

Berkeley

Sentado detrás del escritorio de su desordenada oficina, Malcolm levantó la vista al entrar su ayudante, Beverly. La seguía un mensajero de DHL con un pequeño paquete.

—Perdone que lo moleste, doctor Malcolm, pero tiene que firmar estos papeles... Es la muestra que esperábamos de Costa Rica. Malcolm se puso de pie y rodeó el escritorio. Ya no usaba bastón. En las últimas semanas se había ejercitado mucho para caminar sin apoyo. Aún le dolía a veces la pierna, pero estaba resuelto a mejorar. Incluso su fisioterapeuta, una mujer permanentemente alegre, llamada Cindy, había hecho un comentario al respecto.

—¡Vaya, doctor Malcolm, después de tantos años y ahora de repente se siente motivado! —había dicho—. ¿Qué le ha pasado?

—Bueno, ya sabe —había respondido Malcolm—, uno no puede depender de un bastón toda su vida.

La verdad era otra. Ante el inquebrantable entusiasmo de Levine por la hipótesis del Mundo Perdido y la ilusión con que lo llamaba por teléfono a cualquier hora del día o la noche, Malcolm había empezado a reconsiderar su propia actitud. Y había llegado a la conclusión de que era posible, o incluso probable, que existiesen animales extintos en algún lugar remoto en el que hasta entonces nadie hubiese pensado. Malcolm tenía sus propias razones para creerlo, pero apenas se lo había insinuado a Levine.

De todos modos, era la posibilidad de que ese lugar fuese otra isla lo que lo había inducido a caminar sin bastón. Quería prepararse para una futura visita a esa isla. Por lo tanto, empezó a esforzarse día a día.

Él y Levine habían restringido la búsqueda a una serie de islas situadas en aguas costarricenses, y Levine siempre se dejaba arrastrar por su entusiasmo. Para Malcolm, en cambio, seguía siendo una mera hipótesis.

Se negaba a entusiasmarse hasta tener pruebas sólidas —fotografías o muestras de tejidos— que demostrasen la existencia de nuevos animales. Y hasta el momento no había visto nada en absoluto. No estaba seguro de si sentía decepción o alivio.

Malcolm tomó el sujetapapeles del mensajero y firmó rápidamente en la primera hoja: «Entrega de materiales/muestras excluidos: investigación biológica».

—Tiene que completar los casilleros —indicó el mensajero.

Malcolm leyó la lista de preguntas que llenaba la hoja, acompañada cada una de sus respectivos casilleros. ¿Era un espécimen vivo? ¿Era el espécimen un cultivo de bacterias, hongos, virus o protozoos? ¿Estaba registrado el espécimen según un protocolo de investigación establecido? ¿Era un espécimen contagioso? ¿Procedía el espécimen de una granja o criadero de animales? ¿Era el espécimen materia vegetal, semillas propagativas o bulbos? ¿Era el espécimen un insecto o materia relacionada con un insecto...?

Marcó en todas el casillero del «No».

—La hoja siguiente también —dijo el mensajero. Echó una ojeada a la oficina, fijándose en los papeles apilados de cualquier manera y los mapas con tachuelas de colores clavadas que cubrían las paredes—. ¿Hacen investigaciones médicas aquí?

Malcolm pasó la hoja y firmó el segundo formulario.

—No.

—Aún hay otra —señaló el mensajero.

La tercera hoja eximía de responsabilidad a la empresa de transportes. Malcolm la firmó también.

—Adiós y buenos días —se despidió el mensajero.

Al instante Malcolm se encorvó con una mueca y descansó su peso en el borde del escritorio.

—¿Todavía le duele? —preguntó Beverly. Llevó el espécimen a la mesa auxiliar, apartó unos papeles y se dispuso a desenvolverlo.

—Estoy bien —contestó Malcolm. Miró el bastón, que estaba apoyado en su butaca, al otro lado del escritorio. Respiró hondo y cruzó lentamente la oficina.

Beverly retiró el envoltorio del paquete, dejando a la vista un pequeño cilindro de acero inoxidable del tamaño de un puño. El tapón de rosca estaba precintado con el símbolo de la triple hoja que advierte de peligro biológico. El cilindro llevaba adosada una pequeña caja, con una válvula metálica; contenía el gas refrigerante. Malcolm enfocó el cilindro con la lámpara y dijo:

—Veamos a qué venía tanto entusiasmo.

Rompió el precinto y desenroscó el tapón. El gas salió con un silbido y una ligera vaharada blanca de condensación. La cara externa del cilindro se empañó. Echó una ojeada al interior y vio una bolsa de plástico y un papel. Puso el cilindro boca abajo y vertió el contenido en la mesa. En la bolsa había un pedazo irregular de carne verdosa de unos diez centímetros cuadrados con una pequeña etiqueta verde de plástico. Lo levantó a la luz, lo examinó con una lupa y lo dejó nuevamente en la mesa. Observó la piel verde y la textura granulada.

«Podría ser. Podría ser...», pensó.

—Beverly —dijo—, llama a Elizabeth Gelman al zoológico y dile que quiero

mostrarle una cosa. Adviértele que es confidencial. Beverly asintió y salió a llamar por teléfono. Una vez solo, Malcolm desenrolló el papel que acompañaba la muestra. Era un fragmento de una hoja de papel pautado. En mayúsculas se leía:

YO TENÍA RAZÓN Y TÚ ESTABAS EQUIVOCADO

Malcolm arrugó la frente. «Ese hijo de puta», pensó.

—Cuando hayas avisado a Elizabeth, llama a Richard Levine a su oficina. Tengo que hablar con él ahora mismo.

El Mundo Perdido

Richard Levine apretó la cara contra la roca tibia del acantilado y se detuvo a recobrar el aliento. Ciento cincuenta metros más abajo el mar se agitaba y las olas blancas y resplandecientes embestían las rocas negras con un ruido atronador. El barco que lo había llevado hasta allí navegaba ya con rumbo este y no era más que una mota blanca en el horizonte. Había tenido que marcharse, porque no existía un solo puerto seguro en aquella isla inhóspita y desolada. En esos momentos se hallaban librados a su suerte.

Levine respiró hondo y miró a Diego, que subía por la pared del acantilado a unos seis o siete metros por debajo de él. Diego cargaba con la mochila que contenía todo el equipo, pero era joven y fuerte. Sonrió jovialmente y señaló hacia lo alto con la cabeza.

—¡Ánimo! —exclamó—. Ya estamos cerca.

—Eso espero —dijo Levine. Al examinar el acantilado con los prismáticos desde el barco, le había parecido un buen sitio para realizar el ascenso. Pero en realidad se trataba de una pared casi vertical, y muy peligrosa porque la roca, de origen volcánico, se desmenuzaba fácilmente.

Levine levantó los brazos y extendió los dedos buscando otro asidero. Al aferrarse a la roca, se desprendieron pequeñas piedras y le resbaló la mano. Volvió a agarrarse y ascendió un poco más. Respiraba entrecortadamente a causa del cansancio y el miedo.

—Ya sólo quedan veinte metros —lo alentó Diego—. Lo logrará.

—Por supuesto —masculló Levine—. Teniendo en cuenta la alternativa.

A medida que se acercaba a lo alto del acantilado, el viento arreciaba, silbándole en los oídos y tirándole de la ropa. Levine tenía la sensación de que intentaba arrancarlo de la pared rocosa. Miró hacia arriba y vio el denso follaje que crecía justo al borde del acantilado.

«Ya casi estamos. Casi», pensó.

Con un último esfuerzo logró encaramarse a la cima y, desfallecido, rodó entre los helechos húmedos. Todavía jadeante, volvió la cabeza y vio asomar a Diego, fresco, sin el menor indicio de cansancio. Ya en lo alto Diego se sentó en cuclillas sobre el musgo y sonrió. Levine fijó la mirada en las enormes hojas de helecho que pendían sobre su cabeza y dejó escapar la tensión acumulada durante el ascenso en forma de largas y trémulas exhalaciones. Le ardían las piernas.

Pero no le importaba: ¡Por fin estaba allí!

Contempló la selva que lo envolvía. Era un bosque primario, no alterado por la mano del hombre, exactamente tal como lo mostraban las imágenes del satélite. Levine no había tenido más remedio que fiarse de las fotografías del satélite, porque no existían mapas de las islas privadas. Aquel lugar era una especie de Mundo Perdido, aislado en medio del océano Pacífico.

Levine escuchó el silbido del viento y el rumor de las palmeras, cuyas hojas desprendían gotas de agua que le mojaban el rostro. De pronto oyó un sonido lejano, como el llamado de un ave pero más grave, más resonante. Escuchó atentamente y lo oyó de nuevo.

Un chasquido cercano lo obligó a volver la mirada. Diego acababa de prender un fósforo y se disponía a encender un cigarrillo. Levine se incorporó al instante y le apartó de un golpe la mano, indicándole su desaprobación con la cabeza.

Diego, desconcertado, frunció el entrecejo.

Levine se llevó un dedo a los labios y señaló en dirección al llamado del ave.

Diego hizo un gesto de incompreensión y lo miró con indiferencia. Aquello no lo inquietaba. No veía razón para preocuparse. Obviamente no sabía con qué se enfrentaban, pensó Levine mientras abría la mochila de color verde oscuro y empezaba a montar el imponente rifle Lindstradt. Lo habían fabricado especialmente para él en Suecia y representaba lo último en tecnología para el control de animales. Enroscó el cañón en la culata, encajó el cargador Fluger, verificó la carga de aire comprimido y le entregó el rifle a Diego, que lo tomó con otro gesto de incompreensión.

A continuación Levine sacó de la mochila la pistola enfundada, una Lindstradt negra, de metal anodizado, y se la ciñó a la cintura.

Desenfundó el arma, verificó dos veces el seguro y volvió a guardarla en la funda. Luego se puso de pie e indicó a Diego que lo siguiese. Diego cerró la mochila y se la echó a los hombros.

Se alejaron del acantilado e iniciaron el descenso por la empinada ladera. La ropa se les empapó casi de inmediato debido a la humedad de la vegetación. Apenas tenían visibilidad; la selva los rodeaba por todas partes y alcanzaban a ver apenas unos pasos por delante de ellos. Los helechos, de unos siete metros de altura y tallos ásperos y erizados, tenían enormes frondas, comparables a un hombre en longitud y ancho. Y por encima de los helechos el tupido follaje de las copas de los árboles impedía casi por completo el paso del sol. En la penumbra, avanzaron silenciosamente por la tierra húmeda y esponjosa.

Levine se detenía con frecuencia para consultar su brújula de pulsera. Bajaron por la escarpada pendiente en dirección oeste, hacia el interior. Levine sabía que la isla se había formado sobre los restos de un antiguo cráter volcánico desgastado por siglos

de erosión climática. El terreno interior se componía de una serie de crestas montañosas que conducían al lecho del cráter. Pero allí donde se hallaban, en el extremo oriental, el paisaje era abrupto, irregular y engañoso.

La sensación de aislamiento, de haber regresado a un mundo primigenio, se palpaba en el aire. Levine notaba que el corazón le latía con fuerza mientras descendían por la pendiente, cruzaban un riachuelo pantanoso y empezaban a subir de nuevo. En lo alto de la siguiente cresta se abría un claro en la vegetación, y sintió una agradable brisa. Desde aquella altura se avistaba el extremo opuesto de la isla, el duro y negro contorno de una costa peñascosa a kilómetros de distancia. Entre su posición y aquellos acantilados no se veía más que la suave ondulación de la selva.

—Fantástico —comentó Diego, deteniéndose junto a él. Levine lo obligó a callar de inmediato.

—Pero si estamos solos —protestó Diego, señalando el paisaje. Levine, enojado, negó con la cabeza en un gesto de recriminación. Se lo había dicho claramente a Diego en el barco. Una vez en la isla, nada de charla. Nada de loción para el pelo, nada de colonia y nada de tabaco. La comida debía ir guardada en bolsas de plástico con cierre hermético. Todo tenía que empaquetarse con extremo cuidado. Debía evitarse cualquier olor o ruido. Había advertido a Diego una y otra vez sobre la importancia de esas precauciones.

Sin embargo, como ahora resultaba evidente, Diego no le había prestado la menor atención. No había entendido nada. Levine, furioso, le dio un codazo y volvió a negar con la cabeza.

—Por favor, aquí hay sólo pájaros —dijo Diego, sonriendo.

En ese preciso instante oyeron un sonido grave y retumbante, un grito sobrenatural que surgía de algún lugar del bosque. Al cabo de un momento se produjo un segundo grito en respuesta al anterior en otra parte de la selva.

Diego miró con los ojos muy abiertos.

—¿Pájaros? —preguntó Levine, formando la palabra con los labios sin emitir sonido alguno.

Diego guardó silencio. Se mordió el labio y observó el bosque con expresión de asombro.

Al sur las copas de los árboles empezaron a moverse, toda una sección del bosque que pareció cobrar vida de repente como agitada por el viento. Pero el resto del bosque permanecía inmóvil. No era el viento.

Diego se santiguó.

Oyeron otros gritos que se prolongaron durante casi un minuto; después se impuso de nuevo el silencio.

Levine salió del claro e inició el descenso entre la espesura, adentrándose más en la isla.

Avanzaba a paso rápido con la vista baja por temor a cruzarse con alguna serpiente cuando oyó un suave silbido a sus espaldas. Al volverse vio que Diego señalaba hacia la izquierda.

Levine retrocedió, se abrió paso entre la vegetación y siguió a Diego, que se había encaminado hacia el sur. Pasados unos minutos se encontraron con dos señales paralelas en la tierra; la hierba y los helechos habían vuelto a crecer, pero sin duda se trataba de una antigua pista de jeeps que penetraba en la selva. Naturalmente continuaron por allí. Levine sabía que el avance sería mucho más rápido por un camino ya abierto.

Con un gesto Levine indicó a Diego que dejase la mochila. Era su turno; se cargó el peso a los hombros y ajustó las correas.

En silencio, siguieron por el camino.

En algunos puntos la vegetación había vuelto a crecer de tal modo que las roderas apenas se veían. Era evidente que el sendero no se utilizaba desde hacía años, y la selva estaba siempre dispuesta a recuperar el terreno perdido. Detrás de él, Diego lanzó un gruñido e insultó en voz baja. Al volverse Levine vio que Diego levantaba una pierna con cuidado; había metido el pie hasta el tobillo en un montón de excrementos verdosos de animal. Levine retrocedió.

Diego se limpió la bota en el tallo de un helecho. Aparentemente los excrementos se componían de motas claras de heno y una masa verde. La materia, seca y vieja, pesaba poco y se desmenuzaba fácilmente. No desprendía olor.

Levine rastreó el suelo hasta dar con el resto de la excreción. Eran heces bien formadas, de unos doce centímetros de diámetro. Sin duda procedían de un herbívoro de gran tamaño.

Diego guardaba silencio pero tenía los ojos muy abiertos. Levine movió la cabeza y siguió adelante. En tanto apareciesen sólo indicios de herbívoros no había por qué preocuparse. Al menos, no demasiado. De todos modos, acarició la culata de la pistola con los dedos como para darse confianza.

Llegaron a un arroyo de márgenes lodosas. Levine se detuvo. Nítidamente marcadas en el barro advirtió unas huellas de tres dedos, algunas muy grandes. La palma de su mano extendida cabía holgadamente en una de las huellas.

Cuando Levine levantó la vista, Diego volvía a santiguarse. En la otra mano sostenía el rifle.

Permanecieron inmóviles junto al arroyo, escuchando el suave gorgoteo de la corriente. Un objeto que brillaba en el agua llamó la atención de Levine. Se agachó y lo tomó. Era un fragmento de un tubo de cristal poco mayor que un lápiz. Tenía un extremo roto. A un lado se veían aún las marcas de una escala de medición.

Comprendió que se traba de una pipeta como las que se usan en cualquier laboratorio del mundo. Levine la alzó y la miró al trasluz, haciéndola girar entre los dedos. Aquello le extrañó. Una pipeta como aquella implicaba...

Levine giró y de reojo percibió un movimiento, algo pardo y pequeño que se escabullía por el lodo de la orilla. Algo del tamaño de una rata.

Diego emitió un bufido de sorpresa. El animal desapareció en la espesura.

Levine avanzó unos pasos y se puso en cuclillas junto al arroyo. Examinó el rastro dejado por el minúsculo animal. Las pisadas tenían tres dedos, igual que las huellas de un ave. Vio otras pisadas, algunas mucho mayores, de varios centímetros de ancho.

Levine ya había visto antes huellas semejantes en senderos como el del río Purgatoire, en Colorado, donde la antigua costa se había fosilizado y las pisadas de los dinosaurios se conservaban en la piedra. Pero las pisadas que tenía ante sus ojos en esos instantes estaban impresas en barro, y pertenecían a animales vivos.

Aún agachado, Levine oyó un chirrido a su derecha. Miró en esa dirección y observó que los helechos se agitaban ligeramente. Se quedó muy quieto, aguardando.

Al cabo de un momento un pequeño animal asomó entre las hojas. Aparentemente no era mucho mayor que un ratón; tenía la piel suave y sin pelo, y los grandes ojos situados muy atrás en la cabeza. Era de un color pardo verdoso y emitía un continuo y furioso chirrido, como si pretendiese ahuyentar a Levine, que permanecía inmóvil, sin atreverse siquiera a respirar.

Naturalmente, reconoció a aquella criatura. Era un musaurio, un pequeño prosaurópodo del triásico tardío. Sólo se habían encontrado esqueletos en Sudamérica. Era uno de los dinosaurios conocidos de menor tamaño.

«Un dinosaurio», pensó.

Si bien aquello confirmaba sus expectativas, no por eso era menos sobrecogedor tener delante a un miembro vivo de los Dinosauria. Especialmente uno tan pequeño. Era incapaz de apartar la mirada del animal. Estaba fascinado. Después de tantos años, después de tantos esqueletos polvorientos... ¡por fin un dinosaurio vivo!

El diminuto musaurio se aventuró a abandonar la protección del follaje, y Levine comprobó que en efecto no era mayor de lo que había pensado en un principio. Medía unos diez centímetros de longitud y tenía una cola asombrosamente gruesa. En conjunto se asemejaba mucho a un lagarto. Se hallaba sentado sobre las patas traseras en una de las grandes hojas de helecho. Levine advirtió en su caja torácica el rítmico movimiento de la respiración. Agitaba sus pequeños miembros anteriores en dirección a Levine y chirriaba una y otra vez.

Despacio, muy despacio, Levine alargó la mano.

La criatura volvió a chirriar pero no huyó. En realidad, por el modo en que ladeaba la cabeza, como suelen hacerlo los animales muy pequeños, parecía sentir

curiosidad por la mano que se le acercaba.

Cuando los dedos de Levine rozaron la punta de la hoja, el musaurio se irguió sobre las patas traseras manteniendo el equilibrio con ayuda de la cola y, sin el menor indicio de miedo, se posó en la palma de su mano. Tan liviano era que Levine apenas notaba su peso. El musaurio se paseó por la mano y olfateó los dedos. Levine sonrió embelesado.

De pronto la pequeña criatura, con un silbido de furia, saltó de la mano y desapareció entre las palmeras. Levine parpadeó sin comprender su reacción.

Al cabo de un instante le llegó un olor repugnante acompañado de un intenso rumor entre los arbustos. Se oyó un apagado gruñido y de nuevo el rumor.

Por un breve instante Levine recordó que los carnívoros en libertad cazaban a orillas de los arroyos, atacando a sus presas mientras bebían, cuando más vulnerables eran. Pero comprendió su error demasiado tarde; oyó un alarido aterrador, y al volverse vio que Diego gritaba desesperadamente mientras algo lo arrastraba hacia los arbustos. Diego forcejeó y las ramas se agitaron con violencia. Levine vio por un momento un enorme pie con una uña curva y corta en el dedo medio. El pie desapareció y los arbustos siguieron agitándose.

De repente el bosque entero estalló en pavorosos rugidos. Levine advirtió de reojo que un gran animal arremetía contra él. Dio media vuelta y echó a correr, sintiendo la descarga de adrenalina provocada por el miedo, sin saber adónde ir, consciente sólo de que cualquier intento era inútil. Sintió un brutal zarpazo que le desgarró la mochila y cayó de rodillas en el barro. En ese momento comprendió que, pese a toda su planificación, pese a sus perspicaces deducciones, aquello iba a terminar en una tragedia, y estaba a punto de morir.

El colegio

—Cuando consideramos la extinción en masa como consecuencia de un impacto meteorítico —decía Richard Levine—, debemos plantearnos dos preguntas. En primer lugar, ¿existe en nuestro planeta algún cráter causado por él impacto de un meteorito con un diámetro mayor de treinta kilómetros, que es el tamaño mínimo necesario para provocar un suceso de extinción a nivel mundial? Y segundo, ¿algún cráter coincide en el tiempo con algún período de extinción conocido? Resulta que efectivamente hay en el planeta una docena de cráteres de esas dimensiones, de los cuales cinco concurren con extinciones conocidas...

Kelly Curtis, una alumna de séptimo grado, bostezó en el aula a oscuras. Se acodó en el pupitre y apoyó la barbilla en las manos, intentando no dormirse. Ya conocía de sobra todo aquello. El televisor colocado ante la clase mostraba una vista aérea de un inmenso maizal con desdibujados contornos curvos. Kelly lo reconoció; era el cráter de Manson. En la oscuridad, la voz grabada del doctor Levine explicó:

—Éste es el cráter de Manson, en Iowa, que data de hace sesenta y cinco millones de años, precisamente la época en que los dinosaurios empezaron a extinguirse. Pero, ¿fue éste el meteorito que acabó con los dinosaurios?

«No. Probablemente fue el de la península de Yucatán. El de Manson era demasiado pequeño», pensó Kelly bostezando.

—Ahora pensamos que este cráter es demasiado pequeño —prosiguió Levine—. Estableciendo un orden de magnitudes creemos que debe descartarse en favor del cráter próximo a Mérida, en Yucatán. Cuesta imaginarlo, pero el impacto vació todo el Golfo de México, provocando olas mareales de hasta seiscientos metros de altura que inundaron una gran franja de tierra. Sin embargo, este cráter también ha suscitado dudas, sobre todo en relación con la estructura anular de la sima y el ritmo de mortalidad diferencial del fitoplancton en los depósitos marinos. Aunque esto les suene complicado, no se preocupen demasiado por el momento. Otro día lo trataremos en más detalle. Así que eso es todo por hoy.

Las luces se encendieron. La profesora, la señora Menzies, se acercó a la computadora que controlaba la imagen y el sonido y la apagó.

—Bien —comentó—, es una suerte que el doctor Levine nos dejase esta grabación. Me advirtió que quizá no llegase a tiempo para la clase de hoy, pero seguramente lo tendremos de nuevo con nosotros a la vuelta de las vacaciones de primavera. Kelly, tú y Arby trabajan con el doctor Levine, ¿es eso lo que les dijo?

Kelly lanzó una mirada a Arby, que estaba acurrucado en su asiento con expresión ceñuda.

—Sí, señora Menzies —contestó Kelly.

—De acuerdo. Bien, y ahora todos presten atención. La tarea para estas vacaciones es el capítulo siete completo. —Un susurro de protesta recorrió el aula—. Incluidos todos los ejercicios del final de la primera parte, así como los de la segunda. No se olviden de traerlos terminados, cuando regresen. Que lo pasen bien. Nos veremos dentro de una semana.

Sonó el timbre. Los alumnos se levantaron arrastrando las sillas ruidosamente y un repentino bullicio llenó el aula. Arby se aproximó a Kelly y la miró con tristeza. Arby medía una cabeza menos que Kelly; era el chico más bajo de la clase. También era el más joven. Kelly tenía trece años, como los demás estudiantes de séptimo; Arby, en cambio, tenía sólo once. Por su extraordinaria inteligencia, lo habían adelantado dos años. Y corrían rumores de que quizá lo adelantasen aún más. Arby era un genio, especialmente con las computadoras.

Arby guardó el bolígrafo en el bolsillo de su camisa blanca y se acomodó los anteojos de carey en el puente de la nariz. R.B. Benton, que así se llamaba Arby, era negro; sus padres ejercían la medicina en San José y siempre lo hacían ir muy atildado, como si fuese un universitario o algo así. Y tal como progresaba, se dijo Kelly, probablemente lo sería en un par de años.

En compañía de Arby, Kelly siempre se sentía desgarbada. Ella tenía que ponerse la ropa usada de su hermana mayor, que su madre había comprado en alguna tienda barata hacía al menos un millón de años. Incluso debía llevar las Reebok viejas de Emily, tan rozadas y sucias que nunca conseguía limpiarlas del todo, ni siquiera metiéndolas en el lavarropas. Kelly lavaba y planchaba toda su ropa; su madre siempre andaba escasa de tiempo. Su madre casi nunca estaba en casa. Kelly miró con envidia la indumentaria de Arby —el pantalón caqui pulcramente planchado, los mocasines caros y lustrosos— y suspiró.

A pesar de ese resentimiento, Arby era su único amigo verdadero, la única persona que no le reprochaba su inteligencia. A Kelly le preocupaba que lo pasasen a noveno y no pudiese verlo más.

A su lado Arby seguía con el entrecejo fruncido. Levantó la vista y preguntó:

—¿Por qué no volvió el doctor Levine?

—No lo sé —respondió Kelly—. Quizás haya tenido algún problema.

—¿Qué problema?

—No lo sé. Cualquier contratiempo.

—Pero nos prometió que estaría aquí —protestó Arby—. Nos dijo que nos llevaría de excursión. Estaba todo preparado. Hasta teníamos permiso.

—¿Y qué importa? Podemos irnos igualmente.

—Pero tendría que estar aquí —insistió Arby obstinadamente. Kelly ya lo había visto actuar de aquel modo antes. Arby estaba acostumbrado a confiar en los adultos. Sus padres eran personas en quienes podía confiar. Kelly no pensaba en esas cosas.

—No le des tanta importancia, Arb —recomendó Kelly—. Vamos a ver al doctor Thorne nosotros solos.

—¿Te parece?

—Claro. ¿Por qué no? Arby vaciló.

—Quizá debería llamar antes a mi madre.

—¿Para qué? —dijo Kelly—. Te dirá que vuelvas a casa, ya lo sabes. Arb, vámonos y no le des más vueltas.

Arby seguía indeciso. Podía ser muy inteligente, pero el menor cambio de planes siempre lo perturbaba. Kelly sabía por experiencia que si ponía mucho empeño en convencerlo, Arby se quejaría y discutiría. Debía esperar a que tomase la decisión por sí mismo.

—De acuerdo —accedió por fin—. Vamos a ver a Thorne.

—Espérame en la entrada —dijo Kelly, sonriente—. No tardaré más de cinco minutos.

Cuando bajaba por la escalera desde el segundo piso, tuvo que aguantar una vez más la cantinela de siempre.

—Kelly es una agrandada, Kelly es una agrandada...

Siguió adelante con la cabeza bien alta. Era la estúpida de Allison Stone, con sus estúpidas amigas burlándose de ella al pie de la escalera.

—Kelly es una agrandada...

Pasó ante ellas como si no estuvieran. Cerca de allí vio a la señorita Enders, la encargada del orden en los pasillos, tan indiferente como de costumbre, pese a que en una reunión con los alumnos el señor Canosa, el subdirector, había prohibido expresamente las burlas. Detrás de ella las chicas continuaron molestándola.

—Kelly es una agrandada... Es la reina de la computadora... y acabará con la cara verde como el monitor...

El grupo rompió en carcajadas.

Kelly vio que Arby la esperaba en la puerta con un manojo de cables grises en la mano. Apretó el paso. Cuando llegó a su lado, Arby le aconsejó:

—No les hagas caso.

—Son una banda de idiotas.

—Exactamente.

—De todas maneras, me tienen sin cuidado.

—Ya lo sé. Olvídate de ellas.

Detrás de ellos, las chicas se rieron.

—Kelly y Arby van a una fiesta... y sólo hacen sumas y restas...

Salieron a la calle y para alivio de ambos el bullicio exterior ahogó las voces de las chicas. En el estacionamiento había transportes escolares amarillos. Los alumnos corrían escalera abajo hacia los coches de sus padres, que esperaban en fila alrededor de la manzana. Era un auténtico hervidero de gente.

Arby esquivó un disco volador que pasó con un zumbido sobre su cabeza y echó un vistazo al otro lado de la calle.

—Ahí está otra vez.

—No lo mires —instó Kelly.

—Pero si no lo miro.

—Recuerda lo que nos dijo el doctor Levine.

—Por favor, Kel. Lo recuerdo.

Junto a la otra acera había estacionado un Ford Taurus gris que habían visto en varias ocasiones durante los últimos dos meses. Tras el volante, fingiendo leer un periódico, se hallaba el mismo hombre de siempre. Era un individuo de barba desprolija que vigilaba al doctor Levine desde que empezó a dar clases en Woodside. Kelly sospechaba que aquel hombre era la verdadera causa de que el doctor Levine hubiese propuesto a ella y a Arby actuar como ayudantes suyos.

Levine les había explicado que su trabajo consistiría en acarrear el equipo, fotocopiar los ejercicios para la clase, recoger los trabajos y otras tareas de rutina semejantes. Ellos pensaron que sería un gran honor colaborar con el doctor Levine —o por lo menos que sería interesante ayudar a un auténtico científico profesional—, así que aceptaron.

Después resultó que nunca había nada que preparar para la clase; el doctor Levine se ocupaba de todo personalmente. En lugar de eso, recurría a ellos para pequeños encargos. Y había insistido en que se mantuviesen alejados a toda costa del hombre de la barba. Hasta el momento no había sido difícil; como eran niños, aquel hombre nunca se fijaba en ellos.

Según el doctor Levine, el hombre de la barba lo vigilaba por algo relacionado con su detención, pero Kelly no le creyó. Su propia madre había sido detenida dos veces por conducir en estado de ebriedad y nunca la había vigilado nadie. Por lo tanto, aunque ignoraba por qué seguía aquel hombre a Levine, tenía la certeza de que éste llevaba a cabo una investigación secreta y no deseaba que nadie lo averiguase. De una cosa estaba segura: al doctor Levine no le entusiasmaba demasiado la clase que dictaba. Por lo general, improvisaba y en algunas ocasiones entraba por la puerta principal del colegio, les entregaba la clase grabada y salía por la parte de atrás.

Por entonces Kelly y Arby no sabían aún adónde iba.

También sus encargos eran muy misteriosos. Una vez fueron a Stanford a recoger

de manos de otro profesor cinco objetos cuadrados de plástico. Era un plástico muy liviano, de textura similar a la gomaespuma. En otra ocasión pasaron a buscar un artefacto triangular por una tienda de electrónica del centro de la ciudad, y notaron muy nervioso al hombre que los atendió, como si se tratase de algo ilegal. Otra vez recogieron un tubo metálico semejante a un estuche de cigarros. Incapaces de reprimir la curiosidad, lo abrieron y descubrieron con cierta inquietud que contenía cuatro ampollas precintadas, de plástico, con un líquido de color pajizo. Todas llevaban el símbolo internacional de las tres hojas para sustancias de peligro biológico y un rótulo donde se leía: ¡MÁXIMA PRECAUCIÓN! ¡TOXICIDAD LETAL!

Pero la mayor parte de sus tareas eran sumamente triviales. Con frecuencia los enviaba a las bibliotecas de Stanford a fotocopiar trabajos sobre los temas más diversos: la fabricación de espadas japonesas, la cristalografía por rayos X, los vampiros de México, los volcanes de Centroamérica, las corrientes marinas de El Niño, los hábitos de apareamiento de la oveja montés, la toxicidad de la holoturia, los arbotantes de las catedrales góticas...

El doctor Levine nunca les explicaba la razón de su interés en tales temas. A menudo los enviaba un día tras otro en busca de más material hasta que de pronto abandonaba el tema y no volvía a mencionarlo jamás. Entonces pasaban a otra cosa.

Naturalmente, entendían algunas de sus peticiones. Parte de sus dudas guardaban relación con los vehículos que el doctor Thorne construía para la expedición del doctor Levine. Pero en la mayoría de los casos los temas eran un misterio.

Kelly se preguntaba de vez en cuando qué podía sacar en claro de todo aquello el hombre de la barba y si acaso sabía algo que ellos ignoraban. Pero en realidad aquel hombre parecía bastante perezoso. Por lo visto, no se había enterado siquiera de que Kelly y Arby hacían recados para el doctor Levine.

En ese preciso momento el hombre de la barba echó un vistazo hacia el colegio sin prestarles atención. Caminaron hasta el final de la calle y se sentaron en el banco a esperar el ómnibus.

La etiqueta

La cría de onza soltó el biberón y se tendió sobre el lomo, levantando las garras. Lanzó un suave maullido.

—Quiere que la mimen —dijo Elizabeth Gelman.

Malcolm tendió la mano y le acarició la panza. El cachorro se revolvió y le mordió los dedos. Malcolm gritó.

—A veces hace eso —explicó Gelman—. ¡Dorje! ¡Mala! ¿Ésas son maneras de tratar a nuestro distinguido visitante? Alargó el brazo y tomó la mano de Malcolm—. No tienes herida, pero lo limpiaremos de todas formas.

Eran las tres de la tarde y se hallaba en el laboratorio blanco del zoológico de San Francisco. Elizabeth Gelman, la joven jefa del departamento de investigaciones, lo había citado para darle el resultado de los análisis, pero el informe tuvo que postergarse porque era la hora de comer de los cachorros. Malcolm los observó mientras alimentaban a una cría de gorila, que escupía igual que un bebé humano, a un coala y por último al precioso cachorro de onza.

—Lo siento —se disculpó Gelman. Lo llevó a un lavatorio empotrado en la pared y le enjabonó la mano—. Pensé que era mejor hacerte venir ahora que los empleados del zoológico están en la reunión semanal.

—¿Y eso por qué?

—Porque el material que nos enviaste es muy interesante, Ian. Muy interesante. —Gelman le secó la mano con una toalla y volvió a examinarla—. Creo que sobrevivirás.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Malcolm.

—Tienes que reconocer que es muy sugerente. Por cierto, ¿proviene de Costa Rica?

—¿Qué te hace pensar eso? —dijo Malcolm con la mayor naturalidad posible.

—Los rumores que llegan continuamente sobre la aparición de animales desconocidos en Costa Rica. Y esto es sin duda un animal desconocido, Ian.

Salieron del criadero y pasaron a una pequeña sala de reuniones. Malcolm se desplomó en una silla y apoyó el bastón en la mesa. Gelman dejó la habitación en penumbra y encendió un proyector de diapositivas.

—Bien. Aquí tienes un primer plano del material original antes de iniciar el examen. Como ves, consiste en un fragmento de tejido animal en un estado muy avanzado de necrosis. El tejido mide cuatro por seis centímetros. Lleva pegada una

etiqueta cuadrada de plástico de dos centímetros de lado. La muestra de tejido se cortó con un cuchillo, y no muy afilado.

Malcolm asintió.

—¿Qué utilizaste, Ian? ¿Tu navaja de bolsillo?

—Algo parecido.

—Bien. Empecemos por la muestra de tejido. —Cambió de diapositiva; Malcolm vio una imagen microscópica—. Ésta es una sección histológica ampliada de la epidermis superficial. Esas brechas irregulares son las zonas donde la alteración necrótica ha erosionado la superficie de la piel. Pero lo interesante es la disposición de las células epidérmicas. Habrás notado la gran densidad de cromatóforos o células pigmentarias. En la sección transversal se aprecia la diferencia entre los melanóforos, aquí, y los alóforos, aquí. La estructura global hace pensar en un *Lacerta* o un *Amblyrhynchus*.

—¿Un lagarto, quieres decir? —preguntó Malcolm.

—Sí —contestó Gelman—. Parece un lagarto, pero se observan algunas incoherencias. —Tocó el lado izquierdo de la pantalla—. Fíjate en esta célula, la que vista en sección presenta un fino anillo alrededor. Creemos que es músculo. El cromatóforo podía abrirse y cerrarse, lo cual significa que este animal cambiaba de color como un camaleón. ¿Y ves aquí esta gran forma oval con una mancha clara en el centro? Ése es el poro de una glándula olorosa femoral. En el centro contiene una sustancia cerosa que aún no hemos terminado de analizar. Pero suponemos que se trata de un animal macho, pues sólo los lagartos macho poseen glándulas femorales.

—Entiendo —dijo Malcolm.

Gelman pasó a la siguiente diapositiva. A ojos de Malcolm, la nueva imagen parecía un primer plano de una esponja.

—Aquí una zona más profunda, donde vemos la estructura de las capas subcutáneas. Aparece muy distorsionada a causa de las burbujas de gas producidas por el *Clostridium* que provocó la infección y la hinchazón del animal. Pero podemos formarnos una idea acerca de los vasos sanguíneos... aquí se ve uno y aquí otro... que están rodeados de fibra muscular lisa. Éste no es un rasgo característico de los lagartos. De hecho, si juzgamos por esta diapositiva, no se trataría de un lagarto ni de ningún otro reptil.

—¿Quieres decir que eso correspondería a un animal de sangre caliente?

—Exacto —confirmó Gelman—. No un mamífero, pero sí quizás un ave. Podría ser... no sé... un pelícano muerto o algo así.

—Ajá.

—Salvo que ningún pelícano tiene una piel así.

—Entiendo —repitió Malcolm.

—Y no se advierte el menor rastro de plumaje —añadió Gelman.

—Ajá.

—Por otra parte —prosiguió Gelman— hemos conseguido extraer una ínfima cantidad de sangre de los espacios intraarteriales. No es mucha, pero nos ha permitido realizar un examen microscópico. Aquí lo tienes.

Cambió de nuevo la diapositiva. Malcolm vio un revoltijo de células, en su mayoría glóbulos rojos y algún que otro glóbulo blanco aparecido allí por accidente. Mirarla lo aturdió.

—Ésta no es mi especialidad, Elizabeth —dijo Malcolm.

—Bueno, sólo te explicaré lo más interesante. En primer lugar, glóbulos rojos con núcleo. Eso es propio de las aves, no de los mamíferos. Segundo, una hemoglobina bastante atípica, que difiere en varios pares básicos respecto de la de los lagartos. Tercero, una estructura aberrante de los glóbulos blancos. No disponemos de material suficiente para extraer una conclusión, pero sospechamos que es un animal con un sistema inmunológico muy poco común.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Malcolm con un gesto de incompreensión.

—Aún no lo sabemos, y la muestra no nos proporciona la información necesaria para averiguarlo. Por cierto, ¿podrías conseguir más material?

—Es posible —respondió Malcolm.

—¿Dónde? ¿En el Enclave B?

Malcolm la miró desconcertado.

—¿El Enclave B? —repitió.

—Bueno, eso es lo que aparece grabado en la etiqueta. —Gelman cambió la diapositiva—. Te diré, Ian, que la etiqueta es también muy interesante. Aquí en el zoológico marcamos animales continuamente y conocemos las marcas comerciales más corrientes de todo el mundo. Nadie había visto antes una etiqueta como esta. Aquí la tienes, aumentada diez veces. El objeto real es aproximadamente del tamaño de una uña. La superficie externa es de plástico uniforme y va sujeta al animal mediante una grapa de acero inoxidable recubierta de teflon. La grapa es muy pequeña, como las que se utilizan para las crías. ¿El animal que viste era adulto?

—Eso parecía.

—Es decir, que probablemente la etiqueta llevaba mucho tiempo colocada, desde que el animal era muy joven —comentó Gelman—. Lo cual encaja perfectamente, considerando el grado de desgaste. Como veras, la superficie está picada. Eso es bastante anormal. Se compone de duralon, el plástico que se emplea para los cascos de fútbol. Es un material en extremo resistente, y estas picaduras no pueden ser resultado sólo del uso.

—¿Y entonces? —dijo Malcolm.

—Casi sin duda se deben a una reacción química, tal como la exposición a alguna clase de ácido, quizás en forma de aerosol.

—¿Como, por ejemplo, emanaciones volcánicas?

—Podría ser, sobre todo teniendo en cuenta otros detalles que hemos observado. Notarás que la etiqueta es bastante gruesa, de unos nueve milímetros de sección. Y es poco profunda.

—¿Poco profunda? —preguntó Malcolm con expresión ceñuda.

—Sí. Contiene una cavidad interior. Preferimos no abrirla, así que la examinamos por rayos X. Mira.

Gelman pasó a la siguiente diapositiva, y Malcolm vio una maraña de casilleros y líneas blancas en el interior de la etiqueta.

—Al parecer ha sufrido una considerable corrosión, también quizás a causa de las emanaciones ácidas. Pero no existe ninguna duda sobre cuál fue su función en otro tiempo. Es un transmisor de rastreo, Ian. Y eso implica que este animal, este lagarto de sangre caliente o lo que sea, fue marcado y criado por alguien desde su nacimiento. Ésa es la parte que más preocupación ha despertado aquí. Alguien se dedica a criar animales como este. ¿Sabes cómo ha ocurrido?

—No tengo la menor idea —respondió Malcolm. Elizabeth Gelman dejó escapar un suspiro.

—Eres un embustero y un cretino.

—¿Podrías devolverme la muestra? —pidió Malcolm, tendiendo la mano.

—Ian —protestó Gelman—, después de todo lo que he hecho por ti...

—¿La muestra?

—Creo que me debes una explicación.

—Y la tendrás, te lo prometo —aseguró Malcolm—. Dentro de un par de semanas. Te invitaré a cenar.

Gelman lanzó a la mesa un paquete envuelto en papel plateado. Malcolm lo recogió y se lo guardó en un bolsillo.

—Gracias, Liz. —Se puso de pie—. Siento tener que dejarte, pero debo hacer una llamada urgentemente.

Cuando Malcolm se dirigía hacia la puerta, Gelman preguntó:

—A propósito, Ian, ¿cómo murió ese animal?

Malcolm se detuvo.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque cuando analizábamos por separado las células de la piel, encontramos algunas células extrañas bajo la capa epidérmica externa, células pertenecientes a otro animal.

—¿Y de ahí qué se deduce?

—Es una circunstancia que suele darse cuando dos lagartos se pelean. Con la fricción de los cuerpos, las células de uno penetran bajo la capa superficial del otro.

—Sí —aclaró Malcolm—, había indicios de lucha en el cadáver. El animal estaba

herido.

—También deberías saber que las arterias presentaban síntomas de vasoconstricción. Ese animal se hallaba sometido a una gran tensión, Ian. Y no sólo por la pelea en la que resultó herido. Eso habría desaparecido en los primeros cambios posteriores a la muerte. Me refiero a una tensión crónica y continua. Esa criatura vivía en un entorno de extrema tensión y peligro.

—Entiendo.

—¿Cómo es posible que un animal marcado tuviese una vida tan tensa?

En la entrada del zoológico Malcolm se volvió para comprobar si alguien lo seguía y a continuación se acercó a un teléfono público para llamar a Levine. Atendió el contestador; Levine no estaba. «Muy propio de él», pensó Malcolm. Siempre que se lo necesitaba, desaparecía. Probablemente había ido otra vez a tratar de recuperar el Ferrari.

Malcolm colgó el auricular y se encaminó hacia su coche.

Thorne

Uno de los talleres del extremo más alejado del polígono industrial tenía una gran puerta metálica de persiana donde se leía en letras negras: THORNE MOBILE FIELD SYSTEMS. A su izquierda había una puerta común. Arby pulsó el timbre, que sobresalía de una pequeña caja con rejilla. Un voz malhumorada contestó:

—¡Lárguese!

—Somos nosotros, doctor Thorne. Arby y Kelly.

—¡Ah! De acuerdo.

El pasador de la puerta se descorrió con un chasquido y los chicos entraron en el amplio cobertizo abierto. Los mecánicos realizaban modificaciones en varios vehículos; el aire olía a acetileno, aceite lubricante y pintura. Frente a la entrada Kelly vio un Ford Explorer verde oscuro al que le habían extraído el techo; dos ayudantes subidos a unas escaleras encajaban un gran panel de células solares negras en lo alto del automóvil. El Explorer tenía el capó abierto y unos mecánicos sustituían el motor V-6 original por otro más pequeño semejante a una caja de zapatos redonda con el brillo apagado de la aleación de aluminio. Otros acercaban el convertidor Hughes, un rectángulo ancho y plano, que se montaría sobre el motor.

A la derecha vio los dos tráilers que el equipo de Thorne había estado acondicionando en las últimas semanas. No se parecían en nada a la clase de tráilers que uno veía en la carretera los fines de semana. Uno era brillante y enorme, tan grande casi como un ómnibus, con capacidad para cuatro personas y una gran cantidad de equipo científico especial. Se llamaba Challenger y poseía una característica fuera de lo común: una vez estacionado las paredes se deslizaban hacia afuera, ampliando el espacio interior.

El Challenger estaba preparado para comunicarse mediante una pasarela especial de fuelle con el segundo tráiler, éste algo menor y remolcado por el primero. El segundo tráiler contenía un laboratorio y algunos prodigios tecnológicos, aunque Kelly no sabía exactamente qué eran. En ese momento el segundo tráiler quedaba casi oculto por la cortina de chispas que despedía el soplete del soldador que trabajaba en el techo. Pese a aquella febril actividad, el tráiler parecía prácticamente terminado, aunque Kelly veía a varias personas adentro y las sillas y los asientos estaban afuera.

Thorne se hallaba de pie en medio del taller y apremiaba al soldador del techo.

—¡Vamos, Eddie, vamos, que es para hoy! ¡No te duermas! —Se volvió y,

gritando, dijo—: ¡No, no, no! ¡Fíjate en los planos, Henry! No puedes colocar ese montante lateralmente; tienes que ponerlo transversalmente, para que sirva de refuerzo. ¡Fíjate en los planos!

Doc Thorne, a sus cincuenta y cinco años, era un hombre canoso, de pecho robusto. Salvo por los anteojos de armazón de metal, parecía un boxeador retirado. A Kelly le costaba imaginarlo como profesor universitario; poseía una extraordinaria fuerza física y estaba siempre en continuo movimiento.

—¡Maldita sea, Henry, Henry! ¿No me oíste? —Thorne insultó otra vez y blandió un puño. Luego, volviéndose hacia los chicos, comentó—: ¡Gran ayuda tengo con ellos! —En el Explorer se produjo de pronto un destello blanco como un relámpago. Los dos hombres inclinados sobre el motor se apartaron de un salto y una nube de humo de olor acre envolvió el vehículo—. ¿Qué les había dicho? ¡La toma de tierra! ¡Antes que nada la toma de tierra! Aquí trabajamos con voltajes altos, muchachos. Si no andan con pies de plomo, van a terminar carbonizados. —Volvió a mirar a los chicos y movió la cabeza en un gesto de desesperación—. Es que no lo entienden. Ese DIU es un sistema de defensa serio.

—¿DIU?

—Disuasorio Interno contra Úrsidos, así lo llama Levine —aclaró Thorne—. Ésos son sus chistes. De hecho, elaboré este sistema hace unos años para los guardabosques de Yellowstone, donde los osos entran a veces en los tráilers. Enciendes un interruptor y pasan diez mil voltios por la capa externa del tráiler. Eso ahuyentaría al oso más grande. Pero con un voltaje así estos tipos podrían salir volando. Y entonces ¿qué? El sindicato me demanda y tengo que pagar una indemnización. Y todo por una estupidez de ellos. —Hizo un gesto de indignación—. ¿Y bien? ¿Dónde está Levine?

—No lo sabemos —contestó Arby.

—¿Cómo que no lo saben? ¿No les dio clases hoy?

—No, no vino.

Thorne insultó de nuevo.

—Hoy lo necesito para la revisión final, antes de salir a probar los vehículos sobre el terreno. Tenía que volver hoy.

—¿Volver de dónde? —preguntó Kelly.

—Ah, de una de sus expediciones —respondió Thorne—. Estaba muy emocionado antes de marcharse. Yo mismo le preparé el equipo; le presté mi última mochila. Todo aquello que podía necesitar en sólo veintiún kilos. Le encantó. Partió el lunes pasado, hace cuatro días.

—¿Hacia dónde?

—¿Cómo voy a saberlo? —protestó Thorne—. No tenía intención de decírmelo, así que no insistí. Hoy en día todos son iguales. No trato con ningún científico que no

actúe en secreto. Y no me extraña. A todos les preocupa que los engañen o los demanden. El mundo moderno. El año pasado monté el equipo para una expedición al Amazonas, y claro, lo impermeabilizamos todo. Eso es fundamental en la selva amazónica; los instrumentos electrónicos empapados de agua no funcionan. El responsable del grupo fue acusado de malversación de fondos. ¡Por la impermeabilización del equipo! Según un burócrata de la universidad, era un «gasto innecesario». De verdad, es una locura. Una locura. ¡Henry! ¿Oíste lo que te dije? ¡Colócalo en forma transversal!

Thorne atravesó el taller dando zancadas y agitando los brazos. Los chicos lo siguieron.

—Fíjense. Llevo meses modificando los, vehículos y por fin están listos. Los quiere livianos, se los hice livianos. Los quiere fuertes, se los hice fuertes. Livianos y a la vez fuertes. Lo que pide es imposible, pero con titanio y compuesto de carbono suficientes lo hacemos de todos modos. Además no quiere depender del suministro de combustible ni de una red eléctrica. Así que finalmente tiene lo que deseaba: un laboratorio portátil de extraordinaria resistencia para ir a algún sitio donde no hay nafta ni electricidad. Y ahora que está terminado... No puedo creerlo. ¿De verdad no se ha presentado a dar clase?

—No —confirmó Kelly.

—O sea, que ha desaparecido —se quejó Thorne—. Maravilloso. Perfecto. ¿Y ahora qué hacemos con la prueba sobre el terreno? íbamos a sacar estos vehículos durante una semana y comprobar su funcionamiento.

—Ya lo sé —dijo Kelly—. Hasta teníamos permiso de nuestros padres para ir.

—Y ahora resulta que no está —bramó Thorne—. Tendría que haberlo imaginado. Estos niños de familia bien... hacen lo que les da la gana. Con un individuo como Levine decir malcriado es quedarse corto.

Una gran jaula de metal cayó del techo y se estrelló en el suelo junto a ellos. Thorne se apartó de un salto.

—¡Eddie! ¡Maldita sea! ¿Por qué no tienes un poco de cuidado?

—Lo siento, Doc —se disculpó Eddie Carr desde el techo—. Pero según las especificaciones no sufre deformaciones hasta una presión de ochocientos cuarenta kilogramos por centímetro cuadrado. Teníamos que probarlo.

—Me parece muy bien, Eddie. ¡Pero no lo pruebes con nosotros debajo!

Thorne se inclinó para examinar la jaula, que era circular y tenía unos barrotes de aleación de titanio de un grosor de dos centímetros y medio. Había sobrevivido a la caída sin el menor desperfecto. Y era liviana; Thorne la enderezó con una sola mano. Medía aproximadamente un metro ochenta de altura por uno veinte de diámetro. Parecía una descomunal jaula para pájaros. Tenía una puerta de vaivén provista de una sólida cerradura.

—¿Para qué es eso? —quiso saber Arby.

—De hecho, forma parte de aquello —explicó Thorne, señalando hacia el otro extremo del taller, donde un empleado agrupaba un montón de barras de aluminio telescópicas—. Es una plataforma de observación, pensada para montarse sobre el terreno. Una vez armado, el andamiaje constituye una estructura rígida de unos cinco metros de altura. En lo alto lleva un pequeño refugio, también desmontable.

—Una plataforma para observar ¿qué? —inquirió Arby.

—¿A ustedes les dijo? —preguntó Thorne.

—No —contestó Kelly.

—No —repitió Arby.

—Bueno, a mí tampoco —dijo Thorne, negando con la cabeza—. Yo sólo sé que quiere algo extraordinariamente fuerte. Liviano y fuerte, liviano y fuerte. Imposible. —Lanzó un suspiro—. Dios me libre de los profesores universitarios.

—Creía que usted era profesor —comentó Kelly.

—Ex profesor —se apresuró a rectificar Thorne—. Ahora me dedico a hacer cosas, y no simplemente a hablar.

Los colegas de Jack Thorne coincidían en que con la jubilación se había iniciado el período más feliz de su vida. Como profesor de ingeniería aplicada y especialista en materiales exóticos siempre se había caracterizado por su orientación práctica y su estima a los estudiantes. Su curso más famoso en Stanford, Ingeniería Estructural 101 a, se conocía entre los alumnos como «Los Espinosos Problemas de Thorne», porque él les planteaba continuamente desafíos en el campo de la ingeniería aplicada. Algunos de estos problemas habían adquirido ya rango de leyenda en el mundo universitario. Uno, por ejemplo, era el Desastre del Papel Higiénico: Thorne pidió a sus alumnos que lanzasen cajas de huevos desde la Torre Hoover de modo que llegasen al suelo indemnes. Como amortiguación sólo podían utilizar los cilindros de cartón en los que se enrolla el papel higiénico. Abajo, la plaza entera quedó llena de huevos rotos.

Otro año Thorne encargó a sus alumnos que construyesen una silla capaz de sostener a un hombre de cien kilos empleando sólo tacos de papel engomado e hilo. Y en otra ocasión colgó una hoja con las respuestas del examen final en el techo del aula e invitó a los alumnos a bajarla mediante cualquier artefacto que consiguiesen construir con una caja de zapatos que contenía medio kilo de regaliz y unos cuantos escarbadientes.

Cuando no se dedicaba a sus tareas académicas, Thorne actuaba a menudo como testigo pericial en juicios que requerían la opinión de un experto en ingeniería de materiales. Se especializó en explosiones, accidentes aéreos, desmoronamientos de edificios y otras catástrofes. Con estas incursiones en el mundo real se reafirmó aún

más en su idea de que los científicos necesitaban una educación lo más amplia posible. Solía afirmar: «¿Cómo puede diseñarse algo para la gente si no se sabe nada de historia y psicología? Es imposible. Ya que por perfectas que sean las fórmulas matemáticas la gente meterá la pata. Y si eso ocurre, la culpa será de ustedes». Sus clases estaban salpicadas de citas de Platón, Chaka Zulu, Emerson y Chang-tzu.

Pero como profesor querido por sus alumnos —y como defensor de una enseñanza de carácter general—, Thorne no tardó en descubrir que nadaba contracorriente. El mundo académico avanzaba hacia un conocimiento cada vez más especializado, expresado mediante una jerga cada vez más opaca. En este ambiente gozar de las simpatías de los estudiantes se interpretaba como indicio de superficialidad, y el interés en los problemas del mundo real revelaba limitación intelectual y una lamentable indiferencia ante la teoría. En una reunión de departamento uno de sus colegas se puso de pie y anunció: «Las pavadas míticas de un chino no sirven de un carajo para la ingeniería».

Un mes más tarde Thorne se acogió a la jubilación anticipada y poco después fundó su propia empresa. Su trabajo le apasionaba, pero echaba de menos el contacto con los estudiantes, y por esa razón se sentía a gusto con los dos jóvenes ayudantes de Levine. Eran chicos inteligentes y entusiastas, y gracias a su corta edad el mundo académico aún no había anulado su interés en aprender. Todavía eran capaces de utilizar realmente sus cerebros, lo cual desde el punto de vista de Thorne era una prueba indudable de que aún no habían completado su educación formal.

—¡Jerry! —gritó Thorne a uno de los soldados que trabajaban en los tráilers—. ¡Regula los montantes a ambos lados! ¡Recuerda las pruebas de colisión! —Thorne señaló un monitor colocado en el suelo, que mostraba la simulación por computadora de un choque del tráiler contra un obstáculo. Primero se estrellaba de frente, después de costado, y luego giraba y volvía a chocar. En cada ocasión el vehículo sobrevivía con mínimos daños. El programa había sido desarrollado por los fabricantes de automóviles y posteriormente desechado. Thorne lo adquirió y modificó—. Claro que lo desecharon: es una buena idea. No quieren que salga ninguna buena idea de una gran empresa. Podría dar como resultado un buen producto. —Suspiró—. Mediante esta computadora hicimos chocar estos vehículos diez mil veces: diseñamos, chocamos, modificamos y volvemos a chocar. Nada de teorías; sólo pruebas reales. Como debe ser.

La aversión de Thorne por la teoría alcanzaba dimensiones legendarias. A su juicio, una teoría no era más que un sucedáneo de la experiencia propuesta por alguien que no sabía de qué hablaba.

—Y ahora ya ven. ¿Jerry? Jerry! ¿Para qué hemos hecho tantas simulaciones si ustedes no se atienen a los planos? ¿Están todos cerebralmente muertos?

—Lo siento, Doc...

—¡No lo sientas y haz bien las cosas!

—De todos modos ya los hemos reforzado de sobra...

—¿Así que a esa conclusión llegaste? ¿Ahora el diseñador eres tú? ¡Respetar los planos!

Arby trotaba al lado de Thorne.

—Estoy preocupado por el doctor Levine —dijo.

—¿En serio? Yo no —repuso Thorne.

—Pero siempre ha cumplido su palabra. Y es muy organizado.

—Eso es verdad —coincidió Thorne. Pero también es muy impulsivo y hace lo que le da la gana.

—Puede ser —aceptó Arby—, pero dudo de que hubiese dejado de venir sin una razón de peso. Temo que le haya pasado algo. La semana pasada nos envió a Berkeley a ver al profesor Malcolm, que tenía en su oficina un mapamundi donde aparecían...

—¡Malcolm! —repitió Thorne con un bufido—. No me digas más. ¡Vaya dúo! Tal para cual. Si uno tiene poco sentido práctico, el otro tiene menos. Pero mejor será que me ponga en contacto con Levine ahora mismo. —Se dio media vuelta y se dirigió a su oficina.

—¿Va a usar el fonosat? —preguntó Arby.

Thorne se detuvo.

—¿El qué?

—El fonosat —repitió Arby—. ¿No se llevó un fonosat el doctor Levine?

—¿Cómo iba a llevárselo? —dijo Thorne—. Ya sabes que los teléfonos para comunicación por vía satélite más pequeños son del tamaño de un maletín.

—Sí, pero no tendrían por qué ser tan grandes —afirmó Arby—. Usted podría haber fabricado uno muy pequeño.

—¿Yo? ¿Cómo?

A Thorne, a su pesar, le divertía aquel muchacho. Era imposible no sentir simpatía por él.

—Con aquella centralita de comunicaciones VLSI que fuimos a buscar —precisó Arby—. La de forma triangular. Contenía dos series de chips Motorola BSN-23, y son tecnología de uso restringido desarrollada para la CIA porque permiten...

—¡Eh, eh! —lo interrumpió Thorne—. ¿Dónde aprendiste todo eso? Ya te advertí sobre los riesgos de la piratería de sistemas...

—No se preocupe, tengo cuidado —respondió Arby—. Pero lo de la centralita de comunicaciones es verdad, ¿no? Podría utilizarla para construir un teléfono de menos

de medio kilo. Pero, ¿lo hizo?

Thorne lo miró fijo durante un rato.

—Puede ser —contestó por fin—. ¿Y qué?

Arby sonrió.

—¡Magnífico! —dijo.

La pequeña oficina de Thorne se hallaba en un rincón del taller. Adentro las paredes estaban cubiertas de planos, hojas de pedidos colgadas de sujetapapeles y dibujos por computadora en tres dimensiones de motores y piezas. Esparcidos sobre el escritorio había componentes electrónicos, catálogos de material y montones de faxes. Thorne empezó a revolverlo todo y por fin dio con un minúsculo teléfono portátil gris.

—Aquí lo tenemos. —Lo levantó para mostrárselo a Arby—. No está nada mal, ¿eh? Lo diseñé yo mismo.

—Parece un teléfono portátil corriente —comentó Kelly.

—Sí, pero no lo es. Un teléfono portátil depende de una red. Un fonosat conecta directamente con los satélites de comunicaciones del espacio. Con un teléfono como este puedo hablar con cualquier lugar del mundo. —Marcó rápidamente—. Antes se necesitaba una antena parabólica de un metro. Luego una de treinta centímetros. Y ahora ya no hace falta antena; basta con el auricular. Aunque no esté bien que yo lo diga, es una maravilla, ¿no? Veamos si contesta.

Pulsó el botón del altavoz y oyeron los tonos de marcación y un zumbido de interferencia estática.

—Conociendo a Richard, seguramente perdió el avión o se olvidó de que tenía que estar aquí hoy para dar el visto bueno. Y ya prácticamente hemos terminado. Cuando ya estamos en la etapa de los montantes exteriores y la tapicería, el trabajo ya está hecho. Esto nos va a retrasar. Es muy desconsiderado de su parte. —El teléfono sonó con un pitido electrónico intermitente—. Si no consigo hablar con él, llamaré a Sarah Harding.

—¿Sarah Harding? —repitió Kelly, levantando la vista.

—¿Quién es Sarah Harding? —preguntó Arby.

—Nada menos que la especialista en comportamiento animal más famosa del mundo, Arb.

Sarah Harding era una de las heroínas de Kelly. Leía todos los artículos sobre ella que aparecían. Sarah Harding había sido una mediocre becaria en la Universidad de Chicago, pero ahora, a los treinta y tres años, era profesora en Princeton. Era una mujer atractiva e independiente, una rebelde que hacía las cosas a su modo. Había elegido la investigación de campo y vivía sola en África, donde se dedicaba al estudio de los leones y las hienas. Se la conocía por su tenacidad. En una ocasión se descompuso el Land Rover en que viajaba y recorrió a pie treinta kilómetros por la

sabana ahuyentando a los leones a pedradas.

En las fotografías siempre aparecía junto a un Land Rover, en pantalón corto y camisa caqui, con unos prismáticos colgados del cuello. Con el pelo corto y oscuro y un cuerpo fuerte y musculoso, ofrecía un aspecto a la vez tosco y fascinante. Al menos eso pensaba Kelly, que siempre observaba sus fotografías detenidamente, fijándose hasta en el último detalle.

—Nunca oí hablar de ella —comentó Arby.

—¿Pasas demasiado tiempo con las computadoras, Arby? —preguntó Thorne.

—No —contestó Arby. Kelly notó que encorvaba los hombros y se encerraba en sí mismo, como siempre que se sentía criticado. Malhumorado, dijo—: ¿Especialista en el comportamiento de animales?

—Exactamente —respondió Thorne—. Me consta que Levine ha hablado varias veces con ella en estas últimas semanas. Lo ayudará con todo este equipo cuando por fin parta la expedición. O lo asesorará. O algo así. O quizás esté en contacto con Malcolm. Al fin y al cabo, estuvo enamorada de él.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Kelly—. Quizás era él quien estaba enamorado de ella...

Thorne la miró y preguntó:

—¿La conoces?

—No. Pero lo sé todo sobre ella.

—Ya veo. —Thorne se abstuvo de hacer más comentarios. Adivinaba en aquella actitud todos los signos de la mitomanía. Pero una niña podía tener héroes peores que Sarah Harding. Al menos no era una atleta o una estrella de rock. De hecho, resultaba estimulante que una chica tan joven admirase a alguien cuyo propósito era ampliar el conocimiento...

El teléfono seguía sonando. No había respuesta.

—Por lo menos sabemos que el equipo de Levine funciona —dijo Thorne—. Porque de lo contrario no habría señal. Algo es algo.

—¿Puede localizar su paradero? —preguntó Arby.

—Por desgracia, no. Y si no cortamos la llamada, probablemente se le agotará la pila del teléfono, así que...

De pronto se produjo un chasquido y oyeron una voz masculina con notable claridad:

—Levine.

—Bueno. Aquí lo tenemos —dijo Thorne, asintiendo con la cabeza. Pulsó el botón del auricular—. ¿Richard? Te habla Doc Thorne.

Por el altavoz llegaba el continuo zumbido de la interferencia estática. A continuación oyeron una tos, seguida de una voz ronca:

—¿Hola? ¿Hola? Aquí Levine.

Thorne volvió a apretar el botón del auricular.

—Richard, soy Thorne. ¿Me oyes?

—¿Hola? —repitió Levine al otro lado de la línea—. ¿Hola?

Thorne lanzó un suspiro.

—Richard, para transmitir debes pulsar el botón con la letra “T”. Cambio.

—¿Hola? —Otra tos, grave y áspera. Aquí Levine. ¿Hola?

Thorne movió la cabeza en un gesto de enfado.

—Está claro que no sabe cómo funciona. ¡Maldita sea! Y eso que se lo expliqué punto por punto. Pero, como cabía esperar, no prestó atención. Los genios nunca atienden. Se creen que lo saben todo. Esto no es un juguete. Apretó de nuevo el botón para hablar. Richard, escúchame. Debes pulsar el botón con la letra “T” para...

—Aquí Levine. ¿Hola? Levine. Por favor. Necesito ayuda. —Se oyó una especie de gemido—. Si me oyen, envíen ayuda. Escuchen. Estoy en la isla. Conseguí llegar aquí sin problemas, pero...

La línea crepitó y después se oyó un silbido.

—¡Vaya! —protestó Thorne.

—¿Qué pasa? —dijo Arby, inclinándose hacia él.

—Lo perdemos.

—¿Por qué?

—La pila —explicó Thorne—. Se agota por momentos. ¡Maldita sea! Richard, ¿dónde estás?

Oyeron la voz de Levine por el altavoz:

—... ya un muerto... situación... grave... no sé... si me oyen, pero si... envíen ayuda...

—¡Richard, dinos dónde estás! —gritó Thorne.

El zumbido era cada vez más intenso y la transmisión empeoraba gradualmente. Oyeron decir a Levine:

—... me tienen rodeado, y... crueles... los huelo... sobre todo de noche...

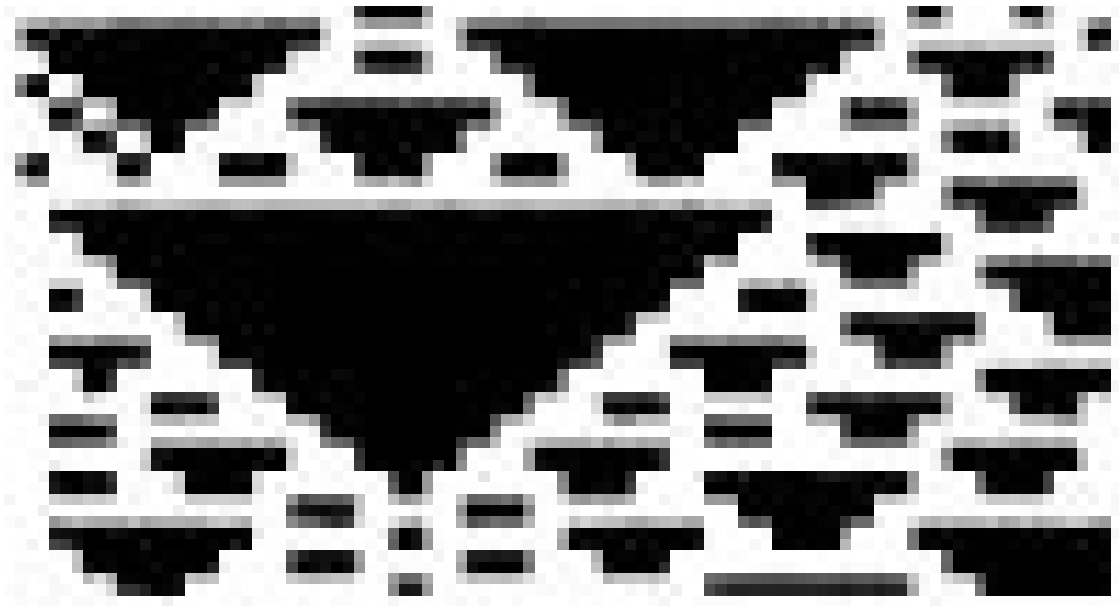
—¿De qué habla? preguntó Arby.

—... herida... no podré... mucho tiempo... por favor...

El zumbido se desvaneció y de repente se cortó la comunicación. Thorne pulsó una y otra vez el botón de su aparato y desconectó el altavoz. Se volvió hacia los chicos, que se habían quedado pálidos.

—Tenemos que encontrarlo —dijo—. Inmediatamente.

SEGUNDA CONFIGURACIÓN



La autoorganización tiende a la complejidad a medida que el sistema avanza hacia el borde caótico.

IAN MALCOLM

Indicios

Thorne abrió la puerta del departamento de Levine y encendió las luces. Los chicos contemplaron asombrados el lugar.

—¡Parece un museo! —comentó Arby.

Era un departamento de dos habitaciones, decorado en un estilo vagamente asiático, con elegantes armarios de madera y antigüedades caras. Estaba imaculado y la mayoría de las antigüedades se hallaban expuestas en urnas de plástico. Todo había sido minuciosamente etiquetado. Entraron despacio en la habitación.

—¿Vive aquí? —preguntó Kelly, incrédula. El departamento le parecía impersonal, casi inhumano. Y ella siempre tenía la casa tan desordenada...

—Sí —respondió Thorne a la vez que se guardaba la llave en un bolsillo—. Siempre está así. Por eso es incapaz de vivir con una mujer. No tolera que nadie le toque nada.

Los sofás del living se encontraban dispuestos en torno de una mesita de vidrio. En la mesita había cuatro pilas de libros, todas cuidadosamente alineadas con el borde. Arby leyó los títulos: Teoría de la catástrofe y estructuras emergentes, Procesos inductivos en la evolución molecular, Autómatas celulares. Metodología de la adaptación no lineal, Fases de transición en los sistemas evolutivos. Vio también algunos libros más viejos con títulos en alemán.

Kelly olfateó el aire.

—¿Hay algo en el fuego?

—No lo sé —dijo Thorne, y entró en el comedor.

Junto a la pared se extendía una placa calentadora con una hilera de platos tapados. La lustrosa mesa de madera estaba preparada para un comensal, con cubiertos de plata y una copa de cristal tallado. Había un tazón de caldo humeante. Thorne se acercó a la mesa, tomó una hoja de papel colocada junto a los cubiertos y leyó en voz alta:

—«Crema de langosta, verduras orgánicas, atún a la plancha». —Pegado a la hoja había un papel adhesivo amarillo—. «¡Espero que haya tenido un buen viaje! Romelia».

—¡Vaya! —exclamó Kelly—. ¿Viene alguien a cocinarle todos los días?

—Eso parece —contestó Thorne, que no parecía impresionado. Ojeó la correspondencia sin abrir que había junto a la placa.

Kelly examinó unos faxes que estaban en una mesa cercana. El primero era del

museo Peabody de Yale, en New Haven.

—¿Esto es alemán? —preguntó, tendiéndoselo a Thorne.

Estimado doctor Levine:

El documento que nos solicitó: («Geschichtliche Forschungsarbeiten über die Geologie Zentralamerikas», 1922-1929) ha sido enviado hoy por correo urgente.

Dina Skrumbis, archivera
Saludos.

—No lo entiendo —reconoció Thorne—, pero creo que se refiere a algún tipo de investigación sobre la geología de Centroamérica. Y es de los años 20, así que no es precisamente de gran actualidad.

—¿Para qué lo querría? —dijo Kelly.

Sin contestar, Thorne entró en el dormitorio.

Éste ofrecía un aspecto austero. La cama, pulcramente hecha, era un futon negro. Thorne abrió el armario y vio hileras de prendas espaciadas regularmente, todas planchadas y la mayoría en fundas de plástico. Abrió el cajón superior de la cómoda y encontró calcetines plegados y ordenados por colores.

—No sé cómo puede vivir así —comentó Kelly.

—No tiene ningún mérito —aseguró Thorne—. Sólo necesitas mucamas. —Abrió rápidamente los demás cajones uno tras otro. Kelly curioseó en la mesa de luz. Encima había varios libros. El primero del montón era muy pequeño y el papel amarilleaba por su antigüedad. Estaba escrito en alemán y se titulaba Die Fünf Todesarten. Lo hojeó, fijándose en las láminas en color de indígenas con vistosas indumentarias como las que usaban los aztecas; parecía un libro infantil ilustrado.

Debajo encontró libros y artículos de periódico con la cubierta roja del Instituto Santa Fe: Algoritmos genéticos y redes heurísticas; Geología de Centroamérica; Autómatas para teselación de dimensión arbitraria. Estaba también el informe anual de InGen Corporation correspondiente a 1989. Y junto al teléfono vio una hoja con apresuradas anotaciones. Reconoció la letra clara de Levine.

Se leía:

«ENCLAVE B»

Vulkanische

¿Tacaño?

¿Nublar?

¿Una de cinco Muertes?
¿en las mñas? ¡¡¡No!!!
quizá Gutiérrez
cautela.

—¿Qué es el Enclave B? —inquirió Kelly—. Aquí hay algo anotado al respecto.
Thorne se acercó a mirar.

—Vulkanische. Eso, si no me equivoco, significa «volcánico» explicó. Y tacaño y nublado... parecen topónimos. Podemos verificarlo en un atlas...

—¿Y esto de «una de cinco muertes»?

—Ni idea —contestó Thorne.

Mientras intentaban descifrar la hoja, Arby entró en el dormitorio y preguntó:

—¿Qué es el Enclave B?

Thorne levantó la vista.

—¿Por qué lo preguntas?

—Mejor será que venga a la oficina —sugirió Arby.

Levine había acondicionado la segunda habitación como oficina. Al igual que el resto del departamento, estaba admirablemente ordenada. Contenía un escritorio con papeles dispuestos en pulcras pilas junto a una computadora cubierta por un plástico. Un enorme tablero de corcho abarcaba casi toda la pared situada tras el escritorio, y allí Levine había clavado mapas, gráficos, recortes de prensa, imágenes de satélite y fotografías aéreas. En lo alto del tablero había un gran rótulo que rezaba: ¿enclave b?

Al lado se veía una instantánea borrosa y ajada de un chino con anteojos y bata de laboratorio en plena selva junto a un letrero de madera que indicaba: enclave b. Tenía la bata desabrochada y debajo llevaba una remera con una inscripción en el pecho.

Junto a la fotografía había una ampliación de la remera tal como aparecía en el original. Era difícil descifrar la inscripción, que se hallaba parcialmente cubierta a uno y otro lado por la bata, pero parecía leerse:

«nGen Enclave B
entro de Investig»

Con su cuidada caligrafía, Levine había anotado: «¿InGen Enclave B Centro de Investigación? ¿Dónde?».

Inmediatamente debajo había puesto una hoja extraída del informe anual de InGen, donde aparecía marcado con un círculo el siguiente párrafo:

Además de la sede central de Palo Alto, donde InGen mantiene un modernísimo laboratorio de investigación de 18.000 metros cuadrados, la compañía supervisa la actividad de campo de otros tres laboratorios en distintos lugares del mundo: un laboratorio geológico en Sudáfrica, donde se obtienen ámbar y otros especímenes biológicos; una granja experimental en las montañas de Costa Rica, donde se cultivan variedades exóticas de plantas; y unas instalaciones en isla Nublar, a doscientos kilómetros al oeste de Costa Rica.

Al lado Levine había escrito: «¡No hay B! ¡Mentirosos!».

—Está realmente obsesionado con ese Enclave B —observó Arby.

—Desde luego —convino Thorne—. Y piensa que está en alguna isla.

Aproximándose al tablero, Thorne examinó las imágenes de satélite. Advirtió que, pese a estar impresas en colores falsos y distintos grados de ampliación, aparentemente todas correspondían a la misma área geográfica: una costa rocosa y varias islas mar adentro. En el litoral se veía una playa y una densa selva; podía ser Costa Rica, pero era imposible saberlo con certeza. En realidad, había al menos una docena de lugares semejantes en todo el mundo.

—Por teléfono dijo que estaba en una isla —señaló Kelly.

—Sí —dijo Thorne con un gesto de impotencia—, pero eso no nos sirve de gran ayuda. Ahí debe de haber unas veinte islas o más. Thorne reparó en un memorándum situado en la parte baja del tablero.

ENCLAVE B @#\$#A TODOS LOS DEPARTAMENTOS DE[]****
VERTENCIA SOBRE%\$#Ces#!NECESIDAD DE EVITAR LA DIVULG*****

~~El señor Hammond desea recordar a todos.~~ **** tras*&de mercado*%**

Una estrategia de mercado a largo plazo*&A&A%

En cuanto a las instalaciones recreativas propuestas, por razones comerciales la tecnología del PJ no debe ~~revelarse~~ difundirse ~~darse a conocer~~ en toda su complejidad. El señor Hammond desea recordar a todos los departamentos que el centro de producción no se incluirá en ningún caso entre los ~~temas~~ asuntos tratados en informes de prensa o ~~discusiones~~. El centro de producción/fabricación no puede#@\$\$ referencia alguna a la localización de la isla de prod. Isla S. sólo en referencias internas tringir***A%\$** de prensa a las instrucciones generales.

—Qué raro es esto —comentó Thorne—. ¿Te dice algo? Arby se acercó y observó el memorándum pensativamente.

—¿Les ves algún sentido a todas esas letras que faltan y a esos signos? —

preguntó Thorne.

—Sí —respondió Arby. Chasqueó los dedos y se dirigió al escritorio de Levine. Descubrió la computadora y dijo—: Lo suponía. Contra lo que Thorne habría imaginado, no se trataba de un equipo moderno. Era una voluminosa computadora con varios años de antigüedad y tenía la superficie bastante rayada. Una banda negra estampada en la caja incluía un rótulo que rezaba: «Design Associates, Inc». Y más abajo, en una reluciente placa metálica colocada a la altura del interruptor de encendido, se leía: «Propiedad de International Genetics Technology, Inc., Palo Alto, CA».

—¿Qué es esto? —inquirió Thorne—. ¿Levine tiene una computadora de InGen?

—Sí —contestó Arby—. Nos mandó a comprarla la semana pasada. Estaban liquidando el equipo informático.

—¿Y los envió a ustedes?

—Sí. A mí y a Kelly. Prefirió no ir él personalmente. Sospecha que lo siguen.

—Pero esto es un sistema CAD/CAM y debe tener cinco años por lo menos —afirmó Thorne. Los sistemas CAD/CAM eran utilizados por arquitectos, diseñadores gráficos e ingenieros mecánicos—. ¿Para qué lo quería Levine?

—No nos lo dijo —respondió Arby a la vez que accionaba el interruptor de encendido—. Pero ahora ya lo sé.

—¿Ah, sí?

—Ese memorándum —aclaró Arby señalando hacia la pared con la barbilla—. ¿Sabe por qué ha salido así? Porque es un archivo informático recuperado. Levine recuperó los archivos de InGen de esta computadora.

Como Arby explicó, todas las computadoras vendidas por InGen aquel día habían sido reformateadas para eliminar cualquier información reservada de los discos rígidos. Pero los sistemas CAD/CAM eran una excepción. Aquella clase de computadoras contenían un software especial instalado por el fabricante. Ese software era introducido específicamente en cada computadora, utilizando códigos particulares. Por esa razón resultaba engorroso reformatearlas, pues el software habría tenido que reinstalarse después computadora por computadora y eso hubiera implicado horas de trabajo.

—O sea que no lo hicieron —adivinó Thorne.

—Exacto —confirmó Arby—. Se limitaron a borrar los directorios antes de vender las máquinas.

—Por lo tanto, los archivos originales siguen en el disco.

—Así es.

El monitor resplandeció. En la pantalla se leía: total de archivos recuperados: 2.387.

—¡Vaya! —exclamó Arby. Se inclinó y miró atentamente con los dedos

suspendidos sobre el teclado. Pidió el directorio y una interminable columna de archivos empezó a deslizarse por la pantalla. En total, más de dos mil.

—¿Cómo vas a...? —preguntó Thorne.

—Un momento —lo interrumpió Arby, y comenzó a teclear rápidamente.

—Muy bien, Arb —lo alentó Thorne. Le divertía la actitud apremiante que Arby adoptaba cuando se ponía ante una computadora. Parecía olvidar su corta edad, y su habitual timidez desaparecía. En el mundo electrónico se hallaba sin duda a sus anchas. Y era consciente de su propia destreza—. Cualquier dato que nos facilite puede servirnos... —agregó.

—Por favor, Doc —protestó Arby—. Vaya y... ayude a Kelly o haga lo que quiera.

Luego se volvió y siguió tecleando.

El Raptor

El velociraptor medía un metro ochenta de altura y era de color verde oscuro. En posición de ataque, emitía un potente silbido y adelantaba su musculoso cuello, abriendo las fauces. Tim, uno de los modelistas, preguntó:

—¿Qué le parece, doctor Malcolm?

—No lo encuentro muy amenazador —contestó Malcolm, sin detenerse al pasar por su lado. Se hallaba en el ala posterior de la facultad de biología, camino de su oficina.

—¿Que no lo encuentra muy amenazador? —repitió Tim.

—Nunca se erguían de ese modo, apoyados torpemente en las dos patas traseras. —Agarró un cuaderno de una mesa y se lo colocó al animal en las extremidades anteriores—. Dale un libro y parecerá que está cantando un villancico.

—¡Bueno! —se lamentó Tim—. No creí que estuviese tan mal.

—¿Mal? —dijo Malcolm—. Esto es una ofensa a un gran depredador. Debería transmitir una sensación de velocidad, peligro y poder. Separa más las mandíbulas. Baja el cuello. Tensa los músculos y la piel. Y levanta esa pata. Recuerda: los raptos no atacan con sus fauces; utilizan las garras. Quiero ver la garra más alta, lista para hendirse y sacarle las tripas a su presa.

—¿Está seguro? —se resistió Tim, poco convencido—. Podría asustar a los niños...

—¿A los niños o a ti? —Malcolm siguió por el pasillo—. Y otra cosa: cambia ese silbido. Suena como si alguien estuviese meando. Reemplázalo por un gruñido. Dale a un gran depredador lo que merece.

—¡Vaya! —exclamó Tim—. No sabía que tenía opiniones tan personales al respecto.

—Tiene que ser fiel a la realidad —aclaró Malcolm—. Como bien sabes, una cosa puede ser precisa o imprecisa, independientemente de tus opiniones. —Continuó caminando, irritado, olvidando por un momento el dolor de la pierna. El modelista lo sacaba de quicio, aunque reconocía que en realidad Tim era simplemente una muestra más del confuso modo de pensar imperante, lo que Malcolm llamaba «ciencia para bobos».

Desde hacía mucho tiempo Malcolm no resistía la arrogancia de sus colegas científicos. Esa arrogancia, como él bien sabía, se sustentaba en su resuelto olvido de la historia de la ciencia. Según los científicos, la historia carecía de importancia, ya

que los errores del pasado se rectificaban en el presente mediante los nuevos descubrimientos. Pero naturalmente sus predecesores habían pensado lo mismo. Se equivocaban entonces, y los científicos modernos se equivocaban también ahora. Ningún otro episodio de la historia de la ciencia demostraba ese hecho mejor que el retrato que se había ofrecido de los dinosaurios una década tras otra.

Era un acto de humildad darse cuenta de que la percepción más exacta sobre los dinosaurios había sido la primera. Allá por la década del 40 del siglo XIX, cuando Richard Owen describió por primera vez huesos gigantes en Inglaterra, denominó a aquellos animales Dinosauria: lagartos terribles. Ésa seguía siendo la descripción más precisa de aquellas criaturas, pensaba Malcolm. Ciertamente parecían lagartos, y sin duda eran terribles.

Pero después de Owen la imagen «científica» de los dinosaurios había experimentado numerosos cambios. Dado que en la época victoriana se creía en la inevitabilidad del progreso, se insistió en que por fuerza los dinosaurios debían ser inferiores, ¿por qué, si no, se habían extinguido? Así que en esa época se los transformó en criaturas gordas, aletargadas y sin la menor inteligencia: los grandes estúpidos del pasado. Esta percepción fue desarrollándose, de modo que a principios del siglo XX los dinosaurios se habían convertido en seres tan débiles que apenas podían sostener su propio peso. Los apatosaurios debían permanecer sumergidos en el agua hasta el vientre o corrían el riesgo de aplastarse ellos mismos las patas. La concepción global del mundo prehistórico se vio inundada por esta caracterización de los dinosaurios como animales débiles, estúpidos y lentos. Esta imagen persistió inalterable hasta los años 60, cuando un grupo de científicos renegados, con John Ostrom al frente, empezó a imaginar dinosaurios rápidos y ágiles de sangre caliente. Como estos científicos incurrieron en la temeridad de poner en duda un dogma, fueron blanco durante años de atroces críticas pese a que sus ideas comenzaban a parecer acertadas.

Sin embargo, en la última década el creciente interés por el comportamiento social había propiciado un nuevo punto de vista. De pronto los dinosaurios se presentaban como dóciles criaturas que vivían en grupo y cuidaban de sus crías. Eran animales bondadosos, e incluso adorables. Estos encantadores gigantes no habían hecho nada para merecer su horrible destino, que les llegó con el meteorito de Álvarez. Y esta pueril idea había dado origen a gente como Tim, reacia a ver la otra cara de la moneda, el lado ingrato de la vida. Desde luego, algunos dinosaurios desarrollaron un comportamiento social y vivían en grupo. Pero otros fueron cazadores, capaces de matar con una crueldad sin parangón. Para Malcolm, la verdadera imagen del pasado incluía la interacción de todos los aspectos de la vida, lo bueno y lo malo, la fortaleza y la debilidad. De nada servía engañarse.

¡Claro que asustaría a los niños! Malcolm lanzó un gruñido de indignación

mientras seguía por el pasillo.

En realidad el mal humor de Malcolm se debía a lo que Elizabeth Gelman le había revelado sobre la muestra de tejido, y especialmente sobre la etiqueta. Aquella etiqueta auguraba problemas, de eso estaba seguro.

Sin embargo, no sabía qué hacer.

Dobló al final del corredor y pasó ante las vitrinas donde se hallaban expuestas las puntas de flecha de Clovis, fabricadas en la prehistoria por los primeros hombres que poblaron América. Más allá se encontraba su oficina. Beverly, su ayudante, estaba de pie tras su escritorio ordenando papeles, lista ya para marcharse. Le entregó los últimos faxes recibidos y dijo:

—Dejé un mensaje para el doctor Levine en su oficina, pero no llamó. Por lo visto, no pueden localizarlo.

—Para variar —comentó Malcolm con un suspiro. Trabajar con Levine no resultaba fácil; era tan veleidoso que uno nunca sabía a qué atenerse. Fue Malcolm quien tuvo que depositar la fianza cuando lo detuvieron en su Ferrari. Ojeó por encima los faxes: fechas de congresos, peticiones para la reimpresión de algunos trabajos... nada interesante—. Muy bien, Beverly. Gracias.

—Ah, ya han venido los fotógrafos. Terminaron hace una hora.

—¿Qué fotógrafos? —preguntó Malcolm.

—Los de Caos trimestral. Para fotografiar su oficina —aclaró Beverly.

—¿De qué me hablas?

—Vinieron a fotografiar su oficina —repitió Beverly—. Para una serie de reportajes sobre los lugares de trabajo de matemáticos famosos. Traían una carta firmada por usted donde decía...

—Yo no envié ninguna carta —aseguró Malcolm—. Y es la primera vez que oigo hablar de Caos trimestral.

Entró en la oficina y echó un rápido vistazo. Beverly, visiblemente preocupada, corrió tras él.

—¿Qué pasa? ¿Se llevaron algo?

—No —contestó Malcolm mientras abría uno tras otro los cajones del escritorio. Por lo visto, no había desaparecido nada—. Parece que está todo en orden.

—¡Menos mal! —exclamó Beverly—. Porque...

Malcolm se volvió y miró hacia el otro extremo del despacho. El mapa.

En la pared tenía un gran mapamundi donde había marcado con tachuelas los puntos en que habían aparecido «formas aberrantes», como Levine las llamaba. Según el recuento más optimista —el recuento de Levine— eran doce en total, desde Rangiroa en el oeste hasta Baja California y Ecuador en el este. Sólo unas pocas se habían verificado. Pero ahora contaban con una muestra de tejido que confirmaba la existencia de un espécimen, y eso daba visos de realidad al resto.

—¿Fotografiaron ese mapa?

—Sí, fotografiaron todo. ¿Puede traer algún problema? Malcolm contempló el mapa intentando verlo con otros ojos, intentando adivinar qué conclusiones extraería un intruso. Él y Levine habían pasado horas ante aquel mapa, especulando sobre un posible «Mundo Perdido», tratando de determinar dónde podía hallarse. Finalmente se habían concentrado en cinco islas situadas en aguas de Costa Rica. Levine creía firmemente que era una de aquellas islas, y Malcolm empezaba a pensar que tenía razón. Pero aquellas islas no estaban marcadas en el mapa...

—Eran gente muy amable —comentó Beverly—. Muy educados. Extranjeros... suizos, diría.

Malcolm asintió y lanzó un suspiro.

«¡Qué importancia tiene! Tarde o temprano tenía que salir a la luz», pensó.

—Puedes quedarte tranquila, Beverly.

—¿De verdad?

—Sí, no pasa nada. Vete, y que descanses.

—Buenas noches, doctor Malcolm.

Cuando se quedó solo en la oficina, marcó el número de Levine. Sonó el teléfono y al cabo de un momento apareció el contestador. Levine aún no había regresado.

—Richard, ¿estás ahí? Si estás, atiende. Es importante.

Esperó, pero no hubo respuesta.

—Richard, soy Ian. Escucha, ha surgido un problema. El mapa ya no es seguro. Por otra parte, hice analizar la muestra, y me parece que revela el paradero del Enclave B, si mi...

Se oyó un chasquido cuando al otro lado de la línea levantaron el auricular. Malcolm oyó una respiración.

—¿Richard?

—No —respondió una voz—; soy Thorne, y creo que debería venir aquí enseguida.

Las cinco muertes

—Lo sabía —dijo Malcolm al entrar en el departamento de Levine y echar un vistazo alrededor—. Sabía que acabaría haciendo algo así. Ya habrán notado lo irreflexivo que es. Se lo advertí claramente: no vayas hasta que reunamos toda la información posible. Pero debería haberlo imaginado. Se fue, por supuesto.

—Sí, se fue —afirmó Thorne.

—Puro ego —reprochó Malcolm—. Richard tenía que ser el primero. El primero en averiguarlo, el primero en llegar allí. Estoy muy preocupado; podría echarlo todo a perder. Ese comportamiento impulsivo... es como una tempestad en el cerebro, las neuronas al borde del caos. La obsesión es una forma de adicción. Pero, ¿qué científico ha sabido alguna vez controlarse? Ya se lo enseñan en las facultades: el equilibrio no está bien visto. Olvidan que Niels Bohr no sólo era un gran físico sino también un atleta olímpico. Ahora todos se empeñan en ser insoportables. Es su estilo profesional.

Thorne miró pensativamente a Malcolm. Creyó detectar cierta competitividad en su tono de voz.

—¿Sabes a qué isla ha ido? —preguntó.

—No. No lo sé. —Malcolm iba de un lado a otro del departamento, observándolo todo—. La última vez que hablamos habíamos reducido las posibilidades a cinco islas, todas en el sur. Pero aún no habíamos decidido cuál de ellas era.

Thorne señaló el tablero colgado de la pared, concretamente las imágenes de satélite.

—¿Esas islas de ahí?

—Sí —respondió Malcolm, echándoles una ojeada—. Forman un arco y se encuentran todas a unos quince kilómetros mar adentro de la bahía de Puerto Cortés. Según se cree, están todas deshabitadas. Los lugareños las conocen como las Cinco Muertes.

—¿Por qué? —quiso saber Kelly.

—Por una antigua leyenda india —explicó Malcolm—. Algo sobre un valiente guerrero capturado por un rey que le dio a escoger entre cinco formas de morir: quemado, ahogado, aplastado, colgado y decapitado. El guerrero eligió las cinco y fue de isla en isla afrontando los distintos desafíos. Una versión americana de los trabajos de Hércules...

—¡Ahora lo entiendo! —exclamó Kelly, y corrió hacia el dormitorio.

Malcolm la miró desconcertado. Se volvió hacia Thorne, que hizo un gesto de incompreensión.

Kelly regresó con el libro infantil en alemán y se lo entregó a Malcolm.

—Sí —asintió Malcolm—. *Die Fünf Todesarten*. «Las cinco maneras de morir». En alemán... ¡qué interesante!

—Tiene muchos libros en alemán —indicó Kelly.

—¿Ah, sí? El muy hijo de puta. No me lo había dicho.

—¿Eso tiene alguna importancia? —preguntó Kelly.

—Sí, mucha. Alcázame esa lupa, ¿quieres?

Kelly tomó una lupa del escritorio y se la dio.

—¿Por qué es tan importante?

—Las Cinco Muertes son islas volcánicas muy antiguas —dijo Malcolm—. Y eso significa que poseen una gran riqueza geológica. En los años 20, los alemanes llevaron a cabo prospecciones mineras en esas islas. —Escrutó las ilustraciones con los ojos entornados—. Sí, son éstas: Matanceros, Muerte, Tacaño, Sorna y Pena. Todas tienen nombres relacionados con la muerte y la destrucción. Muy bien. Creo que nos acercamos. ¿Hay alguna fotografía del satélite con análisis espectrográficos de la capa nubosa?

—¿Va a servirnos eso para localizar el Enclave B? —inquirió Arby.

—¿Cómo? —Malcolm giró en redondo—. ¿Qué sabes tú del Enclave B?

Arby seguía ocupado con la computadora.

—Nada. Sólo que el doctor Levine lo buscaba. Y es el nombre que aparece en los archivos.

—¿Qué archivos?

—Recuperé algunos archivos de InGen en esta computadora. Y aplicando la función de búsqueda en documentos antiguos encontré referencias al Enclave B... Pero son bastante confusas. Como esta referencia por ejemplo.

Arby se echó hacia atrás para que Malcolm viese la pantalla.

Sumario: modificaciones al proyecto #35	
PRODUCCIÓN	(ENCLAVE B)
REGULADORES DE AIRE	Grado 5 a Grado 7
ESTRUCTURA LAB	400 cmm a 510 cmm
BIOSEGURIDAD	Nivel PK/3 a Nivel PK/5VEL
CINTA TRANSP	3 mpm a 2,5 mpm
CERCADOS	13 hect. a 26 hect.
PERSONAL	17 (4 admin.) a 19 (4 admin.)
PROTOCOLO COM	ET(VX) A RDT(VX)

Malcolm frunció el entrecejo.

—Curioso, pero no muy útil. No nos indica qué isla es, o ni siquiera si es una isla.

¿Qué más encontraste?

—Bueno... —Arby tecleó rápidamente—. Veamos. También está esto.

RED DE LA ISLA (ENCLAVE B)	PUNTOS NODALES
ZONA 1 (RÍO)	1-8
ZONA 2 (COSTA)	9-16
ZONA 3 (MONTAÑA)	17-24
ZONA 4 (VALLE)	25-32

—Bien, así que es una isla —observó Malcolm—. Y el Enclave B tiene una red, pero ¿qué clase de red? ¿Una red informática?

—No lo sé —admitió Arby—. Quizás una red de radio.

—¿Con qué fin? —preguntó Malcolm—. ¿De qué serviría una red de radio? Esto no es de gran ayuda.

Arby se encogió de hombros. Tomó aquello como un reto. Volvió a teclear con vehemencia.

—¡Un momento! —dijo—. Aquí hay otro. Si consigo darle formato... ¡Ya! ¡Lo tengo!

Se apartó de la pantalla, dejándola a la vista de los demás.

—Muy bien —aproboó Malcolm al ver el nuevo archivo—. ¡Muy bien!

ENCLAVE B		
ALA ESTE	ALA OESTE	ÁREA DE CARGA
LABORATORIO	ÁREA DE REUNIÓN	ENTRADA
PERIFERIA	NÚCLEO PRINCIPAL	GEOTURBINA
TIENDA	POBLADO	GEONÚCLEO
ESTACIÓN DE SERVICIO	CANCHA DE TENIS	MINIGOLF
CENTRO ADMINISTRATIVO	RECORRIDO DE AEROBISMO	CONDUCCIÓN DE GAS
SEGURIDAD UNO	SEGURIDAD DOS	LÍNEAS TÉRMICAS
MUELLE FLUVIAL	COBERTIZO PARA BOTES	SOLAR UNO
CARRETERA DEL PANTANO	CARRETERA DEL RÍO	CARRETERA DE MONTAÑA
CARRETERA PANORÁMICA	CARRETERA DEL ACANTILADO	CERCADOS

—Ahora sí vamos por buen camino —afirmó Malcolm, leyendo las listas—. ¿Puedes imprimir una copia?

—Claro. —Arby estaba radiante—. ¿De verdad sirve?

—De verdad —confirmó Malcolm.

Kelly miró a Arby y dijo:

—Arb, ésos son los rótulos de un mapa.

—Sí, eso parece —convino Arby—. No está mal, ¿eh? —Apretó una tecla y el texto de pantalla pasó a la impresora.

Malcolm estudió de nuevo el listado y luego se concentró en las fotografías del

satélite, examinándolas detenidamente una por una con la lupa. Casi las rozaba con la nariz.

—Arb, no te quedes ahí parado —reprobó Kelly—. ¡Vamos, recupera el mapa! ¡Eso es lo que necesitamos!

—No sé si será posible —contestó Arby—. Es un archivo protegido en un formato de treinta y dos bits... Quiero decir que va a costarme mucho trabajo...

—Arb, deja de quejarte y manos a la obra —apremió Kelly.

—No te molestes —terció Malcolm. Se apartó de las imágenes del satélite—. Ya no tiene importancia.

—¿No? —dijo Arby, un poco dolido.

—No, Arby. Puedes dejarlo. Con lo que averiguaste estoy seguro de que ya podemos identificar la isla.

James

Ed James bostezó y se ajustó el auricular. Deseaba asegurarse de que no se le escapaba un solo detalle de la conversación. Se revolvió en el asiento de su Taurus gris buscando una posición más cómoda e intentando permanecer despierto. La cinta avanzaba en el pequeño grabador que tenía sobre las rodillas, junto a un bloc y los envoltorios arrugados de dos hamburguesas. James miró hacia el edificio donde vivía Levine, en la otra acera. Las luces del departamento del tercer piso estaban encendidas.

Y el micrófono que había colocado allí la semana anterior funcionaba correctamente. Por el auricular oyó decir a uno de los chicos:

—¿Cómo?

Y Malcolm, el cojo, contestó:

—La esencia de la verificación reside en la convergencia en un único punto de múltiples hilos de razonamiento.

—¿Y eso qué significa? —inquirió el chico.

—Sólo tienen que fijarse en las fotografías del Landsat. En el bloc, James anotó: LANDSAT.

—Ya las hemos mirado antes —protestó la chica.

James se avergonzó de no haber descubierto antes que los dos chicos colaboraban con Levine. Los recordaba bien; iban a su clase. Eran un niño negro de corta estatura y una chica blanca desgarrada. Tendría que haberse dado cuenta.

Sin embargo, ya no importaba, pensó. Conseguiría la información de todos modos. James alargó el brazo y sacó las dos últimas papas fritas de la bolsa que había dejado en el tablero; estaban frías pero se las comió.

—Vean —oyó decir a Malcolm—. Es aquí. Ésta es la isla adonde ha ido Levine.

—¿Eso cree? —preguntó la chica, poco convencida—. Ésa es... isla Sorna.

James escribió: ISLA SORNA.

—Ésa es nuestra isla —aseguró Malcolm—. ¿Por qué? Por tres razones independientes. Primera, es propiedad privada, y por lo tanto el gobierno de Costa Rica no la ha rastreado a fondo. Segundo, ¿propiedad de quién? De los alemanes, que la alquilaron en los años 20 con la intención de explotar el subsuelo.

—¡Y por eso todos esos libros alemanes!

—Exacto. Tercero, de la lista de Arby, y de otra fuente de información independiente, se desprende que hay gas volcánico en el Enclave B. ¿Y qué islas

tienen gas volcánico? Casualmente sólo una. Agarren la lupa y verifíqueno ustedes mismos.

—¿Se refiere a ésta? —aventuró la chica.

—Precisamente. Eso es humo volcánico.

—¿Cómo lo sabe?

—Por el análisis espectrográfico —explicó Malcolm—. ¿Ven ese pico? Revela la presencia de azufre elemental en la capa nubosa. Las emanaciones de azufre sólo pueden ser de origen volcánico.

—¿Y ese otro pico? —quiso saber la chica.

—Metano —respondió Malcolm—. Al parecer, existe una considerable fuente de gas metano.

—¿También es de origen volcánico? intervino Thorne.

—Podría ser —asintió Malcolm—. La actividad volcánica libera metano, pero generalmente durante las erupciones. La otra posibilidad es que sea orgánico.

—¿Orgánico? ¿Y eso a qué obedecería?

—A la existencia en la isla de grandes herbívoros y...

James no consiguió oír el final de la frase. A continuación el chico dijo con tono enojado:

—¿Termino de recuperar estos archivos o no?

—No —contestó Thorne—. Déjalo, Arby. Ahora ya sabemos lo que debemos hacer. ¡Vámonos, chicos!

James miró hacia el departamento y vio que se apagaban las luces. Momentos después Thorne y los chicos aparecieron en la puerta del edificio. Subieron a un jeep y se alejaron. Malcolm fue a su coche, entró torpemente y se marchó en sentido opuesto.

James pensó en seguir a Malcolm, pero tenía otra tarea pendiente. Encendió el motor, levantó el auricular del teléfono y marcó un número.

Los vehículos

Media hora más tarde, ya de regreso en el taller de Thorne, Kelly miró asombrada alrededor. La mayoría de los mecánicos se habían marchado y habían dejado todo limpio. Los dos tráilers y el Explorer, uno al lado del otro, estaban recién pintados de color verde oscuro y listos para partir.

—¡Terminaron!

—Ya te lo había dicho —recordó Thorne, volviéndose hacia el jefe del taller, Eddie Carr, un joven robusto de poco más de veinte años. Agregó—: ¿Cómo vamos con el trabajo, Eddie?

—Dando los últimos retoques, Doc —respondió Eddie—. La pintura aún está húmeda en algunos sitios, pero mañana ya se habrá secado.

—No podemos esperar hasta mañana. Tenemos que ponernos en marcha ahora mismo.

—¿Tenemos? —preguntó Eddie.

Arby y Kelly cruzaron una mirada. Aquello también era nuevo para ellos.

—Te necesitare para conducir uno de los vehículos, Eddie —aclaró Thorne—. Debemos estar en el aeropuerto a medianoche.

—Creía que íbamos a probarlos...

—No hay tiempo para pruebas. Iremos directamente al lugar de destino. —Sonó el timbre de la puerta—. Debe de ser Malcolm. —Pulsó el botón del portero automático.

—¿No va a realizarse ninguna prueba sobre el terreno? —insistió Eddie, alarmado—. Creo que necesitarían un buen tanteo, Doc. Hemos introducido modificaciones muy complejas y...

—No queda tiempo —lo interrumpió Malcolm al entrar—. Tenemos que partir inmediatamente. —Volviéndose hacia Thorne, añadió—: Estoy muy preocupado por Levine.

—¿Llegaron los permisos de salida, Eddie? —preguntó Thorne.

—Ah, sí. Los recibimos hace dos semanas.

Entonces tráelos y avisa a Jenkins. Dile que se reúna con nosotros en el aeropuerto y que se ocupe él de los detalles. Quiero despegar dentro de cuatro horas.

—Pero, Doc...

—No discutas.

—¿Van a Costa Rica? —inquirió Kelly.

—Así es. Tenemos que encontrar a Levine. Si ya no es demasiado tarde...

—Los acompañaremos —propuso Kelly.

—Eso —convino Arby—. Nosotros también iremos.

—Ni hablar —atajó Thorne—. Imposible.

—¡Nos lo merecemos!

—¡El doctor Levine habló con nuestros padres!

—¡Nos dieron permiso!

—Les dieron permiso para un viaje de prueba por un bosque que está a doscientos kilómetros de aquí —repuso Thorne severamente—. Pero ahora no se trata de eso. Nos vamos a un lugar que podría ser muy peligroso, y ustedes no van a venir. No se hable más.

—Pero...

—Chicos, no me enloquezcan —advirtió Thorne—. Voy a llamar por teléfono. Váyanse de aquí. Márchense a casa.

Dicho esto, se dio media vuelta y se fue.

—¡Vaya! —exclamó Kelly.

Arby le sacó la lengua a Thorne, que estaba de espaldas, y masculló:

—¡Qué imbécil!

—Obedece, Arby —instó Thorne sin volver la cabeza—. Márchense los dos a casa. Y punto.

Entró en su oficina y cerró de un portazo. Arby se metió las manos en los bolsillos.

—No lo habrían localizado sin nuestra ayuda.

—Lo sé, Arb —dijo Kelly—. Pero no podemos obligarlo a que nos lleve.

Se volvieron hacia Malcolm.

—Doctor Malcolm, si usted...

—Lo siento. No es posible.

—Pero...

—La respuesta es no, chicos —contestó Malcolm—. Es demasiado peligroso.

Cabizbajos, se acercaron a los vehículos, que resplandecían bajo las luces del taller. El Explorer tenía el techo y el capó cubiertos de paneles fotovoltaicos y el interior repleto de reluciente material electrónico. Su sola imagen les transmitía una sensación de aventura, una aventura en la que no participarían.

Arby escudriñó por la ventanilla del tráiler más grande, ahuecando las manos alrededor de los ojos.

—¡Eh, fíjate! —exclamó.

—Voy a entrar —anunció Kelly, y abrió la puerta. Sorprendida por su peso y solidez, se quedó inmóvil durante un momento. A continuación subió por la escalerilla.

Adentro, el tráiler estaba tapizado de color gris y contenía mucho más material electrónico. Se dividía en secciones, cada una correspondiente a un laboratorio de determinada función. El área principal era un laboratorio biológico con bandejas para especímenes, receptáculos de disección y microscopios conectados a monitores. Incluía asimismo equipo bioquímico, espectrómetros y una serie de analizadores de muestras automatizados. El departamento contiguo era una amplia sección informática, con una batería de procesadores y un complejo equipo de comunicaciones. Todo estaba miniaturizado y encajado en mesas corredizas que se introducían en la pared y se plegaban hacia abajo.

—¡Increíble! —dijo Arby.

Kelly guardaba silencio. Sin perderse detalle inspeccionaba el laboratorio que el doctor Levine había diseñado para aquel tráiler, al parecer con una finalidad muy concreta. No estaba pertrechado para investigaciones geológicas, botánicas o químicas, ni de hecho para nada de lo que teóricamente debería estudiarse en una expedición de aquellas características. No era en absoluto un laboratorio de propósito general. En realidad era sólo una unidad de biología asistida por una gran unidad informática.

Biología y computadoras. Nada más.

¿Con qué objeto se había construido ese tráiler?

En la pared había una pequeña estantería empotrada con los libros sujetos mediante una tira de velcro. Leyó los títulos: Modelos de sistemas biológicos adaptativos, Dinámica del comportamiento en los vertebrados, Adaptación en sistemas naturales y artificiales, Los dinosaurios de Norteamérica, Preadaptación y evolución... No era una biblioteca demasiado corriente para una expedición a la selva; si aquello escondía alguna lógica, Kelly no se la veía.

Siguió adelante. A intervalos quedaban a la vista los refuerzos de las paredes: oscuras franjas alveolares de carbono hasta el techo. Había oído decir a Thorne que en los cazas supersónicos empleaban ese mismo material. Muy liviano y resistente. Y advirtió que todas las ventanillas habían sido sustituidas por unos cristales especiales que contenían una fina malla metálica.

¿Por qué necesitaban un vehículo tan fuerte?

Si se detenía a pensarlo, se inquietaba un poco. Recordó la llamada telefónica al doctor Levine de unas horas antes. Había dicho que estaba rodeado. ¿Rodeado por qué? Había dicho: «Los huelo, sobre todo de noche». ¿A qué se refería? ¿A quiénes?

Aún intranquila, Kelly avanzó hacia el fondo del tráiler, donde había un confortable habitáculo; tenía hasta cortinas de algodón. Incluía una cocina, un baño y cuatro camas. Encima y debajo de las camas se extendían hileras de armarios. Contaba incluso con una pequeña ducha. Resultaba acogedor.

Desde allí cruzó el fuelle que comunicaba los dos tráilers. Era más o menos como

la pasarela que une los vagones de un tren, un corto pasillo de transición. Salió al interior del segundo tráiler, que parecía básicamente un espacio de almacenaje: ruedas de auxilio, repuestos, más material de laboratorio, estantes y armarios. Todos los implementos necesarios para una expedición a un lugar lejano. Incluso había una motocicleta colgada en la pared del fondo. Intentó abrir los armarios, pero estaban cerrados con llave.

También aquella sección se había reforzado especialmente. «¿Por qué? ¿Por qué tan fuerte?», se preguntó.

—Mira esto —dijo Arby, de pie ante una unidad electrónica mural. Era un panel lleno de indicadores y botones; a Kelly le pareció una especie de complicado termostato.

—¿Qué es? —preguntó.

—Desde aquí se controla todo el tráiler —explicó Arby—. Con estos comandos puedes activar cualquier cosa. Todos los sistemas, todo el equipo. Y fíjate, un circuito de televisión. —Apretó un botón y un monitor cobró vida. En él vieron a Eddie, que se dirigía hacia el tráiler—. ¿Y qué será esto? —Arby señaló un botón con una cubierta de seguridad situado en la parte baja del panel. Retiró la cubierta. El botón era plateado y llevaba grabadas las letras DEF—. Seguro que es la defensa contra osos de la que nos habló.

Al cabo de un instante Eddie abrió la puerta del tráiler y dijo:

—Mejor será que apagues eso o nos dejarás sin batería. Vengan, ya oyeron a Doc. Es hora de marcharse a casa.

Kelly y Arby cruzaron una mirada.

—Bueno —contestó Kelly—. Ya nos vamos. A su pesar salieron del tráiler.

Cruzaron el taller en dirección a la oficina de Thorne para despedirse.

—Ojalá nos dejasen ir —deseó Arby.

—Ojalá.

—No tengo ganas de quedarme en casa estas vacaciones —declaró Arby—. Van a estar todo el tiempo trabajando. —Se refería a sus padres.

—Ya lo sé.

Kelly, tampoco deseaba volver a su casa. Para ella participar en la prueba sobre el terreno durante las vacaciones de primavera era la solución ideal, porque la alejaba de su casa y de una mala situación. Su madre ingresaba datos para una compañía de seguros durante el día y trabajaba de camarera en Denny's por la noche. De manera que pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa, y su último novio, Phil, aparecía por allí con frecuencia, especialmente de noche. Cuando Emily estaba en casa, eso no había supuesto ningún problema, pero ahora Emily estudiaba en la escuela de enfermería, así que Kelly se quedaba sola. Y Phil era un personaje detestable. Pero a

su madre le gustaba, de modo que no quería oír hablar mal de él. Se limitaba a decirle a Kelly que madurase. Por lo tanto, camino de la oficina de Thorne, Kelly albergaba la vana esperanza de que en el último minuto él cediese. Cuando llegaron, Thorne estaba hablando por teléfono, de espaldas a ellos. En la pantalla de la computadora vieron una de las imágenes del satélite que se habían llevado del departamento de Levine. Mediante la función de zoom Thorne obtenía sucesivas ampliaciones de la imagen. Llamaron a la puerta y la entreabrieron.

—Adiós, doctor Thorne.

—Hasta la vista, doctor Thorne.

Thorne se volvió con el auricular del teléfono pegado a la oreja.

—Adiós, chicos —dijo, e hizo un lacónico gesto de despedida con la mano.

Kelly vaciló.

—¿Podría hablar un momento con usted sobre...?

—No —la interrumpió Thorne, negando con la cabeza.

—Pero...

—No, Kelly. Esta llamada no puede esperar. Son casi las cuatro de la mañana en África, y dentro de un rato se irá a dormir.

—¿Quién?

—Sarah Harding.

—¿Sarah Harding también va? —preguntó, resistiéndose a alejarse de la puerta.

—No lo sé. —Thorne se encogió de hombros—. Que pasen unas buenas vacaciones. Nos veremos dentro de una semana. Gracias por su ayuda. Y ahora márchense. —Lanzó una mirada al otro extremo del taller—. Eddie, los chicos se van. Acompáñalos a la puerta y cierra bien para que no vuelvan a entrar. ¡Tráeme esos papeles! ¡Ah, y prepara tu mochila! ¡Vienes conmigo! —A continuación, cambiando de tono, agregó—: Sí, operadora, sigo esperando.

Se volvió de espaldas.

Harding

Con los anteojos de visión nocturna el mundo se revestía de un color verde fluorescente en todas sus tonalidades. Sarah Harding contempló la sabana de África. Adelante, por encima de la alta hierba, veía un promontorio rocoso. Unos diminutos puntos verdes resplandecían sobre los peñascos. Probablemente se trataba de damanes, pensó, o de algún otro pequeño roedor.

De pie en el jeep, envuelta en una camisa para protegerse del aire frío de la noche, giró lentamente la cabeza, notando el peso de los anteojos. Oía unos gañidos en la noche y quería localizar su procedencia.

Sabía que pese a hallarse sobre el vehículo y disfrutar, por lo tanto, de una vista más amplia, no sería fácil divisar a los animales, que trataban de permanecer ocultos a toda costa. Se volvió despacio hacia el norte, buscando algún movimiento en la hierba. No vio nada. De pronto se dio media vuelta, y por un momento aquel mundo verde se convirtió en un torbellino. Miraba hacia el sur.

Y entonces los vio.

La hierba se rizaba formando un complejo dibujo mientras la manada avanzaba rápidamente, aullando y ladrando, dispuesta para el ataque. Vio por un instante a la hembra que llamaba Cara Uno o C1. C1 se diferenciaba de las demás por una veta blanca entre los ojos. C1 avanzaba deprisa con el peculiar trote de las hienas. Mostraba los dientes y volvía la cabeza, observando la posición de los otros miembros de la manada.

Sarah Harding, con ayuda de los anteojos, rastreó en la oscuridad la zona hacia donde se dirigían. No tardó en ver la presa: un rebaño de búfalos africanos hundidos en la hierba hasta el vientre. Estaban nerviosos; se oían sus bramidos y el ruido de sus patadas contra el suelo.

Los aullidos de las hienas se hicieron más intensos; era un sonido destinado a desorientar a la presa. Corrieron entre los búfalos con la intención de disgregar la manada y separar a las crías de sus madres. Los búfalos, pese a su apariencia de torpeza y estupidez, son en realidad criaturas poderosas y fieras provistas de puntiagudos cuernos. Se encuentran entre los grandes mamíferos más peligrosos de África. Las hienas sabían que eran incapaces de abatir a un búfalo adulto a menos que estuviese herido o enfermo.

Pero intentarían llevarse una cría.

Sentado al volante del jeep, Makena, su ayudante, preguntó:

—¿Quiere que nos acerquemos más?

—No, ya está bien.

De hecho, ocupaban una posición ideal. El jeep se hallaba en lo alto de una ligera elevación y disfrutaban de una vista mucho mejor que de costumbre. Con un poco de suerte grabaría toda la maniobra de ataque. Encendió la videocámara, montó el trípode a una altura de un metro y medio por encima de su cabeza, y empezó a dictar rápidamente en el grabador.

—C1 al sur; C2 y C5 en los flancos, a veinte metros. C3 en el centro. C6 describe un amplio círculo por el este. No veo a C7. C8 avanza en círculo por el norte. C1 avanza en línea recta, alborotando al rebaño. Los búfalos se revuelven, cocean. Ahí está C7. De frente. C8 traza un ángulo desde el norte. Se abre y continúa avanzando en círculo.

Ése era el comportamiento clásico de las hienas. Los animales de cabeza atravesaban el rebaño mientras los otros lo rodeaban para después estrechar el círculo. De ese modo la presa no podía seguir la trayectoria de su atacante. Siguió oyendo los bramidos de los búfalos incluso cuando, aterrorizados, rompieron su apretada formación. Los animales de mayor tamaño, separados del grupo, se volvían y vigilaban. Harding no veía a las crías; las tapaba la hierba. Pero oía sus lastimeros quejidos.

Las hienas acometieron de nuevo. Los búfalos lanzaban coces y agachaban las enormes cabezas amenazadoramente. La hierba volvió a rizarse mientras las hienas envolvían al rebaño aullando y ladrando de un modo cada vez más entrecortado. Avistó por un instante a la hembra C8, que tenía ya las fauces ensangrentadas. Sin embargo, Harding no había visto el ataque.

El rebaño de búfalos se alejó hacia el este, reagrupándose a corta distancia. Un búfalo hembra permanecía apartado del resto, bramando sin cesar a las hienas. Debían de haber capturado a su cría. Harding sintió frustración. Había ocurrido todo muy deprisa —demasiado deprisa—, y eso sólo podía significar que las hienas habían tenido suerte o que la cría estaba herida. O quizás era muy joven, tal vez incluso recién nacida; para esa época aún parían algunas hembras. Tendría que revisar la cinta e intentar reconstruir lo sucedido. Ésos eran los riesgos de estudiar animales nocturnos de rápidos movimientos, pensó.

Pero sin duda habían atrapado un animal. Todas las hienas se apiñaban en un mismo punto entre la hierba; gañían y brincaban. Vio a C3 y luego a C5 con los hocicos rojos. Empezaban a acercarse sus propios cachorros, reclamando su parte del animal muerto con agudos gritos. Las hienas adultas les abrieron paso de inmediato y los ayudaron a comer. A veces arrancaban trozos de carne y se los ofrecían a las más jóvenes.

Aquel comportamiento era de sobra conocido para Sarah Harding, que en los

últimos años se había convertido en la mayor experta en hienas del mundo. Cuando informó por primera vez sobre sus hallazgos, se encontró con la incredulidad e incluso las impertinencias de sus colegas, que cuestionaron sus observaciones en términos muy personales. La agredieron por ser mujer, por ser atractiva y por ofrecer «una perspectiva despóticamente feminista». La universidad le recordó que aún no era profesora titular. Sus colegas rechazaron sus afirmaciones con gestos de desdén. A pesar de todo Harding perseveró y con el paso del tiempo, a medida que acumulaba datos, su visión de las hienas fue aceptándose.

No obstante, las hienas nunca despertarían simpatía, pensó viéndolas comer. Eran desgarradas, tenían la cabeza grande y el cuerpo caído, el pelo desigual y jaspeado, caminaban torpemente, y emitían un sonido que recordaba demasiado una risa desagradable. En un mundo cada vez más urbano de rascacielos de hormigón, los animales salvajes, vistos desde una perspectiva irreal, eran clasificados en nobles e innobles, en héroes y villanos. Y en ese mundo dominado por los medios de comunicación las hienas no eran suficientemente fotogénicas para suscitar admiración. Etiquetadas desde hacía mucho tiempo como los risueños villanos de las llanuras africanas, no se las había considerado dignas de un estudio sistemático hasta que Harding inició su investigación.

Sus descubrimientos presentaban a las hienas bajo una luz muy distinta. Valientes en la caza y atentas con sus crías, habían desarrollado una estructura social muy compleja, basada además en el matriarcado. En cuanto a sus famosos gañidos, representaban en realidad una elaborada forma de comunicación.

De pronto oyó un rugido y a través de los anteojos de visión nocturna vio acercarse el primer león al animal muerto. Era una hembra de gran tamaño, y empezó a dar vueltas alrededor de la manada. Las hienas ladraban e intentaban arañar a la leona, apartando a la vez a las crías y ocultándolas entre la hierba. En cuestión de minutos aparecieron otros leones y comenzaron a devorar la presa ganada por las hienas.

«Ahora leones», pensó. Ésa sí era una bestia repugnante. Pese a ser considerado el rey de todos los animales, los leones actuaban con verdadera mezquindad y...

Sonó el teléfono.

—Makena —dijo Harding.

El teléfono volvió a sonar. ¿Quién podía ser a esas horas? Arrugó la frente. Vio que los leones levantaban la cabeza en la oscuridad.

Makena buscó a tientas el teléfono bajo el tablero. Sonó otras tres veces antes de que lo encontrara.

Harding lo oyó decir:

—Jambo, mzee. Sí, la doctora Harding está aquí. —Le pasó el auricular—. Es el doctor Thorne.

De mala gana se quitó los anteojos y tomó el teléfono. Conocía bien a Thorne; le había diseñado la mayor parte del equipo que llevaba en el jeep.

—Doc, más vale que sea algo importante —advirtió.

—Lo es —repuso Thorne—. Te llamo por algo relacionado con Richard.

—¿Qué le pasa? —Harding percibió la inquietud de Thorne, pero no se imaginó la causa. Últimamente Levine se había convertido en una auténtica molestia. Llamaba casi a diario desde California para extraerle toda clase de información sobre el trabajo de campo con animales. La asaeteaba con preguntas sobre puestos de observación, protocolos de datos, registro de información y un sinnúmero de cuestiones más.

—¿Te dijo alguna vez qué se proponía estudiar? —preguntó Thorne.

—No —respondió Harding—. ¿Por qué?

—¿No te ha dado siquiera algún indicio?

—No —repitió Harding—. Es muy reservado. Pero deduzco que ha localizado una población animal que podría utilizarse para demostrar algo sobre los sistemas biológicos. Ya sabes lo obsesivo que es. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque desapareció —explicó Thorne—. Malcolm y yo creemos que está en apuros. Lo localizamos en una isla de Costa Rica y salimos en su busca ahora mismo.

—¿Ahora?

—Esta noche. Dentro de unas horas tomamos el avión a San José. Ian viene conmigo, y querríamos que nos acompañases.

—Doc —protestó Harding—, aun cuando tomase el vuelo de Seronera a Nairobi mañana a primera hora, tardaría casi un día en llegar allí. Y eso con suerte. Quiero decir que...

—Tú decides —la interrumpió Thorne—. Te daré los detalles, y resuelve lo que consideres conveniente.

Thorne le proporcionó la información, y ella la anotó en un cuaderno que llevaba colgado del cinturón. A continuación Thorne colgó.

Inmóvil, Harding contempló la noche africana, sintiendo en la cara la brisa fría. En la oscuridad oía los gruñidos de los leones mientras devoraban la presa. Su trabajo estaba allí. Su vida estaba allí.

—¿Doctora Harding? —dijo Makena—. ¿Qué hacemos?

—Volvamos —ordenó ella—. Tengo que preparar el equipaje.

—¿Se marcha?

—Sí —contestó Harding—. Me marcho.

El mensaje

Las luces de San Francisco se desvanecían tras ellos a medida que se alejaban camino del aeropuerto con Thorne al volante del tráiler. Malcolm ocupaba el asiento contiguo. Volvió la cabeza y echó una ojeada al Explorer, en el que los seguía Eddie.

—¿Sabe Eddie en qué andamos metidos? —preguntó Malcolm.

—Sí —respondió Thorne—. Pero si se lo cree o no ya es otra cosa.

—¿Y los chicos lo saben?

—No —aseguró Thorne.

Thorne oyó un zumbido junto a él y sacó su Envoy negro, un localizador personal. Destellaba una luz. Encendió la pantalla y se lo entregó a Malcolm.

—Léemelo.

—Es de Arby —informó Malcolm—. Dice: «Buen viaje. Si nos necesita, llámenos. No nos moveremos de aquí por si precisa nuestra ayuda». Y deja un número de teléfono.

Thorne se echó a reír.

—Son encantadores. Nunca se rinden. —De pronto lo asaltó una sospecha y frunció el entrecejo—. ¿De qué hora es el mensaje?

—Es de hace cuatro minutos —contestó Malcolm—. Lo envió a través de la red.

—Ah, bueno. Simple comprobación.

Doblaron a la derecha en dirección al aeropuerto. Vieron las luces a lo lejos. Malcolm miraba al frente con expresión sombría.

—No es prudente actuar con tanta precipitación —se lamentó—. Estas cosas no pueden hacerse así.

—Saldremos del paso —lo tranquilizó Thorne—. Siempre y cuando ésa sea la isla.

—Lo es —aseguró Malcolm.

—¿Por qué estás tan seguro?

—El indicio más importante es algo que prefería no comentar delante de los chicos. Hace unos días Levine vio uno de esos animales muertos.

—¿Sí?

—Sí. Tuvo ocasión de echarle un vistazo antes de que lo quemasen y descubrió que estaba marcado. Cortó la etiqueta y me la mandó.

—¿Marcado? —inquirió Thorne—. Quieres decir como...

—Sí. Como un espécimen biológico. La etiqueta era vieja y tenía la superficie

picada debido al ácido sulfúrico.

—De origen volcánico —conjeturó Thorne.

—Exacto —confirmó Malcolm.

—¿Y dices que era vieja?

—Tenía varios años —explicó Malcolm—. Pero lo más interesante es la causa de la muerte. Levine dedujo que el animal había resultado herido aún en vida: un profundo corte en la pata, que llegaba hasta el hueso.

—Es decir, que el animal fue herido por otro dinosaurio.

—Sí. Así es.

Guardaron silencio durante un rato.

—Aparte de nosotros, ¿quién más conoce la existencia de esa isla? —preguntó Thorne.

—No lo sé —respondió Malcolm—. Pero alguien está interesado. Hoy entraron en mi oficina unos intrusos y fotografiaron todo.

—Estupendo. —Thorne lanzó un suspiro—. Pero, ¿tú aún no sabías qué isla era?

—No. Aún no había atado cabos.

—¿Crees que alguien más podría haber llegado a la misma conclusión?

—No —contestó Malcolm—. Estamos solos.

Explotación

Lewis Dodgson abrió la puerta donde se leía SECCIÓN DE ANIMALES e inmediatamente todos los perros empezaron a ladrar. Dodgson siguió por el corredor entre las hileras de jaulas que se elevaban a una altura de tres metros a ambos lados. El pabellón era enorme; Biosyn Corporation de Cupertino, California, necesitaba unas amplias instalaciones para la experimentación con animales.

A su lado Rossiter, el presidente de la compañía, se limpió las solapas del traje italiano, con expresión adusta.

—No soporto este horroroso lugar —protestó—. ¿Por qué me hicieron venir aquí?

—Porque tenemos que hablar sobre el futuro —respondió Dodgson.

—Esto apesta —rezongó Rossiter, consultando su reloj—. Vamos al grano, Lew.

—Aquí podremos hablar. —Dodgson lo llevó a la cabina del vigilante, situada en el centro del pabellón.

El vidrio ahogó los ladridos, pero por las ventanas seguían viendo las hileras de animales.

—Es muy sencillo —empezó Dodgson—. Pero también muy importante.

Lewis Dodgson tenía cuarenta y cinco años. Era un hombre de facciones suaves y pelo ralo. Tenía un aspecto juvenil y un trato amable. Pero las apariencias engañaban. Dodgson, pese a su cara de niño, era uno de los genetistas más implacables y agresivos de su generación. La controversia había sido la nota dominante de su carrera. Había sido expulsado de Hopkins durante el curso de doctorado por proyectar una terapia genética aplicada a seres humanos sin solicitar permiso a las autoridades sanitarias. Más tarde, tras su incorporación a Biosyn había llevado a cabo en Chile una polémica prueba con una vacuna para la rabia; los campesinos incultos con quienes experimentó no fueron informados de que se trataba de un ensayo.

Tanto en un caso como en otro Dodgson se justificó aduciendo que era un científico con prisa y no podía refrenarse por normativas creadas para espíritus menores. Se definía como un hombre «orientado a los resultados», lo cual significaba que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de alcanzar sus objetivos. Además era un incansable vendedor de su propia imagen. En la compañía Dodgson se presentaba como investigador, pese a que carecía de aptitudes para realizar investigaciones originales y de hecho jamás había investigado. Poseía un intelecto esencialmente mimético; nunca concebía nada hasta que alguien lo había pensado

primero. Su fuerte era el «desarrollo» de investigaciones, lo cual equivalía a robar el trabajo de otro en sus etapas iniciales. En este campo no tenía escrúpulos ni rivales. Durante muchos años había dirigido el departamento de contraingeniería de Biosyn, dedicado en teoría a analizar los productos de la competencia y determinar su elaboración. En la práctica, la «contraingeniería» se centraba básicamente en el espionaje industrial.

Rossiter, naturalmente, no se engañaba con respecto a Dodgson. Le inspiraba un profundo rechazo y lo eludía en la medida de lo posible. Dodgson siempre corría riesgos y buscaba atajos; lo ponía nervioso. Pero Rossiter no ignoraba que la moderna biotecnología era un campo muy competitivo. Toda compañía, para no quedar rezagada, necesitaba a un hombre como Dodgson. Y Dodgson sobresalía en su especialidad.

—No andaré con rodeos —anunció Dodgson, volviéndose hacia Rossiter—. Si actuamos de prisa, podemos adquirir la tecnología de InGen.

Rossiter lanzó un suspiro.

—Otra vez no...

—Lo sé, Jeff. Conozco tu opinión al respecto, y lo reconozco: en este asunto tuvimos muchos contratiempos...

—¿Contratiempos? —lo interrumpió Rossiter—. El único contratiempo es que fracasaste. Lo intentamos por todos los medios, lícitos e ilícitos. ¡Maldita sea, incluso tratamos de comprar la compañía cuando estaba acogida al Capítulo 11 porque, según tú, era accesible! Pero resultó que no lo era. Los japoneses se negaron a vender.

—Te comprendo, Jeff; pero no olvidemos...

—Lo que no puedo olvidar —prosiguió Rossiter— es que pagamos setecientos cincuenta mil dólares a tu amigo Nedry y no sacamos nada en claro.

—Pero, Jeff...

—Y luego pagamos quinientos mil a ese alcahuete del Banco Dai-Ichi. Tampoco de ahí obtuvimos beneficio. Todos nuestros intentos de adquirir la tecnología de InGen han sido un estrepitoso fracaso. Eso sí que no puedo olvidarlo.

—Pero la cuestión —insistió Dodgson— es que esos intentos se deben a una buena razón. Esa tecnología es vital para el futuro de la compañía.

—Si tú lo dices...

—El mundo está cambiando, Jeff. Te hablo de resolver uno de los mayores problemas con que deberá enfrentarse esta compañía en el siglo XXI.

—¿Cuál?

Dodgson señaló hacia los perros que ladraban al otro lado del vidrio.

—La experimentación con animales. No nos engañemos, Jeff, cada año recibimos mayores presiones para que interrumbamos los ensayos con animales. Cada año tenemos más manifestaciones en contra, más intrusiones y peor prensa. Al principio

eran sólo los fanáticos y las celebridades de Hollywood. Pero ahora son multitudes; hasta los filósofos de universidad sostienen ya que no es ético someter a las atrocidades de la investigación en laboratorios a los monos, los perros e incluso las ratas. Nos han llegado quejas sobre la «explotación» que padecen los calamares por nuestra causa, pese a que se sirven para la cena en todo el mundo. Jeff, esta tendencia no va a modificarse. Al final alguien dirá que ni siquiera podemos utilizar bacterias para elaborar productos genéticos.

—Vamos, no exageres.

—Tú espera y verás. Y nos obligarán a cerrar. A menos que dispongamos de un animal genuinamente creado. Piensa, por ejemplo, en un animal extinto que devolvemos a la vida; a efectos prácticos no sería un animal. No podría tener derechos. Ya se ha extinguido. Por lo tanto, si existe es porque nosotros lo creamos. Lo creamos, lo patentamos y es de nuestra propiedad. Y cumple todos los requisitos para la experimentación. Y creemos que los sistemas enzimáticos y hormonales de los dinosaurios son idénticos a los de los mamíferos. En el futuro podrían probarse los fármacos en pequeños dinosaurios tan satisfactoriamente como ahora con los perros y las ratas... y con muchos menos riesgos legales.

—Eso crees —dijo Rossiter, negando con la cabeza.

—Tengo la total seguridad. En esencia son lagartos grandes, Jeff. Y a nadie le gustan los lagartos. No son como esos perritos encantadores que te lamen la mano y conquistan tu corazón. Los lagartos no tienen personalidad. Son serpientes con patas.

Rossiter lanzó un suspiro.

—Jeff. Hablamos de libertad real. Ya que por el momento todo lo que tiene que ver con animales vivos está sujeto a limitaciones morales y legales. Los cazadores no pueden disparar contra un león o un elefante, los mismos animales que sus padres y abuelos mataban para fotografiarse después posando orgullosamente junto a la pieza. Ahora hay solicitudes, permisos, gastos... y mucho sentido de culpabilidad. En estos tiempos no te atreverías a cazar un tigre y después contarlo. En el mundo moderno se considera más grave matar a un tigre que a tus padres. Los tigres tienen abogados. Pero ahora imagina una reserva de caza especialmente abastecida, quizás en algún lugar de Asia, donde la gente rica e importante pudiese cazar tiranosaurios y triceratops en un marco natural. Sería una atracción en extremo apetecible. ¿Cuántos cazadores tienen una cabeza de reno disecada en la pared? Muchísimos. En cambio, ¿cuántos pueden alardear de tener una cabeza de tiranosaurio con las fauces abiertas colgada sobre el bar?

—No hablas en serio —dijo Rossiter.

—Sólo quiero que entiendas una cosa, Jeff esos animales son totalmente explotables. Podemos hacer con ellos lo que queramos. Rossiter se metió las manos en los bolsillos, suspiró y miró a Dodgson.

—¿Esos animales existen todavía?

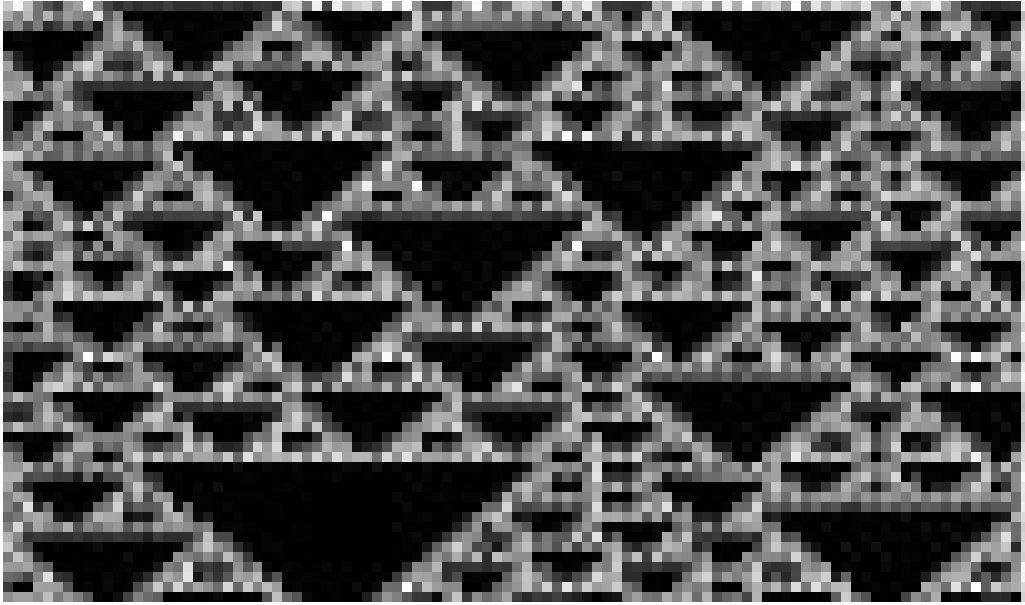
Dodgson asintió lentamente.

—¿Y sabes dónde están? Dodgson asintió de nuevo.

—Muy bien —accedió Rossiter—. Adelante. —Se dirigió hacia la puerta. Antes de salir se detuvo y volvió la cabeza—. Pero que quede claro, Lew. Nunca más. Ésta es la última vez. O consigues esos animales, o se acabó. ¿Entendido?

—No te preocupes —dijo Dodgson—. Esta vez los conseguiremos.

TERCERA CONFIGURACIÓN



En la fase intermedia, el rápido aumento de la complejidad dentro del sistema oculta el riesgo de caos inminente. Sin embargo, el riesgo existe.

IAN MALCOLM

Costa Rica

En Puerto Cortés caía una lluvia torrencial. El agua golpeaba ruidosamente sobre el tejado metálico del pequeño cobertizo situado junto al aeródromo. Completamente empapado, Thorne aguardaba mientras el policía costarricense revisaba una y otra vez la documentación. Se llamaba Rodríguez y tenía poco más de veinte años. Le caía mal el uniforme y andaba con pies de plomo por miedo a cometer un error.

Thorne miró hacia la pista, donde, en la tenue luz del alba, se disponían a acoplar los contenedores en la parte inferior de los enormes helicópteros Huey. Eddie se hallaba con Malcolm bajo la lluvia y daba instrucciones a los operarios que aseguraban las abrazaderas. Rodríguez, indeciso, examinó de nuevo los papeles.

—Veamos, señor Thorne, según esto, su lugar de destino es isla Sorna.

—Exactamente.

—¿Y en los contenedores sólo transportan vehículos? —prosiguió Rodríguez.

—Sí, así es. Vehículos especiales para investigación.

—Sorna es una isla despoblada —advirtió Rodríguez—. No hay combustible ni medios de abastecimiento ni mucho menos carreteras...

—¿Ha estado allí? —lo interrumpió Thorne.

—Yo personalmente, no. Aquí no tenemos ningún interés en esa isla. No hay más que rocas y selva. Y por mar sólo puede llegarse en condiciones meteorológicas óptimas. Hoy, por ejemplo, sería imposible desembarcar.

—Comprendo.

—Mi única intención —justificó Rodríguez— es asegurarme de que están preparados para las dificultades con que van a encontrarse.

—Creo que lo estamos.

—¿Llevan combustible suficiente para los vehículos?

Thorne suspiró, decidiendo que no tenía sentido entrar en detalles.

—Sí, de sobra.

—Y viajan sólo tres personas: el doctor Malcolm, usted y su ayudante, el señor Carr.

—Correcto —confirmó Thorne.

—¿Y piensan quedarse menos de una semana?

—Así es. Unos dos días. Con un poco de suerte abandonaremos la isla mañana mismo.

Rodríguez volvió a revisar los papeles, como si buscara alguna señal oculta.

—Bueno...

—¿Hay algún problema? —preguntó Thorne, consultando el reloj.

—Ninguno, señor. Sus permisos los ha firmado el director general de Reservas Biológicas. Todo está en orden... —Rodríguez titubeó—. Pero es muy raro que les hayan concedido el permiso.

—¿Por qué?

Desconozco los detalles, pero hace unos años pasó algo en una de esas islas, y desde entonces el Departamento de Reservas Biológicas prohíbe la entrada de turistas en todas las islas del Pacífico.

—Nosotros no somos turistas —le aclaró Thorne.

—Lo sé, señor Thorne.

Rodríguez revisó los documentos una vez más. Thorne aguardó.

En la pista los contenedores estaban ya acoplados e izados.

—Muy bien, señor Thorne —dijo Rodríguez por fin, sellando los papeles—. Buena suerte.

—Gracias —respondió Thorne. Se metió los papeles en un bolsillo, agachó la cabeza para protegerse de la lluvia y volvió corriendo a la pista.

Cinco kilómetros mar adentro, los helicópteros dejaron atrás la capa de nubes costera y salieron a la luz de la mañana. Desde la cabina del primer Huey, Thorne contempló la costa a izquierda y derecha. Vio cinco islas, unas más alejadas de tierra que otras: abruptas crestas rocosas irguiéndose en medio de un mar encrespado. Thorne accionó el botón del micrófono y preguntó:

—¿Cuál es isla Sorna?

El piloto señaló al frente.

—Las llamamos Cinco Muertes —explicó—. Isla Muerte, isla Matanceros, isla Pena, isla Tacaño e isla Sorna, que es esa grande situada más al norte.

—¿Usted ha estado allí alguna vez?

—No, nunca —contestó el piloto—. Pero creo que encontraremos dónde aterrizar.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Thorne.

—Hace unos años se realizaron algunos vuelos hasta allí. Según he oído, vinieron unos norteamericanos y sobrevolaron la isla unas cuantas veces.

—¿Alemanes no?

—No, no —aseguró el piloto—. No han venido alemanes desde... no sé, desde la Guerra Mundial. Los que vinieron eran norteamericanos.

—¿Cuánto hace de eso?

—No sabría decirle. Quizá diez años.

El helicóptero giró hacia el norte y sobrevoló la isla más cercana. Thorne observó el terreno volcánico e irregular, poblado por una tupida selva. No se advertían signos

de vida ni de presencia humana.

—Los lugareños no sienten ningún aprecio por estas islas —comentó el piloto—. Según dicen, nunca traen nada bueno. —Sonrió—. ¿Qué sabrán ellos? Son indios supersticiosos.

De nuevo sobrevolaban el mar; isla Sorna se encontraba justo delante de ellos. Se veía claramente que era un antiguo cráter volcánico: un cono erosionado, con desnudas paredes de roca gris rojiza.

—¿Adónde llegan los barcos? —preguntó Thorne.

El piloto señaló un punto donde el mar hervía y embestía el acantilado.

—En el flanco este de la isla hay muchas cuevas formadas por las olas. Algunos lugareños la llaman isla Gemido, por el ruido que producen las olas al penetrar en las cavidades. Algunas de esas cuevas llegan al interior de la isla y un barco puede navegar por ellas en determinadas circunstancias. No con este tiempo, claro.

Thorne pensó en Sarah Harding. Si se decidía a acompañarlos, llegaría esa tarde.

—Quizá dentro de unas horas venga a reunirse con nosotros una colega —dijo—. ¿Podrá traerla?

—No, lo siento —contestó el piloto—. Tenemos un trabajo pendiente en golfo Juan. No volveremos hasta la noche.

—¿Cómo puede trasladarse hasta aquí?

El piloto echó un vistazo al mar.

—Tal vez en barco. El estado del mar cambia continuamente. Quizá tenga suerte.

—¿Vendrán a recogernos mañana? —preguntó Thorne.

—Sí, señor Thorne. Estaremos aquí por la mañana temprano. Es la mejor hora, por los vientos.

El helicóptero se aproximó por el oeste y, elevándose más de doscientos metros, pasó por encima del acantilado. Ante ellos apareció el interior de la isla. Presentaba el mismo aspecto que las otras: una densa selva, crestas volcánicas y barrancos. Desde el aire ofrecía una bella vista, pero Thorne supo de inmediato que no sería fácil moverse por aquel terreno. Miró hacia abajo, buscando alguna carretera.

Se atenuó el zumbido de los rotores y el helicóptero trazó un círculo sobre la zona central de la isla. Thorne no vio edificios ni carreteras. El aparato descendió hacia la selva.

—Aquí el viento es muy peligroso a causa de los acantilados. Llega en ráfagas y se forman remolinos. Sólo hay un lugar en la isla donde podemos aterrizar sin riesgos. —Miró por la ventanilla—. Allí.

Thorne vio un claro cubierto de hierba alta.

—Aterrizaremos allí —repitió el piloto.

Isla Sorna

Eddie Carr, de pie en medio de la alta hierba del claro, volvió la cara ante la polvareda que levantaron los helicópteros al despegar. En cuestión de unos instantes eran dos pequeñas manchas apenas audibles. Eddie los siguió con la vista protegiéndose los ojos del sol con la mano. Con voz lastimera preguntó:

—¿Cuándo vuelven?

—Mañana a primera hora —respondió Thorne—. Para entonces ya habremos encontrado a Levine.

—Más nos vale —comentó Malcolm.

Los helicópteros desaparecieron detrás del elevado contorno del cráter. Los tres permanecieron inmóviles en el claro por un momento, sumidos en el calor de la mañana y el profundo silencio.

—Este sitio le pone a uno carne de gallina —se lamentó Eddie, bajándose un poco más la visera de la gorra de béisbol.

Eddie Carr tenía veinticuatro años y se había criado en Daly City. Era moreno y robusto. Pese a su recia musculatura sus manos eran elegantes, de dedos largos y finos. Eddie poseía un talento natural —genio, habría dicho Thorne— para la mecánica. Era capaz de construir o arreglar cualquier cosa. Le bastaba una ojeada para desentrañar el funcionamiento de un mecanismo. Thorne lo había contratado tres años atrás, cuando aún no había terminado sus estudios. En principio se trataba de un empleo temporario que le permitiese ganar dinero para volver a la universidad y graduarse. Pero no tardó en convertirse en un ser indispensable para Thorne. Y Eddie, por su parte, no mostraba mucho interés en volver a los libros.

Sin embargo, mirando alrededor en el claro, pensó que jamás había imaginado una situación como esa. Eddie era un joven urbano, acostumbrado al trajín de la ciudad, los bocinazos y el tráfico. Aquel silencio inhóspito lo incomodaba.

—Vamos —ordenó Thorne, apoyándole una mano en el hombro—, manos a la obra.

Se volvieron hacia los contenedores, que el helicóptero había dejado a unos metros en la hierba.

—¿Los ayudo? —se ofreció Malcolm.

—Si no le importa, preferiría que no —contestó Eddie—. Será mejor que nos ocupemos nosotros.

Les llevó media hora desatornillar los paneles posteriores, bajarlos y entrar en los

contenedores. Después sólo tardaron unos minutos en desenganchar los vehículos. Eddie se sentó al volante del Explorer y puso el motor en marcha. Sólo se oyó un suave susurro al encenderse la bomba de vacío.

—¿Cómo está de carga? —preguntó Thorne.

—Al máximo —informó Eddie.

—¿Y las baterías están en condiciones?

—Sí. Todo parece en orden.

Eddie suspiró aliviado. Había supervisado la conversión a energía eléctrica de los vehículos, pero la falta de tiempo no le había permitido probarlos a fondo. Y si bien los automóviles eléctricos empleaban una tecnología menos compleja que los motores de combustión interna —ese estridente vestigio del siglo XIX—, Eddie era consciente de los riesgos que entrañaba poner directamente sobre el terreno equipo no probado. Sobre todo cuando el equipo incluía la tecnología más avanzada. Esa circunstancia inquietaba a Eddie más de lo que admitía. Como la mayoría de los mecánicos natos, su actitud era en extremo conservadora. Su único deseo era que las máquinas funcionasen, fuera como fuese, y para él eso equivalía a utilizar tecnología sólida y probada. Por desgracia, en aquel caso no habían tenido en cuenta su opinión.

Dos aspectos preocupaban de manera especial a Eddie. En primer lugar, los modernos paneles fotovoltaicos montados en el techo y el capó de los vehículos, con sus microplaquetas octagonales de silicona. Esa clase de paneles era muy eficaz y mucho menos frágil que los antiguos. Eddie los había provisto de unas unidades de amortiguación de vibraciones diseñadas por él mismo. En cualquier caso, si los paneles resultaban dañados, sería imposible alimentar los motores y usar el equipo electrónico. Todos los sistemas dejarían de funcionar.

Su otra preocupación eran las baterías mismas. Thorne había elegido las nuevas baterías de ion litio lanzadas al mercado por Nissan, que ofrecían un excelente rendimiento considerando su peso. Pero se encontraban aún en fase de experimentación, lo cual para Eddie significaba en términos eufemísticos que no merecían confianza.

Eddie había propuesto encarecidamente la inclusión de sistemas auxiliares, de un pequeño generador de gasolina por precaución, y muchas cosas más. Pero todas sus sugerencias habían sido rechazadas. Considerando las circunstancias, Eddie había optado por la única solución sensata: incorporar algunos complementos por su propia cuenta.

Estaba casi seguro de que Thorne lo había notado. Pero Thorne nunca decía nada. Y Eddie no había sacado el tema a relucir. En esos momentos, viéndose en aquella isla perdida, no se arrepentía de haberlo hecho. Porque la realidad era que uno nunca sabía qué podía ocurrir.

Eddie, bajo la mirada atenta de Thorne, dio marcha atrás y salió del contenedor.

Dejó el Explorer en medio del claro, donde los paneles quedaban expuestos al sol, para asegurarse el suministro de energía.

Thorne se puso al volante del primer tráiler y retrocedió. Resultaba extraño conducir un vehículo tan silencioso. El ruido más audible era el roce de los neumáticos contra el suelo metálico del contenedor, y una vez en la hierba apenas producía sonido alguno. Thorne bajó de la cabina y unió los dos tráilers mediante el fuelle de acero flexible.

Por último, Thorne entró a buscar la motocicleta, que también era eléctrica. La empujó hasta la parte trasera del Explorer, la colgó de los soportes correspondientes y la conectó al mismo sistema que alimentaba el vehículo, para recargar la batería. A continuación dio un paso atrás.

—¡Listos! —anunció.

Desde el claro tórrido y callado, Eddie observó el elevado borde circular del cráter, que se alzaba a lo lejos sobre la densa selva. La roca desnuda brillaba al sol de la mañana y las paredes presentaban un aspecto rígido e imponente. Se sintió atrapado, desolado.

—¿Por qué se le ocurriría a alguien venir aquí? —comentó. Malcolm, apoyado en el bastón, sonrió.

—Para escapar de todo, Eddie —explicó—. ¿Tú no deseas a veces escapar de todo?

—No, si puedo evitarlo —respondió Eddie—. A mí me gusta tener siempre cerca un Pizza Hut. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Aquí no hay ninguno en muchos kilómetros a la redonda.

Thorne regresó al panel trasero del tráiler y sacó un par de potentes rifles. Cada uno de ellos llevaba acopladas bajo el cañón dos pequeñas cajas de aluminio. Le entregó un rifle a Eddie y mostró el otro a Malcolm.

—¿Habías visto alguno de éstos? —preguntó.

—Leí algo sobre ellos —dijo Malcolm—. Son los suecos, ¿no?

—Exacto. El rifle Lindstradt de aire comprimido. Es el rifle más caro del mundo. Sólido, sencillito, certero y confiable. Dispara un dardo subsónico Flugger de descarga por impacto que puede contener cualquier sustancia. —Thorne abrió la cubierta del cargador para mostrarle una hilera de cartuchos de plástico transparente con un líquido de color pajizo; cada uno llevaba en la punta una aguja de ocho centímetros—. Nosotros hemos usado veneno concentrado de *Conus purpurascens*, una subclase de celentéreos, más conocidos como conos, que se encuentra en los mares del Sur. Es la neurotoxina más poderosa del mundo. Actúa en dos milésimas de segundo, una velocidad superior a la de la conducción nerviosa. El animal cae antes de sentir la punzada del dardo.

—¿Es letal?

Thorne asintió con la cabeza y dijo:

—No hay margen de error. Recuérdalo: procura que esto no se te dispare en un pie, porque estarás muerto antes de darte cuenta de que has apretado el gatillo.

—¿Existe antídoto? —inquirió Malcolm.

—No. Pero, ¿qué importancia tiene? De todos modos, no habría tiempo de administrarlo.

—Eso simplifica las cosas —afirmó Malcolm, agarrando el arma.

—Me pareció conveniente que lo supieses —observó Thorne—. ¿Eddie? Vámonos.

El arroyo

Eddie subió al Explorer. Thorne y Malcolm se acomodaron en la cabina del tráiler. Al cabo de un instante se oyó el chasquido de la radio.

—¿Va a conectar la base de datos, Doc?

—Ahora mismo —contestó Thorne.

Introdujo el disco óptico en la ranura del tablero. En el pequeño monitor que tenía enfrente vio aparecer la isla, pero las nubes la tapaban en gran parte.

—¿De qué nos servirá eso? —preguntó Malcolm.

—Un momento —pidió Thorne—. Es un sistema. Tiene que reunir y evaluar datos.

—¿Y de dónde obtiene los datos?

—De un radar.

Pasados unos segundos la imagen de radar ofrecida por el satélite se superpuso a la fotografía. El radar traspasaba las nubes. Thorne pulsó un botón y la computadora trazó los perfiles de la isla, realzando los detalles y destacando la desdibujada red de caminos.

—Muy ingenioso —comentó Malcolm, pero Thorne lo notaba tenso.

—Lo tengo —informó Eddie por la radio.

—¿Él ve esa misma imagen? —quiso saber Malcolm.

—Sí, en el monitor de su tablero.

—Pero aún no recibo señal del GPS —añadió Eddie, impaciente—. ¿No funciona?

—¡Calma, muchacho! —pidió Thorne—. Dale un minuto. Tiene que leer el disco óptico. La imagen se está formando.

En el techo del tráiler había montado un GPS cónico. Mediante las señales de radio que recibía de los satélites de navegación en órbita, el GPS determinaba la posición geográfica de los vehículos con una precisión de metros. Al cabo de un momento una X roja empezó a destellar en el mapa de la isla.

—Muy bien —dijo Eddie por la radio—. Ya lo tengo. Parece que sale un camino de la parte norte del claro. ¿Vamos por ahí?

—Yo diría que sí —decidió Thorne.

Según el mapa, el camino serpenteaba durante unos kilómetros por el interior de la isla hasta el lugar donde confluían todos los caminos. Daba la impresión de que en aquel punto se alzaban unos edificios, pero era imposible saberlo con certeza.

—De acuerdo, Doc. Allá vamos.

Eddie se adelantó y encabezó la marcha. Thorne pisó el acelerador y el tráiler avanzó con un leve susurro tras el Explorer. Junto a él Malcolm guardaba silencio y jugueteaba con una pequeña agenda electrónica que tenía sobre las piernas. No miró por la ventanilla ni una sola vez.

En unos instantes salieron del claro y se adentraron en la espesa selva. Las luces del tablero parpadearon: el vehículo había pasado a alimentarse de las baterías. A través de los árboles no llegaba sol suficiente para impulsar el tráiler. Siguieron adelante.

—¿Cómo van las cosas, Doc? —preguntó Eddie—. ¿Retiene la carga?

—Todo funciona perfectamente, Eddie.

—Parece nervioso —observó Malcolm.

—Está preocupado por el equipo —explicó Thorne.

—¡Qué demonios! —exclamó Eddie—. Estoy preocupado por mí.

A pesar del pésimo estado en que se encontraba el camino y la crecida vegetación, los vehículos avanzaban sin problemas. Al cabo de unos diez minutos llegaron a un arroyo de orillas lodosas. El Explorer empezó a cruzarlo, pero de pronto se detuvo. Eddie se bajó y retrocedió saltando sobre las rocas que asomaban por encima del agua.

—¿Qué pasa? —preguntó Thorne.

—He visto algo, Doc.

Thorne y Malcolm bajaron del tráiler y se quedaron inmóviles en la orilla del arroyo. Oyeron unos gritos lejanos semejantes a los reclamos de un ave. Malcolm levantó la vista con expresión ceñuda.

—¿Pájaros? —aventuró Thorne.

Malcolm movió la cabeza en un gesto de negación.

Eddie se agachó y recogió un fragmento de tela del barro. Era un material verde oscuro ribeteado de piel.

—Esto es de una de nuestras mochilas —advirtió—. ¿La que preparamos para Levine?

—Sí, Doc.

—¿Colocaste un sensor en la mochila? —preguntó Thorne. Por lo general, cosían sensores de posición en el forro de las mochilas.

—Sí.

—¿A ver? reclamó Malcolm. Agarró el trozo de tela y lo examinó a la luz. Pensativo, recorrió con un dedo el borde rasgado. Thorne desprendió un pequeño receptor que llevaba sujeto al cinturón. Era como un localizador personal pero algo mayor. Observó el monitor de cristal líquido y dijo:

—No recibo señal...

Eddie inspeccionó la orilla y volvió a agacharse.

—Aquí hay otro trozo de tela. Y otro. Por lo que se ve, Doc, la mochila quedó hecha trizas.

En el aire flotó otro grito de ave, remoto, sobrenatural. Malcolm miró a lo lejos, tratando de localizar su procedencia. Y de pronto oyó decir a Eddie:

—Parece que tenemos compañía.

Agrupados junto al tráiler había seis o siete animales de un llamativo color verde, semejantes a lagartos. Eran del tamaño de un pollo y chirriaban animadamente. Se erguían sobre las patas posteriores, ayudándose a mantener el equilibrio con la cola. Al caminar balanceaban la cabeza de arriba abajo, exactamente igual que los pollos, y su característico chirrido recordaba el gorjeo de un pájaro. Sin embargo, parecían lagartos de cola larga. Contemplaban a los tres hombres con cara burlona y alerta, ladeando la cabeza.

—¿Qué es esto? —preguntó Eddie—. ¿Una asamblea de salamandras?

Los lagartos verdes se irguieron más aún y observaron atentos. Salieron varios más de debajo del tráiler y de entre el follaje. Pronto se congregó allí alrededor de una docena, vigilando y chirriando.

—Compis —informó Malcolm—. Su verdadero nombre es *Procompsognathus triassicus*.

—¿Quiere decir que son...?

—Sí. Dinosaurios.

Eddie, arrugando la frente, los miró con asombro.

—No sabía que los hubiese tan pequeños.

—La mayoría de los dinosaurios eran pequeños —explicó Malcolm—. La gente cree que eran enormes, pero el tamaño promedio de un dinosaurio se aproximaba al de una oveja o un potro.

—Parecen pollos —dijo Eddie.

—Sí. Tienen gran semejanza con las aves.

—¿Son peligrosos? —inquirió Thorne.

—En realidad, no —contestó Malcolm—. Son pequeños carroñeros, como los chacales. Se alimentan de animales muertos. De todos modos, yo no me acercaría demasiado. Su mordedura es ligeramente venenosa.

—No pienso acercarme —aseguró Eddie—. Me dan pánico. Da la impresión de que no los asustamos.

Malcolm también había reparado en ese detalle.

—Supongo que no han visto antes seres humanos. Estos animales no tienen ninguna razón para temer al hombre.

—Bueno, entonces démosles una razón —dijo Eddie, inclinándose para agarrar

una piedra.

—¡Eh, no! —advirtió Malcolm—. La idea es...

Pero Eddie ya había lanzado la piedra. Cayó junto a un grupo de compis, y éstos se apartaron. Los demás apenas se movieron. Alguno que otro balanceó la cabeza con cierto nerviosismo. Sin embargo, en su mayoría permanecieron inmóviles, limitándose a chirriar y ladear la cabeza.

—¡Qué extraño! —exclamó Eddie. Olfateó el aire.

—¿Han notado ese olor?

—Sí —respondió Malcolm—. Tienen un olor característico.

—Un olor a podrido, diría yo —rectificó Eddie—. Apestan. Como animales muertos. Si quiere saber mi opinión, no es normal que los animales no se asusten. ¿Y si tienen rabia o algo así?

—No, es imposible —respondió Malcolm.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque sólo los mamíferos transmiten la rabia —afirmó Malcolm. No obstante, aun antes de terminar la frase dudó de sus propias palabras. La rabia la transmitían los animales de sangre caliente. ¿Tenían los compis sangre caliente? No estaba seguro.

Se oyó un rumor sobre ellos. Malcolm alzó la vista y observó las copas de los árboles. Vio agitarse las hojas mientras pequeños animales invisibles saltaban de rama en rama. Percibió gorjeos y chirridos, sin duda sonidos animales.

—Ésos no son pájaros —advirtió Thorne—. ¿Monos tal vez?

—Podría ser —repuso Malcolm—. Pero lo dudo.

Eddie se estremeció.

—Sugiero que nos larguemos de aquí —propuso.

Regresó al arroyo y se subió al Explorer. Malcolm y Thorne retrocedieron con cautela hacia el tráiler. Los compis se apartaban a su paso, pero no huían. Permanecieron todos alrededor de sus piernas chirriando alborotadamente. Malcolm y Thorne subieron al tráiler y cerraron las puertas con cuidado de no atrapar a ninguna de las pequeñas criaturas.

Thorne se sentó al volante y puso el motor en marcha. Adelante, vieron que Eddie atravesaba ya el arroyo y se dirigía hacia la pendiente que ascendía al otro lado.

—Los... eh... procomso... como se diga... son reales, ¿no? —preguntó Eddie por la radio.

—Sí —respondió Malcolm en voz baja—. Claro que son reales.

El camino

Thorne estaba inquieto. Empezaba a comprender el malestar de Eddie. Aquellos vehículos eran, obra suya, y experimentaba una desagradable sensación de aislamiento, de hallarse en un lugar remoto con equipo que no había probado. El camino siguió su empinado ascenso a través de la lóbrega selva durante otros quince minutos. Dentro del tráiler aumentó la temperatura; el calor resultaba ya agobiante. Sentado junto a él, Malcolm preguntó:

—¿Y el aire acondicionado?

—No quiero consumir más batería de la necesaria.

—¿Te importa si abro la ventanilla?

—Si te parece seguro... —respondió Thorne.

—¿Por qué no? —dijo Malcolm con un gesto de indiferencia. Apretó el botón y el vidrio de la ventanilla eléctrica bajó. Un aire tibio penetró en la cabina. Miró a Thorne de reojo y añadió—: ¿Nervioso, Doc?

—Claro —admitió Thorne, que incluso con la ventanilla abierta notaba cómo le corría el sudor por el pecho—. ¿Cómo quieres que esté?

—Insisto, Doc —intervino Eddie por la radio—, deberíamos haberlos probado antes. Deberíamos haber seguido el procedimiento de costumbre. Uno no viene a un sitio lleno de pollos venenosos si no está seguro de que los vehículos responderán.

—Los vehículos funcionan a la perfección —replicó Thorne—. ¿Cómo están los niveles según tus indicadores?

—Todo normal en la franja alta —informó Eddie—. Hasta ahora no nos podemos quejar. Pero sólo hemos recorrido ocho kilómetros. Son las nueve de la mañana, Doc.

En el camino apareció una sucesión de cerradas curvas a izquierda y derecha a medida que la pendiente aumentaba. Como arrastraba los dos grandes tráilers, Thorne debía permanecer atento al camino; era una suerte tener algo en qué concentrar la atención. Ante ellos el Explorer giró a la izquierda y siguió subiendo.

—No veo más animales —comentó Eddie, notablemente aliviado.

Por fin, tras un recodo, llegaron a terreno llano. Durante un trecho el camino seguía por la cresta de la montaña. Según la imagen del GPS avanzaban en dirección noroeste hacia el interior de la isla. Sin embargo, encerrados aún entre las dos densas paredes de vegetación, apenas disponían de visibilidad.

Un poco más adelante se encontraron con una bifurcación, y Eddie se arrimó a un lado del camino. Thorne advirtió que en la confluencia se alzaba un desgastado cartel

de madera con una flecha en cada dirección. Hacia la izquierda indicaba «Pantano»; hacia la derecha, «Enclave B».

—¿Hacia dónde? —preguntó Eddie.

—Continúa hacia el Enclave B —señaló Malcolm.

—Como usted diga.

El Explorer se desvió por el ramal derecho. Thorne lo siguió. A la derecha del camino brotaba de la tierra un vapor sulfúreo amarillento, que blanqueaba las hojas de las plantas cercanas. El olor era muy intenso.

—Emanaciones volcánicas —observó Thorne—, como habías predicho.

Cuando pasaron, vieron un charco burbujeante con una gruesa costra amarilla incrustada alrededor.

—Sí —afirmó Eddie—, pero eso está activo. De hecho, diría... ¡Mierda!

Las luces de freno del Explorer se encendieron y el vehículo se detuvo bruscamente. Para esquivarlo, Thorne tuvo que dar un golpe de volante y los helechos arañaron el costado del tráiler. Se detuvo junto al Explorer y lanzó a Eddie una mirada de furia.

—¡Por amor de Dios, Eddie, podrías...!

Pero Eddie no lo escuchaba.

Tenía la vista fija al frente y la boca abierta. Thorne giró la cabeza.

Delante, en una curva, los árboles que flanqueaban el camino habían sido derribados, dejando una abertura en el follaje. A través de aquel hueco se divisaba toda la parte oeste de la isla. Sin embargo, Thorne apenas reparó en la vista panorámica. Porque toda su atención se centró en un enorme animal, del tamaño de un hipopótamo, que cruzaba el camino. Pero obviamente no se trataba de un hipopótamo. Era un animal de color marrón claro, con la piel cubierta de escamas planas. Alrededor de la cabeza tenía una cresta ósea semicircular y de la base de esa cresta nacían dos cuernos de punta roma. De la nariz le salía un tercer cuerno.

Por la radio oyeron la respiración entrecortada de Eddie.

—¿Saben qué es eso?

—Un triceratops —contestó Malcolm—. Y un ejemplar joven, a juzgar por su aspecto.

—Debe de serlo —comentó Eddie. Ante ellos atravesó el camino un animal mucho mayor. Como mínimo doblaba en tamaño al anterior, y poseía unos cuernos largos, curvos y afilados—. Porque ahí está la mamá.

A continuación apareció un tercer triceratops y luego un cuarto. Era toda una manada, y uno por uno cruzaron parsimoniosamente el camino sin fijarse siquiera en los vehículos. Penetraron por la abertura del follaje y descendieron por la ladera perdiéndose de vista.

Sólo entonces vieron el paisaje que se desplegaba ante ellos: una extensa llanura

pantanosas surcadas por un ancho río. En ambos márgenes del río pacían animales. Al sur había unos veinte dinosaurios de color verde oscuro y tamaño mediano que asomaban intermitentemente sus enormes cabezas por encima de la hierba. A corta distancia de este grupo, Thorne vio ocho dinosaurios de pico de pato con grandes crestas de forma tubular; bebían y levantaban la cabeza, graznando lastimeramente. Justo delante de ellos advirtió la presencia de un estegosaurio solitario con su lomo curvo y sus hileras de placas verticales. La manada de triceratops pasó lentamente ante el estegosaurio, que permaneció indiferente. Y al oeste, elevándose sobre una arboleda, avistaron los cuellos largos y elegantes de una docena de apatosaurios, cuyos cuerpos se hallaban ocultos entre la vegetación que comían perezosamente. Era una escena apacible, pero aun así una escena de otro mundo.

—¿Doc? —dijo Eddie—. ¿Dónde estamos?

Enclave B

Sentados en los vehículos, contemplaron la llanura y los pausados movimientos de los dinosaurios a través de la profunda hierba. Oyeron el suave reclamo de los pico de pato. Las distintas manadas se desplazaban tranquilamente junto al río.

—¿Cómo debemos interpretar esto? —preguntó Eddie. ¿La evolución pasó de largo por aquí? ¿Es uno de esos sitios donde se ha detenido el tiempo?

—En absoluto —respondió Malcolm—. Existe una explicación racional para lo que estamos viendo. Y vamos a...

Un agudo zumbido intermitente sonó de pronto en el tablero. En el mapa del GPS se superpuso una retícula azul y en ella empezó a destellar una marca triangular donde se leía LEVN.

—¡Es él! —exclamó Eddie—. ¡Hemos dado con ese hijo de puta!

—¿Lo captas? —preguntó Thorne—. Es muy débil...

—No hay problema. La señal llega con potencia suficiente para transmitir el rótulo de identificación. Es Levine, sin duda. Por lo visto, proviene de ese valle. —Puso en marcha el Explorer y prosiguió traqueteando por el camino—. Vamos allá. Quiero salir de aquí cuanto antes, maldita sea.

Accionando un interruptor, Thorne encendió el motor eléctrico del tráiler, escuchando el apagado tableteo de la bomba de vacío y el leve gemido de la transmisión automática. Puso el tráiler en movimiento y siguió al Explorer.

La impenetrable selva volvió a envolverlos, cerrada y sofocante. Las copas de los árboles impedían casi por completo el paso del sol. A medida que avanzaban el zumbido se hizo irregular. Thorne miró el monitor y vio que el triángulo de luz se desvanecía por momentos.

—¿Lo perdemos, Eddie? —advirtió Thorne.

—Da igual —contestó Eddie—. Ahora lo tenemos localizado y podemos ir derecho hacia él. En realidad, debe de estar más adelante en este mismo camino, pasado ese puesto de guardia o lo que sea.

Thorne miró al frente por encima del Explorer y vio una estructura de hormigón y una barrera de acero inclinada. Ciertamente parecía un puesto de guardia. Se hallaba en un estado ruinoso y cubierto de enredaderas. Siguieron sin detenerse y entraron en una carretera asfaltada. Se notaba claramente que en otro tiempo se habían talado unos cinco metros de selva a cada lado. No tardaron en llegar a un segundo puesto de guardia y un segundo control.

Durante otros cien metros la carretera seguía trazando una gradual curva sobre la cresta de la montaña. La vegetación circundante era menos densa, y por entre los claros Thorne vio cobertizos de madera, todos del mismo color verde. Parecían destinados a albergar material. Tenía la sensación de estar entrando en un amplio complejo.

De pronto, tras un recodo, el complejo entero se mostró ante ellos. Se hallaba más abajo, a medio kilómetro de distancia.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Eddie.

Thorne miró asombrado. En el centro del claro vio el tejado plano de un enorme edificio. Abarcaba una superficie de varias hectáreas, equivalente más o menos a dos estadios de fútbol. Más allá del inmenso edificio había una sólida construcción de tejado metálico con el aspecto funcional de una central eléctrica. Pero si realmente lo era, por sus dimensiones habría podido abastecer a todo un pueblo.

En el extremo más alejado del edificio principal, Thorne divisó muelles de carga y descarga y una zona de maniobra para camiones. A la derecha, parcialmente oculta por la vegetación, se extendía una serie de pequeñas estructuras que parecían cabañas, aunque a aquella distancia era difícil precisarlo.

El complejo presentaba el aspecto utilitario de un polígono industrial o una planta de producción. Arrugó la frente, buscando una explicación a lo que veía.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó.

—Sí —contestó Malcolm, asintiendo lentamente con la cabeza—. Lo que empezaba a sospechar que encontraríamos.

—¿Sí?

—Es una planta manufacturera —explicó Malcolm—. Una especie de fábrica.

—Pero es enorme —observó Thorne.

—Sí —convino Malcolm—. No podía ser de otro modo.

—Aún recibo la señal de Levine —avisó Eddie por la radio—. ¿Y a que no adivinan de dónde viene? Del interior de ese edificio.

Descendieron con los vehículos y atravesaron el pórtico medio hundido que daba acceso al recinto. Era una construcción moderna, de hormigón y vidrio, pero la selva la había invadido desde hacía tiempo. Colgaban enredaderas del tejado; había muchos vidrios rotos, y brotaban helechos en las grietas de los muros.

—¿Eddie? —llamó Thorne—. ¿Recibes la señal?

—Sí, viene de adentro. ¿Qué hacemos?

—Vamos a establecer allí el campamento base —ordenó Thorne, señalando hacia un campo situado a unos quinientos metros a su izquierda, que aparentemente había

sido en otro tiempo una amplia franja de césped. La selva aún no lo había vuelto a ocupar, así que el sol llegaría bien a los fotovoltaicos—. Después iremos a echar un vistazo.

Eddie estacionó el Explorer, dejándolo orientado en dirección a la salida. Thorne maniobró con los tráilers hasta colocarlos junto al otro vehículo y apagó el motor. A continuación salió al aire caliente e inmóvil de la mañana. Malcolm bajó también y se quedó a su lado. Allí, en el centro de la isla, sólo el zumbido de los insectos rompía el profundo silencio.

Eddie se acercó, dándose una palmada en la mejilla.

—Un sitio precioso, ¿eh? Y mosquitos no faltan. ¿Vamos a buscar ya a ese hijo de puta? —Eddie tomó el receptor que llevaba prendido al cinturón y ahuecó la mano sobre el monitor para evitar el reflejo del sol—. Sigue ahí. —Señaló el edificio principal—. ¿Qué hacemos?

—Vamos por él —decidió Thorne.

Se volvieron, subieron al Explorer y, dejando los tráilers en el campo, se dirigieron hacia el enorme y ruinoso edificio.

El tráiler

En el interior del tráiler se desvaneció el sonido del motor y todo quedó en silencio. El panel de instrumentos resplandecía. El mapa del GPS seguía en pantalla y en él destellaba la X que determinaba su posición. En el monitor, una pequeña ventana bajo el rótulo «Sistemas Activos» indicaba la carga de la batería, el rendimiento fotovoltaico y el consumo en las últimas doce horas. Todos los niveles estaban en verde.

En el habitáculo de la parte trasera, donde se hallaban la cocina y las camas, el agua gorgoteó suavemente en la piletta al volver a circular por las tuberías. De pronto se oyó un golpe procedente del armario superior, situado cerca del techo. Tras un segundo golpe todo siguió en silencio.

Al cabo de un instante asomó una tarjeta de crédito por el intersticio de la puerta del armario. La tarjeta se deslizó hacia arriba, levantando el pestillo y desenganchándolo. La puerta se abrió de par en par y cayó al suelo un fardo de ropa blanca con un ruido sordo. El fardo se desenrolló y apareció Arby Benton, gimiendo y estirando los miembros.

—Si no meo, voy a explotar —dijo, y se precipitó hacia el baño, con piernas temblorosas.

Exhaló un suspiro de alivio. La idea de ir había sido de Kelly, pero Arby se había ocupado de los detalles. Y le parecía que lo había planeado todo perfectamente, o al menos casi todo. Había previsto acertadamente que en el avión de carga tendrían que soportar temperaturas muy bajas, y convenía por lo tanto abrigarse. Habían metido en los armarios todas las mantas y sábanas del tráiler. Había calculado que permanecerían allí unas doce horas, y en consecuencia se habían provisto de galletas y botellas de agua. En realidad, lo había tenido todo en cuenta salvo el hecho de que, en el último minuto, Eddie Carr entraría a revisar el tráiler y cerraría los armarios desde afuera, dejándolos encerrados e impidiéndoles ir al baño. ¡Durante doce horas!

Volvió a suspirar y se relajó. Un constante chorro de orina caía aún en el inodoro. No era de extrañar después de semejante martirio. Y continuaría atrapado allí adentro si no se le hubiese ocurrido...

Oyó unos gritos ahogados a sus espaldas. Tiró de la cadena y salió del baño. Se agachó ante el armario situado bajo la cama y se apresuró a quitar el pestillo. Cayó otro fardo de ropa y, al desenrollarse, apareció Kelly.

—¡Qué tal, Kel! —saludó orgulloso—. ¡Lo logramos!

—Me hago encima —dijo, echándose a correr hacia el baño. Cerró la puerta al entrar.

—¡Lo logramos! —repitió Arby—. ¡Estamos aquí!

—Espera un momento Arb, ¿quieres?

Arby se asomó por la ventanilla del tráiler. Se encontraban en un claro cubierto de hierba y rodeado por una selva de helechos y árboles altísimos. Por encima de las copas de los árboles vio el borde negro y curvo del cráter volcánico.

Sin duda aquello era isla Sorna. ¡Sin duda!

Kelly salió del baño.

—¡Oh, pensé que me moría! —exclamó Kelly. Miró a Arby, levantó la mano y formó una V con los dedos en señal de victoria—. Por cierto, ¿cómo abriste la puerta?

—Con una tarjeta de crédito —respondió Arby.

—¿Tienes tarjeta de crédito? —inquirió Kelly, arrugando la frente.

—Me la dieron mis padres para casos de emergencia. Y me pareció que esto era una emergencia. —Trató de presentarlo como algo gracioso, algo intrascendente. Sabía lo susceptible que era Kelly en cuestiones de dinero. Hacía continuas alusiones a la ropa que Arby llevaba y esas cosas, o al hecho de que siempre tuviese dinero para un taxi o una Coca Cola al salir de clase. En una ocasión Arby comentó que el dinero no le parecía tan importante, y ella replicó con tono irónico: «¿Cómo iba a parecértelo?». Desde entonces Arby procuraba eludir el tema.

Arby no sabía cómo comportarse ante la gente. Además, todos lo trataban de un modo extraño. Porque era más joven que los demás, claro. Y porque era negro. Y porque era un «agrandado», como los otros lo llamaban. Contra su voluntad, estaba obligado a realizar un permanente esfuerzo para ser aceptado, para integrarse. Pero no lo conseguía. No era blanco, no era alto, no era un as en los deportes y no era tonto. En el colegio, la mayoría de las clases lo aburrían tanto que a duras penas lograba mantenerse despierto. A veces los profesores se enojaban con él, pero ¿cómo podía evitarlo? El colegio era como un vídeo en cámara muy lenta. Uno podía mirar las imágenes una vez cada hora y no perderse nada. Y cuando estaba con otros chicos, ¿cómo podía esperarse que mostrase interés en series como *Melrose Place* o en el último anuncio de tal o cual marca? Le era imposible. Esas cosas carecían de importancia.

Sin embargo, Arby había descubierto hacía mucho tiempo que expresando esas opiniones se ganaba la antipatía de los demás. Era mejor quedarse callado porque, salvo Kelly, nadie lo entendía. Ella casi siempre parecía saber de qué le hablaba.

Y también el doctor Levine. Al menos el colegio organizaba un seminario de estudios avanzados, y Arby lo encontraba relativamente interesante, no mucho, desde luego, pero más que las otras materias. Y cuando el doctor Levine decidió darles

clases, Arby empezó a asistir ilusionado al colegio por primera vez en su vida. De hecho...

—Así que esto es isla Sorna, ¿eh? —comentó Kelly, mirando por la ventanilla hacia la selva.

—Sí —respondió Arby—. Supongo que sí.

—A propósito, ¿oíste lo que decían antes, cuando pararon?

—No. Envuelto en todas esas mantas...

—Yo tampoco —dijo Kelly—. Pero parecían muy nerviosos por algo.

—Sí, es verdad.

—Me dio la impresión de que hablaban de dinosaurios. ¿Tú has oído algo de eso? Arby se echó a reír, moviendo la cabeza en un gesto de negación.

—No, Kel.

—Yo juraría que sí —insistió Kelly.

—Vamos, Kel.

—A mí pareció que Thorne decía «triceratops».

—Kel —reprobó Arby—, los dinosaurios se extinguieron hace sesenta y cinco millones de años.

—Ya sé que...

—¿Ves ahí algún dinosaurio? —la interrumpió Arby, señalando por la ventanilla.

Kelly no respondió. Se acercó al lado opuesto del tráiler y miró por la ventanilla. Vio desaparecer a Thorne, Malcolm y Eddie en el edificio principal.

—Cuando nos encuentren, no va a hacerles ninguna gracia —advirtió Arby—. ¿Cómo crees que deberíamos explicárselo?

—Que sea una sorpresa.

—Se pondrán como fieras.

—¿Y qué importa? —dijo Kelly—. Ahora ya no tiene remedio.

—A lo mejor nos envían a casa.

—¿Cómo? —preguntó Kelly—. No pueden.

—No. Supongo que no —coincidió Arby con un gesto de despreocupación. Sin embargo, aquel razonamiento lo inquietaba más de lo que admitía. La idea había sido de Kelly. Arby no era proclive a quebrantar las reglas o meterse en problemas. Siempre que un profesor lo reprendía, aunque fuese con delicadeza, Arby se sonrojaba y sudaba copiosamente. Y durante las últimas doce horas no había dejado de pensar en la posible reacción de Thorne y los otros.

—Mira —propuso Kelly—, vinimos a colaborar en la búsqueda de nuestro amigo el doctor Levine, y eso es todo. Ya hemos ayudado antes al doctor Thorne.

—Sí... —titubeó Arby.

—Y podemos serles útiles otra vez.

—Quizá...

—Necesitan nuestra ayuda —afirmó Kelly.

—Puede ser —aceptó Arby, no muy convencido.

—Me pregunto qué tendrán por aquí para comer. —Kelly abrió la heladera—. ¿Tienes hambre?

—Muchísima —respondió Arby, tomando conciencia súbitamente de su propio apetito.

—¿Y qué quieres?

—¿Qué hay? Arby se tendió en el sofá acolchado, de color gris, y observó a Kelly mientras revolvía en el interior de la heladera.

—Ven y mira —repuso ella, enojada—. No soy tu mucama.

—Bueno, bueno. Calma.

—Esperas que todo el mundo te sirva —reprobó Kelly.

—No es así —se defendió Arby, levantándose de un salto.

—Eres un malcriado, Arby.

—Oye —protestó Arby—, ¿a qué viene tanto alboroto? Cálmate. ¿Estás nerviosa?

—No, no lo estoy.

Kelly sacó un sándwich envuelto de la heladera. Junto a ella, Arby echó una ojeada al interior y tomó el primer sándwich que vio.

—Ése no te va a gustar —advirtió Kelly.

—¿Cómo que no?

—Tiene ensalada de atún.

Arby detestaba la ensalada de atún. Se apresuró a dejarlo y volvió a mirar.

—Ese de la izquierda es de pavo —informó Kelly.

—Gracias —dijo Arby después de sacar el sándwich de pavo.

—De nada.

Kelly se sentó en el sofá, desenvolvió el sándwich y lo devoró con avidez.

—Al menos he conseguido que ahora estemos aquí —se justificó Arby. Retiró con cuidado el plástico del sándwich, lo plegó pulcramente y lo dejó a un lado.

—Sí. Es verdad. Lo reconozco. En eso estuviste bien.

Arby saboreó el sándwich. Pensó que en la vida había probado algo tan exquisito. Estaba más sabroso incluso que los sándwiches de pavo que le preparaba su madre.

Al acordarse de su madre sintió remordimientos. Era ginecóloga y muy hermosa. Llevaba una vida muy ajetreada y pasaba poco tiempo en casa, pero cuando la veía, la notaba siempre tranquila. Y a su lado Arby se contagiaba de su serenidad. Tenían una relación muy especial. Sin embargo, últimamente ella a veces parecía desconcertada por lo mucho que Arby sabía. Una noche Arby entró en su oficina y la encontró repasando unos artículos de una revista sobre los niveles de progesterona y la HEF. Arby examinó por encima de su hombro las columnas de números y le sugirió que

aplicase una ecuación no lineal para analizar los datos. Ella le lanzó una mirada extraña, una mirada distante y pensativa, y en ese momento Arby experimentó una sensación...

—Voy a agarrar otro —anunció Kelly, volviendo a la heladera. Regresó con dos sándwiches, uno en cada mano.

—¿Crees que habrá suficiente comida? —preguntó Arby.

—¿Qué importancia tiene? Me muero de hambre —repuso Kelly, arrancando el envoltorio del primer sándwich.

—Quizá no deberíamos comer...

—Arb, si vas a preocuparte por todo de esa manera, mejor sería que nos hubiésemos quedado en casa.

Arby decidió que Kelly tenía razón. Con sorpresa advirtió que él mismo se había terminado su sándwich y aceptó el otro que le ofrecía Kelly.

Kelly comía y miraba por la ventanilla.

—Me pregunto qué será ese edificio en el que entraron —comentó Kelly—. Parece abandonado.

—Sí, y desde hace años.

—¿Por qué habrán construido un edificio tan grande aquí, en una isla despoblada de Costa Rica?

—Tal vez realizaban alguna actividad secreta —aventuró Arby.

—O peligrosa —añadió Kelly.

—Sí, es posible —admitió Arby. La idea de peligro resultaba a la vez estimulante y estremecedora. Se sintió lejos de casa.

—¿Qué estarán haciendo? —Kelly, todavía comiendo, sé levantó y fue a mirar por la ventanilla—. Realmente es enorme el edificio. ¿Y eso? ¡Qué raro!

—¿Qué? —inquirió Arby.

—Fíjate ahí fuera. El edificio está muy descuidado, como si no se utilizase desde hace muchos años. Y este campo lo mismo; la hierba está muy crecida.

—Sí...

—Pero justo ahí adelante —observó Kelly, señalando hacia el suelo a corta distancia del tráiler— hay un camino despejado.

Arby, masticando, se acercó a mirar. Efectivamente a unos metros del tráiler la hierba aparecía pisoteada y amarillenta. En muchos puntos quedaba a la vista la tierra desnuda. Era un sendero estrecho, pero bien definido, que atravesaba el claro de un lado a otro.

—¿Cómo se explica eso? —preguntó Kelly—. Si nadie ha estado aquí desde hace años, ¿cómo se formó ese camino?

—Habrán sido los animales —sugirió Arby. No se le ocurría otra posibilidad—. Debe de ser un paso de animales.

—¿Qué clase de animales?

—No lo sé. Los que vivan por aquí. Ciervos o algo así.

—Yo no he visto ningún ciervo —objetó Kelly.

—Quizá cabras —sugirió Arby con un gesto de indiferencia—. Cabras montesas, como las de Hawai.

—Ese camino es demasiado ancho para cabras o ciervos.

—Tal vez sea un rebaño entero de cabras montesas.

—Demasiado ancho —repitió Kelly. Encogiéndose de hombros, se apartó de la ventanilla y volvió a la heladera—. Quizás hay algo de postre.

Al mencionar Kelly el postre, Arby se acordó de repente de una cosa. Se acercó a la cama, se subió y buscó algo dentro del armario superior.

—¿Qué haces? —preguntó Kelly.

—Reviso la mochila.

—¿Para qué?

—Creo que me olvidé el cepillo de dientes.

—¿Y qué? —insistió Kelly.

—No voy a poder lavarme los dientes.

—Arb, ¿y eso qué importa?

—Siempre me lavo los dientes...

—Sé más aventurero —lo instó Kelly—. Vive un poco la vida. Arby lanzó un suspiro.

—Quizás el doctor Thorne haya traído uno de más. —Bajó de la cama y se sentó en el sofá junto a Kelly, que tenía los brazos cruzados y movía la cabeza en un gesto de desolación—. ¿No hay postre?

—Nada. Ni siquiera yogur helado —se lamentó Kelly—. ¡Estos adultos! Nunca piensan en nada.

—Sí. Eso es verdad.

Arby bostezó. Hacía calor en el tráiler. Estaba adormilado.

Acurrucado en el armario durante las últimas doce horas, con frío y anquilosado, no había conseguido pegar un ojo. De pronto lo invadió el cansancio.

Miró a Kelly y vio que ella también bostezaba.

—¿Salimos? —propuso Kelly—. A ver si así nos despejamos.

—Será mejor que esperemos en el tráiler.

—Si me quedo aquí, terminaré durmiéndome —dijo Kelly. Arby se encogió de hombros. El sueño lo vencía por momentos. Se levantó y fue a echarse en la cama junto a la ventanilla. Kelly lo siguió.

—Yo no pienso dormirme —protestó.

—Como quieras, Kel. —Le pesaban los párpados y se dio cuenta de que no podía mantenerlos abiertos.

—Pero quizá... —Kelly bostezó otra vez—. Quizá me acueste un momento.

Arby vio que Kelly se acostaba en la cama del lado opuesto. A continuación cerró los ojos y se quedó dormido de inmediato. Soñó que se hallaba de nuevo en el avión, sintiendo el suave balanceo y oyendo el rumor grave de los motores. Durmió con sueño ligero, y en una ocasión se despertó por un instante convencido de que el tráiler se balanceaba realmente y de que del exterior llegaba un suave rumor. No obstante, volvió a dormirse enseguida y esta vez soñó con dinosaurios, los dinosaurios de Kelly, y en su soñolencia aparecieron dos animales, tan grandes que por la ventanilla no veía sus cabezas sino únicamente sus patas escamosas mientras desfilaban con pesados pasos junto al tráiler. Pero en su sueño el segundo animal se detenía y, movido por la curiosidad, acercaba la enorme cabeza a la ventanilla, y Arby se daba cuenta de que tenía ante sí la descomunal cabeza de un *Tyrannosaurus rex*, con las mandíbulas abiertas y los dientes brillando al sol, y en su sueño lo observaba todo con calma y seguía durmiendo.

El interior

Dos grandes puertas oscilantes de vidrio en la entrada del edificio daban acceso a un lóbrego vestíbulo. El vidrio estaba rayado y sucio; los picaportes metálicos, picados a causa de la corrosión. Pero el rastro de dos arcos gemelos se advertía claramente en el polvo, los escombros y las hojas muertas acumulados ante la puerta.

—Alguien ha abierto recientemente estas puertas —observó Eddie.

—Sí —asintió Thorne—. Alguien que llevaba una botas Asolo. —Abrió la puerta—. ¿Entramos?

Penetraron en el edificio. En el interior se percibía un aire caliente, estancado y fétido. El vestíbulo era pequeño y discreto. El mostrador de recepción situado frente a la puerta, forrado en otro tiempo de tela gris, aparecía cubierto de una capa oscura de liquen. Detrás, en la pared, un rótulo de letras cromadas medio tapado por una maraña de hiedra rezaba: «Construimos el futuro». En la alfombra se criaba toda clase de hongos. A la derecha vieron un área de espera con una mesa de café y dos largos sofás.

Uno de los sofás estaba salpicado de manchas marrones de moho; el otro había sido protegido con un hule. Al lado de éste se hallaba la mochila verde de Levine con varios desgarrones en la tela. En la mesa había dos botellas de plástico vacías, un teléfono portátil, un pantalón corto embarrado y varios envoltorios de chocolates arrugados. Una serpiente de color verde oscuro se escabulló rápidamente cuando se acercaron.

—Así que éste es el edificio de InGen —comentó Thorne, contemplando el letrero de la pared.

—Sin duda —confirmó Malcolm.

Eddie se inclinó sobre la mochila de Levine y pasó los dedos por los desgarrones de la tela. Mientras lo hacía, una enorme rata saltó del interior de la mochila.

—¡Dios mío!

La rata huyó lanzando agudos chillidos. Eddie inspeccionó con cautela el interior de la mochila.

—No creo que a nadie le apetezcan los chocolates que quedan —dijo. Reparó en la ropa—. ¿Llega de aquí la señal? Algunas de las prendas preparadas para la expedición llevaban microsensors cosidos.

—No —contestó Thorne, moviendo el localizador de mano—. Recibo una señal pero... parece que viene de allí.

Señaló en dirección a unas puertas metálicas situadas tras la recepción. Los herrumbrosos candados habían sido forzados y estaban en el suelo.

—Vamos a buscarlo —propuso Eddie, encaminándose hacia las puertas—. ¿Qué clase de serpiente sería ésa?

—No lo sé —respondió Thorne—. ¿Era venenosa?

—No lo sé.

Las puertas se abrieron con un estridente chirrido. Daban a un desolado pasillo con ventanas rotas a un lado y hojas secas y escombros en el suelo. Las paredes estaban sucias y en varios sitios se veían manchas oscuras que podían ser sangre. A la izquierda había una hilera de puertas. Ninguna parecía cerrada con llave.

A través de los desgarrones de la alfombra crecían plantas. Cerca de las ventanas, donde había más claridad, una tupida capa de hiedra se extendía por la pared agrietada y el techo. Thorne y los otros avanzaron por el pasillo. No se oía más sonido que el de sus pies al pisar las hojas secas.

—Ahora la recibo con más intensidad —dijo Thorne, mirando el monitor—. Tiene que estar en algún lugar de este edificio. Thorne abrió la primera puerta y vio una sencilla oficina: un escritorio y una silla; un mapa de la isla en la pared; una lámpara de mesa caída bajo el peso de la hiedra; un monitor de computadora cubierto de moho; al fondo, una ventana mugrienta por la que se filtraba la luz.

Siguieron por el pasillo hasta la segunda puerta y encontraron una oficina casi idéntica: un escritorio y una silla similares, y otra ventana al fondo.

—Parece que estamos en unas oficinas —comentó Eddie con un gruñido.

Thorne prosiguió. Abrió la tercera puerta y después la cuarta. También oficinas. Abrió la quinta puerta y se detuvo. Se hallaba en una sala de reuniones sucia de hojas y escombros. Sobre la larga mesa de madera colocada en el centro se amontonaban los excrementos de animal. Un velo de polvo oscurecía la ventana del fondo. Un gran mapa que cubría toda una pared llamó la atención de Thorne. Tenía clavadas tachuelas de varios colores. Eddie entró y frunció el entrecejo. Bajo el mapa había hileras de cajones. Thorne intentó abrirlos, pero estaban todos cerrados con llave. Malcolm se paseó lentamente por la sala, mirando alrededor, sacando conclusiones.

—¿Qué representa ese mapa? —preguntó Eddie—. ¿Tiene alguna idea de qué indican las tachuelas?

Malcolm le echó un vistazo.

—Veinte tachuelas de cuatro colores distintos —observó—. Cinco de cada color. Dispuestas por toda la isla en forma de pentágono o de alguna otra figura de cinco puntas. Yo diría que se trata de una red.

—¿No dijo Arby algo sobre una red?

—Sí, así es —recordó Malcolm—. Interesante.

Bueno, olvídense de eso ahora —ordenó Thorne. Volvió al pasillo siguiendo la señal del localizador. Malcolm cerró la puerta al salir y continuaron la búsqueda. Vieron otras oficinas, pero no abrieron más puertas. Se limitaron a seguir la señal. Al final del pasillo se encontraron con dos puertas corredizas de vidrio, en las que se leía el letrero: SÓLO PERSONAL AUTORIZADO. Thorne escudriñó a través del vidrio, pero el polvo y las manchas sólo le permitieron entrever un amplio espacio y compleja maquinaria.

—¿Estás seguro de que sabes cuál era la función de este edificio? —preguntó a Malcolm.

—No tengo la menor duda —aseguró Malcolm—. Es una planta manufacturera de dinosaurios.

¿Quién iba a querer una cosa así? —dijo Eddie.

—Nadie —contestó Malcolm—. Por eso lo mantenían en secreto.

—No lo entiendo —admitió Eddie.

—Es una larga historia —afirmó Malcolm con una sonrisa.

Introdujo las manos entre las puertas y trató de separarlas, pero permanecieron firmemente cerradas. Lo intentó de nuevo, gruñendo por el esfuerzo, y de pronto se abrieron con un chirrido metálico. Se adentraron en la oscuridad que reinaba al otro lado, alumbrando el pasillo con las linternas.

—Para comprender el sentido de este lugar —explicó Malcolm— debemos remontarnos diez años atrás, hasta un hombre llamado Hammond y un animal conocido como cuaga.

—¿Cómo?

—Cuaga —repitió Malcolm—. Se trata de un mamífero africano muy parecido a la cebra. Se extinguió el siglo pasado, pero en la década del 80 alguien aplicó las técnicas más avanzadas de extracción de ADN a una piel de cuaga y recuperó una cantidad considerable de ADN, tanto que empezó a hablarse de la posibilidad de devolver la cuaga a la vida. Y si podía recuperarse la cuaga, ¿por qué no otros animales extintos? Por ejemplo, el dodo, el tigre de dientes de sable o incluso un dinosaurio.

—¿Y de dónde iban a sacar el ADN de dinosaurio? —inquirió Thorne.

—En realidad, hace años que los paleontólogos vienen encontrando fragmentos de ADN de dinosaurio. Nunca han hablado mucho al respecto, porque nunca han reunido material suficiente para utilizarlo como instrumento de clasificación. Por lo tanto, no parecía poseer mucho valor; era sólo una curiosidad.

—Pero para recrear un animal no bastaría con fragmentos de ADN —señaló Thorne—. Se necesitaría la cadena completa.

—Así es —confirmó Malcolm—. Y el hombre que concibió la manera de obtenerla fue un arriesgado empresario llamado John Hammond. Se dio cuenta de

que cuando vivían los dinosaurios probablemente los insectos los picaban y les chupaban la sangre tal como ocurre ahora. Y algunos de esos insectos podían posarse en una rama y quedar atrapados en la resina. Y esa resina podía endurecerse formando ámbar. Hammond llegó a la conclusión de que si se perforaba a esos insectos y se extraía el contenido del estómago, tarde o temprano se encontraría el ADN de un dinosaurio.

—¿Y lo encontró?

—Sí —contestó Malcolm—. Lo encontró. Y fundó InGen para desarrollar su descubrimiento. Hammond era un hombre emprendedor, y su verdadero talento consistía en reunir dinero. Se planteó cómo conseguir dinero suficiente para llevar a cabo la investigación que permitiría pasar de la cadena de ADN a un animal vivo. No existían fuentes de financiación claras, porque si bien recrear un dinosaurio podía resultar apasionante, no era precisamente un remedio contra el cáncer. De manera que decidió convertirlo en una atracción turística. Planeó recuperar la inversión destinada a los dinosaurios exhibiéndolos en un zoológico o un parque donde se cobraría una entrada.

—¿Es una broma? —dijo Thorne.

—No. Hammond llegó a hacerlo. Construyó el parque en una isla llamada Nublar, al norte de aquí, y se proponía abrirla al público a finales de 1989. Yo lo visité poco antes de la fecha de inauguración prevista. Pero surgieron problemas. Los sistemas del parque fallaron y los dinosaurios quedaron en libertad. Varios visitantes resultaron muertos. Después de eso el parque y todos los dinosaurios fueron destruidos.

Pasaron ante una ventana desde donde se veía la llanura y los dinosaurios que pacían junto al río.

—Si los exterminaron, ¿qué representa esta isla? —preguntó Thorne.

—Esta isla —aclaró Malcolm— es la trampa subrepticia de Hammond, la cara oscura de su parque.

Siguieron avanzando por el pasillo.

—En el parque de Hammond de isla Nublar se mostraba a los visitantes un imponente laboratorio genético con computadoras, secuenciadores de genes y toda clase de instalaciones para incubar y criar jóvenes dinosaurios. Se decía a los visitantes que los dinosaurios eran creados allí mismo, en el parque. Y el recorrido por el laboratorio era plenamente convincente.

»Pero de hecho la visita introductoria al parque se salteaba varios pasos del proceso. En una sala Hammond explicaba cómo se extraía el ADN de los dinosaurios. En la siguiente mostraba huevos a punto de abrirse. Era fascinante, pero ¿cómo había obtenido un embrión viable a partir del ADN? Esa fase crítica permanecía oculta. Se presentaba simplemente como algo que había ocurrido, entre una sala y la otra.

»En realidad, el espectáculo de Hammond era demasiado bueno para ser verdad.

Por ejemplo, tenía un criadero, donde los pequeños dinosaurios salían del cascarón mientras los visitantes observaban asombrados. Pero nunca surgían contratiempos. Ni crías muertas ni malformaciones ni complicaciones de ninguna clase. En la presentación de Hammond esta deslumbrante tecnología se aplicaba sin el menor tropiezo.

»Y si uno se detiene a pensarlo, eso era imposible. Según Hammond, allí se fabricaban animales extintos utilizando tecnología de punta. Pero con cualquier tecnología manufacturera los resultados iniciales son lentos, del orden de un uno por ciento como mucho. Así que Hammond debía de producir miles de embriones por cada nacimiento con éxito. Eso implicaba una enorme operación industrial, y no el pequeño e impecable laboratorio que nos mostraron.

—Es decir, esta planta —adivinó Thorne.

—Sí. Aquí, en otra isla, lejos de la mirada del público y en secreto, podía llevar a cabo libremente su investigación y hacer frente a la ingrata realidad que se escondía tras su precioso parque. El zoológico genético de Hammond no era más que una fachada. La verdad se hallaba en esta isla. Aquí era donde se fabricaban los dinosaurios.

—Y si se eliminaron los animales del zoológico —comentó Eddie—, ¿por qué no se los destruyó también en esta isla?

—Una pregunta crucial —dijo Malcolm—. Posiblemente en unos minutos conozcamos la respuesta. —Apuntó a lo lejos con la linterna y la luz se reflejó en una pared de vidrio—. Porque, si no me equivoco, el primer punto de la cadena de producción se encuentra ante nosotros.

Arby

Arby se despertó, se incorporó en la cama y parpadeó deslumbrado por el sol matutino que entraba por las ventanillas del tráiler. En la otra litera Kelly seguía dormida y roncaba ruidosamente.

Miró hacia la entrada del enorme edificio y vio que los adultos habían desaparecido. El Explorer se hallaba estacionado frente a la puerta, pero no había nadie adentro. El tráiler estaba aislado en medio del claro cubierto de hierba alta. Arby se sintió totalmente solo —aterradoramente solo— y se le aceleró el corazón con una súbita sensación de pánico. Pensó que no debería estar allí. Había sido una estupidez. Y para colmo, lo había planeado él. Cuando se habían quedado agazapados en el tráiler y habían vuelto después a la oficina de Thorne. Y cuando Kelly había hablado con Thorne para que él pudiese robar la llave. Y el mensaje de radio diferido que debía recibir Thorne para que pensase que se habían quedado en Woodside. En esos momentos Arby se había sentido muy astuto, pero ahora se arrepentía. Decidió que debía llamar a Thorne inmediatamente. Tenía que delatarse. Lo abrumaba el deseo de confesar.

Necesitaba oír una voz. Ésa era la verdad.

Salió del habitáculo posterior del tráiler, donde Kelly dormía, y se dirigió a la parte delantera. En la cabina pulsó el interruptor de encendido del tablero de control y tomó el micrófono de la radio.

—Habla Arby —dijo—. ¿Hay alguien ahí? Cambio. Habla Arby.

No hubo respuesta. Arby observó el monitor del tablero, que registraba todos los sistemas que estaban en funcionamiento. No vio nada relacionado con las comunicaciones. Pensó entonces que el sistema de comunicaciones debía de estar incorporado a la computadora. Decidió ponerlo en marcha.

Retrocedió hasta la parte central del tráiler, soltó las correas de seguridad del teclado, lo conectó y encendió la computadora. En la pantalla apareció un menú titulado «Thorne Field Systems» y debajo una lista con todos los subsistemas del tráiler. Uno de ellos era radiocomunicaciones. Desplazó el cursor hasta aquella opción y la ejecutó.

El monitor recogió sólo interferencia estática. Al pie de la pantalla se leía una línea de comando: «Múltiples entradas de frecuencia recibidas. ¿Desea pasar a autosintonización?».

Arby no sabía qué significaba eso, pero las computadoras no lo intimidaban. La

autosintonización le pareció una opción interesante. Sin vacilar, tecleó: «Sí».

La interferencia estática permaneció en la pantalla a la vez que en la línea inferior un grupo de cifras cambiaba rápidamente. Aunque no estaba seguro, supuso que eran frecuencias en megaherzios.

De pronto la pantalla quedó en blanco salvo por una palabra que parpadeaba en el ángulo superior izquierdo:

ACCESO:

Desconcertado, arrugó la frente. Al parecer, la computadora le pedía que iniciase el sistema informático del tráiler. Eso significaba que necesitaría una clave de acceso. Probó: THORNE.

No ocurrió nada.

Aguardó un instante y probó con las iniciales de Thorne: JT.

Nada.

LEVINE.

Nada.

THORNE FIELD SYSTEMS.

Nada.

TFS.

Nada.

USUARIO.

Nada.

Al menos el sistema no lo había rechazado. La mayoría de las redes negaban el acceso después de tres intentos fallidos. Pero, por lo visto, Thorne no había instalado ningún dispositivo de seguridad. Arby nunca habría programado así el sistema; era demasiado paciente y servicial.

Probó con AYUDA.

El cursor saltó a la línea siguiente y se produjo una pausa. Oyó trabajar al disco.

—¡Acción! —dijo, frotándose las manos.

El laboratorio

Mientras su vista se adaptaba a la escasa luz, Thorne advirtió que se hallaba en un enorme espacio donde se alineaban incontables hileras de cajas rectangulares de acero inoxidable, cada una provista de una maraña de tubos de plástico. Todo estaba cubierto de polvo y muchas cajas yacían volcadas en el suelo.

—Las primeras filas —informó Malcolm— son secuenciadores de genes Nishihara, y detrás están los sintetizadores automáticos de ADN.

—¡Es una fábrica! —exclamó Eddie—. Parece una planta agropecuaria o algo así.

—Sí, así es.

En un rincón de la sala había una impresora, y junto a ella unas cuantas hojas sueltas de papel amarillento. Malcolm agarró una y echó un vistazo.

[GALRERIF1] Factor eritroide de transcripción específico de Gallimimus erifl mARN, cód. completos [GALRERIF1 1068 bp ss- mARN VRT 15-DIC-1989]

FUENTE [FTE]

Sangre embrionica de 9 días de Gallimimus bullatus (macho), cADN a mARN, clon E120-1.

ORGANISMO Gallimimus bullatus

Animalía; Chordata; Vertebrata; Archosauria; Dinosauria; ornithomimosauria.

REFERENCIA [REF]

1 (bases 1 a 1418) T. R. Evans, 17-JUL-1989.

CARACTERÍSTICAS [CAR]

Situación/Calificadores

/nota = «Erifl proteína gi: 212629»

/codon-inicio = 1

/traducción=«MEFVALGGPDAGSPTFPDEAGAFLG LGGGERTEAGG

LLASYPPSGRVSLVPWADTGTGTP QWVPPATQMEPPHYLELLQPPRGSPHPSSGPLLPLSS

GPPPCEARECVNCGATATPLWRRDGTGHYLC

NACGLYHRLNGQNRPLIRPKKRLLVSKRAGTVCSNCQT

STTTLWRRSPMGDPVCNACGLYYKLHQVNRPLTMRKDIGI

QTRNRKVSSKGKKRRPPGGGNPSATAGGGAPMGG

GGDSMPPPPPRAAAPPQSDALYALGPVVLSG HFLPFGNSGGFFGGGAGGYTAPPGLSPQI»

RECuento de base [REA]

206 a 371 c 342 g 149 t

—Es una referencia a una base de datos informática —dijo Malcolm—. De algún factor sanguíneo de dinosaurio. Algo relacionado con los glóbulos rojos.

—¿Y ésa es la secuencia?

—No —respondió Malcolm. Hojeó los otros papeles—. No, la secuencia debería ser una serie de nucleótidos... Aquí.

Separó una hoja.

SECUENCIA

```
1  GMTT AGCGA AGAT TGGCA TACAG GATAA
61  GACGT AGCTC GAGGA TCGAA TTACC CATGG
121 ATGGA TGGCG GGGGC GCGG CCACT CCCTC
181 GCCGG TCCTG GGGGG GAGAG AGGCG GCTGC
241 TCCTA CCTCA CGTGT GTCCC CAGAC TACTT
301 ACCCC GGGTC CGCCA ATGGA CCCAC GGAGC
361 CAACC GGGGC CCCCC TCCTC CCCTA ACTCA
421 GGGCC CCTGC CCGTC GTCAT GGAAG CGGAG
481 GCAAC TCTGG GGACG GGGCA TGTGC GGCCT
541 GACGT AGCTC GAGGA TCGAA TTACC CATGG
601 ATGGA TGGCG GGGGC GCGG CCACT CCCTC
661 GCCGG TCCTG GGGGG GAGAG AGGCG GCTGC
721 TCCTA CCTCA CGTGT GTCCC CAGAC TACTT
781 GACGT AGCTC GAGGA TCGAA TTACC CATGG
841 ATGGA TGGCG GGGGC GCGG CCACT CCCTC
901 GCCGG TCCTG GGGGG GAGAG AGGCG GCTGC
961 TCCTA CCTCA CGTGT GTCCC CAGAC TACTT
1021 GACGT AGCTC GAGGA TCGAA TTACC CATGG
1081 ATGGA TGGCG GGGGC GCGG CCACT CCCTC
1141 GCCGG TCCTG GGGGG GAGAG AGGCG GCTGC
1201 TCCTA CCTCA CGTGT GTCCC CAGAC TACTT
1261 GACGT AGCTC GAGGA TCGAA TTACC CATGG
1321 ATGGA TGGCG GGGGC GCGG CCACT CCCTC
1381 GCCGG TCCTG GGGGG GAGAG AGGCG GCTGC
```

DISTRIBUCIÓN [DIS]

Wu /C. Op.

Lori Ruso /Prod

Venn /LLv – 1

Chang /Cercado 89

NOTA DE PRODUCCIÓN [NOTP]

Secuencia definitiva y aprobada.

—¿Tiene esto algo que ver con el hecho de que los animales hayan sobrevivido?
—preguntó Thorne.

—No estoy seguro —dijo Malcolm. ¿Guardaba aquella hoja alguna relación con los últimos momentos de la planta manufacturera? ¿O era simplemente una copia impresa solicitada por un empleado y olvidada allí?

Inspeccionó los alrededores de la impresora y encontró una pila de hojas en un estante. Las tomó y advirtió que eran memorandos. Todos eran breves y estaban impresos en un descolorido papel azul.

De: CC-P Jenkins

A: H. Wu

El exceso de dopamina en Alfa 5 impide que el receptor D1 actúe con la avidez deseada. A fin de minimizar las conductas agresivas en organismos terminados deben alternarse las informaciones genéticas. Conviene empezar con esto hoy mismo.

Y de nuevo:

De: CC

A: H. Wu/Sup

El glicógeno sintasa kinase-3 aislado de *Xenopus* puede dar mejor resultado que el GSK-3 alfa/beta de mamífero que empleamos ahora. Cabría esperar un establecimiento más fuerte de la polaridad dorsoventral y reducir la pérdida de embriones en su fase inicial. ¿Está de acuerdo?

Malcolm leyó el siguiente:

De: Backes

A: H. Wu/Sup

Es posible que los pequeños fragmentos de proteínas actúen como priones. Los informes son aún dudosos, pero sugiero que se interrumpa la administración de proteínas exógenas a organismos carnívoros hasta que se esclarezcan las causas. ¡Debe detenerse la enfermedad!

—Por lo visto tenían problemas —comentó Thorne, mirando por encima del hombro de Malcolm.

—Sin duda —convino Malcolm—. Lo raro sería que no los hubiesen tenido. Pero la cuestión es...

Al ver el siguiente memorando, que era más largo, se interrumpió.

ÚLTIMOS DATOS DE PRODUCCIÓN 10/10/88

De: Lori Ruso

A: Todo el personal

Asunto: Baja productividad

Las recientes pérdidas de animales durante las 24–72 horas posteriores al nacimiento se atribuyen a la contaminación de la bacteria *Escherichia coli*. Como consecuencia se ha reducido la productividad en un 60%, y ello se debe a las deficientes medidas asépticas adoptadas por el personal de planta, principalmente durante el Proceso H (Fase de Mantenimiento del Huevo, Intensificación Hormonal 2G/H).

Se han sustituido y reenfundado los brazos articulados de los robots 5A y 7D, pero además las agujas deben reemplazarse diariamente según lo establecido por las normas de esterilidad (Manual General: Instrucciones 5-9).

Durante el próximo ciclo de producción (12/10 - 26/10) sacrificaremos uno de cada diez huevos en la Fase H para analizar el nivel de contaminación. La criba debe comenzar de inmediato. Notifiquen cualquier error. Detengan la cadena siempre que sea necesario hasta que esta cuestión quede aclarada.

—Tenían dificultades para controlar las infecciones y la contaminación de la cadena de producción —observó Malcolm—. Y quizá también otras fuentes de contaminación. Fíjate.

Entregó a Thorne el siguiente memorando:

ÚLTIMOS DATOS DE PRODUCCIÓN 18/12/88

De: H. Wu

A: Todo el personal

Asunto: DX: IDENTIFICACIÓN Y PUESTA EN LIBERTAD

Los organismos recién nacidos serán marcados con las nuevas etiquetas Grumbach en el plazo más breve posible. No se les proporcionará ninguna

clase de alimento dentro de los límites del laboratorio. El programa de puesta en libertad y las redes de seguimiento están ya en marcha.

—¿Significa eso lo que me temo? —preguntó Thorne.

—Sí —confirmó Malcolm—. No conseguían mantener vivos a los animales recién nacidos, así que los marcaron y los dejaron en libertad.

—¿Y les siguieron el rastro mediante algún tipo de red?

—Sí. Eso parece.

—¿Soltaron los dinosaurios en esta isla? —preguntó Eddie—. Debían de estar locos.

—Desesperados más bien —rectificó Malcolm—. Imagínate: se gastan una fortuna en organizar este proceso con la tecnología más avanzada, y después de todo eso los animales enferman y mueren. Hammond debía de treparse por las paredes. De modo que decidieron sacar los animales del laboratorio y dejarlos en la selva.

—Pero, ¿por qué no buscaron la causa de la enfermedad? ¿Por qué no...?

—Por razones comerciales —lo interrumpió Malcolm—. Sólo les interesaban los resultados. Y sin duda estaban convencidos de que tenían localizados a los animales y podían recuperarlos cuando quisiesen. Además, no olvidemos una cosa: seguramente la medida surtió efecto. Soltaban a los animales y después, cuando ya eran adultos, los capturaban y los enviaban al zoológico de Hammond.

—Pero no a todos...

—Aún desconocemos muchos detalles —admitió Malcolm—. En realidad no sabemos qué ocurrió aquí.

Cruzaron la siguiente puerta, que daba acceso a una pequeña habitación con un banco en el centro y armarios adosados a las paredes. En varios carteles se leía: CUMPLA LAS MEDIDAS DE ASEPSIA Y ATÉNGASE A LAS NORMAS SK4. Al fondo había una estantería con amarillentos gorros y batas apilados.

—Es un vestuario —afirmó Eddie.

—Eso parece —dijo Malcolm. Abrió un armario. Sólo contenía un par de zapatos de hombre. Abrió varios armarios más. Todos estaban vacíos. En el interior de uno de ellos había una hoja pegada con cinta adhesiva:

¡La seguridad nos concierne a todos!
¡Comunique cualquier anomalía genética!
¡Elimine como es debido los desechos biológicos!
¡Ponga fin a la propagación de DX!

—¿Qué es DX? —preguntó Eddie.

—Si no me equivoco —respondió Malcolm—, es el nombre de esa misteriosa enfermedad.

En la pared del fondo había dos puertas. La del lado derecho era neumática y se abría accionando un pedal de goma empotrado en el suelo. Pero estaba cerrada con llave, así que atravesaron la otra puerta.

Salieron a un largo pasillo con paneles de vidrio hasta el techo a la derecha. Aunque el vidrio estaba rayado y sucio, les permitió observar la sala que se extendía al otro lado. Thorne nunca había visto nada semejante.

Abarcaba una gran superficie, aproximadamente del tamaño de un estadio de fútbol. A dos niveles distintos se entrecruzaban cintas transportadoras, una muy elevada y la otra a la altura de la cintura. La enorme maquinaria, provista de intrincadas redes de tubos y brazos articulados, se agrupaba en varios puntos junto a las cintas.

Thorne dirigió el haz de la linterna hacia las cintas transportadoras y comentó:

—Una cadena de montaje.

—Pero parece intacta, como si estuviese lista para entrar en funcionamiento —advirtió Malcolm—. Allí crecen un par de plantas en el suelo, pero en conjunto está notablemente limpia.

—Demasiado limpia —precisó Eddie.

—Si es un entorno libre de impurezas, probablemente disponga de cierres herméticos —adujo Thorne con un gesto de indiferencia—. Debe de seguir tal como estaba hace años.

—¿Años? —dijo Eddie, negando con la cabeza—. Lo dudo mucho, Doc.

—Entonces, ¿cómo se explica?

Escudriñando a través del vidrio, Malcolm arrugó el entrecejo. ¿Cómo era posible que una sala de aquellas dimensiones permaneciese limpia después de tanto tiempo? No tenía sentido.

—¡Eh! —exclamó Eddie.

Malcolm reparó también en lo que había llamado la atención a Eddie. En el ángulo más alejado, en la mitad de la pared, se veía una pequeña caja azul con cables conectados. Era obviamente una caja de empalmes eléctricos e incluía una pequeña luz roja.

Estaba encendida.

—¡Ahí llega corriente eléctrica! —afirmó Eddie. Thorne se acercó al vidrio y miró la caja.

—Imposible —descartó—. Debe de ser alguna clase de carga acumulada o una batería...

—¿Después de cinco años? —cuestionó Eddie—. No hay batería que dure tanto.

¡Se lo aseguro, Doc, ahí llega corriente eléctrica!

Arby miraba con atención las letras blancas que aparecían lentamente en el monitor:

¿ES LA PRIMERA VEZ QUE ACCEDE A LA RED?

Tecleó: Sí.

Se produjo otra pausa.

Esperó.

La computadora formuló otra pregunta:

¿CUÁL ES SU NOMBRE COMPLETO?

Escribió su nombre.

¿DESEA QUE SE LE ASIGNE UNA CONTRASEÑA?

«Me estás cargando», pensó Arby. Esto era sólo un jueguito de niños. Casi lo decepcionaba. Habría esperado algo más sutil por parte del doctor Thorne. Tecleó: Sí.

Al cabo de un momento en la pantalla se leyó:

SU NUEVA CONTRASEÑA ES VIG/&*849/. TOME NOTA, POR FAVOR.

«¡Cómo no! Claro que tomo nota», se dijo Arby. En la mesa no había papel; se palpó los bolsillos, encontró un trozo de hoja y anotó la contraseña.

POR FAVOR, INTRODUZCA SU CONTRASEÑA.

Repitió la serie de símbolos y números.

Tras otra pausa empezó a formarse una nueva frase en la pantalla. El texto aparecía a una velocidad anormalmente lenta, con frecuentes interrupciones. Quizá con el traslado el sistema no funcionaba...

GRACIAS. CONTRASEÑA ACEPTADA.

La pantalla parpadeó y de pronto se volvió de color azul oscuro. Se oyó un tintineo electrónico. Apareció un rótulo y Arby lo leyó boquiabierto:

INTERNACIONAL GENETIC TECHNOLOGIES
ENCLAVE B
SERVICIOS DE LA RED NODAL LOCAL

Era incomprensible. ¿Cómo podía haber una red del Enclave B? InGen había cerrado el Enclave B hacía años. Arby había leído los documentos. InGen había quebrado. ¿Qué red era ésa? ¿Y cómo había conseguido entrar? El tráiler no tenía ninguna conexión con el exterior. No había cables. De modo que sólo podía ser una red de radio ya instalada en la isla, y Arby había accedido a ella de alguna manera. Pero, ¿cómo era posible? Una red de radio necesitaba energía eléctrica, y allí no había fuente de alimentación.

Arby aguardó.

Nada ocurrió. El rótulo permanecía fijo en la pantalla. Esperó en vano a que apareciese un menú. Al cabo de un rato Arby empezó a pensar que quizás el sistema estuviese inactivo, o bloqueado. Tal vez permitía el acceso, pero después no era posible seguir adelante.

O quizás el usuario debía dar alguna instrucción. Entonces hizo lo más sencillo, que era apretar la tecla de RETORNO.

SERVICIOS DE LA RED REMOTA DISPONIBLES	
ARCHIVOS DE TRABAJO ACTUALES	Últimas modificaciones
I/Investigación	02/10/89
P/Producción	05/10/89
R/Registro de campo	09/10/89
M/Mantenimiento	12/11/89
A/Administración	11/11/89
ARCHIVOS DE DATOS ALMACENADOS	
11 /Investigación (AV – AD)	11/11/89
12/Investigación (GD – 99)	12/11/89
P/Producción (FD – FN)	09/11/89
VIDEORED	
A, 1 – 20 CCD	NDC.1.1

De manera que era realmente un sistema antiguo: los archivos no se modificaban desde hacía años. Con curiosidad por saber si aún funcionaba, seleccionó VIDEORED y pidió el archivo. Para su asombro vio que se abría una serie de pequeñas ventanas; eran quince en total y llenaban la pantalla. Ofrecían imágenes de distintas partes de la isla. La mayoría de las cámaras se hallaban en alto, en árboles o algo así, y mostraban...

Arby miró fijo. Mostraban dinosaurios.

Entornó los ojos. No era posible. Debían de ser películas. En la ventana situada en uno de los ángulos vio una manada de triceratops; en la ventana contigua, unos animales verdes con aspecto de lagarto que asomaban la cabeza por encima de la alta hierba; en otra, una estegosaurio paseándose solo.

«Tienen que ser películas. El canal de los dinosaurios», pensó. Pero en otra imagen Arby observó los dos tráilers unidos en medio del claro. Vio los paneles fotovoltaicos negros, que resplandecían en el techo. Casi imaginó que se veía a sí

mismo por la ventanilla del tráiler.

«¡Dios mío!», se dijo.

En otra ventana Thorne, Malcolm y Eddie montaban rápidamente en el Explorer verde y se dirigían hacia la parte trasera del laboratorio.

Estupefacto comprendió que las imágenes eran reales.

Energía eléctrica

Se trasladaron en el Explorer hacia la parte posterior del edificio principal, donde se hallaba la central eléctrica. Antes de llegar pasaron frente a un pequeño poblado situado a la izquierda del camino. Thorne vio seis cabañas rústicas y una construcción mayor con un cartel que rezaba: RESIDENCIA DEL DIRECTOR. Sin duda un agradable jardín rodeaba las cabañas en otro tiempo, pero ahora la hierba estaba muy crecida y la selva había recuperado parte del terreno. Una cancha de tenis, una pileta vacía y un pequeño supermercado con un surtidor de nafta ante la entrada ocupaban el centro del complejo.

—Me pregunto cuánta gente vivió aquí —dijo Thorne.

—¿Cómo sabe que ya no vive nadie? —preguntó Eddie.

—¿Qué quieres decir?

—Doc, después de tantos años hay energía eléctrica —argumentó Eddie—. Eso tendrá alguna explicación.

Giraron al final de las áreas de carga y descarga y siguieron hacia la central eléctrica, que se encontraba justo enfrente.

La central era un bloque de hormigón sin más aberturas ni rasgos distintivos que el respiradero de acero acanalado que se extendía a lo largo de las paredes casi a la altura del tejado. El acero estaba revestido de una uniforme capa de herrumbre marrón, salpicada de manchas amarillas.

Rodearon el edificio en busca de una puerta. La encontraron en la parte posterior. Era una pesada puerta de acero con un letrero descascarado donde aún se leía: PRECAUCIÓN: ALTO VOLTAJE. NO ENTRAR.

Eddie saltó del vehículo. Malcolm y Thorne salieron tras él. Thorne olfateó el aire y observó:

—Azufre.

—Y el olor es muy intenso —añadió Malcolm con un gesto de asentimiento.

—Tengo un presentimiento —anunció Eddie mientras tiraba con fuerza de la puerta, que chocó ruidosamente contra la pared de hormigón.

En la oscuridad Thorne vio un laberinto de tuberías y un chorro de vapor que se elevaba del suelo. En el interior hacía un calor sofocante y se oía un zumbido intenso y continuo.

—¿Será posible? —exclamó Eddie, mirando los indicadores, ilegibles en su mayoría por la gruesa costra amarilla que recubría el vidrio. Las juntas de las tuberías

presentaban también un aro de polvo amarillo alrededor. Eddie pasó el dedo por el polvo y dijo—: ¡Asombroso!

—¿Azufre?

—Sí, azufre. Asombroso. —Se volvió hacia el lugar de donde provenía el zumbido y vio un enorme orificio circular con una turbina en su interior. Las palas de la turbina, que giraban rápidamente, eran de un amarillo opaco.

—¿Y eso también es azufre? —preguntó Thorne.

—No —contestó Eddie—. Eso debe de ser oro. Las palas de esa turbina están hechas de aleación de oro.

—¿Oro?

—Sí. Se necesitaba un material muy inerte. —Volvió la cabeza hacia Thorne—. ¿Se da cuenta de lo que es esto? Es increíble. Tan compacto y con semejante rendimiento... Nadie ha conseguido antes una cosa así. La tecnología es...

—¿Quieres decir que es geotérmica? —inquirió Malcolm.

—Exactamente —confirmó Eddie—. Han aprovechado una fuente de calor, probablemente gas o vapor, que han canalizado a través del suelo mediante tuberías. Luego el calor se utiliza para hervir agua en un ciclo cerrado, es decir, en esa red de tuberías, y accionar la turbina, que genera energía eléctrica. Sea cual sea la fuente de calor, la explotación de recursos geotérmicos implica siempre un alto grado de corrosión. Normalmente el mantenimiento es terrible. Sin embargo, esta planta sigue en funcionamiento. Es asombroso. En una pared se encontraba el panel de control principal, que distribuía energía a todo el complejo. Estaba enmohecido y mellado en algunos puntos.

—Parece que no ha entrado nadie aquí desde hace años —dijo Eddie—. Y la mayor parte de la red está desconectada, pero la planta en sí aún recibe corriente. Increíble.

Thorne tosió a causa del azufre que flotaba en el ambiente y salió al aire libre. Observó la parte trasera del laboratorio. Una de las áreas de carga y descarga parecía en buen estado; la otra, en cambio, se había desmoronado. El vidrio de la pared posterior del edificio estaba hecho añicos.

Malcolm se acercó a Thorne y comentó:

—Me pregunto si algún animal ha embestido el edificio.

—¿Crees que un animal podría haber causado semejante estropicio?

—Algunos dinosaurios pesan cuarenta o cincuenta toneladas —explicó Malcolm con un gesto de asentimiento—. Un solo ejemplar posee la masa de un rebaño entero de elefantes. Sí, esos destrozos podrían ser fácilmente obra de un animal. ¿Te has fijado en ese sendero que atraviesa las áreas de carga y descarga y baja luego por la ladera? Es un paso de animales. Sí, podría haber sido un dinosaurio.

—¿No pensaron en eso cuando soltaron los animales? —preguntó Thorne.

—Seguramente pretendían dejarlos sueltos sólo unas semanas o unos meses y reunirlos después cuando aún fuesen jóvenes. Dudo de que pensasen...

Los interrumpió una crepitación eléctrica, como una interferencia estática. Procedía del Explorer. Eddie corrió hacia el vehículo, visiblemente preocupado.

—Lo sabía —se lamentó—. El módulo de comunicaciones falla. Sabía que tenía que haber instalado el otro. —Abrió la puerta del Explorer y subió por el lado del pasajero. Agarró el micrófono y pulsó el sintonizador automático. A través del parabrisas vio aproximarse a Thorne y Malcolm.

De pronto la radio captó la transmisión.

—... ¡al coche! —instó una voz ronca.

—¿Quién habla? —preguntó Eddie.

—¡Doctor Thorne! ¡Doctor Malcolm! ¡Suban al coche!

—Doc, es ese maldito muchacho —informó Eddie cuando llegó Thorne.

—¿Cómo? —dijo Thorne.

—Es Arby.

—¡Suban al coche! —repitió Arby por la radio—. ¡Lo veo acercarse!

—¿De qué habla? —preguntó Thorne, frunciendo el entrecejo—. No está aquí, ¿o sí? ¿Está en la isla?

La radio crepitó.

—¡Sí, estoy aquí! ¡Doctor Thorne!

—¡Pero cómo demonios...!

—¡Doctor Thorne! ¡Suba al coche! —repitió Arby. Thorne, rojo de ira, apretó los puños.

—¿Cómo se las ingenió ese pequeño hijo de puta para llegar hasta aquí? —Le arrancó el micrófono a Eddie de las manos—. ¡Arby, maldita sea...!

—¡Se acerca! —lo interrumpió Arby.

—¿De qué habla? —quiso saber Eddie—. Parece histérico.

—¡Lo veo por la televisión! ¡Doctor Thorne!

—Quizá sea mejor que subamos al Explorer —sugirió Malcolm en voz baja, mirando hacia la selva.

—¿Cómo que en la televisión? —preguntó Thorne, furioso.

—No lo sé, Doc —contestó Eddie—, pero si ha captado algo desde el tráiler, nosotros también podemos verlo. —Encendió el monitor del tablero y observó mientras se formaba la imagen.

—¡Ese muchacho! —protestó Thorne—. Voy a retorcerle el pescuezo.

—Pensaba que te caía bien —observó Malcolm.

—Y así es, pero...

—El caos actúa de nuevo —sentenció Malcolm, sacudiendo la cabeza.

Eddie, mirando el monitor, exclamó:

—¡Mierda!

La pequeña pantalla mostraba un plano superior del poderoso cuerpo de un Tyrannosaurus rex avanzando hacia ellos por el paso de animales. Tenía la piel salpicada de manchas rojizas, exactamente del color de la sangre seca. Bajo el sol que se filtraba a través de las copas de los árboles veían claramente los robustos músculos de sus patas traseras. Se movía deprisa, sin dar la menor señal de temor o indecisión.

Sin apartar los ojos de la pantalla, Thorne ordenó:

—¡Todo el mundo adentro!

Entraron apresuradamente en el Explorer. El tiranosaurio salió del ángulo de visión de la cámara, pero sentados en el Explorer lo oyeron aproximarse. La tierra temblaba bajo ellos y el vehículo se balanceaba ligeramente.

—¿Ian? —dijo Thorne—. ¿Qué debemos hacer?

Malcolm no contestó. Estaba paralizado, con la vista al frente y mirada inexpresiva.

—¿Ian? —repitió Thorne.

En la radio sonó un chasquido.

—Doctor Thorne, ha desaparecido del monitor —informó Arby—. ¿Ahí todavía lo ven?

—¡Dios santo! —exclamó Eddie.

El tiranosaurio irrumpió en el claro con sorprendente prontitud, saliendo del follaje a la derecha del Explorer. Era inmenso, del tamaño de un edificio de dos pisos, y su cabeza se perdía de vista sobre ellos. Sin embargo, pese a sus dimensiones, se desplazaba con una agilidad y rapidez increíbles. Thorne lo contempló expectante y mudo de asombro. Percibía cómo vibraba el vehículo con cada atronadora pisada. Eddie lanzó un suave gemido.

Pero el tiranosaurio no reparó en ellos. Pasó de largo sin aminorar siquiera la marcha. Cuando se adentró de nuevo en la espesura apenas habían tenido ocasión de observarlo. Ya sólo veían la gruesa cola, enorme por su función de contrapeso, que se agitaba de un lado a otro a unos dos metros de altura a medida que el animal caminaba.

«¡Qué rápido! ¡Qué rápido!», pensó Thorne. El gigantesco animal había surgido de entre el follaje, había ocupado totalmente su campo de visibilidad y había vuelto a desaparecer. Thorne no estaba acostumbrado a ver algo tan grande moverse tan deprisa. Ya sólo quedaba la punta de la cola balanceándose en el aire.

De pronto la cola golpeó la parte delantera del Explorer con un sonoro ruido metálico.

Y el tiranosaurio se detuvo.

Oyeron un gruñido grave y vacilante entre los árboles. La cola volvió a mecerse,

esta vez con un movimiento de tanteo. No tardó en rozar de nuevo el radiador.

Repentinamente el follaje crujió y se agitó a su izquierda. La cola desapareció. Porque el tiranosaurio, comprendió Thorne, se disponía a regresar.

Salió nuevamente de la selva y se dirigió hacia el vehículo. Deteniéndose justo enfrente, volvió a gruñir —un sonido grave y retumbante— y movió ligeramente la cabeza de izquierda a derecha para inspeccionar aquel extraño objeto. A continuación se inclinó, y Thorne vio que el tiranosaurio tenía algo entre las fauces; vio las patas de una criatura colgando a ambos lados de la boca. Un enjambre de moscas zumbaba en torno de la cabeza del tiranosaurio.

—¡Carajo! —gimió Eddie.

—Silencio —susurró Thorne.

El tiranosaurio resopló y observó el Explorer. Se inclinó más aún e inspiró repetidas veces, desplazando gradualmente la cabeza a cada inhalación. Thorne se dio cuenta de que olfateaba el radiador. Se movió a un lado y husmeó las ruedas. A continuación alzó despacio la enorme cabeza hasta que sus ojos quedaron a ras del capó. Los contempló oblicuamente a través del parabrisas. Parpadeó. Tenía la mirada fría de un reptil.

Thorne habría jurado que los miraba uno por uno. Con su hocico chato empujó el vehículo por un costado, balanceándolo ligeramente, como si comprobase su peso, como si evaluase a un adversario. Thorne agarró el volante firmemente y contuvo la respiración.

De pronto dio un paso atrás y se colocó otra vez frente al Explorer. Les dio la espalda y levantó la cola. Lentamente retrocedió, y oyeron que la cola arañaba el techo. Las patas traseras se aproximaron, y el tiranosaurio se sentó en el capó, inclinando el vehículo con su descomunal peso hasta que el paragolpes tocó el suelo. Al principio no se movió; simplemente permaneció allí sentado. Al cabo de un momento empezó a contonearse con un rápido movimiento, haciendo chirriar el metal.

—¿Qué demonios es esto? —exclamó Eddie.

El tiranosaurio se irguió de nuevo y el Explorer recuperó bruscamente su posición normal. Thorne vio una sustancia blanca y espesa diseminada por el capó. De inmediato el tiranosaurio se apartó de ellos, se alejó por el paso de animales y desapareció en la selva.

Al cabo de un momento surgió otra vez de entre el follaje por detrás del Explorer y atravesó el claro. Rodeó el supermercado, pasó entre dos cabañas y se perdió de vista.

Thorne miró a Eddie, que señaló a Malcolm con la cabeza. Malcolm no se había dado vuelta para ver cómo se alejaba el tiranosaurio. Seguía tenso, con la mirada al frente.

—¿Ian? —dijo Thorne, tocándole el hombro.

—¿Se fue? —preguntó Malcolm.

—Sí. Se fue.

Ian Malcolm se relajó e inclinó los hombros. Exhaló lentamente y dejó caer la cabeza hacia adelante. Respiró hondo y levantó otra vez la cabeza.

—Hay que reconocerlo —afirmó—: estas cosas no se ven todos los días.

—¿Te encuentras bien? —se interesó Thorne.

—Sí, sí. Estoy bien. —Se llevó la mano al pecho y se palpó el corazón—. Claro que estoy bien. Al fin y al cabo éste era pequeño.

—¿Pequeño? —repitió Eddie—. Si eso le parece pequeño...

—Sí, para un tiranosaurio era pequeño. Las hembras son mucho más grandes. Los tiranosaurios presentan un dimorfismo sexual: las hembras son más grandes que los machos. Según se cree, se encargaban ellas de la caza. Pero puede que tengamos la oportunidad de verlo nosotros mismos.

—Un momento —saltó Eddie—. ¿Cómo está tan seguro de que era un macho?

Malcolm señaló el capó del vehículo, donde la sustancia blanca empezaba a desprender un olor acre.

—Ha marcado el territorio —explicó Malcolm.

—¿Y qué? Puede que las hembras también marquen...

—Muy probablemente, sí —lo interrumpió Malcolm—. Pero sólo los machos poseen glándulas olorosas anales. Y ya has visto cómo lo ha hecho.

Eddie contempló disgustado el capó.

—Espero que podamos quitar la mancha —comentó—. Traje algunos disolventes, pero no contaba con... bueno, perfume de dinosaurio.

Volvió a oírse el chasquido de la radio.

—Doctor Thorne —dijo Arby—. ¿Doctor Thorne? ¿Todo en orden?

—Sí, Arby. Gracias a ti —contestó Thorne.

—¿Qué esperan entonces? ¿Doctor Thorne? ¿No ha visto al doctor Levine?

—Todavía no. —Thorne buscó el receptor en el cinturón, pero había caído al suelo. Se inclinó y lo recogió. Las coordenadas de Levine habían cambiado—. Se está moviendo...

—Ya sé que se está moviendo. ¿Doctor Thorne?

—Sí, Arby —respondió Thorne. Al cabo de un instante añadió—: Un momento. ¿Cómo sabes que se está moviendo?

—Porque lo veo —replicó Arby—. Va en bicicleta.

Kelly apareció en la parte delantera del tráiler bostezando y apartándose el pelo de la cara.

—¿Con quién hablas, Arb? —preguntó. Mirando el monitor, agregó—: ¡Qué

fantástico!

—Accedí a la red del Enclave B —anunció Arby.

—¿Qué red?

—Una red de radio de ámbito local, Kel. Por alguna razón aún funciona.

—¿En serio? Pero cómo...

—¡Chicos! —reprendió Thorne por la radio—. Si no les importa, estamos buscando a Levine.

Arby agarró el micrófono.

—Va en bicicleta por un camino de la selva. Es muy empinado y estrecho. Creo que tomó el mismo camino que el tiranosaurio.

—¿El qué? —inquirió Kelly.

Thorne puso el vehículo en marcha y se alejó de la central eléctrica en dirección al poblado. Pasó ante el surtidor de nafta y después entre las cabañas. Tomó por el mismo camino del tiranosaurio. El paso de animales era bastante ancho y fácil de seguir.

—Esos chicos no deberían estar aquí —dijo Malcolm, preocupado—. No es seguro.

—Ahora poco podemos hacer al respecto —repuso Thorne. Accionó el micrófono—. Arby, ¿aún ves a Levine?

El Explorer traqueteó al atravesar lo que en otro tiempo fue un jardín y continuó por detrás de la residencia del director. Era un edificio de dos pisos de estilo colonial con balcones de madera en todo el segundo piso. Al igual que las otras casas, estaba abandonado.

—Sí, doctor Thorne —contestó Arby por la radio—. Lo veo.

—¿Dónde está?

—Sigue al tiranosaurio. En la bicicleta.

—¡Sigue al tiranosaurio! —repitió Malcolm con un suspiro—. No debería haberme metido en esto con él.

—En eso estamos todos de acuerdo —coincidió Thorne. Aceleró y cruzó por una brecha el muro de piedra que aparentemente delimitaba el perímetro del complejo.

—¿Lo ve ya? —preguntó Arby.

—Todavía no.

El camino se estrechó gradualmente a medida que serpenteaba ladera abajo. Tras una curva vieron de repente un árbol caído que obstruía el paso. En su franja central el tronco estaba desprovisto de ramas, según cabía suponer a causa del continuo paso de animales grandes por encima.

Thorne frenó a corta distancia del árbol. Se bajó y fue a la parte trasera del Explorer.

—Doc, déjeme ir a mí —sugirió Eddie.

—No —repuso Thorne—. Si algo pasara, sólo tú serías capaz de reparar el equipo. Eres más importante, sobre todo sabiendo que los niños están aquí.

Detrás del Explorer, Thorne desenganchó la motocicleta de los soportes y la dejó en el suelo. Después de comprobar la carga de la batería, la empujó hasta la parte delantera del vehículo.

—Dame ese rifle —pidió a Malcolm. Éste le entregó el arma, y Thorne se la colgó al hombro. A continuación tomó unos auriculares del tablero y se los colocó en la cabeza, prendiéndose en el cinturón la caja de la pila y ajustándose el micrófono a la altura de la boca. Después dijo:

—Ustedes vuelvan al tráiler y cuiden a los niños.

—Pero Doc... protestó Eddie.

—Hagan lo que les digo —ordenó Thorne, y levantó la motocicleta para pasarla sobre el árbol caído. La dejó al otro lado y luego saltó él. Entonces advirtió que el tronco estaba también impregnado de la secreción blanquecina y acre del tiranosaurio; se había manchado las manos. Lanzó una mirada interrogativa a Malcolm.

—Marcó el territorio aclaró Malcolm.

—Estupendo —se lamentó Thorne—. Estupendo.

Después de limpiarse las manos en el pantalón subió a la motocicleta y se alejó.

Las ramas le azotaban los hombros y las piernas mientras avanzaba por el sendero tras los pasos del tiranosaurio. El animal no podía estar muy lejos, pero aún no lo veía. Aceleró la marcha.

La radio crepitó.

—¿Doctor Thorne? —dijo Arby—. Ahora lo veo a usted.

—Muy bien respondió Thorne.

La radio volvió a crepitar.

—Pero ya no veo al doctor Levine informó Arby con voz inquieta.

La motocicleta eléctrica era muy silenciosa, sobre todo cuesta abajo. Un poco más adelante el paso de animales se bifurcaba. Thorne se detuvo y se inclinó para inspeccionar la tierra lodosa. Las huellas del tiranosaurio se desviaban por el ramal izquierdo. Vio asimismo la fina huella dejada por la bicicleta; doblaba también a la izquierda.

Thorne siguió por el camino de la izquierda pero más despacio. Después de recorrer unos diez metros pasó junto a la pata de alguna criatura parcialmente devorada. Debía de llevar allí un tiempo, porque estaba cubierta de gusanos blancos y moscas. Con el calor, el penetrante hedor de la descomposición resultaba nauseabundo. Siguió adelante y se cruzó con el cráneo de un enorme animal que aún llevaba adheridos al hueso trozos de carne y piel verde; también lo envolvía un

enjambre de moscas.

—Acabo de pasar restos de animales comunicó por el micrófono.

La radio crepitó y esta vez habló Malcolm:

—Me lo temía.

—¿A qué te refieres? —preguntó Thorne.

—Es posible que haya un nido —explicó Malcolm—. ¿Viste el animal que el tiranosaurio sostenía entre las fauces? No lo había devorado. Es muy probable que fuese comida para su nido.

—Un nido de tiranosaurios... —murmuró Thorne.

—Yo andaría con cuidado —aconsejó Malcolm.

Thorne apagó el motor y bajó en punto muerto hasta el pie de la ladera. Al llegar a terreno llano se bajó. Percibió vibraciones en el suelo y oyó un rumor grave procedente de la maleza, como el ronroneo de un gran gato salvaje. Thorne miró alrededor. No encontró el menor rastro de la bicicleta de Levine.

Thorne descolgó el rifle del hombro y lo agarró con manos sudorosas. El ronroneo se repitió con variable intensidad. Había algo extraño en aquel sonido. Al cabo de un momento Thorne comprendió qué era. Procedía de más de una fuente: varios animales grandes ronroneaban tras el follaje justo enfrente.

Thorne se agachó, arrancó un puñado de hierba y lo soltó en el aire. La hierba volvió hacia sus piernas: el viento soplaba de frente. Se deslizó entre la vegetación.

Se encontraba rodeado de grandes helechos y espeso follaje, pero a unos metros veía el resplandor del sol en un claro. El ronroneo era más sonoro. Le llegó también otro ruido, un agudo chirrido semejante al de un engranaje oxidado.

Thorne vaciló. Por fin, muy lentamente, apartó una hoja de helecho. Y miró asombrado.

El nido

Ante Thorne, bajo el sol intenso de media mañana, surgieron dos enormes tiranosaurios, ambos de más de seis metros de altura. Tenían una piel rojiza, tipo cuero, y las descomunales cabezas, provistas de poderosas mandíbulas y afilados dientes, ofrecían un aspecto feroz. Sin embargo, por alguna razón no transmitían una sensación de amenaza. Se movían con lentitud, casi con suavidad, inclinándose una y otra vez sobre un amplio refugio circular de barro seco con una pared de alrededor de más de un metro de altura. Cada vez que se agachaban y metían la cabeza en el refugio sujetaban entre los dientes trozos de carne roja. Esta acción era recibida con un agudo y nervioso chirrido, que se interrumpía casi de inmediato. Cuando los adultos alzaban nuevamente la cabeza, la carne había desaparecido.

Indudablemente aquello era el nido. Y Malcolm no se había equivocado: un tiranosaurio era mucho más grande que el otro. Después de unos instantes el curioso chirrido se reanudaba. Sonaba como los gritos de los pollitos. Los adultos siguieron agachando la cabeza, dando de comer a las invisibles crías. Un pedazo de carne cayó en el borde del montículo de barro. Ante la mirada de Thorne, una cría de tiranosaurio se asomó por encima de la pared del nido e intentó encaramarse. Era del tamaño de un pavo y tenía la cabeza y los ojos muy grandes. Cubría su cuerpo una fina pelusa roja —blanca alrededor del cuello—, que le daba una apariencia descarnada. La cría emitió su intermitente chillido y reptó torpemente hacia la carne, ayudándose con los débiles miembros anteriores. Cuando por fin alcanzó la carroña, hincó con decisión sus pequeños y puntiagudos dientes.

Mientras devoraba laboriosamente la carne, empezó de pronto a resbalar por el lado exterior de la pared de barro seco y gritó alarmada. De inmediato la madre agachó la cabeza e interceptó la caída de la cría. A continuación la empujó con el hocico hasta devolverla al interior del nido. Thorne observó impresionado la delicadeza de sus movimientos, el esmero con que cuidaba a su cría. Entretanto el padre siguió arrancando pequeños trozos de carne. Los dos tiranosaurios adultos producían un incesante ronroneo, como para tranquilizar a las crías.

Thorne cambió de postura y pisó una rama: se oyó un sonoro chasquido.

Al instante los dos adultos levantaron la cabeza. Thorne se quedó inmóvil y contuvo la respiración.

Los tiranosaurios escudriñaron las inmediaciones del nido, mirando atentamente en todas las direcciones. Estaban tensos y alertas, dirigiendo la mirada a un lado y a

otro con breves y entrecortados movimientos de cabeza. Al cabo de un momento se relajaron. Balancearon las cabezas y entrechocaron delicadamente los hocicos. Parecía una especie de ritual, casi una danza. Luego siguieron dando de comer a las crías.

Una vez que se calmaron, Thorne retrocedió sigilosamente hacia la motocicleta.

—Doctor Thorne, lo veo —susurró Arby por los auriculares. Thorne no contestó. Se limitó a golpear ligeramente el micrófono con un dedo para indicar que había oído el mensaje.

—Creo que he localizado al doctor Levine —informó Arby en voz baja—. Está a su izquierda.

Thorne volvió a golpear el micrófono y se volvió.

A su izquierda, entre los helechos, vio una bicicleta oxidada. Estaba apoyada contra un árbol y llevaba un rótulo donde se leía: «Prop. InGen Corp».

«No está mal», pensó Arby en el tráiler mientras seleccionaba y distribuía las imágenes de las distintas cámaras en el monitor. Finalmente había optado por dividir la pantalla en cuadrantes; era una buena solución intermedia, ya que le permitía obtener imágenes más grandes y a la vez mantener simultáneamente varias vistas.

Una de las cámaras ofrecía un plano superior de los dos tiranosaurios en el recóndito claro. El sol de media mañana se reflejaba en la hierba pisoteada y lodosa. En el centro de la imagen veía un nido de barro circular rodeado de una alta pared. En el interior había cuatro huevos blancos moteados, del tamaño de pelotas de fútbol. El nido contenía asimismo algunos fragmentos de cascarón y dos crías semejantes a pajaritos desplumados y chillones. Levantaban la cabeza y abrían la boca como pollitos en espera de su alimento.

—Mira, son preciosos —comentó Kelly, contemplando la imagen del monitor. Luego añadió—: Tendríamos que estar allí.

Arby guardó silencio. Él no albergaba tales deseos de acercarse a aquellos animales. Los adultos actuaban con mucha serenidad, pero a Arby aquellos dinosaurios le inspiraban un temor profundamente arraigado que no conseguía analizar. Arby siempre hallaba sosiego en la organización y el orden; incluso disponer las imágenes pulcramente en la pantalla de la computadora lo tranquilizaba. Sin embargo, en aquella isla todo era desconocido e imprevisible, uno nunca sabía qué podía ocurrir. Eso lo inquietaba.

Kelly, en cambio, no cabía en sí de emoción. Hablaba sin cesar sobre los tiranosaurios: sus grandes dimensiones, el tamaño de sus dientes. Estaba entusiasmada y no demostraba el menor miedo.

La actitud de Kelly enojaba un poco a Arby.

—A propósito —dijo Kelly—, ¿por qué estás tan seguro de que localizaste al

doctor Levine?

Arby señaló la imagen del nido en el monitor.

—Fíjate.

—Sí, ya lo veo.

—No, Kel. Fíjate bien —insistió Arby.

Mientras miraban la pantalla, la imagen se desplazó ligeramente. Mostró parte del paisaje a la izquierda y de inmediato volvió a centrarse.

—¿Viste? —preguntó Arby.

—Sí, ¿y qué? A lo mejor es el viento.

Arby negó con la cabeza.

—No, Kel. Está subido al árbol. Es Levine quien mueve la cámara.

—¡Oh! —exclamó Kelly. Tras contemplar de nuevo la imagen, añadió—: Tal vez tengas razón.

Arby sonrió. Ésa era la máxima concesión que podía esperar de Kelly.

—Sí, creo que sí.

—Pero, ¿qué hace el doctor Levine subido al árbol?

—Quizás esté ajustando la cámara.

Por la radio oían la respiración de Thorne.

Kelly miró las cuatro imágenes del monitor, cada una de una parte distinta de la isla.

—Estoy impaciente por salir —dijo con un suspiro.

—Sí, yo también —mintió Arby. Echó un vistazo por la ventanilla del tráiler y vio acercarse el Explorer con Eddie y Malcolm. Para sus adentros, se alegró de que llegasen.

Al pie del árbol, Thorne levantó la vista. Las hojas le impedían ver a Levine, pero sabía que estaba allí por el ruido que hacía, excesivo a su juicio. Thorne lanzó una mirada intranquila hacia el claro, oculto tras el follaje. Seguía oyendo el ronroneo, uniforme e ininterrumpido.

Thorne aguardó. Se preguntó para qué demonios habría trepado Levine al árbol. Se produjo un rumor de hojas entre las ramas. Siguió un silencio, luego un gruñido y otro rumor de hojas.

De pronto Levine maldijo en voz alta. Inmediatamente después se oyó un golpe, varios crujidos de ramas y un grito de dolor. Finalmente Levine cayó al suelo de espaldas a los pies de Thorne. Se dio vuelta, agarrándose el hombro.

—¡Maldita sea! —se quejó.

Levine llevaba un uniforme caqui desgarrado por varios sitios y sucio de barro. Bajo una barba de tres días y numerosas manchas de barro, estaba ojeroso y demacrado. Alzó la vista cuando Thorne se acercó a él y sonrió.

—Eres la última persona que esperaba encontrarme, Doc —dijo Levine—. Pero tu llegada no podía ser más oportuna.

Thorne le extendió la mano. Cuando Levine estaba a punto de tomársela, del claro detrás de ellos, los tiranosaurios emitieron un bramido ensordecedor.

—¡Oh, no! —exclamó Kelly.

En el monitor los dos tiranosaurios, inquietos, se movían rápidamente en círculo levantando la cabeza y bramando.

—¿Qué pasa, doctor Thorne? preguntó Arby.

Por la radio oyeron la voz de Levine, débil y ronca, pero no consiguieron descifrar sus palabras. Eddie y Malcolm entraron en el tráiler. Malcolm echó un vistazo al monitor y ordenó:

—¡Diles que se marchen de ahí ahora mismo!

En la imagen, los dos tiranosaurios se daban la espalda y vigilaban los límites del claro, protegiendo a las crías. Blandían sus voluminosas colas sobre el nido. Pero la tensión era palpable.

De pronto uno de ellos bramó y se precipitó hacia el follaje.

—¡Doctor Thorne! ¡Doctor Levine! ¡Salgan de ahí!

Thorne pasó una pierna sobre la motocicleta y asió los puños de goma del manubrio. Levine saltó detrás y se aferró a la cintura de Thorne. Éste oyó un escalofriante rugido y, al volver la cabeza, vio un tiranosaurio atravesar el follaje y abalanzarse hacia ellos. El animal avanzaba a toda velocidad, con la cabeza baja y las fauces abiertas en una inconfundible postura de ataque.

Thorne accionó el arranque. El motor eléctrico se puso en marcha con un ligero susurro y la rueda trasera giró en el barro sin moverse.

—¡Vamos! —gritó Levine—. ¡Vamos!

El tiranosaurio corría hacia ellos sin dejar de rugir. Thorne notaba temblar el suelo. El rugido era tan atronador que hería los oídos. El animal se hallaba casi sobre ellos, adelantando la enorme cabeza, abriendo la boca completamente.

Thorne empujó con los talones. De pronto la rueda trasera recuperó la tracción, lanzando barro hacia atrás, y la motocicleta empezó a ascender rápidamente por el camino lodoso. Aceleró al máximo. La motocicleta patinaba peligrosamente.

A sus espaldas, Levine vociferaba, pero Thorne no lo escuchó. El corazón le latía con fuerza. La motocicleta saltó en un pozo del camino y casi perdieron el equilibrio. Cuando recuperaron la estabilidad, Thorne volvió a acelerar. No se atrevía a volver la cabeza. Percibía un hedor de carne podrida, oía la respiración estentórea del animal...

—¡Doc, calma! —gritó Levine.

Thorne no le prestó atención. La motocicleta ascendía velozmente por la ladera. Las ramas los golpeaban; el barro les salpicaba en la cara y el pecho. La rueda delantera se metió en un surco y la motocicleta se desvió hacia el follaje. Thorne reaccionó rápidamente y volvieron al centro del camino. Oyó otro rugido e imaginó que era más débil, pero...

—¡Doc! —protestó Levine, acercando la boca a la oreja de Thorne—. ¿Quieres que nos matemos? ¡Doc! ¡Estamos solos!

Llegaron a un tramo llano del camino y Thorne se arriesgó a mirar hacia atrás por encima del hombro. Levine tenía razón. Estaban solos. El tiranosaurio había desaparecido, aunque sus rugidos se oían aún a lo lejos.

Redujo la velocidad.

—Cálmate —repitió Levine, moviendo la cabeza en un gesto de desaprobación. Estaba pálido y asustado—. Eres un pésimo conductor, ¿lo sabías? Deberías tomar algunas clases. Casi nos matamos.

—Pero nos atacaba el tiranosaurio —se justificó Thorne, indignado. Ya conocía de sobra el tono crítico de Levine, pero en esos momentos...

—Eso es ridículo —refutó Levine—. No nos atacaba ni mucho menos.

—Pero sin duda parecía que sí —afirmó Thorne.

—No, no, no —insistió Levine—. No nos atacaba. El rex defendía su nido, que es muy distinto.

—Yo no he notado la diferencia —dijo Thorne. Detuvo la motocicleta y miró a Levine con furia.

—De hecho —continuó Levine—, si el rex hubiese decidido cazarnos, ahora estaríamos muertos. Pero se detuvo casi de inmediato.

—¿En serio?

—Sin lugar a dudas —aseguró Levine con su habitual pedantería—. El rex sólo pretendía ahuyentarnos y defender su territorio. Nunca habría dejado indefenso el nido a menos que hubiésemos tomado o alterado algo. Con toda seguridad ahora mismo está otra vez con su pareja, pendiente de los huevos, sin moverse de allí.

—Tuvimos suerte de que sea tan buen padre —comentó Thorne, acelerando el motor.

—Claro que es un buen padre —afirmó Levine—. Cualquier idiota se daría cuenta de eso. ¿No te fijaste en lo delgado que está? Descuida su propia alimentación para dar de comer a sus crías. Probablemente lleva así semanas. Un *Tyrannosaurus rex* es un animal complejo, con hábitos de caza complejos. Y también desarrolla un comportamiento complejo en el cuidado de la nidada. No me sorprendería que la función paterna de un tiranosaurio adulto se prolongase durante meses. Es posible que enseñen a sus crías a cazar, por ejemplo. Quizá lleven al nido pequeños animales heridos y dejen que los más jóvenes acaben con ellos. Esa clase de cosas. Será

interesante averiguar cómo actúan exactamente. ¿Qué esperamos aquí parados?

La radio crepitó a través del auricular de Thorne.

—Nunca se le ocurriría darte las gracias por haberle salvado la vida —dijo Malcolm.

Thorne lanzó un gruñido.

—Obviamente no.

—¿Con quién hablas? —preguntó Levine—. ¿Con Malcolm? ¿Está aquí?

—Sí —contestó Thorne.

—Seguro que está de acuerdo conmigo, ¿verdad?

—No exactamente repuso Thorne, negando con la cabeza.

—Oye, Doc, siento que te hayas asustado, pero no había razón para ello. El hecho es que no corríamos ningún peligro... salvo por tu desastrosa manera de conducir.

—Bien. Muy bien. —A Thorne todavía le martilleaba el corazón en el pecho. Respiró hondo, giró a la izquierda con la motocicleta e inició el descenso hacia el campamento por un camino más ancho.

—Me alegro mucho de verte, Doc —admitió Levine—. De verdad.

Thorne guardó silencio. Siguió ladera abajo por el camino que se abría entre el follaje. Descendieron hasta el valle, cobrando velocidad con la pendiente. No tardaron en ver los tráilers en medio del claro.

—Estupendo —aprobó Levine—. Trajiste todo. ¿Y funciona el equipo? ¿Todo llegó en buen estado?

—Parece que sí.

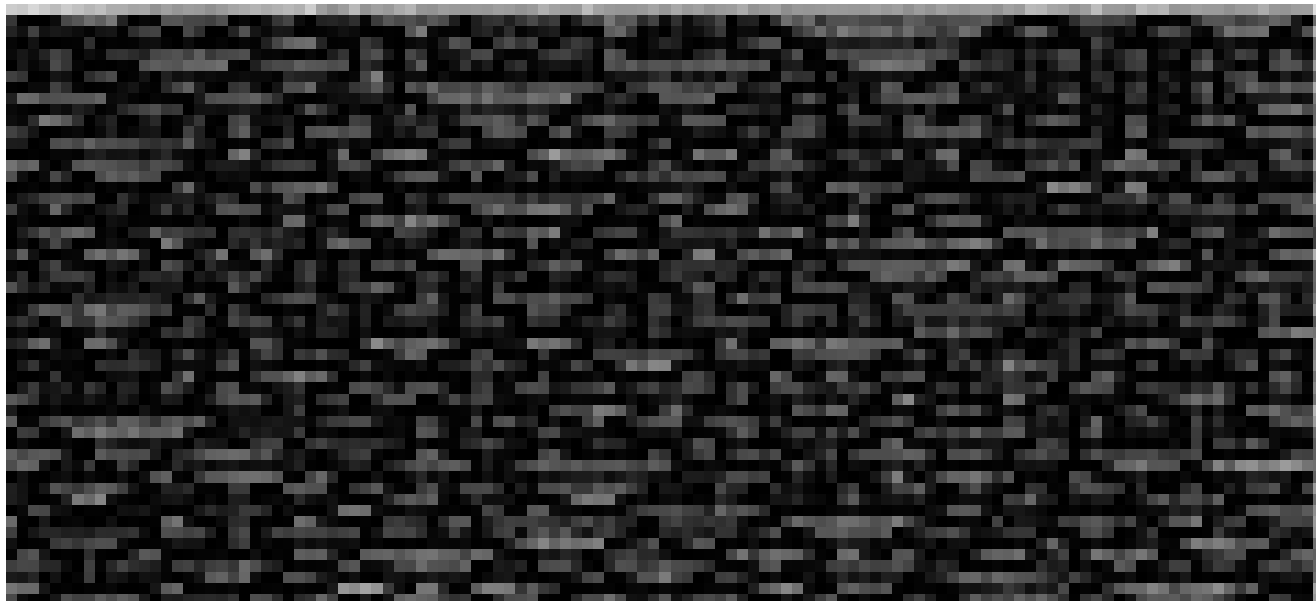
—¡Perfecto! —exclamó Levine—. Todo va sobre ruedas.

—Yo no diría tanto comentó Thorne.

Por la ventanilla trasera del tráiler Kelly y Arby los saludaban alegremente.

—¿Es una broma? —preguntó Levine.

CUARTA CONFIGURACIÓN



Al aproximarse al borde caótico los elementos dan señales de conflicto interno. Una región inestable y potencialmente letal.

IAN MALCOLM

Levine

Atravesaron el claro corriendo y gritando:

—¡Doctor Levine! ¡Doctor Levine! ¡Está a salvo!

Se echaron a sus brazos y Levine, a su pesar, sonrió.

—Doc —dijo, volviéndose hacia Thorne—, esto es un disparate.

—¿Por qué no se lo explicas a ellos? —replicó Thorne—. Son alumnos tuyos.

—No se enoje, doctor Levine —suplicó Kelly.

—Fue decisión nuestra —confesó Arby—. Vinimos por nuestra cuenta.

—¿Por su cuenta? —preguntó Levine.

—Pensamos que necesitaba ayuda —explicó Arby. Dirigiéndose a Thorne, añadió—: Y así era.

Thorne asintió.

Sí. Nos han ayudado.

—Y prometemos no molestar —intervino Kelly—. Ustedes hagan lo que tengan que hacer, y nosotros...

—Los chicos estaban preocupados por ti —dijo Malcolm, acercándose a Levine—. Porque pensaban que estabas en problemas.

—De todos modos, ¿por qué tanto apuro? —inquirió Eddie—. Nos encarga estos vehículos y luego se va sin ellos...

—No me quedaba otra opción —se excusó Levine—. El gobierno de Costa Rica se enfrenta con otro brote de encefalitis. Han llegado a la conclusión de que está relacionado con los cuerpos de dinosaurios que aparecen de vez en cuando. Desde luego la idea es estúpida, pero eso no va a impedirles exterminar todos los animales de esta isla tan pronto como los encuentren. Tenía que llegar yo antes. El tiempo apremia.

—Así que decidiste venir tú solo —le reprochó Malcolm.

—Déjate de tonterías, Ian. Y no me mires con esa cara. Pensaba llamarte en cuanto verificase que ésta era la isla. Además, no vine solo. Me acompañó un guía llamado Diego, un lugareño que me aseguró que había estado en la isla de niño, muchos años atrás. Y realmente parecía familiarizado con el terreno. Me llevó hasta lo alto del acantilado sin ningún problema. Todo fue bien hasta que nos atacaron en el arroyo, y Diego...

—¿Los atacaron? —lo interrumpió Malcolm—. ¿Quiénes?

—En realidad, no llegué a verlo —contestó Levine—. Todo ocurrió muy deprisa.

Un animal me derribó de un golpe y destrozó la mochila. No sé qué pasó después. Posiblemente lo confundió la forma de la mochila, porque cuando me levanté y seguí corriendo, no me persiguió.

Malcolm lo miraba atentamente.

—Tuviste mucha suerte, Richard.

—Sí, bueno. El caso es que corrí mucho rato, y cuando volví la cabeza, estaba solo en la selva. Y perdido. No sabía qué hacer, así que me subí a un árbol. Me pareció buena idea. Y hacia el anochecer aparecieron los velocirraptores.

—¿Velocirraptores? —preguntó Arby.

—Unos pequeños carnívoros —explicó Levine—. La forma del cuerpo es la de un terópodo común y tiene el hocico largo y visión binocular. Mide unos dos metros de longitud y pesa alrededor de noventa kilos. Son dinosaurios muy rápidos, inteligentes y peligrosos. Viajan en grupo. Anoche conté hasta ocho, todos saltando alrededor del árbol intentando cazarme. Toda la noche saltando y gruñendo, saltando y gruñendo... No pegué un ojo.

—¡Qué lástima! —se burló Eddie.

—Oye —replicó Levine, enfadado—, no es mi problema si...

—¿Pasaste la noche en el árbol? preguntó Thorne.

—Sí, y por la mañana los raptos ya se habían ido, así que bajé a echar un vistazo por la isla. Encontré el laboratorio o lo que sea. Está claro que lo abandonaron a toda prisa y dejaron aquí parte de los animales. Inspeccioné el edificio y vi que aún tiene suministro eléctrico... después de tantos años todavía funcionan algunos sistemas. Y aún más importante, existe una red de cámaras de seguridad. Eso es una suerte. De manera que salí a verificar esas cámaras, y estaba en eso cuando ustedes me interrumpieron...

—Un momento —protestó Eddie. Vinimos a rescatarlo.

—No entiendo por qué —repuso Levine—. Yo no se lo pedí.

—No fue ésa la impresión que nos dio cuando hablamos contigo por teléfono.

—Eso fue un malentendido —adujo Levine—. Pasaba por un momento de debilidad porque no conseguía poner en funcionamiento el teléfono. Lo has hecho demasiado complicado, Doc, ése es el problema. Y bien, ¿empezamos ya a trabajar?

Levine se calló y miró los rostros indignados que lo rodeaban.

—Un gran científico —comentó Malcolm, volviéndose hacia Thorne— y un gran ser humano.

—Eh, ¿qué les pasa? —dijo Levine. La expedición tenía que venir a esta isla tarde o temprano. Y tal como están las cosas, cuanto antes mejor. Todo ha salido bien y, la verdad, no veo ninguna razón para seguir hablando del tema. No es momento para discusiones. Tenemos mucho que hacer y creo que deberíamos empezar ya, porque esta isla es una oportunidad excepcional y no va a durar eternamente.

Dodgson

Lewis Dodgson estaba sentado a una mesa en un rincón oscuro de la cantina Chesperito, encorvado sobre una cerveza. Junto a él, George Baselton, rector de Stanford, devoraba con fruición un plato de huevos rancheros. Las yemas amarillas se desbordaban sobre la salsa verde. Dodgson sentía náuseas sólo de verlo. Desvió la mirada, pero siguió oyendo cómo se relamía los labios Baselton.

Aparte de ellos sólo había en el establecimiento unas cuantas gallinas que cloqueaban por el suelo. De vez en cuando se asomaba un niño a la puerta, apedreaba a las gallinas y se alejaba a toda prisa riéndose. Por los corroídos altavoces de un ronco estéreo sonaba una vieja cinta de Elvis Presley. Dodgson tarareó *Falling in Love With You* y procuró controlar su mal genio. Hacía casi una hora que esperaban en aquel tugurio. Baselton terminó los huevos y apartó el plato. Sacó un pequeño cuaderno que siempre llevaba encima y dijo:

—Verás, Lew, he estado pensando cómo debe manejarse este asunto.

—¿Qué asunto? —repuso Dodgson, irritado—. No habrá ningún asunto que manejar a menos que consigamos llegar a esa isla. —Mientras hablaba, tamborileó con los dedos sobre una pequeña fotografía de Richard Levine colocada junto al borde de la mesa. Después le dio vuelta, observó la imagen del revés y volvió a ponerla del derecho. A continuación lanzó un suspiro y consultó el reloj.

—Lew —dijo Baselton con impaciencia—, llegar a esa isla es lo de menos. Aquí lo importante es cómo presentar al mundo nuestro descubrimiento.

—Nuestro descubrimiento —repitió Dodgson—. Eso me gusta, George. Buena idea. Nuestro descubrimiento.

—Bueno, es la verdad, ¿no? —afirmó Baselton con una afable sonrisa—. InGen quebró y su tecnología desapareció. Una trágica pérdida, como no me he cansado de repetir por televisión. En tales circunstancias, cualquiera que la encuentre habrá realizado un descubrimiento. No sé de qué otra manera podría llamárselo. Como dijo Henri Poincaré...

—Muy bien, muy bien —lo interrumpió Dodgson—. Así que hacemos un descubrimiento. Y luego ¿qué? ¿Una conferencia de prensa?

—Nada de eso —rechazó Baselton con expresión de horror—. Una conferencia de prensa sería una torpeza. Nos dejaría a merced de toda clase de críticas. No, no. Un descubrimiento de esta magnitud debe tratarse con decoro. Debe notificarse, Lew.

—¿Notificarse?

—A través de la prensa especializada, sí. *Nature*, supongo.

—¿Quieres anunciar esto en una publicación académica? —preguntó Dodgson entornando los ojos.

—¿Qué mejor para legitimarlo? —replicó Baselton—. Presentar el hallazgo a nuestros colegas es lo más correcto. Naturalmente suscitará un debate, ¿y en qué consistirá ese debate? En una acalorada disputa, en un intercambio de severas críticas entre los profesores que llenará las secciones científicas de los diarios durante tres días, hasta que el tema pierda interés y sea sustituido por las últimas novedades en implantes de mama. Y en esos tres días habremos afianzado nuestra posición.

—¿Te ocuparás tú del texto?

—Sí —respondió Baselton—. Y después un artículo en *American Scholar* o quizás en *Natural History*, algo de interés humano: qué representa el descubrimiento para el futuro, qué revela sobre el pasado, esas cosas...

Dodgson asintió. Comprendió que Baselton tenía razón y vio en ello una prueba más de lo mucho que lo necesitaba y de lo acertado que había sido incluirlo en el equipo. Dodgson no pensaba jamás en la reacción del público; Baselton, en cambio, no pensaba en otra cosa.

—Bien, de acuerdo —convino Dodgson—. Pero eso no tendrá ninguna importancia a no ser que lleguemos a la isla. —Volvió a consultar el reloj. Oyó que se abría una puerta tras él y Howard King, su ayudante, entró acompañado de un fornido costarricense con bigote. Dodgson se volvió sin levantarse de la silla y preguntó:

—¿Es éste?

—Sí, Lew —contestó King.

—¿Cómo se llama?

—Gandoca.

—Señor Gandoca. —Dodgson levantó la fotografía de Levine—. ¿Conoce a este hombre?

Gandoca apenas miró la fotografía y asintió con la cabeza.

—Sí. El señor Levine.

—Exacto. El maldito señor Levine. ¿Cuándo estuvo aquí?

—Hace unos días. Se marchó con Dieguito, mi sobrino. Todavía no han vuelto.

—¿Y adónde fueron? —preguntó Dodgson.

—A isla Sorna.

—Bien. —Dodgson se apresuró a terminar la cerveza y dejó a un lado la botella—. ¿Tiene un barco? —Volviéndose hacia King, repitió la pregunta—: ¿Tiene un barco?

—Es pescador —respondió King—, así que tiene un barco.

—Un barco de pesca —asintió Gandoca—. Sí.

—Bien. Yo también quiero ir a isla Sorna.

—Sí, pero hoy el tiempo...

—Me importa un comino el tiempo —prorrumpió Dodgson—. El tiempo mejorará. Quiero ir ahora.

—Quizás un poco más tarde...

—Ahora.

—Lo siento —insistió Gandoca, extendiendo las palmas de las manos—, pero...

—Muéstrale el dinero, Howard —ordenó Dodgson.

King abrió un maletín. Estaba lleno de billetes de cinco mil colones. Gandoca lo miró y agarró un billete para examinarlo. Volvió a dejarlo cuidadosamente y se movió inquieto.

—Quiero ir ahora.

—Sí, señor —cedió Gandoca—. Zarparemos en cuanto ustedes estén listos.

—Eso me gusta más —dijo Dodgson—. ¿Cuánto tardaremos en llegar a la isla?

—Unas dos horas.

—Bien —aprobo Dodgson—. Muy bien.

La plataforma de observación

—¡Allá vamos!

Se oyó un chasquido cuando Levine conectó el cable flexible al cabrestante del Explorer. Accionó el mecanismo y el cable giró lentamente bajo el sol.

Habían bajado todos hasta la amplia llanura de hierba que se extendía al pie del acantilado. El Sol estaba alto y se reflejaba en el borde rocoso de la isla. Abajo, un resplandor trémulo envolvía el valle.

A corta distancia pacía una manada de hipsilofodontos, unos animales verdes parecidos a gacelas; alzaban la cabeza sobre la hierba cada vez que oían el tintineo del metal mientras Eddie y los chicos colocaban en el suelo las barras de aluminio de la estructura que tanto había dado que hablar en California. Hasta ese momento la estructura, extendida en la hierba, no era más que un revoltijo de finas barras, como si fuesen descomunales palitos dispuestos de cualquier modo para jugar a extraerlos uno por uno del montón.

—Ahora veremos —dijo Levine, frotándose las manos.

A medida que giraba el cabrestante, las barras de aluminio empezaron a moverse, elevándose lentamente. La estructura que iba formándose parecía frágil y endeble, pero Thorne sabía que los tirantes cruzados proporcionarían una gran resistencia al armazón. Las barras se desplegaron y la estructura se alzó más de tres metros. El pequeño refugio situado en lo alto se hallaba justo por debajo de las ramas inferiores de los árboles cercanos, quedando casi oculto. Sin embargo, la estructura que lo sostenía brillaba bajo el sol.

—¿Ya está? —preguntó Arby.

—Ya está —contestó Thorne, que a continuación rodeó la estructura para ajustar los pasadores de enganche de los cuatro ángulos.

—Brilla demasiado —se quejó Levine—. Tendríamos que haber usado un esmalte negro mate.

—Eddie, tenemos que camuflar esto —indicó Thorne.

—Podemos darle una pasada con el pulverizador —sugirió Eddie—. Creo que traje pintura negra.

Levine movió la cabeza en un gesto de negación.

—No, entonces dará olor. ¿Y si usamos las hojas de esas palmeras?

—Bien, no hay problema —dijo Eddie. Se acercó a un palmeral cercano y empezó a cortar grandes frondas con el machete.

Kelly contemplaba el almacén de aluminio.

—Es fantástico —comentó—. Pero, ¿para qué sirve?

—Es una plataforma de observación —explicó Levine—. Vamos.

Los chicos y Levine empezaron a trepar por el andamiaje.

Coronaba la estructura un pequeño refugio con un techo sostenido sobre barras de aluminio separadas entre sí un poco más de un metro. El suelo del refugio lo formaban también barras de aluminio, más juntas, a unos quince centímetros. Para evitar que alguno metiese el pie accidentalmente entre las barras, Levine tomó los primeros haces de frondas que Eddie le hacía llegar con una cuerda y los extendió sobre el suelo. Ató el resto de las frondas en el exterior del refugio para ocultarlo.

Arby y Kelly observaban los animales. Desde aquella altura veían todo el valle. A lo lejos, en la otra orilla del río, había una manada de apatosaurios. Al norte pastaba un grupo de triceratops y unos cuantos dinosaurios de pico de pato se acercaban al agua a beber. El grave bramido de un pico de pato cruzó el valle; era un sonido profundo y sobrenatural. Al cabo de un momento respondió otro animal desde el bosque.

—¿Qué fue eso? —preguntó Kelly.

—Un Parasaurolophus —dijo Levine—. Brama a través de la cresta nuchal. Los sonidos en baja frecuencia son audibles desde grandes distancias.

Al sur vieron una manada de animales de color verde oscuro; tenían una frente prominente y curva y, en lo alto de la cabeza, un anillo de pequeños cuernos nudosos. Recordaban vagamente a los búfalos.

—¿Cómo se llaman aquellos de allí? —quiso saber Kelly.

—Buena pregunta —contestó Levine—. Muy probablemente sean *Pachycephalosaurus wyomingensis*. Es difícil saberlo con certeza, ya que nunca se encontró un esqueleto entero de esos animales. La frente está formada por un hueso de gran grosor, y por eso se han hallado numerosos fragmentos craneales abovedados. Pero es la primera vez que veo un ejemplar completo.

—¿Y esas cabezas? —preguntó Arby—. ¿Cuál es su finalidad?

—Nadie lo sabe —admitió Levine—. Se da por supuesto que las utilizaban para embestir, en las disputas entre machos de la misma especie por las hembras.

Malcolm subió en ese momento a la plataforma y dijo con tono áspero:

—Sí, para embestir, tal como puede verse.

—De acuerdo —replicó Levine—, ahora no están embistiéndose. Quizás haya terminado la época de reproducción.

—O quizá no se embistan nunca —puntualizó Malcolm, observando los animales verdes—. A mí me parecen bastante pacíficos.

—Sí —concedió Levine—, pero eso no quiere decir nada. El búfalo africano

parece muy pacífico casi siempre; de hecho permanece inmóvil la mayor parte del tiempo. Sin embargo, es un animal peligroso, de reacciones imprevisibles. Hay que suponer que esos cráneos abovedados existen por alguna razón, aun cuando ahora no la veamos. —Levine se volvió hacia los chicos—. Para eso hemos construido esta estructura. Queremos someter a observación a esos animales las veinticuatro horas del día. En la medida de lo posible intentaremos recoger información completa sobre sus actividades.

—¿Por qué? —preguntó Arby.

—Porque esta isla —respondió Malcolm— ofrece una oportunidad única de estudiar uno de los mayores misterios de la historia de nuestro planeta: la extinción.

—Cuando InGen cerró sus instalaciones precipitadamente, dejó aquí animales vivos. De eso hace cinco o seis años. Los dinosaurios maduran rápidamente; la mayoría de las especies alcanzan la edad adulta en cuatro o cinco años. A esta altura la primera generación de dinosaurios creados por InGen, es decir, engendrados en un laboratorio, ha empezado a reproducirse en libertad. Existe ahora en esta isla un sistema ecológico completo con una docena de especies de dinosaurios viviendo en grupos por primera vez en sesenta y cinco millones de años.

—¿Y por qué representa eso una oportunidad? —inquirió Arby.

—Piénsalo —instó Malcolm, señalando hacia la llanura—. La extinción es un tema de estudio muy complicado. Compiten docenas de teorías. Los datos aportados por el registro fósil son insuficientes. Y no es posible realizar experimentos. Galileo podía subir a la Torre de Pisa y lanzar objetos esféricos al vacío para verificar su teoría de la gravedad. En realidad no lo hizo, pero podría haberlo hecho. Newton utilizó prismas para verificar su teoría sobre la luz. Los astrónomos observaron los eclipses para verificar la teoría de la relatividad de Einstein. La verificación es una constante en la historia de la ciencia. Ahora bien, ¿cómo verificamos una teoría de la extinción? Es imposible.

—Pero aquí... —dijo Arby.

—Sí. Aquí tenemos una población de animales extintos introducidos artificialmente en un entorno cerrado donde pueden desarrollarse de nuevo. Es la primera vez que ocurre algo así en la historia. Sabemos que estos animales se extinguieron, pero nadie sabe por qué.

—¿Y pretenden averiguarlo? —preguntó Arby—. ¿En unos pocos días?

—Sí contestó Malcolm . Exactamente.

—¿Cómo? ¿No esperarán que vuelvan a extinguirse?

—¿Ante nuestros ojos, quieres decir? —Malcolm se echó a reír—. No, no. Ni mucho menos. La cuestión es que por primera vez no estudiamos sólo huesos. Estamos viendo animales vivos y observando su comportamiento. Tengo una teoría y creo que, incluso en un plazo breve de tiempo, descubriremos indicios que respalden

esa teoría.

—¿Qué indicios? —quiso saber Kelly.

—¿Qué teoría? —inquirió Arby.

Malcolm sonrió.

—Esperen y verán.

La reina de corazones

Los apatosaurios se habían acercado al río a la hora de máximo calor; sus elegantes cuellos curvos se reflejaban en el agua mientras bebían. Sus colas largas como látigos se mecían perezosamente en el aire. Los apatosaurios jóvenes, mucho menores que los adultos, correteaban por la hierba en el centro de la manada.

—Es una maravilla, ¿no? —comentó Levine—. Ver cómo van encajando las piezas. Una verdadera maravilla. —Se inclinó hacia un lado y le gritó a Thorne—: ¿Dónde está el bastidor?

—Ya sube —contestó Thorne.

Sujeto a la cuerda llegó un pesado trípode de base ancha con un bastidor circular en lo alto. El bastidor llevaba cinco videocámaras montadas, y por detrás colgaban los cables que descendían hasta las conexiones de los paneles solares. Levine y Malcolm comenzaron a instalarlo.

—¿Dónde se recibirán las imágenes? —preguntó Arby.

—Los datos se combinarán a través de un multiplexor y se transmitirán a California vía satélite. Conectaremos también la red de seguridad, así dispondremos de muchas tomas.

—¿Y no será necesario que estemos aquí?

—Exacto —respondió Levine.

—¿Y esto es lo que llaman una plataforma de observación?

—Sí. Al menos así lo llaman los científicos como Sarah Harding.

Thorne subió también. En el pequeño refugio ya apenas cabían, pero Levine ni siquiera reparó en ello. Tenía puesta toda su atención en los dinosaurios; contemplaba con unos prismáticos a los animales dispersos por la llanura.

—Tal como pensábamos —advirtió Malcolm—. Organización espacial. Las crías y los animales jóvenes en el centro de la manada y adultos protectores en la periferia. Los apatosaurios utilizan la cola con fines defensivos.

—Eso parece.

—Sí. No hay la menor duda —aseguró Levine, exhalando un suspiro—. ¡Resulta tan gratificante comprobar que uno estaba en lo cierto!

En el suelo, Eddie desembaló la jaula circular de aluminio que habían visto en California. Medía un metro ochenta de altura por uno veinte de diámetro y estaba provista de barrotes de titanio de más de dos centímetros de grosor.

—¿Qué hago con esto? —preguntó Eddie.

—Déjalo ahí —ordenó Levine—. Ése es su sitio.

Eddie colocó la jaula de pie en un ángulo del andamiaje. Levine bajó a tierra.

—¿Y eso para qué sirve? —inquirió Arby, mirando hacia abajo—. ¿Para atrapar un dinosaurio?

—En realidad, para todo lo contrario. —Levine acopló la jaula al costado del andamiaje. Abrió y cerró la puerta, revisándola. Verificó también la cerradura y dejó la llave en su sitio, colgada de una goma elástica—. Es una jaula contra depredadores, como una jaula contra tiburones. Si andas por aquí y ocurre algo, entras y estarás a salvo.

—¿Qué puede ocurrir? —preguntó Arby, preocupado.

—De hecho, no creo que ocurra nada —lo tranquilizó Levine mientras subía de nuevo al refugio—. Porque dudo mucho de que los animales nos presten atención a nosotros o a la plataforma una vez que hayamos camuflado la estructura.

—¿Quiere decir que no la verán?

—Sí, sí la verán —contestó Levine—. Pero no le prestarán atención.

—Pero si nos huelen...

Levine negó con la cabeza.

—Hemos levantado la plataforma de modo que el viento dominante sopla contra nosotros. Y habrás notado que esos helechos tienen un olor característico. —Desprendían una fragancia suave, ligeramente acre, casi como un eucalipto.

—Pero imagine —insistió Arby, inquieto— que se comen los helechos.

—Imposible —descartó Levine—. Son *Dicranopteris cyatheoides*, unas plantas un poco tóxicas que provocan una erupción en la boca. De hecho, existe la teoría de que desarrollaron su toxicidad en el jurásico como defensa contra los dinosaurios que pacían.

—Eso no es una teoría —rebatía Malcolm—; es una especulación sin fundamento.

—Tiene cierta lógica —sostuvo Levine—. En el mesozoico la vida vegetal debió de haberse sentido gravemente amenazada por la llegada de enormes dinosaurios. Las manadas de herbívoros gigantes, en las que cada animal comía cientos de kilos de materia vegetal diariamente, habrían eliminado cualquier clase de plantas que no desarrollasen alguna defensa: un mal sabor, pelos urticantes, espinas o toxicidad química. Así que quizá la *cyatheoides* desarrolló su toxicidad por aquel entonces. Y es muy eficaz, porque los animales contemporáneos no comen estos helechos en ningún lugar del mundo. Por eso abundan tanto, como habrán notado.

—¿Las plantas tienen defensas? —intervino Kelly.

—Claro que sí. Las plantas evolucionan como cualquier otra forma de vida, y han desarrollado sus propios medios de agresión y defensa. En el siglo XIX la mayor parte de las teorías hacían referencia a los animales, a una naturaleza roja con garras

y dientes. Los científicos actuales, en cambio, conciben una naturaleza verde con raíces y tallos. Hemos descubierto que las plantas, en su lucha incesante por la supervivencia, han desarrollado toda clase de tácticas, desde complejas simbiosis con algunos animales hasta señales para advertir a otras plantas, pasando por la guerra química directa.

—¿Señales? —preguntó Kelly, arrugando la frente—. ¿Como cuáles?

—Ah, hay muchos ejemplos —aseguró Levine—. En África, hace mucho tiempo, las acacias desarrollaron espinas largas y afiladas, de unos ocho centímetros. En respuesta, animales como la jirafa o el antílope desarrollaron lenguas largas capaces de superar las espinas. Por lo tanto, las espinas por sí solas ya no servían. De modo que en la carrera armamentista de la evolución las acacias desarrollaron entonces toxicidad. Empezaron a producir grandes cantidades de tanino en las hojas, sustancia que provoca una reacción metabólica letal en los animales que las comen. Los mata literalmente. Al mismo tiempo las acacias desarrollaron un sistema de aviso químico. Si un antílope empieza a comer de un árbol en un bosque, ese árbol desprende etileno induciendo a los otros árboles a aumentar su producción de tanino. En cinco o diez minutos, los demás árboles son venenosos.

—¿Y qué pasa entonces con el antílope? ¿Muere?

—No, ya no —contestó Levine—, porque la carrera armamentista de la evolución no se detuvo. Al final los antílopes aprendieron que sólo podían comer durante un breve espacio de tiempo. En cuanto los árboles comenzaban a producir más tanino, debían detenerse. Y entonces los animales desarrollaron nuevas estrategias. Por ejemplo, cuando una jirafa come las hojas de una acacia, evita después todos los árboles que se hallan a favor del viento y busca otra acacia a cierta distancia. Así que los animales se han adaptado también a esta defensa.

—En teoría evolutiva —añadió Malcolm— se conoce a este fenómeno como la Reina de Corazones, porque en Alicia en el País de las Maravillas la Reina de Corazones le dice a Alicia que debe correr tanto como pueda para permanecer donde está. Aparentemente eso mismo ocurre con las espirales evolutivas. Todos los organismos evolucionan a un ritmo frenético para mantener el equilibrio, para permanecer donde están.

—¿Y es ése un hecho común? —quiso saber Arby—. ¿Incluso en las plantas?

—Sí, claro —afirmó Levine—. A su manera, las plantas son muy activas. Los robles, por ejemplo, producen tanino y fenol a modo de defensa cuando los atacan las orugas. Tan pronto como un árbol resulta infestado todo el bosque se pone sobre aviso. Es una manera de proteger el bosque, una especie de cooperación entre árboles, podríamos decir.

Arby asintió y desde la plataforma observó los apatosaurios, todavía junto al río.

—¿Entonces por eso es que los dinosaurios no se comieron todos los árboles de

esta isla? —aventuró Arby—. Porque esos enormes apatosaurios deben de comer muchas plantas. Están provistos de cuellos largos para poder llegar a las hojas más altas, y sin embargo, los árboles parecen casi intactos.

—Buena observación —aprobó Levine—. Yo también me había fijado en eso.

—¿Es por las defensas de estas plantas?

—Podría ser —contestó Levine—. Pero creo que existe una explicación muy sencilla para el buen estado de conservación de los árboles.

—¿Cuál?

—Mira atentamente —indicó Levine—. Tienes la respuesta delante de tus propios ojos.

Arby tomó los prismáticos y miró las manadas.

—¿Cuál es esa sencilla explicación?

—Entre los paleontólogos —explicó Levine ha habido un interminable debate sobre por qué los saurópodos tienen el cuello largo. El cuello de esos animales que ves mide unos seis metros. Tradicionalmente se creía que los saurópodos desarrollaron un cuello largo para poder comerse las hojas altas a las que no llegaban los animales de menor tamaño.

—¿Y dónde está el debate? —inquirió Arby.

—La mayoría de los animales de este planeta tienen el cuello corto —dijo Levine—, porque un cuello largo acarrea muchas complicaciones. Complicaciones de carácter estructural: cómo distribuir los músculos y ligamentos para sostener un cuello largo. Complicaciones relativas al comportamiento: los impulsos nerviosos deben recorrer un largo camino desde el cerebro hasta el cuerpo. Complicaciones para la ingestión: los alimentos tienen un largo trecho desde la boca hasta el estómago. Complicaciones respiratorias: el aire debe inhalarse por una larga tráquea. Complicaciones cardíacas: la sangre debe bombearse hasta la cabeza o el animal se desvanece. Desde un punto de vista evolutivo, todo esto resulta muy difícil.

—Pero así ocurre con las jirafas —adujo Arby.

—Sí, en efecto. Pero el cuello de una jirafa es mucho más corto que el de estas criaturas. Las jirafas han desarrollado un voluminoso corazón y una gruesa fascia alrededor del cuello. En realidad, el cuello de una jirafa es como la abrazadera de un aparato para tomar la presión sanguínea, pero que se extiende de un extremo a otro.

—¿Y los dinosaurios tienen esa misma abrazadera?

—No lo sabemos. Suponemos que los apatosaurios tienen el corazón muy grande, quizá de unos ciento cincuenta kilos o más. Pero existe otra posible solución al problema del bombeo de sangre por un cuello largo.

—¿Sí?

—La estás viendo ahora mismo —señaló Levine. Arby batió palmas.

—¡No levantan el cuello!

—Correcto —confirmó Levine—. Por lo menos, no muy a menudo o durante largo rato. Naturalmente ahora los animales están bebiendo, así que es lógico que agachen el cuello; pero sospecho que si los observamos durante un prolongado período, comprobaremos que no pasan mucho tiempo con el cuello en alto.

—¡Y por eso no se comen las hojas de los árboles!

—Exacto.

—Pero si no emplean ese cuello tan largo para comer —intervino Kelly, frunciendo el entrecejo—, ¿por qué lo desarrollaron?

—Debe de existir una buena razón —dijo Levine con una sonrisa—. Creo que tiene que ver con la defensa.

—¿Con la defensa? ¿El cuello largo? —Arby miró a Levine con expresión de sorpresa—. No lo entiendo.

—Sigue atento —indicó Levine—. Es bastante evidente.

Arby observó los animales con los prismáticos y comentó a Kelly:

—No soporto cuando dice que es evidente.

—Te comprendo —asintió Kelly con un suspiro.

De reojo Arby advirtió que Thorne le hacía señas. Formó una V con los dedos e inclinó uno de ellos. El movimiento del primer dedo obligaba al segundo a desplazarse. Es decir, los dos dedos guardaban relación...

Si era una pista, Arby no la captaba. Arrugó la frente.

A continuación Thorne, en silencio, dibujó con los labios la palabra puente.

Arby contempló de nuevo la llanura y reparó en las largas colas de los apatosaurios, que se mecían sobre los animales más jóvenes.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Arby—. Utilizan las colas para defenderse, y necesitan un cuello largo a modo de contrapeso. Es como un puente colgante.

—Lo has deducido muy deprisa —le reprochó Levine, mirando a Arby de soslayo.

Thorne volvió la cabeza, ocultando una sonrisa.

—Pero tengo razón... —dijo Arby.

—Sí —admitió Levine—. En esencia tu interpretación es correcta. Los cuellos largos existen en función de las colas largas. Es distinto con los saurópodos, que se yerguen sobre las patas traseras. Pero en los cuadrúpedos es necesario contrarrestar el peso de la cola; de lo contrario, el animal se caería de espaldas.

—Sin embargo, hay algo mucho más sorprendente en esa manada de apatosaurios —observó Malcolm.

—¿Sí? —preguntó Levine—. ¿Qué?

—No se ven verdaderos adultos —afirmó Malcolm—. Esos animales son muy grandes para lo que estamos acostumbrados a ver. Pero la realidad es que ninguno ha alcanzado el tamaño adulto. Me parece desconcertante.

—¿En serio? A mí no me inquieta en absoluto —repuso Levine—. Sin duda se debe sencillamente a que aún no han tenido tiempo de alcanzar la madurez. Con toda seguridad los apatosaurios crecen más despacio que otros dinosaurios. Al fin y al cabo, también los mamíferos grandes, como el elefante, se desarrollan más lentamente que los pequeños.

Malcolm movió la cabeza en un gesto de negación.

—Ésa no es la explicación.

—¿Ah, no? ¿Y cuál es? —inquirió Levine.

—Sigue atento —sugirió Malcolm, señalando la llanura—. Es bastante evidente.

Los niños se rieron con disimulo. Levine dio un respingo de enojo.

—Lo evidente —argumentó— es que ninguna de las especies ha alcanzado plenamente su tamaño adulto. Los triceratops, los apatosaurios y aun los parasaurios son algo menores de lo que cabría esperar. Eso hace pensar en algún factor común a todos: algún elemento de la dieta, los efectos del confinamiento en una isla pequeña o quizás incluso el modo en que fueron creados. Pero eso no me parece preocupante ni especialmente destacable.

—Tal vez tengas razón —dijo Malcolm—, o tal vez no.

Puerto Cortés

—¿No hay vuelos? —protestó Sarah Harding—. ¿Cómo que no hay vuelos?

Eran las once de la mañana. Harding llevaba quince horas volando, la mayor parte del tiempo en un transporte militar estadounidense que la había trasladado de Nairobi a Dallas. Estaba agotada. Se sentía sucia; necesitaba ducharse y cambiarse de ropa. Y en vez de eso estaba obligada a discutir con un terco policía en un miserable pueblo costero de Costa Rica. Afuera había cesado de llover, pero el cielo seguía gris y las nubes flotaban a baja altura sobre el desierto aeródromo.

—Lo siento —se disculpó Rodríguez—. No es posible concertar ningún vuelo.

—Pero, ¿y el helicóptero que transportó antes a esos hombres?

—Hay un helicóptero, sí.

—¿Y dónde está? —preguntó Harding.

—No está aquí.

—Me doy cuenta. Pero, ¿dónde está?

—Se fue a San Cristóbal —respondió Rodríguez, abriendo las palmas de las manos.

—¿Cuándo volverá?

—No lo sé. Mañana o quizá pasado.

—Señor Rodríguez —dijo Harding con firmeza—, tengo que estar en esa isla hoy.

—La entiendo. Pero no está en mis manos ayudarla.

—¿Qué me sugiere?

—No se me ocurre nada —contestó Rodríguez con un gesto de indiferencia.

—¿Hay algún barco que pueda llevarme?

—No sé de ningún barco.

—Esto es un puerto —insistió Harding, señalando por la ventana—. Ahí fuera veo varias embarcaciones.

—Lo sé. Pero dudo de que zarpe alguno hacia las islas. Las condiciones meteorológicas no son favorables.

—Y si voy a...

—Sí, por supuesto —admitió Rodríguez con un suspiro—. Claro que puede preguntar.

Fue así como poco después de las once de aquella lluviosa mañana Sarah Harding se encontró en el precario muelle de madera con su mochila a la espalda. Había

cuatro barcos amarrados, y todos despedían un intenso olor a pescado. Sin embargo, no se veía a nadie en las inmediaciones. Toda la actividad se desarrollaba al otro extremo del muelle, donde se encontraba atracado un barco mucho mayor. En esos momentos se disponían a cargar un jeep Wrangler rojo, junto con varias cajas de provisiones y unos grandes bidones metálicos. Harding contempló el jeep con admiración; incluía modificaciones especiales y tenía el tamaño de un Land Rover Defender, el vehículo más codiciado para la investigación de campo. Pensó que las alteraciones de aquel jeep debían de ser muy caras, asequibles sólo a investigadores con mucho dinero.

De pie en el muelle, dos norteamericanos con sombreros de ala ancha daban instrucciones mientras una vieja grúa izaba el jeep ladeado para depositarlo en la cubierta del barco.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! —gritó uno de ellos cuando el jeep aterrizó bruscamente en la cubierta de madera—. ¡Maldita sea, un poco más de atención!

Varios estibadores empezaron a cargar las cajas en el barco. La grúa giró nuevamente hacia el muelle para recoger los bidones. Harding se acercó al hombre más próximo y dijo educadamente:

—Disculpe, pero quizá podría ayudarme.

El hombre la miró de reojo. Era de estatura mediana, con la piel rojiza y facciones suaves; la indumentaria caqui de safari no le sentaba bien. Estaba tenso.

—Ahora estoy ocupado —contestó—. ¡Ojo, Manuel! ¡Ahí hay material muy delicado!

—Perdone la molestia —insistió ella—, pero me llamo Sarah Harding e intento...

—No me interesaría aunque fuera Sarah Bernhardt... ¡Manuel! ¡Maldita sea! —Agitó los brazos—. ¡Eh, tú! ¡Sí, tú! ¡Coloca esa caja de pie!

—Intento llegar a isla Sorna.

Al oír esto el hombre cambió de actitud radicalmente.

—¿Isla Sorna? —preguntó—. ¿Tiene algo que ver por casualidad con el doctor Levine?

—Sí.

—¡Por Dios! ¡Qué coincidencia! —exclamó, y de pronto asomó a sus labios una cálida sonrisa. Tendiéndole la mano, añadió—: Soy Lew Dodgson, de Biosyn Corporation, en Cupertino. Éste es mi compañero Howard King.

—Hola —saludó el otro hombre. Howard King era más joven y alto que Dodgson, y atractivo según los patrones de California.

Sarah lo clasificó de inmediato: un eterno subordinado, servil hasta la médula. A la vez advirtió algo extraño en su comportamiento hacia ella: se apartó un poco, aparentemente tan incómodo en su presencia como Dodgson cordial.

—Y allí —continuó Dodgson, señalando hacia el barco— está nuestro otro

acompañante, George Baselton.

Harding vio en la cubierta a un hombre fornido inclinado sobre las cajas que se encontraban ya a bordo. Tenía las mangas de la camisa empapadas de sudor.

—¿Son amigos de Richard? —preguntó Harding.

—Ahora precisamente íbamos a verlo —respondió Dodgson. Por un instante titubeó, frunciendo el entrecejo—. Pero... no nos ha hablado de usted...

Sarah Harding tomó conciencia súbitamente de su propio aspecto: una mujer de unos treinta años, de baja estatura, vestida con una camisa arrugada, un pantalón corto de color caqui y unas robustas botas. Estaba sucia y despeinada después de tantas horas de vuelo.

—Conocí a Richard a través de Ian Malcolm —declaró—. Ian y yo somos viejos amigos.

—Ya veo... —dijo Dodgson, mirándola como si desconfiase de ella.

Harding se sintió obligada a dar explicaciones:

—He estado en África. Decidí venir a último momento. Me llamó Doc Thorne.

—Ah, sí. —Dodgson pareció relajarse, como si de pronto todo encajase—. Doc, cómo no.

—¿Richard está bien? —preguntó Harding.

—Espero que sí, porque todo este material es para él.

—¿Salen ahora hacia Sorna? —quiso saber Harding.

—Sí, enseguida, si el tiempo se mantiene —respondió Dodgson, echando un vistazo al cielo—. Estaremos listos dentro de cinco o diez minutos. Si quiere venir con nosotros, será bienvenida —añadió alegremente—. No nos vendrá mal la compañía. ¿Dónde están sus cosas?

—Sólo llevo esto —contestó Harding, levantando la pequeña mochila.

—Viaja con poco equipaje, ¿eh? Bueno, señorita Harding, bienvenida a la fiesta.

Tanta amabilidad contrastaba notablemente con su actitud inicial. Sin embargo, advirtió que el hombre más atractivo, King, seguía actuando con recelo. King le volvió la espalda y simuló estar muy ocupado, advirtiendo a los estibadores que cargasen con cuidado las últimas cajas, que llevaban estampado el rótulo «Biosyn Corporation». Harding tuvo la clara impresión de que la eludía. Por otra parte, apenas había visto al tercer hombre, el de la cubierta. Por un momento vaciló.

—¿Seguro que no hay inconveniente...?

—¡Claro que no! —repuso Dodgson—. ¡Estamos encantados! Además, si no viene con nosotros, ¿cómo va a llegar a la isla? No hay aviones y el helicóptero se ha ido.

—Sí, ya lo sé. Pregunté...

—Bueno, ya lo sabe. Si desea ir a la isla, mejor será que nos acompañe.

Harding miró el jeep y comentó:

—Creo que Doc ya debe de estar allí con su equipo.

Al oír esto el segundo hombre, King, de repente volvió la cabeza visiblemente alarmado. Dodgson se limitó a asentir.

—Sí, eso creo. Salió hacia allí anoche, según tengo entendido.

—Eso me dijo —confirmó Harding.

—Muy bien —aprobó Dodgson—. Entonces estará allí. Al menos eso espero.

Desde la cubierta llegaron gritos. Al cabo de un instante el capitán, vestido con un mameluco mugriento, se asomó y anunció:

—Señor Dodgson, todo a punto.

—Perfecto —dijo Dodgson—. Excelente. Suba a bordo, señorita Harding. ¡Nos vamos!

King

En medio de una humareda negra el barco de pesca salió del puerto y se adentró en el mar. Howard King notaba bajo sus pies la vibración de los motores y los crujidos de la madera. Oía los gritos de la tripulación. Cuando se dio vuelta, vio el pequeño pueblo de Puerto Cortés, un puñado de casas arracimado junto a la orilla. Confiaba en que aquel maldito barco estuviese en condiciones de navegar, pues se hallaban en el último rincón del mundo.

Y Dodgson estaba actuando precipitadamente. Volvía a correr riesgos.

Ésa era la situación que King más temía.

Howard King conocía a Lewis Dodgson desde hacía casi diez años, prácticamente desde que se incorporó a Biosyn recién salido de Berkeley, cuando era una joven promesa en el campo de la investigación, con energía suficiente para conquistar el mundo. Como tema de la tesis doctoral King había elegido los factores de coagulación de la sangre. Había entrado en Biosyn en un momento de gran interés por esos factores, que parecían entrañar la clave para disolver coágulos en pacientes con ataques cardíacos. Las compañías biotecnológicas competían para desarrollar un nuevo fármaco capaz de salvar vidas y, de paso, generar considerables beneficios.

En un principio King trabajó con una prometedora sustancia llamada hemaglutin V-5 o HGV-5. En los primeros ensayos disolvía agregaciones de plaquetas en un grado asombroso. King se convirtió en el joven investigador con más porvenir en Biosyn. Su fotografía ocupó un lugar destacado en el anuario. Disponía de un laboratorio propio y de un presupuesto de casi medio millón de dólares.

Y de pronto, sin previo aviso, se le vino el mundo abajo. En las pruebas preliminares con seres humanos el HGV-5 no disolvió los coágulos ni en infartos de miocardio ni en embolias pulmonares. Peor aún, produjo graves efectos secundarios: hemorragias gastrointestinales, erupciones cutáneas y complicaciones neurológicas. Cuando un paciente murió con convulsiones, la compañía suspendió las pruebas. Al cabo de unas semanas King perdió su laboratorio. Un investigador danés recién llegado ocupó su puesto; estaba desarrollando un extracto a base de saliva de sanguijuela amarilla de Sumatra al parecer con más posibilidades de éxito.

King, trasladado a un laboratorio más modesto, decidió que estaba ya cansado de los factores sanguíneos y se concentró en los calmantes. Tenía un interesante compuesto, el isómero L de una proteína extraída del sapo cornudo africano, que por lo visto poseía efectos narcóticos. Pero ya había perdido la confianza en sí mismo, y

cuando la compañía revisó su trabajo, se llegó a la conclusión de que la investigación no estaba suficientemente documentada para garantizar el visto bueno de las autoridades sanitarias. Su proyecto sobre el sapo cornudo se suspendió de inmediato.

King tenía entonces treinta y cinco años y había fracasado dos veces. Su fotografía no se incluía ya en el anuario y corrían rumores de que le rescindirían el contrato en la siguiente revisión de resultados. Cuando propuso un nuevo proyecto, fue rechazado en el acto. Eran momentos difíciles en su vida.

Fue en esta época que, un día, Lewis Dodgson lo invitó a comer.

Dodgson tenía muy mala fama entre los investigadores; era conocido como «el maquillador», porque se apropiaba del trabajo ajeno y lo embellecía para presentarlo como propio. Tiempo atrás, King nunca se habría dejado ver con él. Sin embargo, en esa ocasión permitió que Dodgson lo llevase a una marisquería cara de San Francisco.

—La investigación es ardua —comentó Dodgson con tono comprensivo.

—Dímelo a mí —coincidió King.

—Ardua y arriesgada —añadió Dodgson—. El hecho es que la investigación innovadora rara vez da el resultado que uno espera. Pero, ¿se hacen cargo de eso los directivos de las compañías? No. Si la investigación fracasa, tú cargas con la culpa. Eso no es justo.

—A mí me lo vas a contar —dijo King.

—Pero así son las reglas del juego —sentenció Dodgson con un gesto de resignación, y ensartó la pata de un cangrejo con el tenedor.

King guardó silencio.

—A mí personalmente no me gusta el riesgo —prosiguió Dodgson—, y todo trabajo original entraña un riesgo. En su mayoría las nuevas ideas son malas, y en su mayoría el trabajo original fracasa. Ésa es la realidad. Si estás obligado a realizar una investigación original, debes prepararte para el fracaso. Eso no importa si trabajas en una universidad, donde el fracaso es objeto de elogios y el éxito conduce al ostracismo. Pero en la industria... no, no. En la industria la investigación original no es una elección prudente. Sólo sirve para meterse en aprietos. Que es la situación en la que tú te encuentras ahora, amigo mío.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó King.

—Bueno —dijo Dodgson—, yo tengo mi propia versión del método científico. Lo llamo desarrollo de la investigación encauzada. Si sólo unas cuantas ideas van a dar resultado, ¿para qué intentar elaborarlas uno mismo? Es demasiado difícil. Que las elaboren otros, que ellos asuman el riesgo, que ellos persigan la gloria. Yo prefiero esperar y desarrollar ideas que presentan ya un futuro claro. Es decir, tomar lo que es bueno y mejorarlo, o por lo menos modificarlo lo suficiente para poder

patentarlo. Y entonces es de mi propiedad. Es mío.

King no salía de su asombro ante la desfachatez con que Dodgson confesaba sus robos. No parecía avergonzarse en absoluto. King hurgó en su ensalada por un momento.

—¿Por qué me cuentas esto? —inquirió finalmente.

—Porque detecto algo especial en ti —afirmó Dodgson—. Detecto ambición. Ambición frustrada. Y sinceramente, Howard, no tienes por qué sentirte frustrado. No tienes siquiera por qué quedarte en la calle en la próxima revisión de resultados de la compañía. Que es precisamente lo que va a ocurrir. ¿Qué edad tiene tu hijo?

—Cuatro años —contestó King.

—¡Qué desastre! Sin trabajo y con una familia. Y no te será fácil encontrar otro empleo. ¿Quién va a darte ahora una oportunidad? En la ciencia, a los treinta y cinco años un investigador ya ha triunfado o es poco probable que lo logre. No digo que eso sea verdad, sino que así es como ellos piensan.

King sabía que así era como pensaban en todas las compañías biotecnológicas de California.

—Pero, Howard —continuó Dodgson, inclinándose sobre la mesa y bajando la voz—, te espera un mundo lleno de posibilidades maravillosas si te decides a ver las cosas de otro modo. Existe otra manera completamente distinta de vivir la vida. Creo que deberías considerarlo.

Dos semanas más tarde King pasó a ser ayudante personal de Dodgson en el Departamento de Tendencias Biogénicas Futuras, nombre que daba Biosyn a sus esfuerzos en el área del espionaje industrial. Y en los años siguientes King reanudó su fulgurante carrera en Biosyn, esta vez porque le había caído en gracia a Dodgson.

En esos momentos King disfrutaba de todos los atributos del éxito: un Porsche, una hipoteca, un divorcio y un hijo al que veía los fines de semana. Y eso gracias a su incuestionable aptitud como segundo en la jerarquía, trabajando interminables jornadas, ocupándose de los detalles y sacando de apuros a su lenguaaz jefe. Entretanto King había descubierto todas las facetas de Dodgson: su lado carismático, su lado visionario y su lado oscuro e inhumano; King intentaba convencerse de que, con el paso de los años, había aprendido a controlar ese lado inhumano, a mantenerlo a raya.

Pero a veces tenía sus dudas. Como en aquel momento.

Porque en aquella tensa situación, en un desolado pueblo de Costa Rica a punto de zarpar en un maloliente e inestable barco de pesca, Dodgson había decidido de pronto jugar a un extraño juego aceptando a aquella mujer a bordo.

King ignoraba las intenciones de Dodgson, pero advertía en sus ojos un intenso brillo que había visto muy pocas veces antes, y era una mirada que siempre lo alarmaba.

Sarah Harding se hallaba en la cubierta de proa contemplando el mar. King vio a Dodgson junto al jeep y lo llamó nerviosamente con una seña.

—Oye, tenemos que hablar —dijo King.

—Claro —respondió Dodgson con tono despreocupado—. ¿Qué te preocupa?

Y sonrió con aquella encantadora sonrisa.

Harding

Sarah Harding miraba el cielo gris y amenazador. El barco se balanceaba en el mar encrespado. Los marineros de cubierta aseguraban apresuradamente las correas del jeep, que una y otra vez parecía a punto de soltarse. Harding permanecía en la proa, esforzándose por controlar el mareo. A lo lejos avistó por primera vez isla Sorna, una raya negra en el horizonte.

Volvió la cabeza y vio a Dodgson y King hacia la mitad del barco, junto a la baranda, enfrascados en una acalorada conversación. King, preocupado, gesticulaba impetuosamente. Dodgson escuchaba y respondía con un continuo gesto de negación. Al cabo de un momento rodeó a King por el hombro con un brazo, aparentemente con intención de calmarlo. Los dos parecían ajenos a la febril actividad que se desarrollaba en torno del jeep, lo cual resultaba extraño considerando el cuidado con que habían supervisado la operación de carga. En ese momento daba la impresión de que no les importaba.

En cuanto al tercer hombre, Baselton, Harding naturalmente lo había reconocido, sorprendida de encontrarlo a bordo de aquel pequeño barco de pesca. Baselton le había estrechado la mano con un ademán expeditivo y había desaparecido en el interior del barco tan pronto como zarparon. No había vuelto a verlo. Quizá también él estuviese mareado.

Mientras Harding observaba, Dodgson se apartó de King y corrió junto al jeep para dar instrucciones a los marineros. King fue a verificar las correas que sujetaban los bidones y las cajas colocados en la popa. Las cajas que llevaban estampado el rótulo «Biosyn».

Harding nunca había oído hablar de Biosyn Corporation. Se preguntaba qué relación podía tener con Ian y Richard. Ante ella, Ian siempre hablaba con tono crítico, incluso con desdén, de las compañías biotecnológicas. Y aquellos hombres no se correspondían con la imagen habitual de los amigos de Ian. Eran demasiado rígidos, demasiado... desagradables.

Pero lo cierto, reflexionó Harding, era que Ian tenía amigos muy extraños. Siempre aparecían de improviso en su departamento: el calígrafo japonés, los músicos de un gamelán indonesio, el malabarista de Las Vegas con su chaqueta de fiesta brillante, el estrafalario astrólogo francés convencido de que la Tierra estaba hueca... Y por otra parte sus amigos matemáticos, que eran una verdadera banda de locos, o esa impresión tenía ella. Todos con la mirada perdida y absortos en sus

demostraciones. Hojas y hojas de demostraciones, centenares de hojas. Aquello era demasiado abstracto para Sarah Harding. Ella prefería el contacto con la tierra, la presencia de los animales, la experiencia de los sonidos y los olores. Para ella eso era lo real. Todo lo demás se reducía a teorías, que podían ser correctas o incorrectas.

Las olas empezaron a embestir la proa y Harding retrocedió unos pasos para no mojarse. Bostezó; apenas había dormido en las últimas veinticuatro horas. Dodgson terminó de verificar las correas del jeep y se acercó a ella.

—¿Todo en orden? —preguntó Harding.

—Sí, sí —respondió Dodgson con una jovial sonrisa.

—Su amigo King parece preocupado.

—No le gusta viajar por mar —explicó Dodgson, señalando las olas con el mentón—. Pero avanzamos más deprisa de lo previsto. Desembarcaremos dentro de una hora más o menos.

—Dígame, ¿qué es Biosyn Corporation? —preguntó Harding—. Jamás la oí nombrar.

—Es una empresa pequeña —contestó Dodgson—. Nos dedicamos a lo que se conoce como productos biológicos de consumo. Nos hemos especializado en organismos destinados a fines recreativos y deportivos. Por ejemplo, hemos creado mediante ingeniería genética nuevas clases de trucha y otros peces para la pesca fluvial. También preparamos nuevas clases de perro, animales de compañía más pequeños para la gente que vive en departamentos. Ese tipo de cosas.

«Precisamente las cosas que Ian más aborrece», pensó Harding.

—¿De dónde conoce a Ian?

—Ah, nos conocemos desde hace mucho tiempo —dijo Dodgson.

Harding advirtió la intencionada vaguedad de la respuesta e insistió:

—¿Cuánto tiempo?

—Desde la época del parque.

—¿El parque? —repitió Harding interrogativamente.

—¿No le contó cómo se rompió la pierna?

—No —contestó Harding—. No le gusta hablar del tema. Sólo dice que le pasó mientras asesoraba a una empresa. Hubo... no sé, algún contratiempo. ¿Fue en un parque?

—Sí, en cierto modo —dijo Dodgson, contemplando el mar. Al cabo de un instante se encogió de hombros y preguntó—: ¿Y usted? ¿De dónde lo conoce?

—Me supervisó la tesis doctoral. Soy etóloga. Estudio los grandes mamíferos de los ecosistemas formados en las llanuras africanas. En África oriental. Concretamente los carnívoros.

—¿Carnívoros?

—Ahora me he concentrado en las hienas —precisó Harding—. Antes estudiaba

los leones.

—¿Y lleva mucho tiempo con eso?

—Casi diez años. Seis de manera ininterrumpida desde el doctorado.

—Interesante —afirmó Dodgson—. ¿Así que ahora viene de África?

—Sí, de Seronera, en Tanzania.

Dodgson asintió distraídamente, mirando por encima del hombro de Harding hacia la isla.

—¡Bueno! —comentó—. Parece que, después de todo, empieza, a despejarse.

Harding volvió la cabeza y vio vetas azules entre las nubes. El sol intentaba abrirse paso. La marejada amainaba. Y con sorpresa advirtió que la isla se hallaba mucho más cerca. Sobre el mar divisaba claramente los acantilados volcánicos, escarpadas paredes de roca gris rojiza.

—En Tanzania —repitió Dodgson—. ¿Dirige un equipo de investigación numeroso?

—No. Trabajo sola.

—¿No tiene alumnos? —preguntó Dodgson.

—Lamentablemente no. Mi trabajo es poco gratificante. Los grandes carnívoros de la sabana africana son básicamente nocturnos, así que la mayor parte de mi investigación se desarrolla de noche.

—Debe de ser duro para su marido.

—No estoy casada —repuso Harding con un gesto de indiferencia.

—Me sorprende —afirmó Dodgson—. Al fin y al cabo, una mujer atractiva como usted...

—No he tenido tiempo —lo interrumpió Harding. Para cambiar de tema, añadió —: ¿En qué parte de la isla vamos a desembarcar?

Dodgson observó la isla. Desde donde se encontraban veían ya las olas, altas y blancas, estrellarse contra la base del acantilado. Estaban sólo a dos o tres kilómetros de distancia.

—Es una isla poco común —advirtió Dodgson—. Toda esta región de Centroamérica es volcánica. Existen unos treinta volcanes activos entre México y Colombia. Estas islas cercanas a la costa fueron en otro tiempo volcanes activos, parte de la cadena central. Pero en las islas, a diferencia del continente, la actividad volcánica se ha extinguido. Hace miles de años que ninguna de estas islas entra en erupción.

—Entonces estamos viendo el exterior del cráter.

—Exacto. Los acantilados son fruto de la erosión meteorológica, pero el mar, por su parte, también desgasta la base externa del cráter. Esa franja de roca lisa al pie del acantilado es donde golpea el mar, y hay amplias zonas completamente horadadas. Es roca volcánica muy blanda.

—Y piensan desembarcar...

—Hay varios puntos en el lado de barlovento donde el mar ha abierto cuevas en el acantilado. Y en dos de esos puntos las cuevas confluyen con ríos que vierten sus aguas desde el interior. Así que son navegables. —Dodgson señaló al frente—. Ahora precisamente se ve allí una de las cuevas.

Sarah Harding divisó una abertura lóbrega e irregular en la base del acantilado. Alrededor las olas rompían contra la roca y penachos de agua blanca se elevaban en el aire a una altura de quince metros.

—¿Van a penetrar en esa cueva con este barco?

—Si el tiempo se mantiene, sí. —Dodgson volvió la cabeza—. No se preocupe, no es tan difícil como parece. Por cierto, ¿qué me decía? Sobre África. ¿Cuándo se marchó de allí?

—Después de hablar por teléfono con Doc Thorne. Dijo que él y Ian iban a rescatar a Richard y me preguntó si quería acompañarlos.

—¿Y qué le contestó? —preguntó Dodgson.

—Que lo pensaría.

—¿No le dijo que venía? —preguntó Dodgson, frunciendo el entrecejo.

—No, porque no estaba segura. Tengo mucho trabajo, y esto está muy lejos.

—Pero por un viejo amor —comentó Dodgson, asintiendo comprensivamente. Harding lanzó un suspiro.

—Bueno. Adivinó. Ian.

—Sí, conozco a Ian —declaró Dodgson—. Todo un personaje.

—Es una manera de definirlo —convino Harding.

Por un instante se produjo un incómodo silencio. Dodgson se aclaró la garganta.

—Una cosa no me queda clara —dijo—. ¿A quién le dijo exactamente que venía?

—A nadie —respondió Harding—. Tomé el primer avión y vine.

—Pero, ¿y su universidad o sus colegas?

—No tuve tiempo —se lamentó Harding, encogiéndose de hombros—. Como ya le dije, trabajo sola. —Miró de nuevo la isla. Los acantilados se alzaban sobre el barco. Se hallaban sólo a unos centenares de metros. Desde allí la cueva parecía mucho mayor, pero grandes olas arremetían contra las rocas a ambos lados. Movié la cabeza en un gesto de desconfianza—. El mar está muy movido.

—No se preocupe —la tranquilizó Dodgson—. ¿Ve? El capitán ya ha enfilado hacia la cueva. En cuanto entremos el riesgo será mínimo. Además, puede ser muy emocionante. El barco se balanceó y la proa, escorada, se hundió en el mar. Harding se agarró a la baranda. Junto a ella, Dodgson sonreía.

—¿Entiende lo que le decía? Es emocionante, ¿no? —De pronto pareció inquieto, como si una corriente eléctrica recorriese sus miembros. Con el cuerpo en tensión, se frotó las manos—. No tiene por qué preocuparse, señorita Harding, no permitiré que

le pase...

Sarah Harding no sabía de qué le hablaba, pero antes de que pudiese responder la proa del barco volvió a hundirse, levantando espuma. Harding se tambaleó, y Dodgson se abalanzó rápidamente sobre ella, en apariencia para sujetarla. Sin embargo, algo extraño ocurrió. Harding notó el cuerpo de Dodgson contra sus piernas y de pronto se sintió izada. Entonces otra ola embistió el barco y Harding se vio lanzada por el aire. Gritó y se aferró a la baranda, pero todo sucedió muy deprisa; el mundo, dado vuelta, giró alrededor. Se golpeó en la cabeza con la baranda y cayó al vacío. Vio la pintura descascarada del casco pasar ante sus ojos y el agua verde del océano cada vez más cerca. Súbitamente, al entrar en contacto con el mar encrespado, percibió un frío intenso y de inmediato se hundió bajo las olas, perdiéndose en la oscuridad.

El valle

—Todo está saliendo de maravillas —anunció Levine, frotándose las manos—. Admito que esto supera con creces mis expectativas. No podría estar más satisfecho.

Se encontraba en la plataforma de observación, contemplando el valle acompañado de Thorne, Eddie, Malcolm y los chicos. Apretados en el pequeño refugio, sudaban copiosamente; la temperatura todavía era alta y no se movía el aire. Alrededor la pradera estaba casi desierta; la mayoría de los dinosaurios se había resguardado bajo los árboles, buscando la sombra.

La excepción eran los apatosaurios, que habían abandonado el cobijo de los árboles para regresar al río, donde se hallaban bebiendo de nuevo. Los enormes animales se apiñaban junto a la orilla. En las inmediaciones, pero en formación menos apretada, estaban los parasaurios; estos dinosaurios ligeramente menores se colocaban siempre cerca de la manada de apatosaurios.

—¿Por qué estás tan satisfecho si puede saberse? —preguntó Thorne, enjugándose el sudor de la frente.

—Por lo que ocurre ante nuestros ojos —respondió Malcolm. Consultó el reloj y anotó algo en su cuaderno—. Estamos reuniendo los datos que necesitaba. Es apasionante.

Thorne bostezó, soñoliento a causa del calor.

—¿Qué tiene de apasionante? Los dinosaurios están bebiendo. No veo por qué le das tanta trascendencia.

—Están bebiendo de nuevo —rectificó Levine—. Por segunda vez en una hora. Al mediodía. Tal ingestión de líquido revela en gran medida las estrategias termorreguladoras de esas grandes criaturas.

—Es decir, que beben para refrescarse —interpretó Thorne, poco aficionado a la jerga científica.

—Sí, claro. Beben mucho. Pero, a mi juicio, su regreso al río puede tener otro significado completamente distinto.

—¿Cuál?

—Vamos, vamos —lo reprendió Levine, señalando la llanura—. Fíjate en las manadas. Observa atentamente la distribución espacial. Estamos viendo algo que nadie ha presenciado antes, y ni siquiera sospechado en los dinosaurios. Ante nosotros tiene lugar nada menos que una simbiosis entre especies.

—¿Ah, sí?

—Sí —afirmó Levine—. Los apatosaurios y los parasaurios están juntos. Ayer también los vi juntos. Apostaría cualquier cosa a que permanecen siempre juntos cuando salen a la llanura. Sin duda te preguntarás por qué.

—Sin duda —dijo Thorne.

—La razón —explicó Levine— es que los apatosaurios son muy fuertes pero cortos de vista mientras que los parasaurios son menores pero poseen una gran agudeza visual. De manera que las dos especies permanecen juntas porque se proporcionan defensa mutua, igual que las cebras y los mandriles en las llanuras africanas. Las cebras tienen un fino sentido del olfato y los mandriles una vista extraordinaria. Juntos son más eficaces contra los depredadores que por separado.

—Y piensas que eso se cumple también en los dinosaurios porque...

—Es bastante evidente —declaró Levine—. Sólo tienes que observar su comportamiento. Cuando las dos manadas están solas, se agrupan estrechamente. Cuando están juntas, los parasaurios se dispersan, abandonando su anterior disposición de manada para formar un círculo exterior en torno de los apatosaurios, tal como vemos ahora. Eso sólo puede significar que los paras individuales van a ser protegidos por la manada de apatosaurios y viceversa. Sólo puede interpretarse como defensa mutua contra los depredadores.

Mientras observaban, un parasaurio alzó la cabeza y miró hacia la otra orilla del río. Bramó lastimeramente, emitiendo un sonido largo y melodioso. Los otros parasaurios levantaron la vista y miraron también. Los apatosaurios continuaron bebiendo, pero una pareja de adultos irguió el largo cuello.

En el calor del mediodía los insectos zumbaban alrededor del refugio.

—¿Y dónde están los depredadores? —preguntó Thorne.

—Allí —dijo Malcolm, señalando una arboleda situada al otro lado del río, a corta distancia del agua.

Thorne escudriñó la orilla con la mirada y no vio nada.

—¿No los ves?

—No.

—Sigue mirando. Son unos animales pequeños con aspecto de lagartos, de color marrón oscuro. Son raptos.

Thorne se encogió de hombros. Seguía sin ver nada. Junto a él, Levine se dispuso a comerse una barra energética. Preocupado por mantener la posición de los prismáticos, arrojó el envoltorio al suelo del refugio. Unos fragmentos de papel volaron y cayeron en la hierba.

—¿Es rico eso? —preguntó Arby.

—Sí. Es un poco azucarado —contestó Levine.

—¿Tiene más?

Levine buscó en los bolsillos y le dio una. Arby la partió y le entregó la mitad a

Kelly. Desenvolvió su trozo y se guardó el papel en el bolsillo pulcramente doblado.

—¿Se dan cuenta de la importancia de estas observaciones para el estudio de la extinción? —dijo Malcolm—. Ahora ya es obvio que la extinción de los dinosaurios fue un fenómeno mucho más complejo de lo que habíamos supuesto.

—¿En serio?

—Piénsenlo detenidamente —indicó Malcolm—. Todas las teorías de la extinción se basan en el registro fósil. Pero el registro fósil no nos muestra el comportamiento de los animales como ahora lo vemos. No recoge la complejidad de la interacción entre grupos distintos.

—Porque los fósiles son sólo huesos —afirmó Arby.

—Correcto. Y los huesos carecen de comportamiento. Si nos paramos a pensar, comprenderemos que el registro fósil es comparable a una serie de fotografías: instantáneas estáticas de lo que de hecho fue una realidad en movimiento. Examinar el registro fósil es como hojear el álbum de fotos familiares. Sabemos que el álbum es incompleto, que entre foto y foto transcurre la vida. Pero lo que ha ocurrido en medio no ha quedado registrado; sólo tenemos las fotografías. Así que las observamos una y otra vez, y pronto concebimos el álbum no como una serie de momentos sino como la propia realidad. Entonces empezamos a explicarlo todo a partir del álbum, olvidándonos de la realidad subyacente. Y la tendencia ha sido pensar en función de los acontecimientos físicos, dar por sentado que las extinciones fueron causadas por algún acontecimiento físico externo: un meteorito cae en la Tierra y cambia el clima; o los volcanes entran en erupción y cambian el clima; o un meteorito provoca la erupción de los volcanes y cambia el clima; o la vegetación se modifica y las especies se mueren de hambre y se extinguen; o surge una enfermedad nueva y las especies se extinguen; o aparece una planta nueva y envenena a todos los dinosaurios. En todos los casos sólo se plantea la posibilidad de un acontecimiento externo. Ahora bien, nadie concibe la hipótesis de que cambiasen los propios animales, no sus huesos sino su comportamiento. Sin embargo, al observar animales como estos y advertir la compleja interrelación de comportamientos, uno se da cuenta de que una alteración en el comportamiento del grupo podría haber ocasionado fácilmente la extinción.

—Pero ¿por qué habría de cambiar el comportamiento del grupo? —preguntó Thorne—. De no ser en respuesta a una catástrofe externa, ¿por qué habría de modificarse el comportamiento?

—En realidad —prosiguió Malcolm—, el comportamiento varía continuamente. Nuestro planeta es un entorno activo, dinámico. El clima cambia. La tierra cambia. Los continentes se desplazan. Los mares suben y bajan. Las montañas asoman sobre la superficie y luego son asoladas por la erosión. Todos los organismos del planeta se adaptan sin cesar a esos cambios, y los mejores organismos son aquellos que se adaptan más deprisa. Por eso cuesta entender que una catástrofe pueda causar la

extinción, ya que de todos modos se producen cambios continuamente.

—Entonces, ¿qué origina la extinción? —inquirió Thorne.

—No sólo un cambio rápido, desde luego —aseguró Malcolm—. Eso lo indican claramente los hechos.

—¿Qué hechos?

—A todo cambio importante en el medio ambiente sigue una oleada de extinciones, pero no de manera inmediata. Las extinciones se producen miles o millones de años después. Tomemos, por ejemplo, la última glaciación en Norteamérica. Los glaciares descendieron hacia el sur y el clima se alteró profundamente, pero los animales no murieron. Sólo cuando los glaciares retrocedieron, cuando cabría pensar que las cosas habían vuelto a la normalidad, se extinguió un gran número de especies. Fue entonces cuando las jirafas, los tigres y los mamuts desaparecieron de este continente. Y ésa es la pauta habitual. Da la impresión de que las especies se debilitan con el gran cambio, pero se extinguen más tarde. Se trata de un fenómeno claramente identificado.

—Se conoce como Debilitamiento de la Cabeza de Puente —añadió Levine.

—¿Y cuál es la explicación?

Levine guardó silencio.

—No la hay —respondió Malcolm—. Es un misterio paleontológico. Pero creo que la teoría de la complejidad tiene mucho que decir al respecto; porque si la noción de vida al borde del caos es cierta, los grandes cambios acercan a los animales más aún a ese borde. Desestabilizan toda clase de comportamientos. Y cuando el medio ambiente vuelve a la normalidad, no es realmente una vuelta a la normalidad. Desde el punto de vista evolutivo es otro gran cambio y desborda el ritmo de adaptación de los animales. Pienso, además, que puede surgir un nuevo comportamiento en una población de manera imprevista, y creo que sé por qué los dinosaurios...

—¿Qué es eso? —lo interrumpió Thorne, que había visto salir un dinosaurio de entre los árboles. Era relativamente esbelto, se desplazaba con agilidad sobre las patas posteriores y se ayudaba con la cola para mantener el equilibrio. Medía aproximadamente un metro ochenta y era de un color marrón verdoso con rayas rojas, como un tigre.

—Eso —anunció Malcolm— es un velociraptor.

—¿Eso fue lo que intentó darte caza en el árbol? —preguntó Thorne, volviéndose hacia Levine—. Parece peligroso.

—Eficaz, diría yo —corrigió Levine—. Esos animales son máquinas de matar magníficamente diseñadas; sin duda los depredadores más eficaces en la historia del planeta. El ejemplar que acaba de aparecer será el animal alfa. Es el jefe de la manada.

Thorne advirtió otro movimiento bajo los árboles.

—¡Hay más! —exclamó.

—Sí —confirmó Levine—. Se trata de una manada especialmente numerosa. — Se llevó los prismáticos a los ojos y observó el bosque—. Me gustaría localizar el nido. No he logrado encontrarlo en toda la isla. Son animales muy sigilosos, pero así y todo...

Los parasaurios bramaban sonoramente y se acercaban a la manada de apatosaurios. Los grandes apatosaurios, en cambio, parecían indiferentes al peligro; de hecho, los adultos más próximos al agua dieron la espalda al raptor.

—¿No les importa? —preguntó Arby—. Ni siquiera lo miran.

—No te dejes engañar por las apariencias —lo amonestó Levine—. Les importa y mucho. Quizá parezcan vacas gigantes, pero están muy lejos de serlo. Esas colas como látigos tienen una longitud de diez o doce metros y pesan varias toneladas. Observa con qué velocidad las agitan. Un golpe con esa cola puede romperle la espalda al atacante.

—¿De modo que darse vuelta forma parte de la defensa?

—Indudablemente. Y ahora se ve con toda claridad que los largos cuellos actúan como contrapeso de las colas.

Las colas de los adultos llegaban sobradamente al otro lado del río. Intimidado por los coletazos y los bramidos de los parasaurios, el raptor que encabezaba el grupo retrocedió. Al cabo de un momento huyó la manada entera, alejándose por el límite del bosque en dirección a las colinas.

—Parece que tenías razón —comentó Thorne—. Las colas los han ahuyentado.

—¿Cuántos has contado? —preguntó Levine.

—No lo sé —respondió Thorne—. Entre diez y doce. Quizá más. Puede que se me haya escapado alguno.

—Doce —repitió Malcolm, anotando la cifra en su cuaderno.

—¿Los seguimos? —propuso Levine.

—Ahora no.

—Podríamos agarrar el Explorer.

—Quizá más tarde —se resistió Malcolm.

—Creo que conviene localizar el nido —insistió Levine—. Es vital, Ian, si pretendemos determinar las relaciones entre el depredador y la presa. Nada hay más importante que eso. Y ésta es una oportunidad excelente para seguir...

—Quizá más tarde —lo interrumpió Malcolm. Volvió a consultar el reloj.

—Ya es la centésima vez que miras el reloj esta mañana —observó Thorne.

—Ya es casi la hora de comer —repuso Malcolm con un gesto de indiferencia—. Por cierto, ¿y Sarah? ¿No debería estar a punto de llegar?

—Sí —contestó Thorne—. Debería aparecer en cualquier momento.

—Hace calor aquí —comentó Malcolm, enjugándose la frente.

—Sí, mucho.

Escucharon el zumbido de los insectos y contemplaron la retirada de los raptos.

—La verdad, creo que será mejor que volvamos —sugirió Malcolm.

—¿Volver? —protestó Levine—. ¿Ahora? ¿Y las observaciones? ¿Y las otras cámaras que queremos colocar?

—No sé, quizá sea un buen momento para tomarnos un respiro.

Levine le lanzó una mirada de incredulidad, pero calló.

Thorne y los chicos permanecían atentos a Malcolm en silencio.

—Bueno —añadió Malcolm—, creo que si Sarah ha viajado desde África, lo mínimo que podríamos hacer es darle la bienvenida, por simple cortesía.

—No me había dado cuenta de que... —dijo Thorne:

—No, no —se apresuró a desmentir Malcolm—. No tiene nada que ver con eso. Es sólo que... Bueno, quizá ni siquiera venga. —De pronto pareció indeciso—. ¿Dijo que vendría?

—Dijo que lo pensaría. Malcolm frunció el entrecejo.

—En ese caso, vendrá. Si Sarah dijo eso, seguro que viene. La conozco. Entonces, ¿qué les parece? ¿Volvemos?

—Ni loco —replicó Levine, mirando por los prismáticos—. Ahora no me movería de aquí por nada del mundo.

Malcolm se volvió hacia los demás.

—¿Doc? ¿Quieres volver?

—Sí —afirmó Thorne, secándose la frente—. Hace calor.

—Conociendo a Sarah —comentó Malcolm mientras descendía por el andamiaje —, probablemente se presentará en la isla con un aspecto fantástico.

La cueva

Luchó por salir a flote y finalmente consiguió asomar a la superficie, pero sólo vio agua alrededor, grandes olas de cinco metros de altura. La fuerza del mar era inmensa. La corriente la arrastró de un lado a otro haciendo inútiles sus esfuerzos. No vio el barco, sólo un mar espumoso por todas partes. No vio la isla, sólo agua y más agua. Trató de vencer la opresiva sensación de pánico.

Intentó nadar contra la corriente, pero las botas le pesaban como el plomo. Volvió a sumergirse y logró salir de nuevo, tragando bocanadas de aire. Tenía que quitarse las botas. Respiró hondo y hundió la cabeza bajo el agua para desatarse las botas. Los pulmones le ardían mientras forcejeaba con los cordones. El mar la zarandeaba sin cesar.

Se quitó una bota, tomó aire y volvió a hundir la cabeza. Tenía los dedos entumecidos a causa del frío y el miedo. Desprenderse de la otra bota le resultó una tarea interminable. Por fin, con las piernas libres, contuvo la respiración y nadó torpemente. A merced de las olas se elevó y volvió a bajar. No veía la isla. El pánico la asaltó otra vez. Se volvió en el agua y una ola la alzó de nuevo. En ese instante vio la isla.

El acantilado se hallaba cerca, aterradoramente cerca. Las olas embestían las rocas con un ruido atronador. Estaba a menos de cincuenta metros, y el mar la arrastraba inexorablemente hacia la rompiente. En la cresta de la siguiente ola logró ver la cueva, unos cien metros a su derecha. Trató de nadar en esa dirección, pero era imposible. Sus fuerzas no bastaban para moverse en medio del gigantesco oleaje. Notaba sólo la potencia del mar, que la llevaba hacia el acantilado.

Con el miedo se le aceleró el corazón. Sabía que su muerte era inminente. Una ola le pasó por encima; tragó agua de mar y tosió. Se le nubló la vista. Sintió náuseas y un profundo terror.

Agachó la cabeza y empezó a nadar, lanzando un brazo tras otro y empujándose con los pies tan fuerte como podía. No tenía sensación de movimiento, salvo por el tirón oblicuo de las olas. No se atrevía a levantar la vista. Se impulsó aún con más fuerza. Cuando alzó la cabeza para respirar, advirtió que se había desplazado un poco hacia el norte. Se encontraba algo más cerca de la cueva.

Eso la alentó, pero no disipó el pánico. Estaba al límite de sus fuerzas. Las piernas y los brazos le dolían. Le ardían los pulmones. Su respiración era apenas un jadeo entrecortado. Volvió a toser, tomó aire nuevamente, hundió la cabeza y siguió

nadando.

Aun con la cabeza bajo el agua oía el estruendo de las olas contra el acantilado. Nadó con ahínco. Las corrientes y el oleaje la arrastraban a izquierda y derecha, adelante y atrás. Era inútil. Igualmente lo intentó.

Gradualmente el dolor de los músculos se convirtió en una molestia regular y difusa. Tuvo la sensación de haber convivido siempre con aquel tormento y gradualmente dejó de notarlo siquiera. Continuó nadando, ajena a todo.

Al percibir que una ola volvía a levantarla, alzó la cabeza para tomar aire. Sorprendida, vio que la cueva se hallaba muy cerca. Unas cuantas brazadas más y estaría adentro. Había esperado que la corriente fuese menos intensa en las inmediaciones de la cueva, pero no era así. A ambos lados de la entrada las olas embestían a gran altura y el agua subía por la pared del acantilado para después resbalar nuevamente hasta el mar. No vio el barco por ninguna parte.

Agachó la cabeza una vez más y, reuniendo las últimas fuerzas, siguió braceando. Una creciente sensación de debilidad se adueñaba de todo su cuerpo. No aguantaría mucho más. Sabía que el mar la empujaba hacia el acantilado. Oía más cerca el ruido de la rompiente. De pronto la levantó una ola enorme y la llevó hacia el acantilado. De nada servía resistirse. Alzó la cabeza para mirar y sólo vio oscuridad, una oscuridad absoluta.

Agotada y dolorida, comprendió que se encontraba en el interior de la cueva. Las olas la habían arrastrado hasta allí. El estruendo de la rompiente le llegaba hueco y resonante. La oscuridad era tal que no veía las paredes. La corriente era fuerte y la empujaba hacia adentro. Jadeó y trató en vano de nadar en contra. Rozó las rocas y sintió un dolor penetrante. A continuación la corriente siguió impulsándola hacia las profundidades de la cueva. Pero ahora había una diferencia. De lo alto llegaba una tenue luz y el agua parecía resplandecer alrededor. El oleaje amainó. Le costaba menos mantener la cabeza sobre el agua. De pronto vio enfrente un luz viva, muy viva: el final de la cueva.

La corriente siguió empujándola y, como por arte de magia, se encontró de pronto al aire libre, en medio de un ancho río lodoso, rodeada de un denso follaje. Hacía calor y no soplaba ni la más leve brisa. Oyó los reclamos lejanos de las aves.

Delante, en un recodo del río, asomó la popa del barco de Dodgson, ya amarrado. No vio a nadie, ni lo deseaba.

Haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, nadó hacia unos mangles que crecían apretadamente en el agua junto a la orilla. Demasiado débil para seguir, se asió a una raíz y flotó de espalda en la suave corriente, mirando al cielo y respirando hondo. Pasado un rato, recobró fuerzas suficientes para desplazarse por el agua agarrándose a las raíces de los mangles hasta llegar a una brecha en el follaje que conducía a un pequeño claro en la orilla. Mientras salía a rastras del río advirtió

en el barro varias huellas de animal bastante grandes. Eran unas extrañas pisadas de tres dedos, cada uno de los cuales terminaba en una enorme uña.

Se agachó para examinarlas de cerca y de pronto notó que la tierra vibraba bajo sus manos. Una descomunal sombra se proyectó sobre ella. Cuando levantó la vista, vio perpleja el vientre claro y curtido de un gigantesco animal. Estaba demasiado débil para reaccionar e incluso para alzar la cabeza. Lo último que vio fue un pie enorme y correoso que se hundía en el barro junto a ella; a la vez oyó un blando resoplido. Entonces, vencida súbitamente por el cansancio, se desplomó de espaldas y perdió el conocimiento.

Dodgson

A unos metros de la orilla del río, Lewis Dodgson se subió al jeep Wrangler modificado y cerró la puerta. En el asiento contiguo Howard King, retorciéndose las manos, dijo:

—¿Cómo pudiste hacer eso?

—¿Hacer qué? —preguntó George Baselton desde atrás. Dodgson no contestó. Hizo girar la llave de contacto y el motor se puso en marcha. Colocó la palanca de cambios en la posición de tracción a las cuatro ruedas, y el jeep se alejó del barco montaña arriba, adentrándose en la selva.

—¿Cómo pudiste? —repitió King, nervioso—. Hablo en serio.

—Fue un accidente —se justificó Dodgson.

—¿Un accidente? ¿Un accidente?

—Exacto, un accidente —afirmó Dodgson tranquilamente—. Se cayó por la borda.

—Yo no vi nada —declaró Baselton.

King movió la cabeza en un gesto de desesperación.

—¡Por Dios! ¿Y si alguien viene a investigar y...?

—Si alguien viene a investigar ¿qué? —lo interrumpió Dodgson—. El mar estaba revuelto. Ella se encontraba en la proa. Vino una ola grande y se la llevó. No sabía nadar demasiado bien. Dimos la vuelta, pero ya no había nada que hacer. Un desgraciado accidente. ¿Qué te preocupa tanto?

—¿Y tú me preguntas qué me preocupa?

—Sí, Howard. ¿Qué demonios te preocupa exactamente?

—Por el amor de Dios, lo vi.

—Te equivocas —dijo Dodgson.

—Yo no vi nada —aseguró Baselton—. Estuve abajo todo el tiempo.

—Me parece muy bien —protestó Howard King—. Pero, ¿y si hay una investigación?

El jeep traqueteaba por el camino de tierra ya en plena selva.

—No la habrá —garantizó Dodgson—. Se marchó de África apresuradamente y no comunicó a nadie adónde iba.

—¿Cómo lo sabes? —gimoteó King.

—Porque me lo dijo ella, Howard, por eso lo sé. Ahora toma el mapa y deja de lloriquear. Cuando aceptaste mi oferta ya conocías las condiciones.

—No sabía que acabarías matando a alguien.

—Howard —dijo Dodgson con un suspiro—, no va a pasar nada. Saca el mapa de una vez.

—¿Cómo estás tan seguro? —insistió King.

—Porque sé lo que tengo entre manos —afirmó Dodgson—. Por eso. A diferencia de Malcolm y Thorne, que andan por algún rincón de esta maldita selva haciendo vaya a saber qué.

La mención de los otros hombres despertó en King nuevas dudas. Inquieto, comentó:

—Quizá los encontremos...

—No, Howard, eso no va a ocurrir. Ni siquiera se enterarán de que hemos venido. Sólo vamos a estar en la isla cuatro horas, ¿recuerdas? Hemos desembarcado a la una. Regresaremos al barco a las cinco. Llegaremos a puerto a las siete. A las doce de la noche estaremos de vuelta en San Francisco, y listo. Finito. Después de tantos años tendré lo que debería haber conseguido hace ya mucho tiempo.

—Los embriones de dinosaurio —apuntó Baselton.

—¿Embriones? —preguntó King, sorprendido.

—No, ya no me interesan los embriones —aclaró Dodgson—. Años atrás buscaba embriones congelados, pero ahora ya no hay razón para molestarse con los embriones. Ahora quiero huevos fecundados. Y dentro de cuatro horas dispondré de huevos de todas las especies que habitan en la isla.

—¿Cómo piensas lograrlo en cuatro horas?

—Porque ya conozco el emplazamiento exacto de todos los puntos de reproducción de la isla. El mapa, Howard.

King desplegó el mapa. Era una amplia representación topográfica de la isla, de unos sesenta por noventa centímetros, que mostraba las elevaciones del terreno con contornos azules. En los llanos había varias zonas marcadas con círculos concéntricos rojos, y en algunos casos grupos de círculos.

—¿Qué es esto? —inquirió King.

—¿Por qué no lo lees? —sugirió Dodgson.

—«Datos sigma Landsat/Nordstat espectros mixtos REV/RFA/RI». Y luego una serie de números. No, espera. De fechas.

—Correcto —confirmó Dodgson—. Fechas.

—¿Fechas de paso? ¿Es un mapa sumario con todos los datos combinados de varias pasadas del satélite?

—Correcto.

King frunció el entrecejo.

—Y parece que son... el espectro visible, el radar de falsa apertura y... ¿qué más?

—El infrarrojo. Un registro térmico de banda ancha. —Dodgson sonrió—. Lo hice todo en un par de horas. Pedí los datos del satélite, elaboré el sumario y obtuve las respuestas que buscaba.

—Ya entiendo —dijo King—. ¡Los círculos rojos son firmas infrarrojas!

—Sí —afirmó Dodgson—. Los animales grandes dejan grandes firmas. Tomé los datos de las sucesivas pasadas del satélite sobre la isla en los últimos años y marqué en el mapa las fuentes de calor. La ubicación de estas fuentes se superponía una y otra vez, y eso es lo que reflejan las marcas rojas concéntricas. De ahí se desprende que los animales tienden a localizarse en esos puntos. ¿Por qué? —Se volvió hacia King—. Porque ahí están los nidos.

—Sí, muy probablemente —coincidió Baselton.

—Quizá sea donde comen —sugirió King. Dodgson, irritado, negó con la cabeza.

—Obviamente esos círculos no pueden corresponderse con los lugares donde se alimentan.

—¿Por qué no?

—Porque estos animales pesan en promedio unas veinte toneladas, por eso. Si reúnes una manada de dinosaurios de veinte toneladas por cabeza, tendrás una biomasa total de más de un cuarto de millón de kilos desplazándose a través del bosque. Esos enormes animales deben de comer mucha materia vegetal en el transcurso del día. Y sólo pueden hacerlo moviéndose. ¿Queda claro?

—Creo que sí... —dijo King.

—¿Crees? —replicó Dodgson—. Echa un vistazo alrededor, Howard. ¿Ves alguna zona del bosque despoblada de vegetación? No. Comen unas pocas hojas de los árboles y se van a otro sitio. Créeme, estos animales tienen que moverse para comer. En cambio, anidan siempre en el mismo sitio. —Miró el mapa—. Y si no me equivoco, el primer nido se encuentra precisamente al otro lado de este promontorio.

El jeep patinó en el barro y siguió adelante, traqueteando cuesta arriba.

Llamadas de apareamiento

Richard Levine contemplaba las manadas con los prismáticos desde lo alto de la plataforma. Malcolm y los otros habían vuelto al tráiler y lo habían dejado solo. Levine disfrutaba observando aquellos extraordinarios animales y era consciente de que Malcolm no compartía su ilimitado entusiasmo. De hecho, Malcolm siempre parecía tener en mente otras consideraciones, y era evidente que lo impacientaba el acto de observación: deseaba analizar los datos pero no le gustaba reunirlos.

Entre científicos eso representaba una conocida diferencia de personalidades. Los físicos ofrecían un ejemplo perfecto. Los experimentalistas y los teóricos vivían en mundos aparte; cruzaban papeles continuamente pero tenían muy poco en común. Casi daba la impresión de que cultivasen disciplinas distintas.

Y en cuanto a Levine y Malcolm las diferencias de enfoque se habían puesto pronto de manifiesto ya durante sus primeras conversaciones en Santa Fe. Los dos estaban interesados en la extinción, pero Malcolm abordaba el tema de manera global, desde un punto de vista puramente matemático. Su objetividad y sus fórmulas inexorables habían fascinado a Levine en un principio, y ambos iniciaron un intercambio informal durante frecuentes almuerzos: Levine enseñó paleontología a Malcolm; Malcolm enseñó a Levine matemática no lineal. Empezaron a extraer conclusiones provisionales que entusiasmaron a los dos. Pero también surgieron las primeras discrepancias. En más de una ocasión les pidieron que abandonasen el restaurante a causa de sus exacerbadas discusiones; entonces salían al calor de Guadalupe Street y regresaban hacia el río sin dejar de vociferar mientras los turistas, al verlos acercarse, se apresuraban a cambiar de acera.

Finalmente sus diferencias entraron en un terreno personal. Malcolm consideraba a Levine pedante y puntilloso, preocupado sólo por detalles nimios. Levine nunca veía las cosas en conjunto.

Nunca calculaba las consecuencias de sus actos. Levine, por su parte, no dudaba en acusar a Malcolm de engreído y distante, reprochándole su indiferencia ante los detalles.

—Dios está en los detalles —le recordó una vez Levine.

—Tu Dios quizá —replicó Malcolm—. No el mío. El mío está en el proceso.

De pie en la plataforma de observación Levine pensó que ésa era exactamente la respuesta que cabía esperar de un matemático. Levine seguía convencido de que los detalles lo eran todo, al menos en biología, y el error más frecuente de sus colegas era

descuidar los detalles.

En cuanto a él, vivía siempre pendiente de los detalles y nunca pasaba nada por alto. Como con el animal que lo había atacado al llegar a la isla con Diego. Levine había pensado en ello a menudo, reviviendo la escena una y otra vez, porque algo no terminaba de encajar.

El animal había atacado rápidamente, y Levine se había quedado con la idea de que poseía la forma básica de un terópodo —erguido sobre las patas posteriores, cola rígida, cráneo grande, lo usual—, pero durante el breve instante en que vio a la criatura le pareció advertir también una peculiaridad en torno de las órbitas, que le indujo a pensar que podía tratarse de un *Carnotaurus sastrei*, de la formación de Gorro Frigio, en la Argentina. Por otra parte, la piel era muy poco común, de un vivo color verde y moteada, pero había algo...

Desistió con un gesto de resignación. La idea que lo inquietaba flotaba en el fondo de su mente pero no conseguía precisarla. Le era imposible.

De mala gana volvió a concentrarse en la manada de parasaurios que pacía en la orilla del río junto a los apatosaurios. Escuchó el característico bramido de los parasaurios. Levine reparó en que con frecuencia los parasaurios emitían un sonido de corta duración, una especie de bocinazo retumbante. En ocasiones varios animales producían ese sonido simultáneamente o con breves intervalos de separación, así que debía de ser una manera audible de indicar la posición de todos los miembros de la manada. Sin embargo, a veces emitían una llamada mucho más larga y perentoria. Este sonido era poco frecuente y provenía sólo de los dos animales más grandes de la manada, que alzaban la cabeza y producían aquel trompeteo sonoro y prolongado. Pero, ¿qué significaba aquel sonido?

Inmóvil bajo el sol, Levine decidió llevar a cabo un pequeño experimento. Ahuecó las manos en torno de la boca e imitó la llamada del parasaurio. No había sido una gran imitación, pero de inmediato el jefe de la manada levantó la vista y buscó alrededor. A continuación lanzó un grave bramido en respuesta a Levine. Levine volvió a imitar el sonido.

El parasaurio contestó nuevamente.

Complacido por el resultado del experimento, Levine tomó nota en su cuaderno. Pero cuando miró de nuevo hacia la llanura, advirtió con sorpresa que la manada de parasaurios se separaba de los apatosaurios. Se agruparon y, en fila, se encaminaron hacia la plataforma de observación.

Levine empezó a sudar. ¿Qué había hecho? En algún rincón de su mente se preguntó si habría imitado una llamada de apareamiento. Sólo le faltaba eso, atraer a un dinosaurio en celo. ¿Quién sabía cómo actuaban aquellos animales en el apareamiento? Con creciente desasosiego los observó acercarse. Lo mejor era llamar

a Malcolm para pedirle consejo. Pero considerando esa posibilidad cayó en la cuenta de que al imitar aquel bramido había interferido en el medio ambiente, había introducido una variable nueva, que era precisamente lo que, como había asegurado a Thorne, no pretendía hacer. Había sido un acto irreflexivo, desde luego. Y si bien no repercutiría seguramente de manera esencial en la marcha de las cosas, Malcolm sin duda iba a ensañarse con él. Levine bajó los prismáticos y contempló el rebaño. En el aire resonó un grave bramido, tan intenso que le hirió los oídos. La tierra empezó a temblar y la plataforma se tambaleó precariamente.

«¡Dios mío! ¡Vienen directo hacia mí!», pensó. Se inclinó y buscó la radio a tientas en la mochila.

Los problemas de la evolución

En el tráiler Thorne sacó del microondas los platos de comida rehidratada y los repartió. Sentados alrededor de la pequeña mesa, los desarrollaron y empezaron a comer. Malcolm hurgó en su plato con el tenedor y preguntó:

—¿Qué es esto?

—Pechuga de pollo a las finas hierbas —contestó Thorne. Malcolm probó un bocado y movió la cabeza en un gesto de desagrado.

—¿No es maravillosa la tecnología? —comentó irónicamente—. Consiguen que tenga el gusto del cartón.

Malcolm miró a los chicos, que comían vorazmente frente a él. Kelly levantó la vista y señaló con el tenedor los libros sujetos al estante que había junto a la mesa.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo.

—¿Sólo una? —bromeó Malcolm.

—Es sobre todo esto de la evolución. Darwin escribió su libro hace mucho tiempo, ¿no?

—Darwin publicó El origen de las especies en 1859 —contestó Malcolm.

—Y a esta altura ya nadie lo pone en duda, ¿no? —continuó Kelly.

—Creo que puede afirmarse que hoy en día todos los científicos del mundo coinciden en que la evolución es una de las características de la vida en la Tierra —aseguró Malcolm—. Y en que descendemos de los animales. Sí.

—Pues si es así, ¿a qué viene ahora tanto interés en el tema? Malcolm sonrió.

—Ese interés se debe a que si bien todo el mundo está de acuerdo en que la evolución existe, nadie comprende las leyes que la rigen. La teoría plantea grandes problemas. Y los científicos se muestran cada vez más dispuestos a admitirlo.

Malcolm apartó el plato.

—Conviene remontarse a los orígenes de la teoría, hace unos doscientos años. Comencemos con el barón Georges Cuvier, el más famoso anatomista de su época, que vivía en el centro intelectual del mundo: París. Alrededor de 1800 se desenterraron los primeros huesos antiguos, y Cuvier comprendió que pertenecían a animales que no se encontraban ya en la Tierra. Eso representó un serio problema, pues por aquel entonces se creía que todas las especies animales creadas seguían vivas. Era una idea lógica, porque se atribuía a la Tierra una antigüedad de unos miles

de años. Y porque Dios, que había creado a todos los animales, nunca permitiría que sus criaturas se extinguiesen. Así que la extinción se consideraba imposible. Para Cuvier, el hallazgo de aquellos huesos supuso un verdadero tormento, pero finalmente llegó a la conclusión de que, con Dios o sin Dios, muchos animales se habían extinguido a causa, pensó, de catástrofes planetarias como, por ejemplo, el diluvio universal.

—Entiendo.

—De modo que Cuvier, a su pesar, acabó aceptando la extinción —prosiguió Malcolm—, pero no así la evolución. Para Cuvier la evolución no existía. Unos animales morían y otros sobrevivían, pero ninguno evolucionaba. En su opinión, los animales no cambiaban. Entonces llegó Darwin, que afirmó que los animales sí evolucionaban y que los huesos desenterrados pertenecían de hecho a los predecesores de los animales vivos. Las consecuencias de la teoría de Darwin sobresaltaron a mucha gente. Se resistían a admitir que las creaciones de Dios cambiasen, y que hubiese monos en sus árboles genealógicos. Lo consideraban vergonzoso y ofensivo. La controversia fue encarnizada, pero Darwin acumuló una gran cantidad de datos objetivos y presentó argumentos contundentes. Así que su idea de la evolución fue aceptada gradualmente por los científicos y por el mundo en general. Pero la duda básica seguía sin resolverse: ¿cómo se produce la evolución? Para eso Darwin no tenía una buena respuesta.

—La selección natural —apuntó Arby.

—Sí, ésa fue la explicación propuesta por Darwin. El medio ambiente ejerce una presión que favorece a ciertos animales, y éstos se reproducen más fácilmente en las siguientes generaciones; así tiene lugar la evolución. Pero como mucha gente advirtió, esto no era de hecho una explicación. Simplemente era una definición: si un animal sobrevive, debe de haber superado la selección. Pero, ¿qué características de ese animal son favorecidas? ¿Y cómo actúa realmente la selección? Darwin lo ignoraba y nadie aportó una sola idea al respecto durante los siguientes cincuenta años.

—Pero son los genes —afirmó Kelly.

—En efecto —respondió Malcolm—. Bien, llegamos al siglo XX. Se redescubre el trabajo de Mendel con las plantas. Fischer y Wright llevan a cabo estudios de población. Pronto averiguamos que los genes controlan la herencia, sean lo que sean los genes. Recuerden que durante la primera mitad del siglo, hasta pasada la Segunda Guerra Mundial nadie tenía la menor idea de qué era un gen. A partir de los descubrimientos de Watson y Crick en 1953 supimos que los genes eran nucleótidos dispuestos en una doble hélice. Magnífico. Y también conocimos la existencia de las mutaciones. Entonces a finales del siglo XX disponemos de una teoría de la selección natural que sostiene que las mutaciones se producen espontáneamente en los genes,

que el medio ambiente favorece las mutaciones útiles, y que, partiendo de este proceso de selección, tiene lugar la evolución. Es simple y claro. Dios no interviene en ningún momento. No hay implicado ningún principio organizativo superior. En definitiva, la evolución no es más que el resultado de un puñado de mutaciones que sobreviven o mueren. ¿Correcto?

—Correcto —contestó Arby.

—Pero esta idea presenta ciertos problemas —declaró Malcolm—. En primer lugar, un problema de tiempo. Una sola bacteria (la primera forma de vida) contiene dos mil enzimas. Los científicos han calculado cuánto tiempo tardarían en concurrir aleatoriamente esas enzimas a partir de un caldo de cultivo primordial. Las estimaciones oscilan entre cuarenta y cien mil millones de años. Ahora bien, la edad de la Tierra es de sólo cuatro mil millones de años. Así que el azar por sí solo resulta demasiado lento. Sobre todo teniendo en cuenta que las bacterias aparecieron de hecho cuatro cientos millones de años después de la formación de la Tierra. Es decir, la vida surgió muy deprisa, y por eso algunos científicos afirman que la vida en la Tierra debe de ser de origen extraterrestre. Pero eso, a mi juicio, es eludir la cuestión.

—Exacto.

—En segundo lugar está el problema de la coordinación. Si aceptamos la actual teoría, la increíble complejidad de la vida se reduce a una acumulación de sucesos aleatorios, un puñado de accidentes genéticos concatenados. Sin embargo, cuando uno observa detenidamente los animales, da la impresión de que muchos elementos hayan evolucionado simultáneamente. Tomemos como ejemplo los murciélagos, que poseen ecolocación, es decir, que se guían por el sonido. Para llegar a eso deben desarrollarse muchas otras cosas. Los murciélagos necesitan un aparato especializado para la emisión de sonidos, necesitan unos oídos especializados para captar el eco, necesitan un cerebro especializado para interpretar los sonidos, y necesitan un cuerpo especializado para subir y bajar en el aire y capturar insectos. Si todas estas facultades no se desarrollan simultáneamente, no sirven de nada. E imaginar que todo esto puede ocurrir por azar es como imaginar que un tornado puede arremeter contra un depósito de chatarra y formar con las piezas un Boeing 747 en perfecto estado. Es difícil de creer.

—Desde luego —convino Thorne—. Estoy de acuerdo.

—Siguiente problema. La evolución no siempre actúa como una fuerza ciega. Ciertos espacios del medio ambiente no se llenan. Ciertas plantas no se emplean como alimento. Y ciertos animales apenas evolucionan. Los tiburones no han cambiado desde hace ciento sesenta millones de años. Las zarigüeyas no han cambiado desde que se extinguieron los dinosaurios, hace sesenta y cinco millones de años. El medio ambiente de estos animales se ha alterado radicalmente, pero los animales han seguido casi iguales. No exactamente iguales, pero casi. En otras

palabras, da la impresión de que no hayan respondido a su medio ambiente.

—Quizás aún estén bien adaptados —sugirió Arby.

—Quizás. O quizás exista algo más que no conocemos.

—¿Como qué?

—Como otras reglas que influyan en el resultado.

—¿Quieres decir que la evolución está dirigida? —preguntó Thorne.

—No —contestó Malcolm—. Eso es creacionismo y no explica nada. Nada en absoluto. Lo que digo es que la selección natural que actúa en los genes no da cuenta de todo. Sería demasiado sencillo. Intervienen también otras fuerzas. La molécula de hemoglobina es una proteína que se pliega y envuelve como un sándwich un átomo central de hierro que atrae el oxígeno. La hemoglobina se expande y contrae cuando toma y libera oxígeno, como un minúsculo pulmón molecular. Ahora conocemos la secuencia de aminoácidos que constituye la hemoglobina. Pero ignoramos cómo plegarla. Afortunadamente no es necesario saberlo, pues si creamos la molécula, se pliega por sí sola. Se organiza ella misma. Y continuamente se demuestra que los seres vivos poseen la facultad de la autoorganización. Las proteínas se pliegan. Las enzimas interactúan. Las células se disponen en forma de órganos y los órganos se disponen en forma de individuos coherentes. Los individuos se organizan para constituir una población. Y las poblaciones se organizan para constituir una biosfera coherente. Gracias a la teoría de la complejidad empezamos a intuir cómo se produce esta autoorganización y a qué apunta. Y representa un importante cambio en nuestra percepción de la evolución.

—Pero en definitiva —dijo Arby— la evolución sigue siendo el resultado de la acción del medio ambiente sobre los genes.

—No creo que se reduzca a eso, Arb —discrepó Malcolm—. Creo que hay otras cosas en juego... otras cosas que explican incluso cómo surgió nuestra especie.

—Hace tres millones de años —prosiguió Malcolm— unos simios africanos que hasta ese momento vivían en los árboles descendieron al suelo. Aquellos simios no se destacaban en nada. Tenían el cerebro pequeño y no eran especialmente inteligentes. No poseían garras ni afilados dientes que usar como armas. No sobresalían por su fuerza ni por su velocidad. Sin duda no podían competir con un leopardo. Pero como su estatura era corta, empezaron a erguirse sobre las patas traseras a fin de mirar por encima de la alta hierba africana. Así comenzó todo: unos simios corrientes asomándose sobre la hierba.

»Estos simios permanecían erguidos cada vez más tiempo. Eso les dejaba las manos libres. Como todos los simios, se valían de ciertas herramientas. Los chimpancés, por ejemplo, usan ramas para capturar termitas. Con el paso del tiempo, nuestros antepasados elaboraron herramientas más complejas. Este hecho estimuló el crecimiento del cerebro en tamaño y complejidad. Se inició ahí una espiral: la mayor

complejidad de las herramientas generaba cerebros más complejos que a su vez generaban herramientas más complejas. Y desde el punto de vista evolutivo nuestro cerebro estalló literalmente. En alrededor de un millón de años se duplicó el tamaño de nuestro cerebro, y eso nos creó ciertos problemas.

—¿Como cuáles?

—Como venir al mundo, sin ir más lejos. Un cerebro grande no puede pasar a través del canal del parto, lo cual implica la muerte tanto de la madre como del niño durante el alumbramiento. Ésa no es una alternativa viable. ¿Cuál es entonces la respuesta evolutiva? El nacimiento del niño en una etapa muy prematura del desarrollo, cuando el cerebro no es aún demasiado grande para atravesar la pelvis. Es la solución de los marsupiales: la mayor parte del crecimiento se produce fuera del cuerpo de la madre. Durante el primer año de vida el cerebro del niño multiplica por dos su tamaño. Ésa es una buena solución al problema, pero crea otros problemas. Significa que los niños humanos no se valen por sí solos hasta mucho después del nacimiento. Las crías de muchos mamíferos caminan minutos después de nacer; las de otros, al cabo de unos días o unas semanas. Los niños, en cambio, tardan todo un año en caminar y más aún en comer solos. Así que parte del precio por un cerebro de mayor tamaño fue el desarrollo entre nuestros antepasados de organizaciones sociales estables que permitiesen el cuidado de los niños a largo plazo, durante muchos años. Estos niños desvalidos de cerebro grande cambiaron la sociedad. Pero no fue ésa la consecuencia más importante.

—¿No?

—No. Nacer en un estado tan inmaduro implica que los niños no tienen el cerebro plenamente formado. No llegan al mundo con demasiado comportamiento instintivo incorporado. Instintivamente un recién nacido puede succionar y agarrar, pero no mucho más. El complejo comportamiento humano no tiene nada de instintivo. Así que las sociedades humanas deben desarrollar un sistema educativo para adiestrar los cerebros de los niños, para enseñarles a comportarse. Toda sociedad humana destina una considerable cantidad de tiempo y energía a enseñar a sus niños un comportamiento adecuado. Si examinamos una organización social más simple, en algún lugar de la selva, descubriremos que todo niño nace en medio de una red de adultos responsables de criarlo. No sólo los padres, sino también los tíos, los abuelos y los ancianos de la tribu. Unos enseñan al niño a cazar o recolectar alimento o tejer; otros lo aleccionan sobre el sexo o la guerra. Pero las responsabilidades aparecen claramente definidas, y si un niño no tiene, supongamos, una tía que le enseñe una tarea específica, la tribu designará una sustituta. Porque criar a los niños es, en cierto sentido, la razón de ser de la sociedad. Es el hecho más importante que se produce, y a la vez la culminación de todas las herramientas, el lenguaje y la estructura social que se han desarrollado. Y finalmente, varios millones de años después, tenemos

niños que manejan computadoras.

»Entonces si todo esto tiene algún sentido, ¿dónde interviene la selección natural? ¿Actúa en el cuerpo, agrandando el cerebro? ¿Actúa en la secuencia de desarrollo, poniendo a los niños en el mundo antes? ¿Actúa en el comportamiento social, generando la cooperación y el cuidado de los niños? ¿O actúa en todas partes a la vez: los cuerpos, el desarrollo y el comportamiento social?

—En todas partes a la vez —afirmó Arby.

—Eso creo yo —coincidió Malcolm—. Pero puede haber elementos de esta historia que se produzcan automáticamente, como resultado de la autoorganización. Por ejemplo, las crías de todas las especies ofrecen un aspecto característico. Ojos grandes, cabezas grandes, caras pequeñas, movimientos mal coordinados. Eso se da por igual en los bebés humanos, los cachorros y los pollitos, y despierta la ternura de los adultos de todas las especies. En cierto sentido, la apariencia de las crías es determinante en la autoorganización del comportamiento adulto. Y en nuestro caso es además un rasgo útil.

—¿Qué tiene eso que ver con la extinción de los dinosaurios? —preguntó Thorne.

—Los principios autoorganizativos pueden ejercer una influencia positiva o negativa. Del mismo modo que la autoorganización puede coordinar el cambio, puede también conducir una población a la decadencia y a una situación de desventaja. Espero que en esta isla veamos adaptaciones autoorganizativas en el comportamiento de dinosaurios auténticos, y que eso nos revele cómo se extinguieron. De hecho, estoy casi seguro de que ya sabemos qué llevó a los dinosaurios a la extinción.

Se oyó el chasquido de la radio.

—Bravo —dijo Levine por el intercomunicador—. Yo no lo habría expresado mejor. No estaría de más que vinieses a ver lo que ocurre aquí. Los parasaurios están haciendo algo muy interesante, Ian.

—¿Qué?

—Ven y lo verás.

—Chicos —ordenó Malcolm—, quédense aquí y permanezcan atentos a los monitores. —Apretó el botón de la radio—. ¿Richard? Ya vamos.

Parasaurios

Richard Levine se agarró a la baranda de la plataforma y observó expectante. Justo enfrente, tras un pequeño promontorio, vio aparecer la magnífica cabeza de un *Parasaurolophus walkeri*. El cráneo de aquel hadrosaurio de pico de pato tenía una longitud aproximada de un metro, pero lo agrandaba aún más una cresta en forma de cuerno que se extendía hacia atrás y sobresalía notablemente por encima del lomo.

Cuando el animal se acercó, Levine vio el moteado verde de la cabeza, el cuello largo y poderoso, y el robusto cuerpo de vientre verde pálido. El parasaurio medía más de tres metros y medio de altura, aproximadamente como un elefante grande. Su cabeza casi llegaba al suelo de la plataforma. El animal avanzaba resueltamente hacia él con pesados pasos. Al cabo de un momento vio asomar una segunda cabeza tras el promontorio, y luego una tercera y una cuarta. Los animales bramaban y se dirigían en fila hacia él.

En cuestión de minutos el primer animal se hallaba ante la plataforma. Levine contuvo la respiración mientras pasaba junto a la estructura. El animal lo miró desviando sus grandes ojos marrones. Se lamió los labios con una lengua de color morado. La plataforma se sacudía con sus pisadas. Pasó de largo y se adentró en la selva. Poco después desfiló ante él el segundo animal.

El tercer parasaurio rozó la estructura, balanceándola un poco, pero siguió adelante sin inmutarse. Lo mismo hicieron los otros. Uno por uno desaparecieron en la densa vegetación tras la plataforma. La tierra dejó de temblar. Sólo entonces Levine reparó en el sendero que discurría junto a la estructura y penetraba en la selva.

Levine lanzó un suspiro y se relajó lentamente. Tomó los prismáticos y respiró hondo, cada vez más tranquilo. El pánico se disipó. Empezó a sentirse mejor.

De pronto pensó: «¿Qué hacen? ¿Adónde van?». Aquel comportamiento de los parasaurios le resultó sumamente extraño. Mientras comían se hallaban en formación defensiva, pero al moverse se habían dispuesto en fila, lo cual alteraba la habitual agrupación de la manada y dejaba a los animales individuales a merced de los depredadores. Sin embargo, se trataba obviamente de un comportamiento organizado. Debían desplazarse en fila por alguna razón. Pero, ¿cuál?

Una vez en la selva los animales empezaron a emitir bramidos de corta duración. Levine se reafirmó en que debían de ser vocalizaciones para transmitir la posición, quizá para que ningún miembro de la manada se perdiese mientras cruzaban la selva, mientras se trasladaban de un sitio a otro.

Pero, ¿por qué se trasladaban? ¿Adónde iban? ¿Qué hacían?

Desde luego quedándose allí en la plataforma no lo averiguaría. Escuchando los bramidos, vaciló por un instante. Después, dejándose llevar por un impulso, levantó una pierna por encima de la baranda y se descolgó rápidamente por el andamiaje.

Calor

Sarah Harding sentía calor y humedad. Algo áspero, como papel de lija, le rozó la cara. Al cabo de un instante volvió a notar en la mejilla esa misma aspereza. Tosió. Le cayeron unas gotas en el cuello. Percibía un extraño olor dulzón, como la cerveza fermentada africana. Oyó muy cerca un siseo grave. Sintió de nuevo el áspero contacto, empezando en el cuello y siguiendo hacia la mejilla.

Abrió lentamente los ojos y vio ante ella la cara de un caballo. El ojo grande e inexpresivo de un caballo la miraba entre unas suaves pestañas. El caballo le daba lametones. Resultaba casi agradable, pensó, casi tranquilizador. Tendida boca arriba en el barro con un caballo...

No era un caballo.

De pronto advirtió que la cabeza era demasiado estrecha, el hocico excesivamente alargado; las proporciones no se correspondían. Se volvió para examinarlo con más detenimiento y vio una cabeza pequeña unida por un cuello extraordinariamente robusto a un cuerpo macizo.

Se incorporó en el acto y quedó de rodillas en el barro.

—¡Dios mío! —exclamó.

Sus bruscos movimientos sobresaltaron al enorme animal, que resopló alarmado y se alejó despacio. Avanzó unos pasos por la orilla lodosa y se volvió de nuevo, lanzándole una mirada de reproche.

Harding tenía ahora una perspectiva completa del animal: cabeza pequeña, cuello grueso, cuerpo enorme y pesado, una doble hilera de placas pentagonales a lo largo del lomo. Arrastraba la cola, formada por púas.

Harding parpadeó. No era posible.

Confusa y algo aturdida, buscó en la memoria el nombre de aquella criatura, teniendo que remontarse hasta la infancia. Estegosaurio.

Era un estegosaurio.

En su asombro, recordó la habitación blanca del hospital donde había visitado a Ian Malcolm, quien, delirando, mencionaba los nombres de varios dinosaurios. Harding siempre había albergado sospechas, pero incluso en ese momento, hallándose ante un estegosaurio vivo, su reacción primera fue pensar que se trataba de un truco. Sarah escudriñó al animal con los ojos entornados, buscando la costura del disfraz, las articulaciones mecánicas bajo la piel. Pero no las había, y la criatura se movía de un modo integrado, orgánico. El estegosaurio pestañeó lentamente y se

dio media vuelta. Se acercó al agua y bebió a lametones con su lengua grande y áspera.

La lengua era de color azul oscuro.

¿Cómo era posible? ¿Azul oscuro de sangre venosa? ¿Era un animal de sangre fría? No. Se movía con demasiada fluidez; poseía la serenidad —e indiferencia— de una criatura de sangre caliente. Los lagartos y reptiles siempre parecían pendientes de la temperatura de su entorno. Aquel animal no se comportaba así ni remotamente. Permanecía en la sombra y bebía agua fría, ajeno a todo.

Harding se miró la camisa y vio la saliva espumosa que le resbalaba desde el cuello. Había babeado sobre ella. Tocó la sustancia con los dedos. Estaba caliente.

Era en efecto un animal de sangre caliente. Un estegosaurio.

Harding lo observó con atención.

La piel del estegosaurio presentaba una textura granulada, pero no escamosa como la de un reptil. Se semejaba más a la piel de un rinoceronte o un jabalí verrugoso, salvo que no tenía pelos ni púas.

Se movía con lentitud. Ofrecía un aspecto apacible y un tanto estúpido. Y a juzgar por su cabeza, pensó Harding, probablemente era estúpido. La cavidad cerebral debía de ser mucho menor que la de un caballo, muy pequeña para el peso del cuerpo.

Harding se puso de pie y gimió. Le dolía hasta el último músculo y le temblaban las piernas. Tomó aire.

A unos metros de ella el estegosaurio se quedó inmóvil, observando su apariencia en posición erguida. Al ver que no se movía, perdió el interés y siguió bebiendo.

—¡Maldita sea! —dijo Harding.

Consultó el reloj. Era la una y media; el Sol continuaba prácticamente en su cenit. No podía usar el Sol para orientarse y el calor era intenso. Decidió que era mejor ponerse en marcha y buscar a Malcolm y Thorne. Descalza, se vio obligada a andar rígidamente y los músculos le dolieron más aún. Se encaminó hacia la selva, dejando atrás el río.

Pasada media hora empezó a acuciarla la sed, pero en la sabana africana se había acostumbrado a estar sin agua largos períodos de tiempo. Siguió caminando, indiferente a su propio malestar. Al llegar a lo alto de un monte, encontró un paso de animales, un sendero ancho y lodoso que atravesaba la selva. Por allí era más fácil andar. Quince minutos después oyó unos gañidos nerviosos que provenían de más adelante. Le recordaron al sonido de los perros. Avanzó con precaución.

Al cabo de un momento estalló un repentino fragor en la espesura, procedente de varias direcciones y de pronto un animal lacertiforme, de color verde oscuro, salió de entre el follaje a gran velocidad, gritó y brincó sobre ella. Harding se agachó instintivamente, y cuando apenas se había recuperado del sobresalto, apareció un segundo animal y pasó rápidamente junto a ella. En cuestión de segundos se vio

rodeada por una manada entera que corría y emitía gñidos de terror. Un animal tropezó con ella y la derribó. Harding cayó en el barro mientras otros animales saltaban y chocaban alrededor.

A un par de metros vio un árbol grande de ramas caídas. Sin pensarlo dos veces se levantó, agarró la primera rama y trepó a ella. Consiguió afianzarse en una posición segura en el preciso instante en que pasaba bajo el árbol en persecución de las criaturas verdes un dinosaurio de otra clase, con afiladas garras. Cuando el animal se alejó, pudo observar su cuerpo oscuro, de un metro ochenta de altura y surcado de rayas rojizas como las de un tigre. Poco después apareció un segundo animal rayado y luego un tercero; era toda una manada de depredadores, que silbaban y gruñían mientras daban caza a los dinosaurios verdes.

Después de tantos años dedicada a la investigación de campo, casi instintivamente empezó a contar los animales que corrían bajo ella. Había diez depredadores rayados, y eso despertó de inmediato su interés. No tenía sentido, se dijo. Una vez que pasó el último depredador, saltó al suelo y siguió a la manada. Por un instante pensó que era una imprudencia, pero se rindió a la curiosidad. Subió por el sendero tras el rastro de los dinosaurios atigrados, pero incluso antes de llegar a lo alto del monte adivinó por sus gruñidos que ya habían capturado una presa. Desde lo alto observó cómo devoraban al animal abatido.

En África nunca había visto nada igual. En la llanura de Seronera el acto de comerse a la presa tenía su propia organización, bastante previsible y casi majestuosa. Los depredadores mayores, leones o hienas, se disponían alrededor del animal muerto, alimentándose junto con sus crías. A cierta distancia aguardaban su turno los buitres y marabús, y aún más lejos, moviéndose en círculo con gran cautela, se hallaban los chacales y otros pequeños carroñeros. Los distintos animales devoraban diferentes partes del cuerpo: las hienas y los buitres comían los huesos; los chacales mordisqueaban el animal hasta dejarlo limpio de carne. Éstas eran las pautas establecidas, y en consecuencia apenas se producían disputas por el alimento.

Allí, en cambio, se desplegaba ante sus ojos un verdadero caos, un torbellino en torno de la comida. Los depredadores rayados se apiñaban sobre el animal caído y arrancaban furiosamente trozos de carne, interrumpiéndose con frecuencia para amenazarse y agredirse entre ellos. Se peleaban con auténtica saña. Un depredador hincó los dientes al animal situado junto a él, infligiéndole una profunda herida en un costado. De inmediato otros depredadores intentaron morder al mismo animal, que retrocedió mal herido, renqueando y sangrando. Una vez en la periferia del grupo, el animal herido se desquitó asestando una dentellada en la cola a otra de las criaturas y causándole también una grave herida.

Un ejemplar joven, aproximadamente la mitad de grande que los otros, forcejeaba para alcanzar un trozo de carne. Los adultos, en vez de abrirle paso, le gruñían y lo

atacaban. A menudo el más joven estaba obligado a saltar ágilmente hacia atrás y mantenerse a distancia de los afilados colmillos de sus mayores. Harding no vio crías. Aquella era una sociedad de adultos brutales.

Observando a los enormes depredadores, embadurnados de sangre, advirtió en sus costados y cuellos innumerables cicatrices. Sin duda eran animales veloces e inteligentes, pero se peleaban sin cesar.

¿En esa línea había evolucionado su organización social? En tal caso, era un fenómeno insólito.

Los animales de muchas especies pugnaban por la comida, el territorio y el sexo, pero las disputas se limitaban normalmente a exhibiciones de fuerza y agresiones rituales; rara vez terminaban en heridas de consideración. Había excepciones, desde luego. Cuando los hipopótamos luchaban por el dominio de un harén, a menudo herían de gravedad a otros machos. Pero nada comparable a lo que Harding presenciaba en esos momentos.

Mientras observaba, el animal herido que había quedado al margen del grupo se aproximó furtivamente y mordió a otro adulto. Éste gruñó y se abalanzó sobre él, clavándole la larga garra. En un instante, el depredador quedó destripado y salían por la ancha hendidura los bucles de intestino blanco. El animal se desplomó aullando, e inmediatamente otros tres adultos abandonaron la presa muerta, saltaron sobre el cuerpo caído de su congénere y empezaron a desgarrar la carne del animal con una intensidad rapaz.

Harding cerró los ojos y se dio media vuelta. Aquél era un mundo distinto, un mundo que no entendía. Desconcertada, bajó sigilosamente por la ladera, procurando mantenerse alejada de los depredadores.

Ruido

El Ford Explorer se deslizaba silenciosamente a través de la selva, camino de la plataforma de observación. Seguía un paso de animales abierto en la cresta de la montaña que dominaba el valle. Thorne, al volante, comentó:

—Antes dijiste que sabías por qué se extinguieron los dinosaurios...

—Sí, estoy casi seguro —afirmó Malcolm—. La situación básica es bastante sencilla. —Cambió de posición en el asiento—. Los dinosaurios aparecieron en el triásico, hace alrededor de doscientos veintiocho millones de años, y proliferaron a lo largo de los períodos jurásico y Cretácico. Fueron la forma de vida dominante en el planeta durante cerca de ciento cincuenta millones de años, que es mucho tiempo.

—Considerando que nosotros llevamos aquí sólo tres millones de años —puntualizó Eddie.

—No nos agrandemos —corrigió Malcolm—. Ciertos simios enclenques llevan aquí tres millones de años. Nosotros no. En este planeta habitan seres humanos reconocibles sólo desde hace treinta y cinco mil años. Ése es el tiempo que ha transcurrido desde que nuestros antepasados pintaban en las cuevas de Francia y España para conjurar un resultado favorable en las cacerías. Treinta y cinco mil años. En la historia de la Tierra eso no es nada. Acabamos de llegar.

—Desde luego.

—Y naturalmente ya treinta y cinco mil años atrás provocábamos la extinción de especies. Los cavernícolas cazaban tanto que empezaron a extinguirse animales en varios continentes. Antes había leones y tigres en Europa, y jirafas y rinocerontes en Los Ángeles. Hace diez mil años los antepasados de los indios de Norteamérica acabaron con el mamut lanudo. Esta tendencia humana no es nueva...

—Ian.

—Sí, así es, por más que los modernos ecologistas crean que es una cosa de ahora...

—Ian —volvió a interrumpirlo Thorne—. Estabas hablando de los dinosaurios.

—Bien. Los dinosaurios. Decía que durante ciento cincuenta millones de años los dinosaurios prosperaron de tal modo en este planeta que en el Cretácico existían veintiún grupos básicos distintos. Algunos grupos, como los camarasaurios y los fabrosaurios habían muerto; pero la gran mayoría de los dinosaurios perduraron a lo largo de todo el Cretácico. Y de pronto, hace sesenta y cinco millones de años, se extinguieron todos los grupos. Sólo quedaron las aves. Así que la cuestión es... ¿Qué

pasa?

—Pensaba que lo sabías —comentó Thorne.

—No. Me refiero a ese ruido. ¿No oyeron nada?

—No —contestó Thorne.

—Para —indicó Malcolm.

Thorne detuvo el vehículo y apagó el motor. Bajaron las ventanillas y entró el calor del mediodía. Apenas se movía el aire. Permanecieron atentos durante un rato.

—Yo no oigo nada —dijo Thorne con un gesto de indiferencia—. ¿Qué crees...?

—Chist —lo instó Malcolm. Ahuecó la mano en torno de la oreja derecha y asomó la cabeza por la ventanilla, aguzando el oído. Al cabo de un momento se acomodó de nuevo en el asiento—. Juraría que oí un motor.

—¿Un motor? ¿Un motor de combustión interna?

—Sí. —Malcolm señaló hacia el este—. Me pareció que venía de allí.

Volvieron a escuchar atentamente, pero no oyeron nada. Thorne movió la cabeza en un gesto de negación.

—Dudo mucho de que pueda haber un motor de nafta aquí, Ian. No hay posibilidad de recargar.

Sonó la radio.

—¿Doctor Malcolm? —Era Arby desde el tráiler.

—Sí, Arby.

—¿Quién más está en la isla?

—¿A qué te refieres? —preguntó Malcolm.

—Encienda el monitor.

Thorne pulsó el interruptor de la pantalla incorporada al tablero. Vieron la imagen de una de las cámaras de seguridad. Abarcaba una escarpada y sombría ladera del angosto extremo oriental del valle. Una rama próxima a la cámara obstruía en gran medida la visibilidad. Pero la imagen permanecía quieta, silenciosa. No se advertían indicios de actividad.

—¿Qué ves, Arby? —Fíjense bien.

A través de las hojas Thorne vio por un instante una mancha caqui. Cuando volvió a aparecer, se dio cuenta de que era una persona que caminaba y se deslizaba por la empinada pendiente hacia el lecho del valle. Tenía un cuerpo robusto y pequeño, y el pelo corto y oscuro.

—¡Será posible! —exclamó Malcolm con una sonrisa.

—¿Sabes quién es? —inquirió Thorne.

—Claro. Es Sarah.

—Bueno, será mejor que vayamos por ella. —Thorne agarró el micrófono de la radio y pulsó el botón—. Richard.

Levine no respondió.

—¿Richard? ¿Me oyes? Siguió sin responder. Malcolm exhaló un suspiro.

—Estupendo. No contesta. Probablemente se ha ido a dar un paseo. Obsesionado con su investigación...

—Eso me temo —dijo Thorne—. Eddie, desengancha la motocicleta y ve a ver en qué anda metido Levine ahora. Llévate un Lindstradt. Nosotros vamos a buscar a Sarah.

El camino

Levine se adentró en la oscuridad de la selva por el paso de animales. Los parasaurios lo precedían abriéndose paso ruidosamente entre los helechos y las palmeras. Al menos ya entendía por qué habían formado fila: no había otra manera de avanzar a través de la densa vegetación.

Seguían emitiendo ininterrumpidamente sus vocalizaciones pero, como Levine advirtió, con un matiz distinto, más agudas, más nerviosas. Levine apretó el paso, quitando de en medio húmedas hojas de palmera más altas que él. Mientras escuchaba los bramidos de los animales, empezó a percibir un olor característico, penetrante y agridulce. Tuvo la sensación de que el olor se hacía más intenso a medida que avanzaba.

Sin duda algo ocurría más adelante. Las vocalizaciones de los parasaurios se habían vuelto entrecortadas, casi como ladridos. Creyó adivinar en ellas cierta inquietud. Pero, ¿qué podía inquietar a animales de tres metros y medio de altura y nueve de longitud?

Lo venció la curiosidad. Se echó a correr por la selva, apartando hojas y saltando sobre troncos caídos. Entre el follaje oyó una especie de siseo, como una efusión de líquido, y entonces un parasaurio emitió un bramido grave y prolongado.

Eddie Carr llegó en la motocicleta hasta la plataforma de observación y se detuvo. Levine se había marchado. Examinó la tierra en torno de la estructura y vio numerosas pisadas de animales. Eran huellas enormes, de medio metro de diámetro, y penetraban en la selva por detrás de la plataforma.

Detectó también las marcas recientes de unas botas. Eran las suelas de unas Asolo, sin duda las de Levine. En algunos sitios las huellas de las botas se superponían al contorno de las pisadas de animal, lo cual significaba que eran posteriores. Las huellas de las botas se dirigían también hacia la selva.

Eddie Carr maldijo. Si algo no deseaba, era adentrarse en la selva. Pero no le quedaba elección. Tenía que sacar de allí a Levine. Aquel individuo, pensó, iba a convertirse en un auténtico problema. Eddie se descolgó el rifle del hombro y lo colocó atravesado sobre el manubrio de la motocicleta. A continuación hizo girar el arranque y penetró lentamente en la oscuridad.

Con el corazón martilleándole en el pecho por la emoción, Levine apartó la última hoja y se detuvo de repente. Frente a él un parasaurio blandía la cola. El animal se hallaba de espaldas a Levine y un grueso chorro de orina salió a borbotones de su pubis posterior, salpicando el suelo. Levine retrocedió de un salto para esquivar el chorro. Detrás del parasaurio más cercano vio un claro abarrotado de patas de animal. Los parasaurios se habían distribuido por el claro y orinaban juntos, hábito conocido como comportamiento de letrina.

«Fascinante y totalmente inesperado», pensó Levine.

Muchos animales contemporáneos, incluidos los rinocerontes y los ciervos, preferían evacuar en lugares determinados, y en muchos casos las manadas lo hacían de manera coordinada. En general, el comportamiento de letrina se consideraba un método para marcar el territorio. Pero al margen de cuál fuese su verdadera función nadie había imaginado que los dinosaurios actuaran de aquel modo.

Los parasaurios terminaron de orinar y cada uno se desplazó unos cuantos pasos de costado. En la nueva posición defecaron, también simultáneamente. Cada parasaurio produjo un gran montón de excrementos de color pajizo. A continuación cada animal emitía un bramido grave a la vez que expulsaba una enorme cantidad de gases de un olor que recordaba al metano.

Detrás de Levine una voz susurró:

—Muy bonito.

Al volver la cabeza, vio a Eddie en la motocicleta. Se abanicaba con una mano.

—Así que los dinosaurios se tiran pedos —comentó—. Mejor que no encendamos aquí un fósforo o volaremos por los aires.

—¡Chist! —le ordenó Levine furiosamente, y siguió observando los parasaurios. No era momento de escuchar las impertinencias de un joven necio y vulgar. Varios parasaurios agacharon la cabeza y empezaron a lamer los charcos de orina, sin duda para recuperar los nutrientes perdidos, quizá la sal, las hormonas o alguna sustancia estacional. O quizá...

Levine avanzó un poco más.

Era tan poco lo que sabían sobre aquellas criaturas. Ni siquiera conocían los aspectos más elementales de sus vidas: cómo comían, cómo evacuaban, cómo dormían, cómo procreaban. Un mundo entero de intrincadas pautas de comportamiento se había desarrollado entre aquellos animales extinguidos desde hacía tanto tiempo. Comprenderlas requeriría el esfuerzo de docenas de científicos durante toda una vida. Pero eso probablemente no ocurriría. Sólo podía aspirar a extraer unas cuantas conjeturas, algunas deducciones simples que apenas traspasarían la superficie de sus complejas vidas.

Los parasaurios bramaron y se adentraron más aún en la selva. Levine avanzó

unos pasos con la intención de seguirlos.

—Doctor Levine —dijo Eddie en voz baja—. Suba a la moto. Ahora mismo.

Levine no le hizo el menor caso. Cuando los parasaurios se marcharon, docenas de minúsculos animales verdes saltaron al claro emitiendo un curioso chirrido. Levine los identificó de inmediato: *Procompsognathus triassicus*, unos pequeños carroñeros descubiertos en Baviera por Fraas en 1913. Los contempló fascinado. Conocía bien aquellos pequeños dinosaurios, pero sólo a partir de reconstrucciones, porque no se habían hallado esqueletos completos en ningún lugar del mundo. Ostrom había llevado a cabo un exhaustivo estudio, pero sólo disponía de un esqueleto fragmentario y en mal estado. En las descripciones de Ostrom nada se decía sobre la cola, el cuello y los miembros superiores. Sin embargo, allí estaban los procompsognátidos, plenamente formados y activos, brincando por el claro como pollos. Mientras Levine los observaba, empezaron a devorar los excrementos y a beber la orina que quedaba. Levine arrugó la frente. ¿Era eso parte del comportamiento habitual de un carroñero?

Levine no estaba seguro...

Se adelantó para examinarlo de cerca.

—¡Doctor Levine! —susurró Eddie.

Curiosamente los compis se comían sólo los excrementos recientes y dejaban los restos secos diseminados por todo el claro. Cualesquiera que fuesen los nutrientes que así obtenían, debían de encontrarse sólo en la materia fecal reciente. Por lo tanto, probablemente se trataba de alguna proteína u hormona que se degradaba con el tiempo. Levine consideró oportuno tomar una muestra para análisis. Sacó una bolsa de plástico del bolsillo de la camisa. Se movió entre los compis, aparentemente ajenos a su presencia.

Se agachó junto al montón de excrementos más cercano.

—¡Doctor Levine! —insistió Eddie.

Levine, enojado, volvió la cabeza, y en ese momento un compi brincó hacia él y le mordió la mano. Otro le saltó al hombro y le mordió la oreja. Levine gritó y se puso de pie. Los compis se escabulleron.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Eddie se acercó con la motocicleta.

—Ya basta —dijo—. Suba de una vez. Nos vamos de aquí.

El nido

El jeep Wrangler se detuvo. El sendero por el que habían llegado seguía a través del follaje hasta un claro. Era un sendero ancho y lodoso, abierto por enormes animales. En el barro vieron huellas grandes y profundas.

Desde el claro llegó un grave graznido, como el sonido de un ganso gigante.

—Muy bien —dijo Dodgson—. Dame la caja.

King guardó silencio.

—¿Qué caja? —preguntó Baselton.

—A tu lado, en el asiento hay una caja negra y una batería —indicó Dodgson—. Dámelas.

—¡Cómo pesa! —exclamó Baselton, gruñendo.

—Es por los imanes. —Dodgson se dio vuelta y agarró la caja, que era de metal anodizado negro. Tenía el tamaño de una caja de zapatos pero uno de sus extremos terminaba en un cono redondeado. Debajo llevaba montada una empuñadura de pistola. Dodgson se prendió la batería del cinturón y la conectó a la caja. A continuación sujetó la caja por la empuñadura. En la parte trasera había un botón y un cuadrante graduado—. ¿Está cargada la batería?

—Sí —contestó King.

—Muy bien —dijo Dodgson—. Primero iré yo. Ajustaré la caja y me desharé de los animales. Ustedes me siguen, y cuando se alejen los animales, toman un huevo cada uno del nido y los traen al jeep. Yo seré el último en volver, y entonces nos marcharemos. ¿Entendido?

—De acuerdo —asintió Baselton.

—Bien —convino King—. ¿Qué clase de dinosaurio hay ahí?

—No tengo la más remota idea —respondió Dodgson, saliendo del jeep—. Y da lo mismo. Tú límitate a hacer tu parte. —Cerró la puerta con cuidado.

King y Baselton se bajaron sigilosamente y avanzaron por el húmedo sendero. Sus pies chapoteaban en el barro. Del claro seguían llegando graznidos. Dodgson tuvo la impresión de que se trataba de un gran número de animales.

Apartó los últimos helechos y los vio.

Era una amplia área de nidificación con cuatro o cinco montículos de tierra cubiertos de hierba cortada. Cada montículo medía unos dos metros de diámetro y casi uno de altura. Alrededor de los nidos había veinte adultos de color marrón claro, toda una manada de dinosaurios. Eran animales enormes, de unos nueve metros de

longitud y tres de altura. Todos graznaban y resoplaban.

—¡Dios mío! —exclamó Baselton, contemplándolos asombrado—. Son maiasaurios —susurró Dodgson—. Va a ser pan comido.

Los maiasaurios debían su nombre a Jack Horner. Antes de los Hallazgos de Horner los científicos daban por sentado que los dinosaurios abandonaban sus huevos, como la mayoría de los reptiles. Esta idea se correspondía con la antigua imagen de los dinosaurios como criaturas de sangre fría. Se creía que, al igual que los reptiles, eran animales solitarios; las pinturas murales de los museos rara vez mostraban más de un ejemplar de cada especie: un brontosaurio aquí, un estegosaurio o un triceratops allá, siempre vadeando las aguas de un pantano. Sin embargo, las excavaciones de Horner en las tierras yermas de Montana ofrecieron pruebas claras y contundentes de que por lo menos una especie de hadrosaurios había desarrollado un comportamiento complejo en relación con la nidificación y el cuidado de las crías. Horner se basó en ese comportamiento, para darles un nombre a estas criaturas: maiasaurio significaba «lagarto buena madre».

Al observarlos, Dodgson comprobó que efectivamente los maiasaurios eran padres atentos; los grandes adultos se disponían alrededor de los nidos y se movían con precaución para no pisar los montículos. Los maiasaurios eran dinosaurios de pico de pato; tenían cabezas de gran tamaño con un hocico ancho y plano que recordaba realmente el pico de un pato.

Arrancaban hierba con la boca y la colocaban sobre los huevos. Como Dodgson sabía; era una manera de regular la temperatura de los huevos. Si aquellos gigantescos animales se sentaran sobre ellos, los aplastarían; por lo tanto, en lugar de empollarlos con su cuerpo, los cubrían de hierba para concentrar el calor y mantenerlos a temperatura constante. Los animales realizaban esta tarea ininterrumpidamente.

—Son descomunales —comentó Baselton.

—Son sólo vacas grandes —afirmó Dodgson. Si bien los maiasaurios alcanzaban un extraordinario tamaño, eran herbívoros, y mostraban la actitud dócil y un tanto estúpida de las vacas—. ¿Listos? Allá vamos.

Dodgson levantó la caja como un arma y salió al claro.

Contra sus previsiones, los maiasaurios no reaccionaron al verlo. De hecho, siguieron actuando como si no hubiesen advertido siquiera su presencia. Uno o dos adultos lo observaron con ojos inexpresivos y luego desviaron la mirada. Continuaron depositando hierba sobre los huevos, que eran blancos y esféricos y medían más o menos medio metro de diámetro, aproximadamente el doble que un huevo de

avestruz. Eran del tamaño de una pelota de playa. Ningún animal había roto aún el cascarón.

King y Baselton salieron también de entre el follaje y se colocaron junto a Dodgson.

—¡Qué raro! —dijo Baselton.

—Mejor para nosotros —repuso Dodgson. Y puso en marcha la caja.

Un silbido agudo y continuo llenó el claro. Los maiasaurios se volvieron inmediatamente hacia el sonido, graznando y alzando la cabeza. Parecían nerviosos, desconcertados. Dodgson hizo girar el botón y el silbido aumentó de intensidad, alcanzando un volumen ensordecedor.

Los maiasaurios balancearon la cabeza y se apartaron del penetrante sonido. Se amontonaron en un extremo del claro. Varios, asustados, se orinaron. Algunos se adentraron en el follaje y abandonaron los huevos. Estaban inquietos, pero se mantenían a distancia.

—Ahora —ordenó Dodgson.

King entró en el nido más cercano y levantó un huevo con un gruñido. Apenas podía rodear con los brazos la enorme esfera. Los maiasaurios graznaron al verlo, pero ningún adulto se atrevió a aproximarse. A continuación Baselton entró en el nido, agarró un huevo y siguió a King hacia el jeep.

Dodgson retrocedió, apuntando a los adultos con la caja. Al llegar al borde del claro la apagó.

Los maiasaurios regresaron al instante, emitiendo potentes y repetidos graznidos. Pero de vuelta junto a los nidos parecieron olvidar lo que acababa de ocurrir. En unos segundos dejaron de graznar y siguieron cubriendo de hierba los huevos. No prestaron atención a Dodgson mientras se alejaba camino del jeep.

«¡Animales estúpidos!», pensó mientras iba hacia el vehículo. Baselton y King guardaban los huevos en grandes contenedores de espuma, encajándolos cuidadosamente en el hueco. Los dos reían como niños.

—¡Increíble!

—¡Genial! ¡Fantástico!

—¿Qué les había dicho? —preguntó Dodgson—. Que sería pan comido. —Consultó el reloj—. A este paso terminaremos en menos de cuatro horas.

Se sentó al volante y puso en marcha el motor. Baselton volvió a la parte de atrás. King se acomodó en el asiento contiguo a Dodgson y miró el mapa.

—El siguiente —dijo Dodgson.

La plataforma de observación

—En serio, no es nada —aseguró Levine, malhumorado. Sudaba copiosamente a causa del agobiante calor que se concentraba bajo el techo del refugio—. Fíjate, ni siquiera ha traspasado la piel. —Tendió la mano. Se veía un semicírculo rojo donde el compi le había hincado los dientes, pero eso era todo.

—Sí, bueno, pero la oreja le sangra un poco —dijo Eddie, junto a él.

—No siento nada. No puede ser grave.

—No, no es grave —confirmó Eddie, abriendo el botiquín—. Pero será mejor que desinfectemos la herida.

—Prefiero seguir con mis observaciones —insistió Levine.

Los dinosaurios se hallaban a menos de quinientos metros de la plataforma. Desde allí los veía bien. En el aire quieto del mediodía incluso los oía respirar.

Los oía respirar.

O mejor dicho, los oiría si aquel joven lo dejara en paz.

—Oye —protestó Levine—, sé lo que hago. Interrumpiste el final de un experimento muy interesante y provechoso. Había convocado a los dinosaurios imitando su llamado y habían venido hacia mí.

—¿De verdad? —dijo Eddie.

—Sí —afirmó Levine—. Eso los atrajo hacia el bosque. Así que considero que tu ayuda es innecesaria.

—La cuestión es —explicó Eddie— que tiene mierda de dinosaurio en la oreja y un par de pequeñas punzadas. Y ahora déjeme que se lo limpie. —Empapó una gasa en desinfectante—. Es posible que le arda un poco.

—No me importa, tengo... ¡Ay!

—No se mueva —le pidió Eddie—. Enseguida termino.

—Esto está de más.

—Si se queda quieto un segundo, terminaremos antes. Ya está, muy bien.

Eddie apartó la gasa. Estaba manchada de marrón con un ligero rastro de sangre. Era una herida insignificante, como Levine imaginaba. Se llevó la mano a la oreja y se tocó. No le dolía.

Levine contempló la llanura con los ojos entornados mientras Eddie cerraba el botiquín.

—¡Dios, qué calor hace aquí! —comentó Eddie.

—Sí —asintió Levine con un gesto de indiferencia.

—Llegó Sarah Harding, y creo que la llevaron al tráiler. ¿Quiere volver conmigo?

—No veo por qué —contestó Levine.

—Pensaba que quizá le agradaría saludarla.

—Mi trabajo está aquí —afirmó Levine. Se volvió y levantó los prismáticos.

—Por lo tanto, ¿no quiere volver?

—Ni lo sueñes —repuso Levine, mirando por los prismáticos—. No me marcharé de aquí ni en un millón de años. Ni en sesenta y cinco millones de años.

El tráiler

Kelly Curtis oía el sonido de la ducha. Le costaba creerlo. Contempló la ropa manchada de barro dejada en la cama descuidadamente. Un pantalón corto y una camisa de manga corta de color caqui.

La auténtica ropa de Sarah Harding.

No pudo contenerse. Alargó el brazo y la tocó. Notó que la tela estaba gastada y deshilachada. Los botones habían sido cambiados y no hacían juego. Cerca del bolsillo vio unas rayas rojizas que podían ser antiguas manchas de sangre.

—¿Kelly?

Sarah la llamaba desde la ducha. «Recuerda mi nombre».

—¿Sí? —contestó Kelly con una voz que delató su nerviosismo.

—¿Hay champú?

—Voy a ver, doctora Harding —dijo Kelly, y empezó a abrir cajones atropelladamente. Los hombres habían salido al compartimento contiguo para dejarla sola con Sarah mientras se duchaba. Kelly buscó desesperadamente, abriendo cajones y cerrándolos con fuerza.

—Si no encuentras, me da igual —desistió Sarah.

—Lo estoy buscando...

—¿Hay detergente?

Kelly se quedó callada por un instante. Junto a la piletta había una botella verde de plástico.

—Sí, doctora Harding, pero...

—Dámelo. Es todo lo mismo. No me importa. —Asomó la mano por la cortina de la ducha. Kelly le entregó el jabón.

—Ah, y me llamo Sarah.

—Bien, doctora Harding.

—Sarah.

—De acuerdo, Sarah.

«Sarah Harding es una persona como cualquier otra. Muy informal y normal».

Extasiada, Kelly se sentó en el banco de la cocina y esperó balanceando los pies por si la doctora Harding —Sarah— necesitaba algo más. Oyó que Sarah tarareaba *I'm Gonna Wash That Man Right Out of My Hair*. Al cabo de unos minutos se interrumpió el sonido de la ducha y Sarah alargó el brazo para descolgar la toalla. Un instante después salió envuelta en la toalla.

Sarah se sacudió el pelo, al parecer la única atención que dedicaba a su aspecto.

—Mucho mejor. ¡Qué lujo de tráiler! Doc ha hecho un trabajo excelente.

—Sí —asintió Kelly—. Está muy bien.

Sarah le sonrió.

—¿Qué edad tienes, Kelly?

—Trece años.

—Y eso es... ¿qué grado?

—Séptimo —respondió Kelly.

—Séptimo grado —repitió Sarah pensativamente.

—El doctor Malcolm dejó ropa para ti —informó Kelly, señalando una remera y un pantalón corto limpios—. Cree que te vendrá bien.

—¿De quién es?

—De Eddie, me parece. Sarah tomó la ropa.

—Servirá. —Se fue a un rincón y empezó a vestirse—. ¿Qué te gustaría ser cuando seas grande?

—No lo sé —contestó Kelly.

—Buena respuesta.

—¿Sí? —preguntó Kelly. Su madre insistía continuamente en que buscase un empleo de medio día para ir decidiendo qué deseaba ser en la vida.

—Sí —afirmó Sarah—. Ninguna persona inteligente sabe a qué quiere dedicarse hasta los veinte o treinta años.

—¡Vaya!

—¿Qué materia te gusta más?

—Bueno... en realidad las matemáticas —respondió con cierto tono de culpabilidad.

Sarah debió de advertirlo, porque inquirió:

—¿Qué problema hay con las matemáticas?

—Bueno, las chicas no somos muy buenas para eso, ya sabes.

—No, no sé —replicó Sarah con voz inexpresiva.

Kelly se sobresaltó. Había comenzado a notar que entre ella y Sarah Harding fluía una sensación de afecto, pero de pronto tuvo la impresión de que se disolvía, como si, ante la desaprobación de un profesor, hubiese dado una respuesta incorrecta. Optó por callarse. Aguardó en silencio.

Un momento después Sarah se acercó de nuevo, vestida ya con la holgada ropa de Eddie. Se sentó para calzarse un par de botas. Se movía de un modo normal, sin la menor afectación.

—¿Qué quiere decir eso de que las chicas no son buenas para las matemáticas?

—Bueno, eso es lo que dice todo el mundo —adujo Kelly.

—¿Quién es todo el mundo?

—Mis profesores. Sarah lanzó un suspiro.

—¡Magnífico! —exclamó, moviendo la cabeza en un gesto de incredulidad—. Tus profesores...

—Y los otros chicos me llaman sabionda o agrandada. Cosas así. Ya sabes.

Kelly hablaba sin pensar. No podía creer que estuviese contándole eso a Sarah Harding, a quien apenas conocía salvo por sus artículos y fotografías. Sin embargo, allí estaba, compartiendo con ella sus problemas personales, todo aquello que tanto la preocupaba. Sarah sonrió jovialmente.

—Si dicen eso, debes de ser un verdadero genio de las matemáticas, ¿no?

—Supongo que sí.

—Eso es estupendo, Kelly —aseguró Sarah con una sonrisa.

—Pero a los chicos no les gustan las chicas demasiado inteligentes.

—¿Te parece? —preguntó Sarah, arqueando las cejas.

—Bueno, eso dice la gente...

—¿Qué gente?

—Mi madre, sin ir más lejos.

—Ya veo. Y probablemente ella sabe lo que dice.

—No lo sé —admitió Kelly—. La verdad es que mi madre sólo sale con imbéciles.

—O sea, que podría estar equivocada —afirmó Sarah, mirando a Kelly mientras se ataba los cordones.

—Es posible.

—Por mi experiencia me consta que a unos hombres no les gustan las mujeres inteligentes y a otros sí. Es como todo en este mundo. ¿Te suena George Schaller?

—Claro. El que estudió los pandas.

—El mismo. Los pandas, y antes de eso las onzas, los leones y los gorilas. En el campo de la zoología es el investigador más importante del siglo XX, ¿y sabes cómo trabaja?

Kelly negó con la cabeza.

—Antes de iniciar una investigación de campo George lee todo lo que se ha escrito sobre el animal que se propone estudiar. Libros de divulgación, artículos de prensa, informes científicos, todo. Luego se marcha y observa al animal con sus propios ojos. ¿Y sabes qué descubre normalmente?

Kelly volvió a negar con la cabeza, demasiado insegura de sí misma para hablar.

—Que casi todo lo que se había escrito o dicho era incorrecto. Como con el gorila. George estudió los gorilas de montaña diez años antes de que a Dian Fossey se le ocurriese siquiera. Y se encontró con que todas las opiniones que circulaban sobre los gorilas eran exageraciones, errores o simples fantasías, como la idea de que no podían participar mujeres en las expediciones para el estudio de los gorilas porque

éstos las violarían. Falso. Todo falso. —Sarah terminó de atarse las botas y se levantó—. Así que, Kelly, aunque todavía eres muy joven, debes saber una cosa: durante toda tu vida oirás hablar a la gente, y la mayoría de las veces, probablemente el noventa y cinco por ciento de las veces, lo que la gente te diga será falso.

Kelly siguió en silencio. Aquella afirmación le resultaba desalentadora.

—Es un hecho —afirmó Sarah—. Los seres humanos acumulan información errónea, así que es difícil saber a quién creerle. Entiendo cómo te sientes.

—¿En serio?

—Claro. Mi madre siempre me decía que no llegaría a nada en la vida. —Sonrió—. Y lo mismo pensaban algunos de mis profesores.

—¿De verdad? —A Kelly le parecía imposible.

—Sí. En realidad...

En la otra sección del tráiler oyeron decir a Malcolm:

—¡No! ¡No! ¡Esos idiotas van a echarlo todo a perder!

Sarah se dio media vuelta y pasó de inmediato al otro compartimento. Kelly se levantó de un salto y corrió tras ella.

Los hombres se apretujaban en torno del monitor. Hablaban todos a la vez, visiblemente alterados.

—¡Es un desastre! —exclamó Malcolm—. ¡Un desastre!

—¿Es un jeep eso? —preguntó Thorne.

—Traían un jeep rojo —informó Harding, acercándose a mirar.

—Entonces es Dodgson —afirmó Malcolm—. ¡Maldita sea!

—¿Qué hace aquí?

—Me lo imagino.

Kelly se abrió paso para echar una ojeada al monitor. En la pantalla vio vegetación y un vehículo rojo y blanco que aparecía de manera intermitente entre las hojas.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Malcolm a Arby.

—Creo que en la parte este del valle —respondió Arby—. Cerca de donde encontramos al doctor Levine.

Se oyó el chasquido de la radio.

—¿Quieren decir que hay más gente en la isla? —inquirió la voz de Levine.

—Sí, Richard.

—Más vale que los detengan antes de que lo estropeen todo.

—Ya lo sé. ¿Quieres volver?

—No sin una razón de peso. Infórmenme en caso de que la haya —contestó, y cortó la transmisión.

Harding miró la pantalla, prestando atención al jeep.

—Son ellos, sin duda —declaró—. Ése es tu amigo Dodgson.

—No es mi amigo —replicó Malcolm. Al levantarse asomó a su rostro una mueca de dolor a causa de la pierna—. Vámonos. Tenemos que detener a esos hijos de puta. No hay tiempo que perder.

El nido

El jeep Wrangler rojo se detuvo suavemente. Justo adelante se alzaba una tupida pared de follaje por la que se filtraba la luz del claro situado detrás.

Dodgson permaneció en silencio dentro del jeep, aguzando el oído. King volvió la cabeza hacia él e hizo ademán de hablar, pero Dodgson le indicó que se callara.

De pronto oyó con nitidez un ligero gruñido, casi un ronroneo. Procedía del otro lado del follaje y sonaba como un gigantesco gato montés. Y de manera intermitente percibió una leve vibración, mínima pero suficiente para que las llaves del jeep oscilasen, tintineando contra la columna de dirección. Mientras sentía la vibración, cayó en la cuenta: «Está caminando».

Era un animal enorme y caminaba.

Junto a él, King miraba al frente boquiabierto. Dodgson se volvió y advirtió que, en la parte trasera, el profesor Baselton se aferraba al asiento con los dedos blancos y escuchaba el sonido.

Ante ellos una sombra se desplazó sobre los helechos. A juzgar por la sombra, era un animal de seis metros de altura y doce de longitud. Andaba sobre las patas traseras y tenía el cuerpo voluminoso, el cuello corto y la cabeza grande.

Un tiranosaurio.

Dodgson contempló la sombra indeciso. El corazón le saltaba en el pecho. Se planteó la posibilidad de ir al siguiente nido, pero estaba convencido de que la caja volvería a surtir efecto.

—Acabemos con esto cuanto antes —decidió—. Dame la caja. Baselton se la entregó tal como había hecho antes.

—¿Están cargadas las baterías?

—Sí —confirmó King.

—Muy bien —dijo Dodgson—. Allá vamos. Todo igual que antes. Yo voy primero, ustedes me siguen y traen los huevos al jeep. ¿Preparados?

—Preparado —afirmó Baselton.

King no contestó. Seguía con la mirada fija en la sombra.

—¿Qué clase de dinosaurio es ése?

—Un tiranosaurio.

—¡Dios mío! —exclamó King.

—¿Un tiranosaurio? —repitió Baselton.

—¿Qué importa si es uno u otro? —repuso Dodgson, irritado—. Basta con

atenerse al plan, como antes. ¿Listos?

—Un momento —rogó Baselton.

—¿Y si no funciona? —inquirió King.

—Ya sabemos que funciona —adujo Dodgson.

—Recientemente se hizo público un dato curioso sobre el tiranosaurio —explicó Baselton—. Un paleontólogo llamado Roxton realizó un estudio sobre la cavidad cerebral del tiranosaurio y llegó a la conclusión de que su cerebro no difería mucho del de la rana, aunque era mucho mayor. De eso se desprende que el sistema nervioso del tiranosaurio está adaptado sólo al movimiento. Si estás quieto, no te ve. Para ellos cualquier objeto inmóvil es invisible.

—¿Estás seguro? —preguntó King.

—Eso sostenía el informe, y tiene sentido. No olvidemos que los dinosaurios, pese a su intimidador tamaño, poseían una inteligencia bastante primitiva. No deja de ser lógico que un tiranosaurio tuviese el cerebro de una rana.

—No veo por qué tenemos que precipitarnos —comentó King, nervioso—. Es mucho más grande que los anteriores.

—¿Y qué? —replicó Dodgson—. Ya oíste a George. No es más que una rana gigante. Terminemos de una vez. Salgan del jeep. Y cierren las puertas con cuidado.

Al recordar ese insignificante artículo, George Baselton se había sentido muy satisfecho y seguro de sí mismo. Había desempeñado su papel habitual: proporcionar información a quienes carecían de ella. Sin embargo, cuando se acercaba al nido, advirtió con consternación que le temblaban las rodillas. Se mordió el labio y se esforzó por controlarse. No estaba dispuesto, se dijo, a exteriorizar su miedo. Era dueño de la situación.

Dodgson se encaminaba ya hacia el nido, sujetando la caja negra como una pistola. Baselton observó a King, que se había quedado blanco como el papel y sudaba profusamente. Avanzaba a paso lento y parecía a punto de desmayarse. Baselton caminó junto a él, asegurándose de que se encontraba bien.

Dodgson echó un último vistazo atrás e indicó a Baselton y King que se apresurasen. Les lanzó una mirada feroz y atravesó el follaje. Baselton vio al tiranosaurio. ¡No, había dos! Flanqueaban un montículo de barro. Eran dos adultos: seis metros de altura, poderosos, erguidos sobre las patas traseras, piel de color rojo oscuro, fauces imponentes. Al igual que los maiasaurios, miraron a Dodgson por un momento con expresión estúpida, como asombrados de ver a un intruso. Pero de inmediato prorrumpieron en rugidos de furia, rugidos increíblemente atronadores.

Dodgson levantó la caja y apuntó hacia los animales. Al instante el silbido agudo y continuo inundó el claro.

En respuesta los tiranosaurios rugieron, agacharon la cabeza, alargaron el cuello y

lanzaron dentelladas al aire, dispuestos para atacar. Eran enormes y el sonido no los intimidaba. Empezaron a rodear el montículo, avanzando hacia Dodgson. La tierra temblaba a cada paso que daban.

—¡Carajo! —exclamó King.

Sin embargo, Dodgson conservó la calma e hizo girar el botón de la caja. Baselton se cubrió las orejas con las manos.

El silbido aumentó de intensidad, alcanzando un volumen doloroso. La reacción no se hizo esperar: los tiranosaurios retrocedieron como si hubiesen recibido un golpe físico. Agacharon la cabeza y parpadearon a un ritmo frenético. El sonido parecía vibrar en el aire. Volvieron a rugir pero más débilmente, sin convicción. En el nido de barro se oía un terrible griterío.

Dodgson siguió adelante, apuntando directamente a los animales con la caja. Los tiranosaurios recularon, mirando alternativamente a Dodgson y al nido. Sacudían la cabeza de arriba abajo como si intentasen destaparse los oídos. Dodgson, sereno, ajustó de nuevo el botón de la caja y subió el volumen. Ahora el silbido era insoportable.

Dodgson empezó a ascender por el montículo de barro. Baselton y King treparon tras él atropelladamente. Al mirar en el interior del nido, Baselton vio cuatro huevos blancos moteados y dos crías semejantes a grandes pavos desplumados o, en todo caso, pollos gigantes. Los dos tiranosaurios permanecían al borde del claro, mantenidos a raya por el sonido. Al igual que los maiasaurios, se orinaron de terror. Pateaban con fuerza, pero no se acercaban.

Por encima del ensordecedor silbido de la caja, Dodgson gritó:

—¡Agarren los huevos!

King, aturdido, entró tambaleándose en el nido y tomó el huevo más cercano. Trató de levantarlo entre sus brazos trémulos, pero se le resbaló. Volvió a agarrarlo y retrocedió torpemente. Pisó la pata de una cría, y ésta gritó de miedo y dolor.

Ante los alaridos de la cría los adultos trataron de avanzar de nuevo. King salió apresuradamente del nido y desapareció entre el follaje. Baselton lo vio marcharse.

—¡George, agarra el otro huevo! —ordenó Dodgson, apuntando aún a los tiranosaurios con la caja.

Baselton se volvió hacia los tiranosaurios adultos y, viendo su ansiedad y su rabia, viendo sus fauces abrirse y cerrarse, presagió que con sonido o sin él aquellos animales no consentirían que nadie más irrumpiese en el nido. King había tenido suerte, pero Baselton presintió que él no la tendría.

—¡George, ahora!

—¡No puedo! —respondió Baselton.

—¡Qué imbécil!

Manteniendo en alto el arma, Dodgson se dispuso a entrar él mismo en el nido.

Pero al bajar se dobló por la cintura y se desconectó la batería.

El sonido cesó repentinamente y en el claro reinó el silencio. Baselton gimió.

Los tiranosaurios sacudieron la cabeza una última vez y rugieron. Baselton vio que Dodgson se quedaba rígidamente quieto, como paralizado. Baselton también permaneció inmóvil. De algún modo logró que su cuerpo le obedeciese, que sus rodillas dejaran de temblar. Contuvo la respiración.

Y aguardó.

Al otro lado del claro los tiranosaurios comenzaron a moverse hacia él.

—¿Qué hacen? —preguntó Arby en el tráiler. Estaba tan cerca del monitor que casi rozaba la pantalla—. ¿Están locos? Se han quedado ahí quietos.

Kelly, junto a él, guardó silencio y siguió con la mirada fija en la pantalla.

—¿Ahora también te gustaría estar ahí afuera, Kel? —dijo Arby.

—¡Cállate! —replicó Kelly.

—No, no están locos —contestó Malcolm por la radio, sin apartar la vista del monitor instalado en el tablero. El Explorer traqueteaba camino abajo hacia el sector oriental de la isla. Thorne conducía. Sarah y Malcolm ocupaban el asiento trasero.

—Tendría que intentar poner otra vez en marcha ese aparato —indicó Sarah—. ¿Realmente van a quedarse ahí parados?

—Sí —respondió Malcolm.

—¿Por qué?

—Porque están mal informados —explicó Malcolm.

Dodgson

Dodgson veía aproximarse al primer tiranosaurio. Pese a su gran tamaño eran animales cautelosos. Sólo uno de los adultos se aproximaba hacia ellos, y aunque cada pocos pasos se detenía a rugir ferozmente, no parecía muy confiado, como si lo desconcertase el hecho de que los dos hombres permaneciesen allí inmóviles. O quizá no los veía. Quizás él y Baselton habían desaparecido de su campo de visión.

El otro adulto se quedó atrás, al otro lado del nido, balanceando y agachando la cabeza, nervioso.

Nervioso pero sin intención de atacar.

Los rugidos del dinosaurio que se aproximaba eran aterradores, escalofrantes. Dodgson no se atrevía a mirar a Baselton, sólo a unos metros de él. Probablemente Baselton estaba meándose en los pantalones en ese preciso momento, pensó Dodgson. De todos modos se mantenía firme y no caía en la tentación de echarse a correr. Si corría era hombre muerto. Si se quedaba totalmente quieto, no pasaría nada.

Con el cuerpo rígido, Dodgson sostenía la caja de metal anodizado en la mano izquierda a la altura de la cadera, cerca de la hebilla del cinturón. Con la mano derecha tiró muy lentamente del cable de la batería. En unos instantes el enchufe llegaría a su mano y volvería a conectarlo en la caja.

Mientras tanto no apartaba la vista del tiranosaurio que se acercaba. Sentía que la tierra se sacudía bajo sus pies. Oía los chillidos de la cría que King había pisado. Ese sonido parecía molestar a los padres, parecía excitarlos.

No importaba. Unos segundos más y enchufaría otra vez la batería. Y entonces...

El tiranosaurio se encontraba ya muy cerca. Dodgson percibía el olor pútrido del carnívoro. El animal rugió, y Dodgson sintió su aliento tibio. Estaba justo al lado de Baselton. Dodgson giró mínimamente la cabeza y miró.

Baselton se hallaba absolutamente inmóvil. El tiranosaurio se acercó aún más y bajó la enorme cabeza. Resopló ante Baselton. A continuación alzó la cabeza como sorprendido.

«Realmente no lo ve», pensó Dodgson.

El tiranosaurio lanzó un fiero rugido, pero Baselton no se movió. El tiranosaurio se inclinó de nuevo, abriendo y cerrando las fauces. Baselton mantuvo la mirada al frente sin pestañear. Acercando su enorme nariz acampanada, el tiranosaurio lo olfateó, y con la prolongada y ruidosa aspiración las piernas de los pantalones de Baselton se agitaron.

Después el tiranosaurio, vacilante, empujó a Baselton con el hocico. Y en ese momento Dodgson se dio cuenta de que el animal sí lo veía. Acto seguido el tiranosaurio, con un vaivén de cabeza, golpeó a Baselton en el costado y lo derribó sin mayor problema. Baselton gritó al ver que el inmenso pie del tiranosaurio descendía sobre él y lo sujetaba al suelo. Mientras vociferaba y agitaba los brazos, la cabeza del animal bajó con la boca abierta y se cerró sobre su brazo. Fue un movimiento suave, casi delicado, pero al instante siguiente la cabeza se alzó bruscamente, con un violento tirón, desgarrando el cuerpo. Dodgson oyó un alarido y vio que algo pequeño y flácido colgaba entre las fauces del tiranosaurio, y advirtió que era el brazo de Baselton. La mano se balanceaba inerte y la malla metálica del reloj resplandecía bajo el enorme ojo del animal.

Baselton gritaba, con un chillido monocorde y continuo, y Dodgson, oyéndolo, sintió un sudor frío en todo el cuerpo. De inmediato se dio media vuelta y empezó a correr hacia el jeep, de vuelta a la seguridad, de vuelta a cualquier cosa.

Corrió.

Kelly y Arby desviaron la vista del monitor simultáneamente. Kelly sintió náuseas. Era incapaz de mirar, pero por la radio continuaban oyéndose los gritos del hombre que yacía de espaldas mientras el tiranosaurio lo descuartizaba.

—Apágalo —suplicó Kelly.

Al cabo de un momento el sonido cesó. Kelly suspiró y hundió los hombros.

—Gracias.

—Yo no hice nada —respondió Arby.

Kelly echó un vistazo a la pantalla y volvió a apartar la mirada de inmediato. El tiranosaurio desgarraba algo rojo con los dientes. Kelly se estremeció.

En el tráiler reinaba el silencio. Kelly oyó el leve ruido de los contadores electrónicos y el zumbido de las bombas de agua instaladas bajo el suelo. De afuera llegaba el suave rumor de la hierba agitada por el viento. Súbitamente Kelly se sintió muy sola y aislada en aquella isla.

—Arby, ¿qué vamos a hacer?

Arby no contestó.

Se levantó y corrió hacia el baño.

—Lo sabía —se lamentó Malcolm, mirando el monitor del tablero—. Sabía que ocurriría algo así. Han intentado robar los huevos. ¡Y ahora, fíjense, los tiranosaurios se van! ¡Los dos! —Pulsó el botón de la radio—. Arby. Kelly. ¿Están ahí?

—No podemos hablar —dijo Kelly.

El Explorer siguió descendiendo por la ladera en dirección al nido de tiranosaurio.

Thorne sujetaba con fuerza el volante.

—¡Qué horror! —exclamó.

—Kelly. ¿Me escuchas? No vemos qué está pasando. ¡Los tiranosaurios han abandonado el nido! ¿Kelly? ¿Qué pasa?

Dodgson corrió a toda prisa hacia el jeep. La batería se desprendió de su cinturón y cayó al suelo, pero no le importó. Vio a King, pálido y tenso, que esperaba junto al jeep.

Dodgson se sentó al volante y encendió el motor. Los tiranosaurios rugieron.

—¿Dónde está Baselton? —preguntó King.

—No pudo escapar —contestó Dodgson.

—¿Qué quieres decir?

¡Quiero decir que no pudo escapar, y punto! —gritó Dodgson, y arrancó bruscamente. El jeep empezó a subir por la cuesta tambaleándose. Oyeron los rugidos de los tiranosaurios tras ellos.

King, con el huevo entre los brazos, miró hacia atrás.

—Quizá deberíamos deshacernos de esto —sugirió.

—¡Ni se te ocurra! exclamó Dodgson.

King comenzó a bajar la ventanilla.

—Quizá sólo quieran recuperar el huevo.

—No —dijo Dodgson—. ¡No! Alargó el brazo hacia el asiento contiguo y forcejeó con King mientras conducía. El sendero era estrecho y tenía profundos baches. El jeep se sacudía de un lado a otro.

De pronto uno de los tiranosaurios salió de entre los árboles y, gruñendo, se plantó ante ellos en el camino.

—¡Dios mío! exclamó Dodgson, pisando el freno. El jeep se deslizó vertiginosamente sobre el barro hasta detenerse.

El tiranosaurio avanzó hacia ellos rugiendo.

—¡Da la vuelta! —indicó King—. ¡Da la vuelta!

Dodgson, en lugar de dar la vuelta, dio marcha atrás y pisó el acelerador. El vehículo salió disparado por el estrecho camino.

—¡Estás loco! —gritó King—. ¡Nos vamos a matar!

Dodgson alargó el brazo y golpeó a King.

—¡Cállate de una vez!

Maniobrar marcha atrás por aquel sinuoso camino requería toda su atención. Aun yendo a máxima velocidad, estaba seguro de que el tiranosaurio los alcanzaría. No iba a funcionar. Se encontraban en un jeep de mierda con una capota de tela de mierda e iban a terminar muertos...

—¡Cuidado! —advirtió King.

Detrás apareció el segundo tiranosaurio, que arremetía contra ellos. Dodgson miró al frente. El primer tiranosaurio avanzaba implacablemente. Estaban atrapados.

Aterrorizado, dio un golpe de volante y el jeep salió del camino, retrocediendo entre la densa maleza y los árboles. De repente Dodgson sintió un sacudón. El vehículo se inclinó peligrosamente por la parte posterior, y Dodgson comprendió que las ruedas traseras colgaban al borde de un precipicio. Pisó desesperadamente el acelerador, pero las ruedas giraban en el aire. Era inútil. Y lentamente el jeep empezó a resbalar hacia atrás, hundiéndose más y más en un follaje tan denso que impedía toda visibilidad. Junto a él, King sollozaba. Oyó los rugidos de los tiranosaurios, ya muy cerca.

Dodgson abrió la puerta del jeep y saltó al vacío. Se precipitó a través del follaje, chocó contra el tronco de un árbol y rodó por una empinada pendiente. En algún momento sintió un fuerte golpe en la frente y vio estrellas hasta que, instantes después, lo envolvió la oscuridad y perdió el conocimiento.

La decisión

Permanecían en el interior del Explorer, detenidos en lo alto del monte que dominaba la parte oriental del valle. Llevaban las ventanillas abiertas y oían los rugidos de los tiranosaurios, que se movían ruidosamente entre la vegetación.

—Los dos abandonaron el nido —comentó Thorne.

—Sí —asintió Malcolm con un suspiro—. Esos individuos deben de haberse llevado algo.

Guardaron silencio durante un rato y escucharon atentamente. Oyeron un suave zumbido, y al cabo de un momento llegó Eddie en la moto.

—Pensé que podrían necesitar ayuda. ¿Van a bajar hasta el nido? Malcolm negó con la cabeza y dijo:

—No, ni hablar. Es demasiado peligroso; no sabemos dónde están.

—¿Por qué se quedó Dodgson inmóvil? —preguntó Sarah Harding—. Ésa no es la manera de actuar ante depredadores. Si uno se encuentra rodeado de leones, tiene que hacer mucho ruido, agitar las manos y lanzarles cosas. En fin, intentar asustarlos. Uno no se queda ahí parado.

—Probablemente había leído el artículo que no debía —observó Malcolm—. Circula la teoría de que los tiranosaurios sólo ven el movimiento. Un tal Roxton reprodujo mediante moldes la cavidad cerebral del rex y llegó a la conclusión de que los tiranosaurios poseían el cerebro de una rana.

La radio volvió a sonar.

—Roxton creyó que los tiranosaurios estaban dotados de un sistema visual comparable al de un anfibio, al de una rana —explicó Levine—. Y una rana ve el movimiento pero no la inmovilidad. Sin embargo, es imposible que un depredador como el tiranosaurio tuviese un sistema visual de esas características. Absolutamente imposible, porque la defensa más común de una presa es adoptar una postura totalmente estática. Un ciervo o algún otro animal semejante se queda quieto en cuanto percibe el peligro. Un depredador tiene que ser capaz de verlos se muevan o no. Y naturalmente el tiranosaurio podía hacerlo. —Levine lanzó un bufido de disgusto—. Es como esa otra estúpida teoría de que los tiranosaurios podían desorientarse a causa de una lluvia torrencial, porque no estaban adaptados a los climas húmedos. La formuló Grant hace unos años. Eso también es absurdo. El Cretácico no fue un período especialmente seco. Y en todo caso los Tyrannosaurus rex son animales de Norteamérica; sólo se han hallado restos en Estados Unidos y

Canadá. Los tiranosaurios vivían en las orillas del gran mar interior, al este de las montañas Rocosas. En las vertientes montañosas se producen muchas tormentas. Estoy convencido de que los tiranosaurios vieron mucha lluvia y desarrollaron mecanismos para protegerse de ella.

—¿Existe alguna razón por la que un tiranosaurio no atacase a alguien? —inquirió Malcolm.

—Sí, claro —contestó Levine—. La más evidente.

—¿Cuál?

—Que no tuviese hambre. Que acabara de devorar a otro animal. Cualquier cosa mayor que una cabra aplacaría su hambre durante unas horas. El tiranosaurio ve perfectamente todos los objetos, tanto si se mueven como si están quietos.

Oyeron los rugidos procedentes del valle y vieron agitarse el follaje unos quinientos metros al norte. Más rugidos. Probablemente los dos tiranosaurios estaban comunicándose.

—¿Qué armas llevamos? —preguntó Sarah Harding.

—Tres Lindstradts con toda su carga —respondió Thorne.

—Bien —dijo Sarah—, vamos a bajar.

Se oyó el chasquido de la radio.

—Yo no estoy ahí, pero en su lugar esperaría —aconsejó Levine.

—¡Nada de esperar! —repuso Malcolm—. Sarah tiene razón. Bajemos a verificar la magnitud del desastre.

—Se está cavando la tumba —presagió Levine.

Arby volvió a sentarse ante el monitor, secándose la barbilla. Todavía estaba pálido.

—¿Qué hacen ahora? —quiso saber.

—El doctor Malcolm y los demás se dirigen hacia el nido —respondió Kelly.

—¿En serio? —dijo Arby, alarmado.

—No te preocupes. Sarah controla la situación.

—¡Qué optimista! —exclamó Arby.

El nido

Se detuvieron ante el follaje, justo al otro lado del claro. Eddie se acercó en la moto, la dejó apoyada contra un árbol y aguardó a que los otros bajasen del Explorer. Sarah Harding percibió el olor acre de excrementos y carne descompuesta, característico de las áreas de nidificación de los carnívoros. Con el calor del mediodía resultaba un poco nauseabundo. Las moscas zumbaban en el aire quieto. Harding tomó uno de los rifles y se lo colgó al hombro. Miró a los tres hombres. Permanecían inmóviles, tensos, incapaces de dar un paso. Malcolm estaba pálido, especialmente alrededor de los labios. Harding recordó que en una ocasión Coffmann, su antiguo profesor, fue a visitarla a África. Coffmann era un hombre al estilo Hemingway: bebedor empedernido, mujeriego y siempre dispuesto a contar sus aventuras con los orangutanes en Sumatra y los lémures de Madagascar. Un día Harding lo llevó a presenciar cómo devoraban a su presa unos carnívoros en la sabana. Y no tardó en desmayarse. Pesaba más de cien kilos, y ella tuvo que arrastrarlo por el cuello de la camisa acosada por una manada de leones. A Harding eso le sirvió de lección. Inclinandose hacia los tres hombres, susurró:

—Si tienen alguna duda al respecto, no entren. Esperen aquí. No quiero tener que preocuparme también por ustedes. Puedo ocuparme de esto yo sola.

Se encaminó hacia el nido.

—¿Estás segura...?

—Sí. Y no hagan ruido.

Avanzó directamente hacia el claro. Malcolm y los otros se apresuraron a seguirla. Apartó las frondas de palmera y penetró en el claro. Los tiranosaurios se habían marchado y no había nadie en las inmediaciones del cono de barro. A la derecha vio un zapato con un trozo de carne desgarrada asomando por encima de un calcetín roto. Eso era todo lo que quedaba de Baselton. Del nido llegaba un chirrido agudo y lastimero. Harding trepó al montículo de barro y Malcolm la siguió con esfuerzo. Adentro, encontraron dos crías que gimoteaban. Cerca había tres huevos de gran tamaño. En el barro se veían profundas pisadas por todas partes.

—Se llevaron un huevo —observó Malcolm—. ¡Maldita sea!

—Y tú no querías que nadie alterase tu pequeño ecosistema.

—Eso esperaba —respondió Malcolm con una sonrisa sesgada.

—Es una lástima —comentó Harding, y bordeó rápidamente el nido. Se inclinó para examinar las crías. Una se encogió de miedo, escondiendo el descarnado cuello

bajo el cuerpo. La otra se comportó de un modo distinto. No se movió cuando se acercaron; permaneció tendida de costado. Respiraba con dificultad y tenía la mirada vidriosa.

—Ésta está herida —dijo Harding.

Levine seguía en la plataforma de observación. Se acercó el auricular a la oreja y habló por el micrófono que tenía cerca de la mejilla.

—Necesito una descripción.

—Hay dos —contestó Thorne—. Miden poco más de medio metro de longitud y deben de pesar unos veinte kilos. Son aproximadamente del tamaño de los casuarios. Ojos grandes. Hocico corto. Color marrón claro. Y tienen una especie de aro alrededor del cuello.

—¿Pueden erguirse?

—Están prácticamente inmóviles y chirrían mucho.

—Entonces son recién nacidos —conjeturó Levine—. Probablemente tienen sólo unos días de vida. No deben de haber salido aún del nido. Yo andaría con pies de plomo.

—¿Por qué?

—Con crías tan jóvenes —dijo Levine—, los padres no estarán lejos mucho tiempo.

Harding se acercó a la cría herida. Todavía gimoteando, el pequeño animal intentó reptar hacia ella, arrastrando el cuerpo torpemente. Tenía una pierna doblada en un ángulo extraño.

—Creo que está herida en una pata.

Eddie se aproximó a ella para echar un vistazo.

—¿La tiene rota? —preguntó.

—Sí, probablemente, pero...

—¡Eh! —exclamó Eddie. La cría se lanzó hacia adelante y le hincó los dientes en la caña de la bota. Eddie tiró del pie, pero la cría se mantuvo firmemente aferrada—. ¡Eh! ¡Suéltame!

—¡Qué criaturas tan agresivas! —comentó Sarah—. Y desde que nacen...

Eddie observó los afilados dientes de la cría. No habían traspasado el cuero, pero se resistía a desprenderse. La golpeó suavemente en la cabeza un par de veces con la culata del rifle. No sirvió de nada. La cría yacía en el suelo respirando entrecortadamente. Miró a Eddie parpadeando lentamente, pero no lo soltó. A lo lejos, hacia el norte, oyeron los rugidos de los padres.

—Vámonos de aquí —sugirió Malcolm—. Ya hemos visto lo que nos interesaba.

Tenemos que encontrar a Dodgson.

—Creo que vi un desvío en el paso de animales. Quizás hayan seguido por allí.

—Será mejor que lo verifiquemos. Sarah, Malcolm y Thorne se encaminaron hacia el Explorer.

—¡Un momento! —exclamó Eddie, mirándose la bota—. ¿Qué hago con la cría?

—Dispárale —contestó Malcolm por encima del hombro.

—¿Cómo? ¿Que la mate?

—Tiene una pata rota, Eddie —adujo Sarah—. Morirá de todos modos.

—Sí, pero...

—Eddie, nosotros retrocederemos por el paso de animales, y si no encontramos a Dodgson iremos en dirección al laboratorio por la cresta de la montaña y regresaremos al tráiler.

—Muy bien, Doc. Los sigo dentro de un momento. Eddie levantó el rifle y encañonó al animal.

—Termina de una vez —lo urgió Sarah mientras subía al Explorer—. Porque no te conviene estar aquí cuando vuelvan los padres.

La ruina del jugador

Mientras avanzaban por el paso de animales, Malcolm observaba el monitor del tablero, donde la pantalla parpadeaba, ofreciendo sucesivamente las imágenes de las distintas cámaras. Buscaba a Dodgson y el resto de su grupo.

—¿Causaron muchos destrozos? —preguntó Levine por la radio.

—Se llevaron un huevo —informó Malcolm—. Y tuvimos que matar a una de las crías.

—Es decir, dos pérdidas. De una camada de cuántos. ¿Seis?

—Exacto.

—Sinceramente, diría que es una alteración menor —afirmó Levine—. Siempre y cuando impidan que esa gente siga actuando.

—Estamos buscándolos —repuso Malcolm, malhumorado.

—Tenía que pasar, Ian —dijo Harding—. Sabes que no hay manera de observar a los animales sin cambiar nada. Es una imposibilidad científica.

—Desde luego —asintió Malcolm—. Ése es el mayor descubrimiento científico del siglo XX. No es posible estudiar nada sin modificarlo.

Desde Galileo los científicos defendían la idea de que eran observadores objetivos del mundo natural. Esa actitud estaba implícita en todos los aspectos de su comportamiento, incluso cuando escribían sus informes, donde usaban expresiones como: «Se ha observado...». Como si nadie lo hubiese observado. Durante trescientos años este carácter impersonal fue el rasgo distintivo de la ciencia: la ciencia era objetiva, y el observador no influía en los resultados que describía.

Esta objetividad diferenció a la ciencia de las humanidades o la religión, áreas en las que el punto de vista del observador era parte integrante, en las que el observador estaba inextricablemente ligado a los resultados observados.

Sin embargo, en el siglo XX esa diferencia ya no existía. La objetividad científica había desaparecido aun en los niveles más básicos.

Los físicos sabían ya que era imposible medir una única partícula subatómica sin afectarla globalmente. Si uno aplicaba sus instrumentos para medir la posición de una partícula, se alteraba su velocidad. El principio de la incertidumbre de Heisenberg se convirtió en la verdad fundamental: todo aquello que uno estudiase resultaba modificado. Al final nadie ponía ya en duda que todos los científicos formaban parte de un universo participatorio que admitía la posibilidad de que alguien fuese un mero observador.

—Ya sé que la objetividad es imposible —replicó Malcolm con impaciencia—. No es eso lo que me preocupa.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

—Me preocupa la Ruina del jugador —afirmó Malcolm sin apartar la vista del monitor.

La Ruina del Jugador era un famoso y controvertido fenómeno estadístico que tenía consecuencias importantes tanto para la evolución como para la vida cotidiana.

—Imaginemos que tú eres una jugadora —dijo Malcolm—. Y juegas a lanzar una moneda al aire. Cada vez que sale cara ganas un dólar; cada vez que sale ceca pierdes un dólar.

—Muy bien.

—¿Qué ocurre con el paso del tiempo?

—Las probabilidades de obtener cara o ceca son las mismas —respondió Harding con un gesto de duda—. Así que quizá ganes, quizá pierdas. Pero al final quedarás como estabas al principio.

—Desgraciadamente, no —rebatía Malcolm—. Si sigues jugando el tiempo suficiente, acabarás siempre perdiendo; el jugador se arruina invariablemente. Por eso continúan abiertos los casinos. Pero la cuestión es: ¿qué ocurre con el paso del tiempo? ¿Qué ocurre antes de que el jugador se arruine definitivamente?

—De acuerdo. ¿Qué ocurre?

—Si llevas a cabo un seguimiento de la suerte del jugador a lo largo del tiempo, advertirás que el jugador gana durante un período o pierde durante un período. En otras palabras, todo en el mundo ocurre por rachas. Es un fenómeno real y encuentras pruebas de ello en todas partes: en la meteorología, las inundaciones fluviales, el béisbol, los ritmos cardíacos, el mercado de valores. Si una cosa va mal, tiende a seguir mal. Eso se refleja en el dicho popular que afirma que las desgracias nunca vienen solas. La teoría de la complejidad revela que el dicho popular es acertado. Las desgracias se agrupan. Las cosas siempre van de mal en peor. Ése es el mundo real.

—¿Y de ahí que se desprende? ¿Que aquí va a ir todo de mal en peor a partir de ahora?

—Podría ser, gracias a Dodgson —contestó Malcolm, contemplando el monitor con expresión ceñuda—. Pero, ¿qué habrá sido de esos hijos de puta?

King

Se oía un zumbido, como el sonido lejano de una abeja. King lo percibía vagamente mientras recobraba poco a poco el conocimiento. Abrió los ojos y vio un parabrisas, y detrás ramas.

El zumbido se hizo más intenso.

King no sabía dónde estaba. No recordaba cómo había llegado hasta allí ni qué había ocurrido. Le dolían los hombros y la cadera. Le palpitaba la frente. Intentó recordar pero el dolor lo distrajo y le impidió pensar con claridad. Lo último que recordaba era la aparición del tiranosaurio ante ellos en el camino. Eso era lo último. Después Dodgson había dado marcha atrás y...

King volvió la cabeza, gritando, cuando una súbita punzada de dolor le subió por el cuello hasta el cráneo. El dolor lo obligó a jadear, a contener la respiración. Cerró los ojos con una mueca. Luego volvió a abrirlos lentamente.

Dodgson no estaba en el jeep. La puerta del conductor se hallaba abierta y la sombra de los árboles moteaba el panel interior. Las llaves seguían en el contacto.

Dodgson había desaparecido.

Había una mancha de sangre en la parte superior del volante. La caja negra yacía en el suelo junto a la palanca de cambios. La puerta del conductor se movió ligeramente y chirrió.

A lo lejos, King oyó de nuevo el zumbido, como el de una abeja gigante. Era un sonido mecánico, advirtió. Algo mecánico.

Eso le hizo pensar en el barco. ¿Cuánto tiempo esperaría el barco en el río? ¿Qué hora era? Consultó el reloj. El vidrio estaba roto y las agujas fijas en la 01:54.

Volvió a oír el zumbido. Se acercaba.

Con esfuerzo se despegó del asiento, inclinándose hacia el tablero. Sintió espasmos eléctricos en la columna, pero enseguida remitieron. Respiró hondo.

«Estoy bien. Por lo menos aún estoy aquí», pensó.

King miró el Sol por la puerta abierta del conductor. Estaba todavía alto. Debían de ser aún las primeras horas de la tarde. ¿Cuándo zarpaba el barco? ¿A las cuatro? ¿A las cinco? No lo recordaba. Pero con toda seguridad los pescadores no se quedarían allí cuando empezase a oscurecer. Abandonarían la isla.

Y Howard King quería hallarse a bordo cuando eso sucediese. No deseaba otra cosa en el mundo. Con una mueca de dolor, se deslizó hacia el asiento del conductor. Se acomodó, tomó aire y se asomó por la puerta abierta.

El jeep pendía en el vacío, sostenido por las ramas. Vio debajo una escarpada pendiente boscosa. Las copas de los árboles apenas dejaban pasar la luz. Sintió vértigo sólo de mirar hacia abajo. Debía de encontrarse a ocho o diez metros sobre el suelo. Vio unos cuantos helechos dispersos y algunos peñascos. Se inclinó un poco más.

Entonces lo vio.

Dodgson yacía de espaldas en la ladera del monte, cabeza abajo. Tenía el cuerpo encogido, con los brazos y piernas en posiciones forzadas. No se movía. King no lo veía demasiado bien a causa del follaje, pero parecía muerto.

De pronto el zumbido sonó muy intenso, aumentando rápidamente, y King, a través de las ramas que tapaban el parabrisas, avistó un vehículo a menos de diez metros. ¡Un vehículo!

En cuestión de segundos el vehículo desapareció. A juzgar por el sonido, era eléctrico. Así que debía de ser Malcolm.

Por alguna razón la idea de que hubiese más gente en la isla le resultó alentadora. Pese al dolor sintió renovadas fuerzas. Alargó el brazo e hizo girar la llave de contacto. El motor arrancó.

Puso un cambio y pisó suavemente el acelerador.

Las ruedas traseras giraron. Colocó la palanca en la posición de tracción a las ruedas delanteras. El jeep avanzó al instante, abriéndose paso entre las ramas. Al cabo de unos segundos estaba en el camino.

De pronto recordó aquel camino. A la derecha se encontraba el nido de los tiranosaurios. El vehículo de Malcolm iba hacia la izquierda.

King dobló a la izquierda, intentando recordar el camino de regreso al río, de regreso al barco. Recordó vagamente una bifurcación en lo alto del monte. Allí, decidió, se desviaría por el sendero descendente y se marcharía por fin de la isla.

Ése era su único objetivo.

Marcharse de aquella isla antes de que fuese demasiado tarde.

Malas noticias

El Explorer llegó a lo alto del monte, y en la bifurcación Thorne tomó por el camino de la cresta. El camino, cortado en la pared de roca del acantilado, transcurría sinuosamente. En muchos puntos la pendiente era escarpada, pero disfrutaban de excepcionales vistas de toda la isla. Finalmente llegaron a un recodo desde donde se divisaba el valle. A la izquierda vieron la plataforma de observación y, más cerca, el claro donde se hallaban los tráilers. A la derecha estaban el laboratorio y la zona residencial.

—No veo a Dodgson por ninguna parte —dijo Malcolm con consternación—. ¿Dónde se habrá metido?

Thorne encendió la radio.

—¿Arby?

—Sí, Doc.

—¿Los ves?

—No, pero... —titubeó.

—¿Qué?

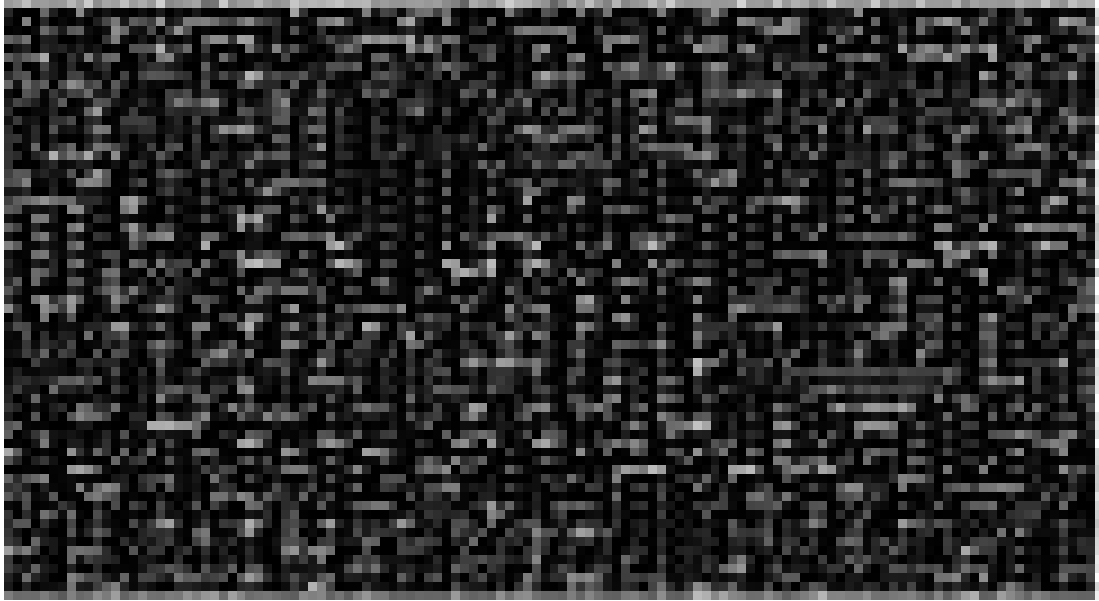
—¿No podrían volver ya? Es algo asombroso.

—¿De qué hablas? —preguntó Thorne.

—Es Eddie —dijo Arby—. Acaba de volver. Y se trajo la cría. Malcolm se inclinó en el asiento.

—¿Que hizo qué?

QUINTA CONFIGURACIÓN



Al borde del caos se producen resultados imprevistos. La supervivencia se encuentra seriamente amenazada.

IAN MALCOLM

La cría

En el tráiler, todos se hallaban alrededor de la mesa donde la cría de *Tyrannosaurus rex* yacía inconsciente sobre una amplia bandeja de acero inoxidable, con los ojos cerrados y el hocico enfundado en una mascarilla de oxígeno transparente. La mascarilla se adaptaba perfectamente al hocico romo de la cría. El oxígeno fluía con un suave susurro.

—No tuve valor para dejarla —admitió Eddie—. Y pensé que podíamos curarle la fractura...

—Pero Eddie... —lo amonestó Malcolm moviendo la cabeza con gesto de contrariedad.

—Así que le inyecté la morfina que llevaba en el botiquín y la traje. La mascarilla de oxígeno le encaja perfectamente.

—Eddie —se quejó Malcolm—, no deberías haber hecho una cosa así.

—¿Por qué? El animal está bien. Podemos curarle la pata y devolverlo al nido.

—Pero has interferido en el sistema —repuso Malcolm. Se oyó el chasquido de la radio.

—Ésta es una imprudencia grave —advirtió Levine—. Muy grave.

—Gracias, Richard —contestó Thorne.

—Me opongo rotundamente al traslado de animales al tráiler.

—Ya es demasiado tarde para preocuparse por eso —dijo Sarah Harding. De pie junto a la cría, le colocó sensores cardíacos en el pecho; oyeron el latido del corazón. El ritmo era muy rápido, más de ciento cincuenta pulsaciones por minuto—. ¿Cuánta morfina le inyectaste?

—Bueno, pues... —titubeó Eddie—. La jeringa entera.

—¿Cuánto es eso? ¿Diez centímetros cúbicos?

—Puede ser. Quizá veinte.

Malcolm miró a Harding.

—¿Hasta cuándo le durará el efecto?

—No tengo la menor idea —contestó Harding—. He administrado sedantes a leones y chacales para marcarlos. Con esos animales existe una correlación aproximada entre la dosis y el peso. Pero con animales jóvenes es imprevisible. Quizás unos minutos, o quizás horas. Además, no sé nada de crías de tiranosaurio. En esencia, va en función del metabolismo, y en este caso parece rápido, como el de un ave. El corazón bombea muy deprisa. Lo único que puedo decir es que cuanto antes

la saquemos de aquí mejor.

Harding tomó el pequeño transductor ultrasónico y lo acercó a la pata de la cría. Miró hacia el monitor por encima del hombro. Kelly y Arby tapaban la imagen.

—Por favor, dejen un poco de espacio. No tenemos mucho tiempo.

Cuando los chicos se apartaron, Sarah vio los contornos verdiblanco de la pata y los huesos, sorprendida por la gran semejanza con los de un ave, un cuervo o una cigüeña. Movi6 el transductor.

—Bien, 6stos son los metatarsianos. Y ah6 est6n la tibia y el peron6, los huesos de la parte inferior de la pata...

—¿Por qu6 los huesos tienen distintos tonos? —pregunt6 Arby. Las patas presentaban densas secciones blancas delimitadas por contornos verdes.

—Porque es una cría —contest6 Harding—. Sus patas a6n son b6sicamente cart6lago, con muy poco hueso calcificado. Seguramente esta cría todavía no puede andar, o al menos no muy bien. Aqu6. Miren la r6tula. Se ve claramente la irrigaci6n sangu6nea de la c6psula articular.

—¿C6mo sabes tanta anatomía? —inquiri6 Kelly.

—No me queda m6s remedio. Paso mucho tiempo estudiando los desechos de los depredadores, examinando restos de huesos y deduciendo qu6 animales han sido devorados. Para eso es necesario poseer amplias nociones de anatomía comparativa. —Desplaz6 el transductor a lo largo de la pata—. Adem6s, mi padre era veterinario.

Malcolm levant6 la vista al instante.

—¿Tu padre era veterinario?

—S6. En el zool6gico de San Diego. Era especialista en aves. Pero no veo... ¿Puede ampliarse esto?

Arby puls6 una tecla y el tama6o de la imagen se duplic6.

—Ah. Muy bien. Perfecto. Ah6 est6. ¿Lo ven?

—No.

—Hacia la mitad del peron6. Una raya negra muy fina, justo por encima de la ep6fisis.

—¿Esa peque6a raya negra de ah6? —pregunt6 Arby.

—Esa peque6a raya negra es una herida mortal para esta cría —asegur6 Sarah—. Al soldarse, el peron6 no quedar6 recto, de modo que la articulaci6n del tobillo no girar6 cuando se yerga sobre las patas traseras. Este animal ser6 incapaz de correr y quiz6s incluso de caminar. Estar6 tullido, y cualquier depredador acabar6 con 6l en cuesti6n de semanas.

—Pero podemos curarlo —insisti6 Eddie.

—Veamos —dijo Sarah—. ¿Qu6 vamos a usar para inmovilizar el miembro?

—Diesterasa —sugiri6 Eddie—. Traje un kilo en tubos de cien cent6metros c6bicos. Cargu6 bastante para usarla como pegamento. Es una resina polim6rica;

solidificada llega a ser dura como el acero.

—Estupendo —dijo Harding—. Eso también matará a la cría.

—¿Por qué?

—Está creciendo, Eddie. Dentro de unas semanas será mucho mayor. Necesitamos algo que sea rígido y a la vez biodegradable, algo que se desgaste, que se rompa en tres o cuatro semanas, cuando el hueso se haya soldado. ¿Hay alguna otra cosa que pueda servirnos?

—No lo sé —contestó Eddie, arrugando la frente.

—No disponemos de mucho tiempo —observó Harding.

—Doc, esto es como una de sus famosas preguntas de examen —dijo Eddie—. ¿Cómo preparar un yeso para dinosaurio con sólo papel y pegamento rápido?

—Sí —asintió Thorne, consciente de lo irónico de la situación. Durante tres décadas había planteado problemas como aquel a sus alumnos, y de pronto él mismo se encontraba ante un caso semejante.

—Quizá podríamos degradar la resina —propuso Eddie—, por ejemplo mezclándola con azúcar.

—No —repuso Thorne—. Los grupos hidróxidos de la sacarosa quitarán consistencia a la resina. La masa se endurecería bien, pero se rompería como el cristal en cuanto el animal se moviese.

—¿Y si mezclamos la resina con tela previamente empapada en azúcar líquida?

—¿Para que la tela se descomponga por efecto de la actividad bacteriana?

—Sí.

—¿Y entonces se rompa el yeso?

—Exacto.

—Eso podría dar resultado —dijo Thorne con un gesto de incertidumbre—. Pero sin probarlo, no sabemos cuánto tiempo aguantará. Podrían ser días o podrían ser meses.

—Eso es demasiado —terció Sarah—. Este animal crece muy deprisa. Si se interrumpe el crecimiento, quedará tullido a causa del yeso.

—Entonces necesitamos —reflexionó Eddie— una envoltura de resina orgánica que acabe descomponiéndose. Algún tipo de goma.

—¿Chicle? —aventuró Arby—. Porque tengo mucho...

—No, pensaba en otra clase de goma. Químicamente hablando, la diesterasa...

—Por medios químicos no lo resolveremos —dijo Thorne—. No disponemos del material necesario.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? No nos queda más elección que...

—¿Y si fabricamos algo que sea diferente en sus distintas direcciones? —propuso Arby—. Fuerte en una dirección y débil en otra.

—Imposible —contestó Eddie—. Es una resina homogénea, una pasta espesa que

se vuelve dura como una piedra cuando se seca y...

—No, un momento —dijo Thorne, volviéndose hacia Arby—. ¿Qué quieres decir?

—Bueno, según ha dicho Sarah, la pata está creciendo. Eso significa que va a crecer de largo, lo cual no importa en cuanto al yeso, y de ancho, lo cual sí importa, ya que empezará a oprimirle. Pero si fabricamos un yeso débil en su diámetro...

—Tiene razón —afirmó Thorne—. Eso podemos resolverlo estructuralmente.

—¿Cómo? —preguntó Eddie.

—Mediante un corte longitudinal, así de simple. Podríamos usar papel de aluminio. Tenemos en la cocina.

—Eso es poco resistente —objetó Eddie.

—No si lo revestimos de una ligera capa de resina. —Thorne se volvió hacia Sarah—. Podemos hacer un yeso muy resistente a los esfuerzos verticales, pero débil ante los esfuerzos laterales. Es un problema elemental de ingeniería. La cría podrá caminar, y el yeso aguantará bien en tanto el esfuerzo sea vertical. Cuando la pata crezca, la presión romperá el papel de aluminio y el corte longitudinal se abrirá.

—Eso mismo —asintió Arby—. ¿Es muy difícil hacerlo?

—No. Al contrario. Basta con formar una abrazadera de papel de aluminio y revestirla con resina.

—¿Y cómo mantendremos firme la abrazadera mientras la recubrimos? —preguntó Eddie.

—¿Con chicle, quizá? —sugirió Arby.

—Diste en la tecla —dijo Thorne, sonriendo.

En ese momento la cría de rex se agitó, sacudiendo las patas espasmódicamente. Levantó la cabeza, desprendiéndose la mascarilla de oxígeno y emitió un débil chirrido.

—Más morfina, de prisa —pidió Sarah, sujetándole la cabeza. Malcolm ya tenía preparada una jeringa y se la clavó al animal en el cuello.

—Sólo cinco centímetros cúbicos —precisó Sarah.

—¿Por qué no un poco más? ¿No la mantendría dormida más tiempo?

—Se encuentra en estado de shock a causa de la herida, Ian. Puedes matarla si le pones demasiada morfina. Le provocarás un paro respiratorio. Probablemente sus glándulas suprarrenales se hallen también bajo tensión.

—Si es que tiene glándulas suprarrenales —observó Malcolm—. ¿Acaso produce hormonas el organismo de un Tyrannosaurus rex? El hecho es que no sabemos nada sobre estas criaturas.

Se oyó el chasquido de la radio y Levine dijo:

—No hables en nombre de todos, Ian. Puedes matarla si le administras demasiada morfina. Francamente sospecho que si lo verificamos, observaremos que los

dinosaurios tienen hormonas. Y considerando que ya cometiste el error de llevar la cría al tráiler, podrías extraer unas muestras de sangre. Entretanto, Doc, ¿te importaría ponerte al teléfono?

Malcolm lanzó un suspiro.

—Este tipo empieza a sacarme de quicio.

Thorne se dirigió al módulo de comunicaciones, situado cerca de la cabina. La petición de Levine era extraña. Había un excelente sistema de micrófonos repartido por todo el tráiler, y Levine lo sabía, ya que él mismo lo había diseñado.

Thorne descolgó el auricular.

—¿Sí?

—Doc —dijo Levine—, no andaré con rodeos. Llevar la cría al tráiler fue una grave equivocación. Puede traer problemas.

—¿Qué problemas?

—No lo sabemos. Y no quiero parecer alarmista, pero ¿por qué no traes a los niños a la plataforma durante un rato? ¿Y por qué, de paso, no se quedan también aquí tú y Eddie?

—¿Me estás pidiendo que salgamos de aquí a toda prisa? ¿De verdad crees que es necesario?

—En una palabra —respondió Levine—, sí.

Cuando la morfina entró en su cuerpo, la cría lanzó un gemido y dejó caer la cabeza en la bandeja de acero. Sarah volvió a ajustarle la mascarilla de oxígeno. Echó un vistazo al monitor para controlar el ritmo cardíaco, pero Arby y Kelly estaban otra vez adelante.

—Chicos, por favor.

Thorne reapareció y dio una palmada.

—¡Muy bien, chicos! ¡Nos vamos de excursión! En marcha.

—¿Ahora? —protestó Arby—. Pero queremos ver cómo...

—No, no —lo interrumpió Thorne—. El doctor Malcolm y la doctora Harding necesitan espacio. Es hora de ir a la plataforma de observación. Podemos contemplar los dinosaurios durante lo que queda de la tarde...

—Pero Doc...

—No discutan. Aquí estorbamos, así que será mejor que nos marchemos —dijo Thorne—. Eddie, tú también vienes. Dejemos trabajar a estos dos tortolitos.

Abandonaron de inmediato el tráiler y cerraron la puerta al salir. Sarah Harding oyó el suave zumbido del Explorer cuando se alejaban. Inclineda sobre la cría, ajustando la mascarilla, repitió:

—¿Tortolitos?

Malcolm hizo un gesto de incompreensión.

—Levine...

—¿Fue idea de Levine sacarlos a todos de aquí?

—Probablemente.

—¿Sabe algo que nosotros ignoramos?

Malcolm se echó a reír.

—Al menos eso debe de creer él.

—Bien, preparemos el yeso —propuso Sarah—. Quiero acabar cuanto antes para devolver la cría al nido.

La plataforma de observación

Cuando llegaron a la plataforma, unas nubes bajas ocultaban el Sol y todo el valle se hallaba envuelto en un suave resplandor rojizo. Eddie estacionó el Explorer bajo la estructura de aluminio. Subieron los cuatro al pequeño refugio. Allí estaba Levine, observando el valle con los prismáticos. No parecía muy contento de verlos.

—No se muevan tanto —se quejó malhumorado.

Desde el refugio disfrutaban de una magnífica vista del valle. Hacia el norte se oyó un trueno. El aire era más frío que horas antes y se notaba cargado de electricidad.

—¿Se avecina una tormenta? —preguntó Kelly.

—Eso parece —contestó Thorne.

Arby miró con recelo el techo metálico del refugio.

—¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí? —quiso saber.

—Un rato —dijo Thorne—. Sólo vamos a pasar un día en la isla. Los helicópteros vendrán a recogernos mañana a primera hora. Así que he pensado que se merecían ver otra vez a los dinosaurios.

—¿Cuál es la verdadera razón? —inquirió Arby, entornando los ojos.

—Yo la sé —terció Kelly con tono mundano.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es?

—El doctor Malcolm quiere quedarse a solas con Sarah, tonto.

—¿Por qué?

—Son viejos amigos —contestó Kelly.

—¿Qué? Nosotros sólo pretendíamos mirar.

—No, quiero decir viejos amigos —matizó Kelly.

—Sé a qué te refieres —protestó Arby—. No soy idiota.

—Basta ya —ordenó Levine sin apartar los prismáticos de los ojos—. Se están perdiendo algo interesante.

—¿Qué es?

—Esos triceratops, allí junto al río. Algo los ha alarmado.

Momentos antes los triceratops bebían apaciblemente, pero de pronto habían empezado a alborotarse. Sus agudas vocalizaciones no concordaban con su enorme tamaño; parecían más bien gañidos de perro.

—Hay algo entre el follaje —advirtió Arby—, al otro lado del río.

Efectivamente se observaban indicios de movimiento bajo los árboles.

Los triceratops se reagruparon formando una especie de escarapela con los cuernos hacia fuera, contra la amenaza invisible. Una cría solitaria se había refugiado en el centro de la manada y gimoteaba asustada. Uno de los animales adultos, seguramente la madre, se volvió y la acarició con el hocico. La cría se tranquilizó.

—Los veo —anunció Kelly con la vista fija en los árboles—. Son raptores.

Los triceratops les hicieron frente a los raptores. Los adultos emitían sus peculiares ladridos y blandían los afilados cuernos. Crearon una especie de barrera de punzones móviles, ofreciendo una inconfundible imagen de coordinación, de defensa en grupo contra los depredadores.

Levine sonreía complacido.

—No existía ninguna prueba de esto —comentó—. De hecho, la mayoría de los paleontólogos lo consideran imposible.

—Imposible ¿qué? —preguntó Arby.

—Ese comportamiento defensivo en grupo. Especialmente en los trices. Como tienen aspecto de rinocerontes, se daba por sentado que eran animales solitarios. Pero ahora vemos... Ah, sí.

De entre los árboles asomó un velociraptor. Corría ágilmente sobre las patas traseras, equilibrándose con la cola rígida.

Los triceratops ladraron sonoramente al aparecer el raptor. Los otros raptores continuaron ocultos entre los árboles. El velociraptor solitario trazó un lento semicírculo frente a la manada y se dispuso a atravesar el río algo más arriba. Lo cruzó a nado con facilidad y salió del agua en la otra orilla, a unos cincuenta metros de los estridentes triceratops, que giraron para presentar un frente unido. Habían concentrado su atención en aquel velociraptor.

Lentamente, los demás raptores abandonaron sus escondrijos y avanzaron despacio, ocultándose en la alta hierba.

—¡Vaya! —exclamó Arby—. Van a cazar.

—En manada —añadió Levine, asintiendo con la cabeza. Agarró del suelo un fragmento del envoltorio de un chocolate y lo soltó en el aire, observando su trayectoria—. El grupo principal va en contra del viento, de modo que los trices no pueden olerlos. —Volvió a llevarse los prismáticos a los ojos—. Creo que estamos a punto de presenciar una matanza.

Vieron cómo los raptores rodeaban a la manada. De pronto cayó un rayo a lo lejos, en el acantilado, y el valle se iluminó por un instante. Uno de los raptores, sorprendido, se irguió, asomando fugazmente la cabeza sobre la hierba.

De inmediato los triceratops giraron una vez más, reagrupándose para hacerle frente a la nueva amenaza. Los raptores se detuvieron, como si reconsiderasen el plan.

—¿Qué pasa? —preguntó Arby—. ¿Por qué se paran?

—Surgieron complicaciones.

—¿Por qué?

—Fíjate. El grupo principal está aún al otro lado del río. Se encuentran demasiado lejos para organizar el ataque.

—¿Quiere decir que abandonan? ¿Tan pronto?

—Eso parece —contestó Levine.

Los raptos ocultos en la hierba levantaron uno por uno la cabeza, dando a conocer sus posiciones. Los triceratops ladraban con fuerza cada vez que aparecía un nuevo depredador. Al parecer, los raptos comprendieron que la situación no era propicia y se escabulleron otra vez hacia los árboles. Al verlos retroceder, los triceratops ladraron aún con mayor intensidad.

De repente el raptor solitario que se hallaba en la orilla del río atacó. Recorrió los cincuenta metros que lo separaban de la manada como un leopardo, a una velocidad asombrosa. Los triceratops no tuvieron tiempo de reaccionar. La cría quedó a merced del depredador y chilló aterrorizada al ver acercarse al raptor.

El velociraptor saltó hacia adelante, alzando las dos patas posteriores. Volvió a caer un rayo, y bajo el intenso destello vieron las garras curvas en el aire. En el último momento el triceratops adulto más cercano se revolvió y, con su cabeza enastada, asestó un golpe oblicuo al raptor, levantándolo del suelo. El raptor cayó en el barro, y el triceratops arremetió contra él con la cabeza en alto. Al llegar ante el animal caído bajó la cabeza para cornearlo. Pero el raptor, siseando, se irguió ágilmente, y los cuernos del triceratops se hundieron inocuamente en el barro. El raptor se dio media vuelta e hirió al triceratops en el hocico con su garra curva. El triceratops bramó, pero para entonces otros dos adultos acometían contra el raptor mientras el resto de la manada permanecía junto a la cría. El raptor se alejó rápidamente por la hierba.

—¡Vaya! —exclamó Arby—. ¡No estuvo mal!

La manada

King lanzó un suspiro de alivio al llegar a la bifurcación. Giró a la izquierda por el ancho camino de tierra. Lo reconoció al instante: era el camino de regreso al barco. A su izquierda tenía una vista panorámica de la sección oriental del valle. Afortunadamente el barco seguía allí. King dio un grito de alegría y pisó el acelerador. Los pescadores estaban en la cubierta mirando el cielo. Pese a las señales de inminente tormenta no parecían estar preparándose para zarpar. Esperaban a Dodgson.

«Bien. Perfecto», pensó. Llegaría en quince minutos. Tras abrirse paso por la densa selva sabía por fin dónde se hallaba. El camino discurría a gran altura por una de las crestas volcánicas. Allí la vegetación era mucho más escasa, y el sinuoso camino le ofrecía vistas de toda la isla. Al este veía el estrecho desfiladero y el barco en la orilla del río; al oeste el laboratorio y los dos tráilers de Malcolm casi al borde del claro.

Pensó que no habían llegado a averiguar qué demonios hacía allí Malcolm. Pero ya daba igual. King iba a marcharse de la isla. Eso era lo único importante. Casi sentía la cubierta del barco bajo sus pies. Quizá los pescadores pudiesen ofrecerle incluso una cerveza. Una deliciosa cerveza fría mientras bajaban por el río y abandonaban aquella maldita isla. Se la tomaría a la salud de Dodgson, eso haría.

Al doblar en un recodo King encontró el camino obstruido por una manada de animales. Eran unos dinosaurios verdes de poco más de un metro de altura y cabeza grande y abovedada provista de pequeños cuernos en lo alto. Por su apariencia le recordaron los búfalos verdes de agua. Era un grupo numeroso. Frenó bruscamente y el jeep patinó hasta detenerse. Al ver que no se movían, King hizo sonar la bocina y encendió los faros de manera intermitente. Los animales se limitaron a mirar.

Eran unas criaturas de aspecto curioso, con aquella prominencia lisa en la frente y los pequeños cuernos alrededor. Lo observaban con una estúpida expresión de vaca. King puso el jeep en marcha y avanzó lentamente con la esperanza de que le abriesen paso, pero no hicieron ademán de moverse. Finalmente empujó con el paragolpes al animal más cercano, que gruñó, retrocedió un par de pasos, agachó la cabeza y embistió el coche con fuerza por la parte delantera. Se oyó un estridente sonido metálico.

King se alarmó, temiendo que perforase el radiador. Volvió a detener el jeep y esperó con el motor en marcha. Los animales se acomodaron nuevamente en el camino.

Varios se recostaron. Era imposible pasar por encima. Miró hacia el río y vio el barco. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que se encontraba a menos de quinientos metros. Asimismo, advirtió actividad en la cubierta. Los pescadores habían retirado la grúa y la aseguraban con correas. Se disponían a zarpar.

No podía esperar más. Abrió la puerta y salió del jeep. Los animales se levantaron de inmediato, y el más cercano lo embistió. Golpeó la puerta y dejó una profunda abolladura en el metal. King corrió hacia el borde del camino y se encontró con un precipicio casi vertical de más de treinta metros de altura. No conseguiría bajar, al menos por allí. Más adelante la pendiente no era tan escarpada. Pero en ese momento lo acosaron más animales. No tenía alternativa. Rodeó el jeep por detrás y otro dinosaurio arremetió contra las luces posteriores e hizo añicos el plástico.

Un tercer animal se abalanzó directamente contra la parte trasera del vehículo. King saltó sobre la rueda de auxilio en el momento en que el animal golpeaba el paragolpes. Con la sacudida perdió el equilibrio y rodó por tierra mientras los búfalos resoplaban alrededor. Se levantó y corrió hacia el lado contrario del camino, donde la ladera ascendía con una ligera inclinación; subió atropelladamente y se escabulló entre el follaje. Los animales no lo persiguieron. Sin embargo, su situación se había complicado; ahora estaba al otro lado del camino.

Tenía que volver a cruzarlo.

Insultando para sus adentros, trepó hasta lo alto del monte y siguió adelante. Decidió avanzar unos cien metros por la cresta, hasta dejar atrás la manada y cruzar entonces el camino. Si lo conseguía, llegaría al barco.

Casi de inmediato se vio rodeado por una tupida selva. Tropezó, cayó por una pendiente lodosa, y al levantarse no supo hacia dónde seguir. Estaba en el lecho de un desfiladero, rodeado de altas palmeras. El follaje era tan denso que apenas tenía unos metros de visibilidad en cualquier dirección. En un instante de pánico comprendió que se había perdido. Se abrió paso entre las hojas húmedas con la esperanza de orientarse.

Los chicos seguían en la plataforma viendo cómo se alejaban los raptos. Thorne se llevó a Levine aparte y dijo en voz baja:

—¿Por qué querías que viniésemos?

—Simple precaución —contestó Levine—. Llevar la cría al tráiler implica riesgos.

—¿Qué riesgos?

—No lo sabemos —respondió Levine, encogiéndose de hombros—, ésa es la

cuestión. Pero en general los padres reaccionan violentamente cuando se ven despojados de sus crías. Y este animal tiene unos padres muy grandes.

Al otro lado del refugio Arby indicó:

—¡Miren! ¡Miren!

—¿Qué pasa? —preguntó Levine.

—Allí hay un hombre.

King salió jadeando de la selva y siguió caminando por la llanura. Por fin veía por dónde iba. Empapado y manchado de barro, se detuvo intentando orientarse.

Para su decepción advirtió que no se hallaba cerca del barco. Al parecer estaba aún en el lado incorrecto del camino. Ante él se extendía una amplia llanura cubierta de hierba y atravesada por un río. A lo lejos, junto a la orilla, había unos cuantos dinosaurios. Tenían cuernos, así que debían de ser triceratops: A juzgar por cómo sacudían la cabeza y por los ladridos que emitían, parecían nerviosos.

Obviamente King tendría que seguir el curso del río hasta el barco. No obstante, debería pasar ante los triceratops con sumo cuidado. Sacó un chocolate del bolsillo y mientras rompía el envoltorio observó a los triceratops, deseando que desapareciesen. ¿Cuánto tardaría en llegar al barco? Ésa era su obsesión en aquel momento. Decidió seguir adelante con triceratops o sin ellos, y empezó a caminar por la alta hierba.

De pronto oyó un silbido de reptil. Procedía de entre la hierba, de algún lugar a su izquierda. Percibió también un peculiar olor a podredumbre. Se detuvo y aguardó. El chocolate ya no le parecía tan sabroso.

A continuación oyó un chapoteo a sus espaldas. Provenía del río. King se volvió a mirar.

—Es uno de los hombres del jeep —dijo Arby, de pie en la plataforma de observación—. Pero, ¿qué espera?

Desde su elevada posición veían las formas oscuras de los raptos a través de la hierba al otro lado del río. Dos de los animales se adelantaron y entraron en el agua, en dirección al hombre.

—¡Oh, no! —exclamó Arby.

King vio dos lagartos rayados que vadeaban el río. Caminaban sobre las patas traseras con paso entrecortado, como una especie de brincos. Sus cuerpos oscuros se reflejaban en el agua. Lanzaban dentelladas al aire con sus mandíbulas alargadas y silbaban amenazadoramente.

King miró río arriba y vio que cruzaban otros dos lagartos. Éstos se encontraban

ya en la parte profunda del río y habían comenzado a nadar.

Howard King retrocedió, alejándose de la orilla y adentrándose en la hierba. Entonces se dio media vuelta y echó a correr con la hierba a la altura del pecho. De repente asomó frente a él la cabeza de otro lagarto, silbando y gruñendo. Cambió de dirección para esquivarlo, pero súbitamente el lagarto más cercano saltó por el aire, alcanzando tal altura que todo su cuerpo quedó a la vista por encima de la hierba. King vio las patas en posición de ataque y unas garras curvas como dagas.

King modificó de nuevo la trayectoria, y el lagarto emitió un chirrido al caer al suelo tras él. King siguió corriendo. El miedo le daba fuerzas. Oyó a sus espaldas los gruñidos del lagarto, y aceleró aún más. Lo separaban veinte metros de la selva. Vio árboles, árboles altos. Podía trepar a uno y escapar de aquellas terribles garras.

Por la izquierda apareció otro lagarto avanzando en diagonal hacia él. King sólo veía su cabeza sobre la hierba. El animal parecía moverse a una velocidad increíble.

«No lo lograré», pensó King. Pero lo intentó.

Jadeando, con los pulmones ardiendo, hizo un último esfuerzo. Los árboles se hallaban a sólo diez metros. Se impulsó enérgicamente con brazos y piernas. Respiraba con dificultad.

En ese momento notó un violento golpe por detrás y perdió el equilibrio. Sintió un dolor penetrante en la espalda y supo que eran las garras. Al caer a tierra intentó rodar, pero el animal lo tenía firmemente aferrado. Estaba inmovilizado boca abajo y oía gruñir al animal sobre él. El dolor en la espalda era insoportable; la cabeza le daba vueltas.

Inmediatamente después percibió el aliento abrasador del animal en la nuca, y un terror extremo se apoderó de él. Cayó entonces en una especie de lasitud, una profunda y bienvenida soñolencia en la que todo adquirió un ritmo lento. Como en un sueño, veía las briznas de hierba brotar de la tierra ante su cara. Las veía con lánguida intensidad, y casi sintió indiferencia al notar el lancinante dolor que le provocaron las fauces calientes del animal al cerrarse alrededor de su cuello. Aquello parecía ocurrirle a otra persona. Él estaba a muchos kilómetros de allí. Experimentó un instante de sorpresa cuando oyó crujir los huesos de su cuello.

Y luego sólo hubo oscuridad. Nada.

—No miren —dijo Thorne, apartando a Arby de la baranda de la plataforma. Atrajo al chico contra su pecho, pero él lo empujó con impaciencia para ver qué ocurría. Thorne alargó un brazo para tomar a Kelly, pero ella se zafó y siguió observando la llanura. Thorne repitió:

—No miren, por favor.

Los chicos contemplaron la escena enmudecidos.

Levine enfocó los prismáticos hacia la presa caída. Cinco raptores rodeaban el

cuerpo y lo desgarraban brutalmente. Uno de los animales arrancó la cabeza de un tirón y rasgó un trozo de camisa ensangrentada. Otro sacudió entre sus fauces la cabeza seccionada de la víctima y por fin la dejó caer al suelo. A lo lejos destelló un rayo, seguido de un trueno. Oscurecía, y Levine empezaba a perder visibilidad. Sin embargo, resultaba evidente que cualquier organización jerárquica que existiese durante la caza perdía toda vigencia en el momento de devorar a la presa.

Llegados a ese punto cada animal luchaba por lo suyo. Los enardecidos raptos brincaban y agachaban la cabeza mientras descuartizaban el cuerpo, y se producían continuos enfrentamientos entre ellos. Un raptor se irguió con algo marrón en las fauces; mascaba con una extraña expresión en la cara. De pronto se apartó del resto de la manada y sostuvo el objeto marrón cuidadosamente entre los miembros anteriores. En la creciente oscuridad Levine tardó un momento en comprender qué hacía: estaba comiéndose un chocolate. Y parecía saborearlo.

El raptor se volvió y hundió de nuevo el hocico en el cadáver ensangrentado. Otros raptos, medio corriendo medio brincando, se acercaban rápidamente por la llanura para sumarse al festín. Con furiosos gruñidos se aprestaban para la lucha.

Levine bajó los prismáticos y miró a los chicos. Contemplaban la escena con serenidad y en silencio.

Dodgson

Unos estridentes chirridos, semejantes al gorjeo de cien pequeños pájaros, despertaron a Dodgson. Poco a poco tomó conciencia de que estaba tendido de espaldas en la tierra húmeda e inclinada. Intentó moverse, pero le pesaban los miembros y le dolía todo el cuerpo. Algo le oprimía las piernas, los brazos y el estómago. La presión en el pecho casi le impedía respirar.

Y sentía un profundo sopor. Su único deseo era volver a dormirse. Cuando estaba a punto de desvanecerse nuevamente, algo tiró de su mano, de sus dedos uno por uno, como para devolverle el conocimiento.

Dodgson abrió los ojos.

Junto a su mano había un minúsculo dinosaurio. Se inclinaba y le mordía un dedo con sus diminutas mandíbulas. Los dedos le sangraban; ya habían sido arrancados pequeños trozos de carne.

Aterrorizado, apartó la mano, y de repente el chirrido se hizo más intenso. Al volverse vio que estaba rodeado de una multitud de pequeños dinosaurios; se habían subido a sus piernas y su pecho. De tamaño eran aproximadamente como gallinas, y como gallinas le picoteaban sin cesar el vientre, los muslos y las ingles.

Con una fulminante sensación de asco se levantó de un salto, y los lagartos se dispersaron con chirridos de rabia. Se alejaron unos metros y lo contemplaron sin dar señales de miedo. Por el contrario, parecían esperar.

Fue entonces cuando los reconoció. Eran procompsognátidos. Compis.

Carroñeros.

«¡Dios mío! Creían que estaba muerto», pensó.

Retrocedió con paso vacilante y casi perdió el equilibrio. Sentía un dolor intenso y la cabeza le daba vueltas. Sin dejar de chirriar, los pequeños animales observaban todos sus movimientos.

—¡Vamos! —exclamó, agitando una mano—. ¡Fuera de aquí! Pero los compis siguieron allí, ladeando la cabeza en un gesto burlón y a la espera.

Dodgson bajó la vista y examinó su estado. Tenía la camisa y los pantalones hechos jirones. Bajo la ropa la sangre brotaba de cien pequeñas heridas. Momentáneamente aturdido, se llevó las manos a las rodillas. Respiró hondo y vio caer gotas de sangre en la tierra cubierta de hojas.

«¡Dios mío!», se dijo, y volvió a tomar aire.

Como no se movía, los animales empezaron a avanzar lentamente. Dodgson se

irguió, y retrocedieron. Pero al cabo de un momento reanudaron su avance.

Uno se adelantó al resto. Dodgson le asestó una violenta patada que lo lanzó por el aire. El compi chilló, pero cayó como un gato, derecho e indemne.

Los otros permanecieron donde estaban. Esperando.

Dodgson miró alrededor y se dio cuenta de que oscurecía. Consultó el reloj: eran las 18:40. Quedaban sólo unos minutos de luz. Bajo las copas de los árboles reinaba ya la oscuridad.

Tenía que buscar refugio, y pronto. Miró la brújula que llevaba sujeta a la muñeca y se encaminó hacia el sur. Estaba casi seguro de que el barco se hallaba al sur. Debía llegar al barco. Allí estaría a salvo.

Cuando se puso en marcha, los compis chirriaron y lo siguieron. Se mantenían a uno o dos metros de distancia, avanzando ruidosamente entre el follaje. Había docenas, advirtió Dodgson. A medida que caía la noche, sus ojos adquirían un resplandor verde.

Dodgson tenía todo el cuerpo dolorido. Cada paso era un suplicio. Perdía sangre ininterrumpidamente y lo vencía el sueño. No conseguiría llegar hasta el río; como mucho lograría recorrer otros doscientos metros. Tropezó con una raíz y cayó. Se levantó lentamente, con polvo adherido a la ropa empapada de sangre.

Miró los ojos verdes que lo acosaban y se obligó a seguir adelante. De pronto, justo frente a él, vio una luz entre el follaje. ¿Sería el barco? Se apresuró a continuar, oyendo el fragor de los compis.

Se abrió paso entre la vegetación y encontró un pequeño cobertizo de hormigón con tejado de hojalata, como una caseta para herramientas o un puesto de guardia. Tenía una ventana cuadrada, y por ella salía la luz. Dodgson volvió a caerse y, de rodillas, se arrastró hasta el cobertizo. Alargó el brazo hacia la puerta, se aferró al picaporte para levantarse y abrió.

Adentro estaba vacío. Del suelo salían unas cuantas tuberías, en otro tiempo conectadas a algún tipo de maquinaria. Sin embargo, en ese momento no había ninguna máquina; sólo quedaban las manchas de óxido allí donde habían estado sujetas al suelo.

En un rincón había una lámpara eléctrica provista de un temporizador programado para que se encendiese por las noches. Ésa era la luz que había visto. ¿Había corriente eléctrica en la isla? ¿Cómo era posible? No le importaba. Entró tambaleándose en el cobertizo, cerró la puerta a sus espaldas y se desplomó en el suelo de hormigón. A través de los sucios vidrios de la ventana vio a los compis, que golpeaban el vidrio por fuera y brincaban con manifiesta frustración. Pero por el momento estaba a salvo.

Naturalmente tenía que seguir. De un modo u otro debía abandonar aquella

maldita isla. Pero no en ese instante, pensó.

Más tarde.

Más tarde se preocuparía por todo.

Dodgson apoyó la mejilla en el suelo húmedo de hormigón y se quedó dormido.

El tráiler

Sarah Harding envolvió con papel de aluminio la pata herida de la cría, que seguía inconsciente, respirando con normalidad. Estaba relajada e inmóvil. El oxígeno fluía con un suave silbido.

Terminó de darle forma a la abrazadera de quince centímetros de longitud y, con la ayuda de un pincel, recubrió de resina el papel de aluminio.

—¿Cuántos raptores hay? —preguntó Sarah—. Yo no estoy muy segura de cuántos vi. Creo que eran nueve.

—Me parece que son más —rectificó Malcolm—. Yo conté once o doce.

—¿Doce? —repitió ella, levantando la vista—. ¿En una isla tan pequeña?

—Sí.

La resina desprendía un olor penetrante, como de pegamento. La extendió de manera regular sobre el papel de aluminio.

—Ya sabes qué pienso, ¿no? —dijo Sarah.

—Sí —respondió Malcolm—. Son demasiados.

—Sí, es una cantidad excesiva, Ian. —Sarah trabajaba sin pausa—. Eso no tiene sentido. En África los depredadores activos como los leones están muy dispersos. Hay un león cada diez kilómetros cuadrados, a veces cada quince. El ecosistema no admite más. En una isla de esta superficie no debería haber más de cinco raptores. Sujeta esto.

—Sí. Pero no te olvides de una cosa: aquí la presa es enorme. Algunos de estos animales pesan veinte o treinta toneladas.

—Dudo de que ése sea un factor decisivo —objetó Sarah—, pero suponiendo que lo sea, debería haber como mucho diez raptores, y tú afirmas que hay doce. Además viven en la isla otros grandes depredadores, como los tiranosaurios.

—Sí, así es.

—Son demasiados —insistió Sarah, moviendo la cabeza en un gesto de negación.

—La densidad de población animal es bastante alta —adujo Malcolm.

—En todo caso, no lo suficiente para tantos depredadores. En general los estudios sobre depredadores, ya sean los tigres de la India, ya sean los leones africanos, indican que la proporción debe ser de un depredador por cada doscientas presas como mínimo. Eso significa que aquí, para mantener veinticinco depredadores, debería haber al menos cinco mil presas. ¿Existe esa cantidad de animales?

—No —contestó Malcolm.

—¿Cuántos crees que hay en conjunto?

—Unos doscientos —calculó Malcolm, encogiéndose de hombros—. Como mucho quinientos.

—Es una proporción muy desequilibrada, Ian. Sujeta esto. Voy a acercar la lámpara.

Enfocó la lámpara de calor hacia la cría para endurecer la resina y le ajustó la mascarilla de oxígeno.

—La isla no admite esa cantidad de depredadores —comentó Sarah—, y sin embargo, aquí están.

—¿Qué explicación podría haber? —preguntó Malcolm.

—Debe de existir alguna fuente de alimentos que desconocemos.

—¿Una fuente artificial, quieres decir? Dudo de que la haya.

—No —corrigió Sarah—. Las fuentes de alimentación artificiales amansan a los animales. Y estos depredadores no son para nada dóciles. La única posibilidad que se me ocurre es que se dé un índice de mortalidad diferencial entre las presas. Si crecen muy deprisa o mueren jóvenes, eso podría representar una mayor cantidad de alimento del previsto.

—He notado que los animales más grandes tienen un tamaño menor del que les correspondería, como si no hubiesen alcanzado la madurez. Quizá mueren prematuramente.

—Puede ser —admitió Sarah—, pero si existiese un índice de mortalidad diferencial suficientemente alto para mantener esta población de depredadores, tendrían que verse muchos restos de cadáveres y esqueletos por la isla. ¿Has visto alguno?

—No. Ahora que lo mencionas, no he visto un solo esqueleto.

—Yo tampoco. —Sarah apartó la lámpara—. Hay algo extraño en esta isla, Ian.

—Lo sé —convino Malcolm.

—¿Sí?

—Sí —repuso Malcolm—. Lo he sospechado desde el primer momento.

Retumbó un trueno. En el valle ya había anochecido y desde la plataforma de observación no se oía nada salvo los gruñidos lejanos de los raptos.

—Quizá deberíamos volver —sugirió Eddie, impaciente.

—¿Por qué? —preguntó Levine, que se había puesto los anteojos de visión nocturna, contento de tenerlos a mano. A través de los anteojos, el mundo se mostraba en toda una gama de tonos verde claro. Veía claramente a los raptos en el lugar donde habían abatido a su presa, donde la alta hierba aparecía pisoteada y salpicada de sangre. Aunque ya habían devorado el cadáver, se oían aún los crujidos de los huesos mientras los animales los roían.

—Como ya es de noche —insistió Eddie—, pienso que estaríamos más seguros en el tráiler.

—¿Por qué? —repitió Levine.

—Bueno, está reforzado, es resistente y muy fiable. Además, allí tenemos todo lo que necesitamos. Simplemente creo que sería mejor estar allí. Porque, ¿no estará pensando quedarse aquí toda la noche?

—No —replicó Levine—. ¿Qué te crees que soy? ¿Un fanático?

Eddie dejó escapar un gruñido.

—En todo caso, quedémonos un rato más —dijo Levine. Eddie se volvió hacia Thorne.

—¿Doc? ¿Usted qué dice? Va a ponerse a llover de un momento a otro.

—Sólo un poco más —respondió Thorne—. Luego regresaremos todos juntos.

—Habitan dinosaurios en esta isla desde hace cinco años, quizá más —explicó Malcolm—, y no habían aparecido en ninguna otra parte. De pronto, el año pasado, empezaron a encontrarse cuerpos de animales muertos en las playas de Costa Rica y también, según los informes, en algunas islas del Pacífico.

—¿Arrastrados por las corrientes?

—Se supone. Pero la cuestión es: ¿Por qué ahora? ¿Por qué de repente después de cinco años? Algo ha cambiado, pero no sabemos... Un momento. —Se acercó a la consola de la computadora y miró la pantalla.

—¿Qué haces? —preguntó Sarah.

—Arby logró entrar en la antigua red —informó Malcolm— y todavía se conservan algunos archivos de los años 80. —Agarró el mouse y se desplazó por la pantalla—. No los hemos examinado... —Vio aparecer el menú, que incluía archivos de trabajo y archivos de datos. Comenzó a pasar páginas de texto—. Hace unos años tuvieron problemas con alguna enfermedad. En el laboratorio quedan muchos documentos.

—¿Qué clase de enfermedad?

—No lo sabían.

—Entre los animales hay muchas enfermedades de evolución lenta —dijo Sarah—. Una vez contraídas pueden tardar cinco o diez años en manifestarse. Son provocadas por virus o priones. Ya sabes, fragmentos proteínicos, como el carbunco o la actinomicosis en el ganado.

—Pero en esas enfermedades el agente patógeno es siempre la comida contaminada.

—¿Con qué alimentaban a los animales? —inquirió Sarah—. Porque si yo criase dinosaurios, tendría mis dudas. ¿Qué comen? Leche, supongo, pero...

—Leche, sí —respondió Malcolm sin apartar la vista de la pantalla—. Las

primeras seis semanas leche de cabra.

—Ésa es la elección lógica —convino Sarah—. En los zoológicos siempre dan a las crías leche de cabra, porque es hipoalergénica. Pero ¿y después?

—Un momento —pidió Malcolm.

Harding sostenía la pata de la cría con la mano en espera de que la resina se endureciese. Observó el yeso y lo olfateó. Despedía aún un olor intenso.

—Espero que no haya problemas —comentó—. A veces si los padres perciben un olor extraño, no aceptan a las crías. Pero quizá se disipe cuando la resina esté seca. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Malcolm consultó el reloj.

—Unos diez minutos. Estará totalmente seca en otros diez.

—Me gustaría devolver la cría al nido cuanto antes —dijo Sarah. Volvió a tronar. Miraron por la ventana y advirtieron que ya era noche cerrada.

—Probablemente ya es demasiado tarde para llevarla —observó Malcolm, que seguía tecleando y leyendo el texto de la pantalla—. ¿Con qué los alimentaban? En el período comprendido entre 1988 y 1989... los herbívoros recibían una sustancia vegetal macerada tres veces al día... y los carnívoros... —Se interrumpió.

—¿Qué daban a los carnívoros?

—Parece que un extracto de proteínas animales...

—¿De qué animales? —preguntó Sarah—. Por lo general se utiliza pavo o pollo y se añaden antibióticos.

—Sarah, usaban extracto de cordero.

—¡No es posible! —exclamó Sarah.

—Sí, aquí consta. Lo recibían de su proveedor, que usaba carne de cordero picada.

—No puedo creerlo.

—Me temo que así es —afirmó Malcolm—. Veamos ahora si podemos averiguar...

De pronto sonó una suave alarma. En el panel de la pared, sobre la pantalla de la computadora, destelló una luz roja. Un instante después se encendieron los focos instalados en el techo del tráiler, bañando el área circundante en un vivo resplandor halógeno.

—¿Qué es eso? —preguntó Sarah.

—Los sensores. Algo los ha activado. —Malcolm se apartó de la computadora y escudriñó el claro a través de la ventana. Sólo vio la alta hierba y, más allá, los oscuros árboles del perímetro. Todo estaba en calma.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Sarah, pendiente aún de la cría.

—No lo sé. No veo nada.

—Pero algo deben de haber detectado los sensores.

—Supongo —dijo Malcolm.

—¿El viento?

—No hay viento.

En la plataforma de observación Kelly advirtió:

—¡Eh, fíjense!

Thorne volvió la cabeza. Desde su elevada posición en el valle veían la cresta de la montaña que se alzaba tras ellos y los dos tráilers estacionados en lo alto.

Los focos exteriores se habían encendido.

Thorne agarró el transmisor que llevaba prendido en el cinturón.

—¿Ian? ¿Estás ahí?

Tras una breve crepitación Malcolm contestó:

—Aquí estoy, Doc.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé —respondió Malcolm—. Se encendieron los focos del techo. Por lo visto se han activado los sensores. Pero afuera no vemos nada.

—La temperatura del aire baja muy deprisa —observó Eddie—. Quizá la alarma se haya disparado a causa de las corrientes de convección.

—¿Todo en orden, Ian? —preguntó Thorne.

—Sí. No te preocupes.

—Ya me temía yo que nos habíamos excedido con el grado de sensibilidad —comentó Eddie—. Debe de ser eso.

Levine frunció el entrecejo pero guardó silencio.

Sarah dio por terminada la cura de la cría, la envolvió en una manta y la sujetó a la mesa mediante correas de tela. A continuación se acercó a Malcolm y miró por la ventana.

—¿Qué crees que puede haber sido?

—Según Eddie, el sistema es demasiado sensible —dijo Malcolm con un gesto de duda.

—¿Y lo es?

—No lo sé. No se había probado antes. —Malcolm observó la línea de árboles que delimitaban el claro, atento a cualquier movimiento. Le pareció oír un resoplido, casi un gruñido. Al instante tuvo la impresión de que, en respuesta, llegaba un sonido semejante del otro lado del tráiler. Fue a mirar por la ventana del costado opuesto.

Malcolm y Sarah aguzaron la vista intentado detectar algo en la oscuridad. De pronto Malcolm, tenso, contuvo la respiración. Al cabo de un momento Sarah lanzó un suspiro.

—No veo nada —anunció.

—No. Yo tampoco —dijo Malcolm—. Habrá sido una falsa alarma.

Entonces Malcolm sintió la vibración, un golpe resonante en el suelo. Miró a Sarah, que tenía los ojos muy abiertos.

Malcolm sabía qué era aquello. La vibración se repitió, esta vez de manera inconfundible.

Sarah se asomó a la ventana.

—Ian —susurró—. Lo veo.

Malcolm se dio vuelta y se acercó a ella, que señalaba hacia los árboles cercanos.

—¿Qué? —preguntó Malcolm.

En ese momento vio aparecer la enorme cabeza entre el follaje a la altura de la sección central de un árbol. La cabeza giró lentamente de un lado a otro, como si escuchase. Era un *Tyrannosaurus rex* adulto.

—Mira, Ian, hay dos.

A la derecha un segundo animal surgió entre los árboles. Era de mayor tamaño: la hembra de la pareja. Los animales gruñeron, un profundo rugido en la noche. Salieron lentamente al claro. Parpadearon ante la intensa luz.

—¿Son los padres? —quiso saber Sarah.

—No lo sé. Supongo.

Malcolm echó un vistazo a la cría. Seguía inconsciente y respiraba con normalidad; la manta subía y bajaba a un ritmo regular.

—¿Qué han venido a hacer aquí? —dijo Sarah.

—No lo sé.

Los animales permanecían inmóviles al borde del claro. Parecían indecisos, expectantes.

—Quizá buscan la cría.

—Sarah, por favor —desdeñó Malcolm.

—Hablo en serio.

—Eso es absurdo.

—¿Por qué? Deben de haberle seguido el rastro hasta aquí —afirmó Sarah.

Los tiranosaurios levantaron la cabeza con el hocico en alto y la movieron a izquierda y derecha trazando lentos arcos. Después de repetir varias veces el mismo movimiento avanzaron un paso hacia el tráiler.

—Sarah —dijo Malcolm—. Estamos a kilómetros del nido. Es imposible que nos hayan seguido el rastro.

—¿Cómo lo sabes?

—Sarah...

—Tú mismo lo has dicho —recordó Sarah—: no sabemos nada de estos animales. Desconocemos por completo su fisiología, su bioquímica, su sistema nervioso, su comportamiento. Y tampoco sabemos nada de su dotación sensorial.

—Sí, pero...

—Son depredadores, Ian. Poseen un buen sentido de la vista, un buen sentido del oído y un buen sentido del olfato.

—Supongo que sí —admitió Malcolm.

—Pero ignoramos qué más poseen.

—¿Qué más?

—Ian, existen otras modalidades sensoriales —afirmó Sarah—. Las serpientes tienen percepción infrarroja; los murciélagos ecolocación; las aves y las tortugas magnetosensores, es decir, son capaces de detectar el campo magnético de la Tierra, y así es como se orientan en sus migraciones. Los dinosaurios pueden disponer de modalidades sensoriales que ni siquiera imaginamos.

—Sarah, eso no tiene sentido.

—¿Ah, no? Entonces dime, ¿qué hacen ahí?

Afuera, cerca de los árboles, los tiranosaurios permanecían en silencio. Ya no gruñían, pero continuaban trazando lentos arcos con la cabeza.

Malcolm arrugó la frente.

—Parece como si... mirasen...

—¿Hacia los focos? No, Ian. Están cegados.

Malcolm comprendió de inmediato que Sarah tenía razón. Sin embargo, movían la cabeza a un ritmo regular.

—Entonces, ¿qué hacen? —preguntó Malcolm—: ¿Olfatear?

—No —descartó Sarah—. Mantienen la cabeza en alto y no dilatan las aletas nasales.

—Quizás estén escuchando —aventuró Malcolm.

—Posiblemente.

—Pero escuchando ¿qué?

—Quizás a la cría.

Malcolm echó un vistazo a la mesa.

—Sarah, la cría sigue inconsciente.

—Lo sé.

—No hace ningún ruido —aseguró Malcolm.

—Ningún ruido que nosotros podamos oír. —Sarah observaba atentamente los tiranosaurios—. Pero están haciendo algo, Ian. Ese comportamiento que vemos tiene algún significado, y nosotros simplemente lo desconocemos.

Desde la plataforma de observación Levine oteó el claro con los anteojos de visión nocturna y avistó a los dos tiranosaurios en el límite del bosque. Movían la cabeza de un modo extraño y sincronizado.

Avanzaron con paso vacilante hacia el tráiler, levantaron la cabeza, la giraron de un lado a otro y finalmente parecieron decidirse. Empezaron a cruzar el claro con

paso rápido, casi agresivo.

Por la radio oyeron decir a Malcolm:

—¡Son las luces! ¡Los atraen las luces!

Al cabo de un instante los focos exteriores se apagaron y el claro quedó sumido en la mayor oscuridad.

—Era eso —confirmó Malcolm.

—¿Qué ves? —preguntó Thorne a Levine.

—Nada.

—¿Qué hacen?

—Se han parado.

Con los anteojos de visión nocturna Levine vio que los tiranosaurios se habían detenido, como desconcertados por el cambio de luz. Pese a la distancia oyó sus gruñidos; estaban inquietos. Balanceaban las enormes cabezas y lanzaban dentelladas al aire. Pero no se acercaban al tráiler.

—¿Qué pasa? —quiso saber Kelly.

—Aguardan —contestó Levine—. Al menos por el momento.

Levine tenía la clara impresión de que los tiranosaurios estaban nerviosos. El tráiler debía de representar una gran y temible alteración en su entorno. Quizá, pensó, darían media vuelta y se marcharían. A pesar de su extraordinario tamaño actuaban con cautela, casi con timidez.

Volvieron a gruñir. Levine vio entonces que avanzaban hacia el tráiler a oscuras.

—Ian, ¿qué hacemos?

—Y yo qué sé —susurró Malcolm.

Se hallaban agazapados en el fuelle que comunicaba los dos tráilers, para no ser vistos desde afuera. Los tiranosaurios avanzaban implacablemente. Notaban cada paso como una clara vibración: dos animales de diez toneladas cada uno dirigiéndose hacia ellos.

—¡Vienen derecho hacia aquí! —exclamó Sarah.

—Ya lo he notado.

El primero de los animales llegó al tráiler y se acercó tanto que obstruyó totalmente la visibilidad a través de la ventana. Malcolm sólo veía el vientre y las musculosas patas del tiranosaurio. La cabeza quedaba muy por encima del tráiler.

A continuación el segundo tiranosaurio se acercó por el otro lado. Los dos animales comenzaron a girar en torno del tráiler, gruñendo y resoplando. Sarah y Malcolm percibían el penetrante olor de los depredadores. Uno de los tiranosaurios rozó el costado del tráiler, produciendo un áspero sonido de piel escamosa contra metal.

Una repentina sensación de pánico asaltó a Malcolm. Se debía a aquel olor, que

volvió de pronto a su memoria después de varios años. Empezó a sudar. Miró a Sarah y vio que observaba atentamente los movimientos de los animales.

—Éste no es comportamiento de caza —susurró.

—No sé —dijo Malcolm—. Quizá sí. Al fin y al cabo no son leones.

Uno de los tiranosaurios lanzó un temible y ensordecedor bramido en la noche.

—No han venido a cazar —repitió Sarah—. Están buscando, Ian.

Instantes después el segundo tiranosaurio bramó también en respuesta. Súbitamente la enorme cabeza apareció en la ventana, escudriñando el interior. Malcolm se echó al suelo, y Sarah cayó sobre él, pisándole la oreja.

—Todo saldrá bien, Sarah, no te preocupes. —Afuera se oían los gruñidos de los tiranosaurios—. ¿Te importaría salir de encima? —masculló Malcolm.

Sarah se apartó a un lado, y Malcolm se incorporó lentamente, asomándose con cuidado por encima de los almohadones de los asientos. El gigantesco ojo del rex lo miraba a través de la ventana, girando en la órbita. Vio que abría y cerraba las mandíbulas. El aliento cálido del animal empañó el vidrio.

El tiranosaurio retiró la cabeza, y por un momento Malcolm respiró aliviado. Pero al cabo de un instante la cabeza volvió a acercarse y golpeó con fuerza el tráiler, que se balanceó notablemente.

—No te preocupes, Sarah —repitió Malcolm—. El tráiler es muy resistente.

—No sabes cuánto me tranquiliza —susurró Sarah.

En el lado opuesto, el otro rex bramó también y asestó un tremendo golpe con el hocico. La suspensión chirrió con el impacto. Los dos tiranosaurios arremetieron alternada y rítmicamente contra el tráiler desde ambos lados. Malcolm y Sarah se tambalearon en el interior. Sarah intentó sujetarse, pero la siguiente sacudida la derribó. El suelo se ladeaba alarmantemente con cada golpe. El material de laboratorio salió despedido de las mesas. El suelo quedó cubierto de vidrios rotos.

De repente cesó el traqueteo y reinó el silencio.

Malcolm, gruñendo, se irguió sobre una rodilla y miró por la ventana. Vio alejarse los cuartos traseros de un tiranosaurio.

—¿Qué hacemos? —preguntó en un murmullo.

Se oyó el chasquido de la radio, y Thorne dijo:

—¿Ian, estás ahí? ¿Ian?

—¡Por Dios, apaga eso! —susurró Sarah.

Malcolm tomó el transmisor que llevaba prendido del cinturón.

—Estamos bien comunicó en voz baja, y desconectó la radio.

Sarah se dirigió a gatas hacia el laboratorio biológico. Malcolm la siguió y vio que el más voluminoso de los tiranosaurios contemplaba por la ventana a la cría atada. El tiranosaurio emitió un suave ronroneo. A continuación, sin apartar la vista de la ventana, calló durante un momento y volvió a ronronear.

—Quiere su cría, Ian —susurró Sarah.

—Yo no tengo inconveniente en que se la lleve —afirmó Malcolm. Se hallaban los dos acurrucados en el suelo, ocultos a la mirada del tiranosaurio.

—¿Cómo vamos a devolvérsela?

—No lo sé —respondió Malcolm—. Quizá podríamos sacarla por la puerta.

—No quiero que la pisen —objetó Sarah.

—¿Y qué importa eso ahora? —protestó Malcolm.

El tiranosaurio emitió una serie de suaves gruñidos seguidos de un rugido largo y amenazador. Era la hembra.

—¡Sarah...! —exclamó Malcolm.

Pero Sarah estaba ya de pie, frente al tiranosaurio. De inmediato empezó a hablar con voz tranquilizadora:

—De acuerdo... No hay problema... La cría está bien... Ahora voy a desatarla... Mira cómo lo hago...

La cabeza del tiranosaurio era tan grande que abarcaba toda la ventana. Sarah advirtió cómo se ondulaban los poderosos músculos del animal bajo la piel del cuello. Las mandíbulas se separaron ligeramente. A Sarah le temblaban las manos mientras soltaba las correas.

—Así... Tu cría está bien... ¿Ves? Está bien...

—¿Qué haces? —preguntó Malcolm en voz baja, agachado a los pies de Sarah.

Ella contestó sin variar de tono:

—Ya sé que parece un disparate... Pero a veces da resultado con los leones... Listo... Tu cría ya está libre... —Sarah retiró la manta y la mascarilla de oxígeno. Levantando a la cría con las manos, añadió—: Ahora... lo único que tenemos que hacer... es devolvértela...

De pronto la hembra apartó la cabeza, tomó impulso y golpeó el vidrio, que quedó reducido a una telaraña blanca. Sarah vio una sombra al otro lado y sintió el segundo impacto, que desprendió el vidrio. Dejó la cría en la bandeja y retrocedió de un salto mientras la cabeza penetraba en el tráiler. Por el hocico del animal adulto corrían hilos de sangre como consecuencia de los cortes producidos por los fragmentos de vidrio. Pero una vez que cesó la violencia inicial sus movimientos se tornaron delicados. Olfateó lentamente a la cría de la cabeza a los pies. Se detuvo un instante en el yeso y lo lamió. Por último apoyó la mandíbula inferior en el pecho de la cría y permaneció inmóvil en esa posición durante un largo rato. Se limitaba a parpadear, mirando a Sarah.

Malcolm, tendido en el suelo, vio la sangre que goteaba por el borde de la mesa. Levantó la vista, pero Sarah lo obligó a agachar la cabeza con la mano y le indicó que se callara.

—¿Qué pasa? —preguntó Malcolm.

—Le palpa el pecho buscando el latido del corazón.

El tiranosaurio gruñó, abrió la boca y levantó suavemente a la cría con las fauces. A continuación retrocedió despacio a través del vidrio roto, llevándose a la cría.

La dejó en el suelo, fuera del ángulo de visión de Sarah, y agachó la cabeza.

—¿Se despertó? —susurró Malcolm—. ¿Está despierta la cría?

—¡Chist!

Se oyeron repetidos lengüetazos intercalados con blandos gruñidos guturales. Malcolm vio que Sarah se inclinaba para asomarse por la ventana.

—¿Qué ocurre? —murmuró Malcolm.

—Lame a la cría y la empuja con el hocico —explicó Sarah.

—¿Y?

—Eso es todo. No hace nada más que eso una y otra vez.

—¿Y la cría? —inquirió Malcolm.

—Nada. Rueda por la hierba como si estuviese muerta. ¿Cuánta morfina le administraste en la última inyección?

—No lo sé —contestó Malcolm—. ¿Cómo quieres que lo sepa?

Malcolm siguió en el suelo escuchando los lametones y gruñidos. Y finalmente, después de lo que le pareció una eternidad, oyó un agudo chillido.

—¡Está despertándose, Ian! —anunció Sarah—. ¡La cría está despertándose!

Malcolm se incorporó y, de rodillas, miró por la ventana. El tiranosaurio adulto sujetaba a la cría entre las fauces y se dirigía hacia el límite del bosque.

—¿Qué hace?

—Supongo que se la lleva respondió Sarah.

Entonces apareció el segundo adulto, que siguió tras los pasos del primero. Malcolm y Sarah vieron alejarse a los dos tiranosaurios por el claro.

Malcolm se relajó, encorvando los hombros.

—Estuvimos cerca.

—Sí, estuvimos cerca —dijo Sarah con un suspiro a la vez que se enjugaba la sangre del antebrazo.

En la plataforma de observación Thorne pulsó el botón de la radio.

—¡Ian! ¿Estás ahí? ¡Ian!

—Quizá desconectaron la radio —apuntó Kelly.

Empezó a lloviznar y las gotas tamborilearon en el techo del refugio. Levine miraba hacia el claro de lo alto de la montaña con los anteojos de visión nocturna. Cayó un rayo, y Thorne preguntó:

—¿Ves qué hacen los animales?

—Yo sí —se apresuró a responder Eddie—. Parece... parece que se marchan. Todos lanzaron gritos de alegría.

Sólo Levine guardó silencio y siguió observando. Thorne se volvió hacia él.

—¿Es así, Richard? ¿Todo en orden?

—Creo que no, la verdad —contestó Levine—. Me temo que hemos cometido un grave error.

Malcolm, asomado a la ventana rota, observó cómo se alejaban los tiranosaurios. Junto a él, Sarah permanecía callada sin apartar la vista de los animales.

Había empezado a llover; el agua goteaba de los fragmentos de vidrio que seguían aún unidos al marco de la ventana. Un trueno retumbó a lo lejos y el violento destello de un rayo iluminó a los gigantescos animales. Se detuvieron junto a los árboles y dejaron a la cría en el suelo.

—¿Por qué hacen eso? —preguntó Sarah—. Deberían volver al nido.

—No lo sé, quizá...

—Quizá la cría está muerta —aventuró Sarah.

Pero no. A la luz del siguiente rayo vieron que la cría se movía. Aún vivía. Oyeron sus agudos chillidos cuando uno de los adultos la recogió entre sus fauces y la colocó delicadamente en la horcadura formada por dos ramas altas.

—¡Oh, no! —exclamó Sarah—. Algo no anda bien, Ian. Algo no anda bien.

El tiranosaurio hembra permaneció con la cría durante unos minutos, moviéndola, acomodándola. A continuación se dio media vuelta, abrió las fauces y rugió.

El tiranosaurio macho rugió en respuesta.

Entonces los dos animales arremetieron a toda velocidad contra ellos.

—¡Dios mío! —imploró Sarah.

—¡Agárrate, Sarah! —instó Malcolm—. El golpe va a ser fuerte.

El asombroso impacto los lanzó a los dos por el aire. Sarah gritó y se desplomó. Malcolm se golpeó la cabeza y cayó al suelo. El tráiler se balanceó con un chirrido metálico sobre los amortiguadores. Los tiranosaurios rugieron y embistieron de nuevo.

Malcolm oyó que Sarah lo llamaba y de repente el tráiler volcó. Malcolm rodó; alrededor, los objetos de vidrio y el material de laboratorio quedaron hechos añicos. Cuando levantó la vista, todo estaba de costado. Ante sí tenía la ventana que el tiranosaurio había destrozado. La lluvia le azotó en la cara. Cayó un rayo, y vio una gran cabeza que gruñía y lo miraba por el hueco. Oyó rechinar las garras del tiranosaurio contra el flanco metálico del tráiler. De pronto la cabeza desapareció, y un momento después los oyó bramar mientras empujaban el tráiler por la hierba.

Llamó a Sarah y la vio detrás de él justo cuando todo alrededor volvía a girar descabelladamente. El tráiler había quedado ahora del revés. Malcolm empezó a arrastrarse por el techo hacia Sarah. Sobre su cabeza veía el equipo de laboratorio, sujeto a las repisas. Sobre él, cayó el líquido de una docena de frascos. Algo le quemó

el hombro. Oyó un siseo y comprendió que debía de ser ácido.

Sarah gemía en la oscuridad ante él. Otro rayo iluminó el tráiler, y Malcolm la vio enroscada en el techo junto al fuelle, que estaba totalmente retorcido, lo cual significaba que el otro tráiler seguía derecho. Era demencial. Todo aquello era demencial.

Afuera los tiranosaurios rugieron, y Malcolm oyó una explosión sorda. Habían mordido un neumático. «Lástima que no muerdan el cable de la batería. Se llevarían una buena sorpresa», pensó.

De pronto los tiranosaurios embistieron otra vez, y el tráiler avanzó lateralmente por el claro. En cuanto se detuvo lo golpearon de nuevo y siguió desplazándose de costado.

Por fin Malcolm llegó hasta donde se hallaba Sarah, que se abrazó a él.

—Ian —dijo.

Tenía una mancha oscura en la mitad izquierda de la cara. A la luz del siguiente rayo Malcolm advirtió que era sangre.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien —contestó ella. Con el dorso de la mano se limpió la sangre que le corría sobre el ojo—. ¿Ves dónde está la herida?

Al caer otro rayo Malcolm vio brillar un grueso fragmento de vidrio incrustado cerca del límite del pelo. Lo extrajo e intentó detener con la mano la súbita efusión de sangre. Estaban en la cocina; alargó el brazo y tiró de un paño. Lo sostuvo contra la frente de Sarah y observó que se oscurecía rápidamente.

—¿Te duele?

—Estoy bien.

—No creo que sea grave —dijo Malcolm.

Afuera los tiranosaurios rugieron.

—¿Qué hacen? —preguntó Sarah con voz apagada.

Los tiranosaurios arremetieron nuevamente. Con el impacto el tráiler pareció desplazarse un tramo mucho mayor, deslizándose lateralmente y hacia abajo.

Deslizándose hacia abajo.

—Nos están empujando —respondió Malcolm.

—¿Hacia dónde?

—Hacia el borde del claro. —Los tiranosaurios volvieron a embestir—. Nos están empujando hacia el precipicio. —El precipicio eran ciento cincuenta metros de roca sobre el valle.

No sobrevivirían a la caída.

Sarah sostuvo ella misma el paño y le apartó la mano.

—Haz algo.

—Sí, de acuerdo —repuso Malcolm.

Se separó de Sarah, agarrándose firmemente en espera del siguiente impacto. No sabía qué hacer. No se le ocurría nada. El tráiler estaba dado vuelta y todo era absurdo. Le ardía el hombro y percibía el olor del ácido que corroía la camisa. O quizá la carne. Le ardía mucho. El tráiler se hallaba sumido en la mayor oscuridad, la electricidad estaba cortada, había vidrios por todas partes y...

La electricidad estaba cortada.

Malcolm empezó a levantarse, pero el siguiente impacto lo lanzó de costado. Al caer se golpeó la cabeza contra la heladera. La puerta se abrió, y una avalancha de cartones de leche y botellas de vidrio se precipitó sobre él. Pero no había luz en la heladera.

Porque la electricidad estaba cortada.

Tendido de espaldas Malcolm miró por la ventana y vio el enorme pie de un tiranosaurio en la hierba. En el preciso momento en que destellaba otro rayo el pie se alzó para golpear de nuevo. Inmediatamente el tráiler volvió a moverse, esta vez deslizándose con más facilidad, rechinando e inclinándose hacia abajo.

—¡Mierda! —exclamó Malcolm.

—Ian... —llamó Sarah.

Pero ya era demasiado tarde. Todo el tráiler chirriaba y gemía en una metálica protesta. Malcolm vio entonces que la parte delantera se hundía al llegar al borde del precipicio. Comenzó a decantarse lentamente, pero enseguida cobró velocidad. El techo en el que yacían se precipitó, todo se precipitó, Sarah se precipitó agarrándose a él al sentirse arrastrada al vacío, y los tiranosaurios lanzaron un bramido triunfal.

«Nos caemos por el precipicio», pensó Malcolm.

Sin saber qué más hacer, se aferró firmemente a la puerta de la heladera. Estaba fría y resbaladiza a causa de la humedad. El tráiler se ladeó y cayó rechinando ruidosamente. Malcolm notó que le resbalaban las manos en el esmalte blanco, le resbalaban... le resbalaban... Al final no pudo sostenerse más y cayó irremediablemente hacia la cabina del tráiler. Vio acercarse rápidamente el asiento del conductor, pero antes de llegar allí se golpeó con algo, sintió un penetrante dolor y se dobló.

Lenta y suavemente lo envolvió la oscuridad.

La lluvia golpeaba ruidosamente el techo del cobertizo y caía por los costados formando una cortina homogénea. Levine enjugó las lentes de los anteojos y volvió a llevárselos a los ojos. Miró hacia el precipicio en la oscuridad.

—¿Qué pasó? —preguntó Arby.

—No lo sé —respondió Levine. Con aquel aguacero apenas se veía. Unos momentos antes habían presenciado con horror cómo los dos tiranosaurios empujaban el tráiler hacia el precipicio. Los enormes animales habían conseguido

llevar a cabo su objetivo con relativa facilidad; Levine calculó que los dos tiranosaurios constituían una masa conjunta de veinte toneladas mientras que el tráiler pesaba sólo dos. Una vez que lograron ponerlo del revés lo deslizaron sin problemas, impulsándolo con el vientre y las poderosas patas.

—¿Por qué hicieron una cosa así? —preguntó Thorne, de pie junto a Levine.

—Sospecho que hemos invadido su territorio.

—¿Otra vez lo mismo?

—Recuerda con qué nos enfrentamos —dijo Levine—. Aunque el comportamiento de los tiranosaurios parezca complejo, es básicamente instintivo. Es un comportamiento irreflexivo, maquinal. Y la territorialidad forma parte de ese instinto. Los tiranosaurios marcan y defienden su territorio. No es un comportamiento reflexivo (no poseen cerebros muy grandes), sino que actúan así por instinto. Todo comportamiento instintivo obedece a unos factores desencadenantes, a unos activadores. Y me temo que, al desplazar a la cría, hemos redefinido su territorio, incorporando en él el claro donde han encontrado a la cría. Así que ahora expulsando el tráiler simplemente defienden su territorio.

Un rayo iluminó la isla y todos vieron simultáneamente la aterradora escena. El primer tráiler había rebasado el borde del precipicio y colgaba en el vacío, sujeto aún por el fuelle de conexión al segundo tráiler, que permanecía en el límite del claro.

—¡El fuelle no aguantará mucho más! —presagió Eddie.

A la luz del rayo vieron a los tiranosaurios en el claro, empujando metódicamente el segundo tráiler.

Thorne se volvió hacia Eddie.

—¡Voy por ellos! —anunció.

—Lo acompaño —se ofreció Eddie.

—¡No! ¡Quédate con los niños!

—Pero necesitará...

—¡Quédate con los niños! ¡No podemos dejarlos solos!

—Pero Levine puede...

—¡No, quédate! —ordenó Thorne. Descendía ya por el andamiaje, resbaladizo a causa de la lluvia. Vio que Kelly y Arby lo observaban desde arriba. Subió rápidamente al Explorer y puso el motor en marcha, calculando ya la distancia que lo separaba del claro, unos cinco kilómetros, quizás un poco más. Aun conduciendo a toda velocidad tardaría en llegar siete u ocho minutos.

Para entonces sería ya demasiado tarde. No conseguiría llegar a tiempo.

Pero iba a intentarlo.

Sarah Harding oyó un rítmico chirrido y abrió los ojos.

La rodeaba una oscuridad absoluta; estaba desorientada. De pronto cayó un rayo y

ante sus ojos apareció el valle, ciento cincuenta metros más abajo. La vista se mecía suavemente.

Estaba mirando a través del parabrisas del tráiler, que colgaba al borde del precipicio. Ya no caían. Pero pendían precariamente en el vacío.

Ella se hallaba tendida en el asiento delantero, que se había desprendido de su anclaje y había destrozado el panel de control de la pared; asomaban cables sueltos y parpadeaban los indicadores.

La sangre que le corría sobre el ojo le impedía ver con claridad. Tiró del borde de su camisa y arrancó dos tiras de tela. Plegando una, formó una compresa y se la apretó contra la herida de la frente; la segunda tira de tela se la ató alrededor de la cabeza para sujetar la compresa. Por un instante sintió un dolor intenso; apretó los dientes hasta que disminuyó.

Percibió una vibración procedente de arriba. Al volverse vio el tráiler en toda su longitud, suspendido verticalmente. Malcolm se encontraba a tres metros por encima de ella, inmóvil y doblado contra una mesa de laboratorio.

—Ian —dijo.

Malcolm no respondió. No se movió.

El tráiler se estremeció de nuevo, chirriando a causa de un golpe sordo. De pronto Sarah comprendió qué ocurría. El primer tráiler colgaba totalmente al borde del precipicio, balanceándose en el aire. Sin embargo, seguía unido al segundo tráiler, que permanecía en el claro. El primer tráiler pendía del fuelle de conexión. Y los tiranosaurios, arriba, empujaban el segundo tráiler hacia el precipicio.

—Ian —repitió—. Ian.

Pasando por alto el dolor que sentía en todo el cuerpo, se puso de pie. Al notar que le daba vueltas la cabeza, se preguntó cuánta sangre habría perdido. Empezó a trepar irguiéndose primero sobre el respaldo del asiento y aferrándose a la mesa más cercana del laboratorio biológico. Se incorporó hasta alcanzar una manija montada en la pared. El tráiler se mecía.

Desde la manija consiguió llegar a la puerta de la heladera y meter los dedos entre los alambres de un estante. Tiró con fuerza para asegurarse de que resistiría su peso y se dejó ir. Levantó una pierna y colocó el pie en el interior de la heladera. Balanceó el cuerpo hasta poder erguirse y alcanzar la manija de la puerta del horno.

Pensó que era como practicar alpinismo en una maldita cocina. Se hallaba ya junto a Malcolm. A la luz de otro rayo vio que tenía la cara magullada. Malcolm gimíó. Se acercó más a él para ver si estaba mal herido.

—Ian.

—Lo siento, yo te metí en esto —dijo Malcolm con los ojos cerrados.

—No te preocupes por eso ahora. ¿Puedes moverte? ¿Estás bien?

—La pierna... —se quejó Malcolm.

—Ian. Tenemos que hacer algo.

Sarah oyó los rugidos de los tiranosaurios en el claro. Tenía la impresión de llevar toda una vida oyendo aquel sonido. El tráiler avanzó ligeramente y se balanceó. Perdió pie y quedó colgando de la puerta del horno. El otro extremo del tráiler se hallaba seis metros más abajo.

La manija del horno no soportaría su peso mucho rato, lo sabía. Agitó las piernas desesperadamente y por fin tocó algo sólido. Tanteó con el pie y encontró apoyo. Bajando la vista advirtió que se sostenía sobre la piletta de acero inoxidable. Movié el pie y accionó la canilla. Se empapó las botas.

Los tiranosaurios rugieron y golpearon con fuerza el metal. El tráiler se separó aún más de la pared del precipicio y se balanceó.

—Ian, no nos queda mucho tiempo. Tenemos que hacer algo.

Malcolm levantó la cabeza y le dirigió una mirada inexpresiva. Volvió a caer un rayo. Malcolm movió los labios.

—La corriente eléctrica.

—¿Qué?

—Está cortada.

Sarah no captó la idea en un primer momento. Claro que estaba cortada. De pronto cayó en la cuenta: la había cortado él poco antes, cuando se acercaban los tiranosaurios. Inicialmente la luz los había mantenido a distancia; quizá los ahuyentaría.

—¿Quieres que dé la corriente? —preguntó Sarah. Malcolm asintió ligeramente con la cabeza.

—Sí.

—¿Cómo, Ian?

—Hay un panel —dijo Malcolm.

—¿Dónde?

Malcolm no contestó. Sarah le sacudió el hombro.

—¿Dónde está el panel, Ian?

Malcolm señaló hacia abajo.

Sarah miró en la dirección que le indicaba y vio los cables sueltos del panel.

—No puedo. Está roto.

—Arriba... —sugirió Malcolm.

Sarah apenas lo oía. Vagamente recordó que había otro panel a la entrada del segundo tráiler. Si llegaba hasta allí, conseguiría dar la corriente.

—De acuerdo, Ian. Voy a intentarlo.

Sarah trepó aún más alto. La parte delantera del tráiler se hallaba ahora a nueve metros por debajo de ella. Los tiranosaurios rugieron y embistieron de nuevo. Sarah se balanceó en el aire pero de inmediato continuó el ascenso.

Cuando llegó a lo alto del primer tráiler, la luz áspera de un rayo iluminó el interior, y Sarah vio que era imposible acceder al otro vehículo. El fuelle estaba retorcido y el paso quedaba totalmente cerrado.

Se encontraban atrapados en el primer tráiler.

Oyó los rugidos de los tiranosaurios y un nuevo golpe.

—¡Ian!

Sarah bajó la vista. Malcolm no se movía.

Allí colgada, comprendió con una sensación de vértigo que estaba derrotada. Otra embestida, otras dos tal vez, y todo habría terminado. Caerían al abismo. No había nada que hacer. Ya no quedaba tiempo. Se hallaba suspendida en la oscuridad, con la corriente eléctrica cortada, y no había nada...

¿O sí había una última posibilidad? Oyó un zumbido eléctrico a corta distancia. ¿Acaso había otro panel en aquel extremo del tráiler? ¿Habían instalado un panel en cada punta?

Colgada casi en el extremo del tráiler, con los brazos y hombros al límite de su resistencia, buscó a su alrededor un segundo panel. Si existía, no podía estar lejos. Pero, ¿dónde? Al iluminarse el tráiler con el resplandor de otro rayo, miró rápidamente a uno y otro lado. No vio ningún panel.

Le dolían los brazos.

—Ian, por favor.

No había panel.

No era posible. Seguía oyendo el zumbido eléctrico. Sin duda tenía que haber un panel. Se volvió a izquierda y derecha, y de pronto, gracias al destello de otro rayo, lo vio.

Se hallaba a quince centímetros por encima de su cabeza. Estaba del revés, pero Sarah veía todos los botones e interruptores. Si lograba descifrar en la oscuridad cuál...

«¡Al diablo!», pensó.

Soltó la mano derecha y, colgada de la izquierda, empezó a pulsar uno por uno todos los botones que encontraba. Al instante comenzaron a encenderse las luces interiores del tráiler.

Siguió apretando botones, uno tras otro. Algunos provocaron cortocircuitos; saltaron chispas y se formó una nube de humo. Siguió apretando botones.

De pronto el monitor lateral se encendió, a unos centímetros de su cara. Vio una mancha azul veteada, pero de inmediato apareció una nítida imagen de los tiranosaurios en el claro, junto al segundo tráiler, tocándolo con los miembros delanteros y golpeándolo con las poderosas patas. Pulsó más botones. El último tenía un protector plateado; levantó la cubierta y también lo pulsó.

En el monitor vio desaparecer a los tiranosaurios en medio de un estallido de

chispas incandescentes y los oyó rugir enfurecidos. A continuación se desvaneció la imagen y se produjo una explosión de chispas en torno de Sarah, que le quemaron la cara y las manos. De pronto todas las luces se apagaron y quedaron sumidos nuevamente en una total oscuridad.

Por un momento reinó el silencio.

Luego, inexorablemente, se reanudaron los golpes.

Thorne

Las escobillas del limpiaparabrisas se deslizaban a un lado y a otro. Thorne tomaba de prisa las curvas pese a la lluvia torrencial. Consultó el reloj. Ya habían pasado dos minutos, quizá tres. Quizá más. No estaba seguro.

El camino era un barrizal, resbaladizo y peligroso. Al atravesar los profundos charcos contenía la respiración. Los sistemas del vehículo habían sido impermeabilizados en el taller, pero con aquellas cosas nunca existían totales garantías. Cada charco era una nueva prueba, y hasta el momento las había superado todas satisfactoriamente.

Ya habían pasado tres minutos. Tres por lo menos.

Tras una curva un rayo iluminó el camino, y Thorne vio un profundo charco unos metros más adelante. Lo cruzó a toda velocidad, levantando olas de agua a ambos lados. El Explorer lo pasó y siguió adelante. ¡Siguió adelante! Al principio de una pendiente Thorne vio oscilar anormalmente las agujas de los indicadores y oyó la inconfundible crepitación que acompañaba siempre a un cortocircuito. Se produjo una explosión bajo el capó y un humo acre se elevó del radiador. El Explorer se detuvo.

Cuatro minutos.

Thorne se quedó sentado en el vehículo, escuchando el sonido de la lluvia contra el techo metálico. Intentó poner el motor en marcha de nuevo. No respondió.

No llegaba corriente.

Por el parabrisas caía una cortina de agua. Se recostó en el asiento, exhaló un suspiro y miró el camino. En el asiento contiguo sonó el chasquido de la radio.

—¿Doc? Ya casi debe de haber llegado.

Thorne miró fijo el camino, intentando adivinar dónde se hallaba. Calculó que se encontraba aún a casi dos kilómetros del tráiler, quizás un poco más. Demasiado lejos para intentarlo a pie. Maldijo y golpeó el asiento.

—No, Eddie. Ha habido un cortocircuito.

—¿Cómo?

—Eddie, el vehículo no funciona. Estoy...

Thorne se interrumpió.

Notó algo.

Al otro lado de la siguiente curva advirtió un resplandor rojo. Thorne escudriñó entre la lluvia entornando los ojos. No, no eran visiones suyas. Estaba allí, sin duda:

un resplandor rojo.

—¿Doc? ¿Está ahí? —dijo Eddie.

Thorne no contestó. Tomó la radio y el rifle Lindstradt, salió del Explorer y, agachando la cabeza para protegerse de la lluvia, empezó a subir por la pendiente hacia el cruce con el camino de montaña. Al doblar la curva, vio claramente el jeep rojo, en medio del camino, con las luces traseras encendidas, una de ellas rota.

Corrió hacia el jeep, intentando ver el interior. Al caer un rayo comprobó que no había nadie adentro. La puerta del conductor no estaba cerrada y presentaba una profunda abolladura en la chapa. Thorne subió y buscó a tientas en la columna de dirección. Sí, tenía la llave en el contacto. La hizo girar y el motor arrancó.

Puso el jeep en movimiento, cambió de sentido y se dirigió hacia el claro. Después de unos cuantos recodos más avistó el tejado verde del laboratorio y dobló a la izquierda. Los haces de los faros trazaron un arco sobre la hierba y alumbraron a los dinosaurios, todavía concentrados en su empeño de empujar el tráiler.

Ante la presencia de aquellas otras luces los tiranosaurios se volvieron al unísono y bramaron en dirección al jeep. A continuación abandonaron el tráiler y emprendieron una veloz carrera por el claro. Thorne dio marcha atrás desesperadamente, pero enseguida se dio cuenta de que no se dirigían hacia él, sino hacia un árbol cercano. Se detuvieron ante el árbol con las cabezas en alto. Thorne apagó las luces y esperó. Sólo veía a los animales de manera intermitente bajo el resplandor de los rayos. Una de las veces advirtió que bajaban a la cría del árbol. Obviamente su repentina llegada les había hecho temer por la seguridad de la cría.

Cuando cayó el siguiente rayo, los tiranosaurios ya habían desaparecido. El claro estaba vacío. ¿Se habían marchado o simplemente se habían escondido? Bajó el vidrio de la ventanilla y asomó la cabeza. En ese momento oyó un chirrido continuo. Se asemejaba al gemido de un animal, pero era demasiado regular, demasiado constante. Escuchó atentamente y se dio cuenta de que era otra cosa: un sonido metálico.

Thorne volvió a encender las luces y avanzó despacio. Al parecer los tiranosaurios se habían marchado definitivamente. En el haz de luz de los faros vio el segundo tráiler.

Con un continuo chirrido metálico se deslizaba aún poco a poco por la hierba, hacia el precipicio.

—¿Qué hace? —preguntó Kelly en voz alta para hacerse oír sobre el ruido de la lluvia.

—Está en el vehículo —informó Levine, mirando en la oscuridad con los anteojos de visión nocturna. Desde la plataforma de observación veía los faros de Thorne en el claro—. Avanza hacia el tráiler. Y ahora...

—¿Ahora qué? —inquirió Kelly—. ¿Qué hace ahora?

—Da vueltas alrededor de un árbol —dijo Levine—. Un árbol grande situado en el límite del claro.

—¿Por qué?

—Debe de estar enrollando el cable alrededor del árbol —respondió Levine—. No se me ocurre otra razón.

Se produjo un momento de silencio.

—¿Qué hace ahora? —preguntó Arby.

—Salió del jeep y corre en dirección al tráiler.

Thorne estaba de rodillas en el barro y sostenía entre las manos el enorme gancho del jeep. Pese a que el tráiler seguía deslizándose hacia el precipicio, logró arrastrarse debajo y colocar el gancho en el eje trasero. Retiró los dedos en el preciso momento en que el gancho se trababa contra la cubierta de los frenos y rodó a un lado.

Recién sujetado, el tráiler se desplazó bruscamente de costado y las ruedas segaron la porción de hierba donde Thorne estaba tendido hacía unos instantes.

El cable metálico del cabrestante se tensó. La parte inferior del tráiler rechinó en protesta.

Pero la estructura aguantó.

Thorne salió de debajo del tráiler y lo miró bajo la lluvia con los ojos entornados. Observó atentamente las ruedas del jeep para comprobar si se movían. No. Con el cable enrollado al árbol, el jeep bastaba como contrapeso para mantener el segundo tráiler al borde del precipicio.

Regresó al jeep, subió y fijó el freno. Oyó decir a Eddie por la radio:

—Doc, Doc.

—Estoy aquí, Eddie.

—Logró detenerlo.

—Sí. Ya no se mueve.

La radio crepitó.

—Estupendo. Pero escuche, Doc. Ya sabe que el fuelle no es más que una malla metálica de cinco milímetros de grosor montada sobre espirales de acero inoxidable. No está pensada para...

—Ya lo sé, Eddie. Estoy en eso.

Thorne bajó del jeep y corrió hacia el tráiler bajo la lluvia. Abrió la puerta lateral y entró. El interior estaba completamente oscuro. No veía nada. Todo se había caído de las estanterías. Pisó fragmentos de vidrio. Todas las ventanas estaban rotas. Con la radio en la mano dijo:

—¡Eddie!

—Sí, Doc.

—Necesito una cuerda. —Le constaba que Eddie había reunido toda clase de material.

—Doc...

—Sólo dime dónde está.

—En el otro tráiler, Doc.

Thorne chocó contra una mesa en la oscuridad.

—¡Magnífico! —exclamó.

—Puede que haya una cuerda de nailon en el armario de herramientas —dijo Eddie—. Pero no sé cuánta—. No parecía muy esperanzado.

Thorne se abrió paso hasta el fondo del tráiler y llegó hasta los armarios empotrados. Las puertas estaban atrancadas. Tiró con fuerza en la oscuridad, pero finalmente desistió. El armario de repuestos estaba al otro lado del fuelle. Quizás allí había cuerda. Y en ese momento era cuerda lo que necesitaba.

El tráiler

Sarah Harding, todavía colgada en el extremo del tráiler, levantó la vista y contempló el fuelle retorcido que comunicaba con el segundo tráiler. Las embestidas de los dinosaurios habían cesado y el tráiler ya no se movía. Pero ahora notaba un goteo de agua fría en la cara. Y sabía lo que eso significaba.

El fuelle empezaba a rasgarse.

Miró hacia arriba y vio el principio de una rajadura en la tela que dejaba al descubierto las espirales de acero que formaban el fuelle. La rajadura era aún pequeña, pero se extendería rápidamente. Y al romperse la malla, el acero se desenroscaría, se alargaría y finalmente cedería.

Sólo disponían de unos minutos antes de que el tráiler se desprendiese y cayese al vacío.

Descendió de nuevo hasta donde se encontraba Malcolm y buscó un punto de apoyo firme junto a él.

—Ian.

—Ya lo sé —contestó Malcolm con un gesto de negación.

—Ian, tenemos que salir de aquí. —Lo agarró por las axilas y lo ayudó a enderezarse—. Y tú vienes conmigo.

Malcolm, derrotado, volvió a negar con la cabeza. Sarah ya había visto antes en su vida ese mismo gesto de renuncia, y lo detestaba. Ella jamás se rendía.

Malcolm lanzó un gruñido.

—No puedo...

—Tienes que hacerlo —instó Sarah.

—Sarah...

—No pienso escucharte, Ian. No tenemos nada de qué hablar. Y ahora vamos. —Tiró de Malcolm, y él gimió. Pese a todo Sarah lo obligó a erguirse y lo separó de la mesa.

El resplandor de un rayo iluminó el tráiler, y Malcolm pareció hacer acopio de energía. Consiguió mantenerse recto al borde del asiento situado frente a la mesa. Vacilaba, pero se mantenía recto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Malcolm.

—No lo sé, pero tenemos que salir de aquí... ¿Hay cuerda por alguna parte?

Malcolm asintió débilmente.

—¿Dónde? —preguntó Sarah. Malcolm señaló hacia la cabina.

—Allí. Bajo el tablero.

—Vamos, pues —ordenó Sarah.

Se inclinó y buscó apoyo para los pies en el lado opuesto. Adoptó la misma posición que un alpinista en la chimenea de una montaña. El tablero se encontraba a seis metros por debajo de ellos.

—Muy bien, Ian. Vamos.

—No puedo, Sarah. De verdad.

—Entonces apóyate en mí. Yo te llevaré.

—Pero...

—¡Ahora, maldita sea!

Malcolm se levantó y asió con mano temblorosa una manija montada en la pared. Arrastraba la pierna derecha. A continuación, repentinamente, Sarah notó todo su peso sobre ella y casi resbaló. Malcolm se aferró a su cuello, ahogándola. Sarah jadeó, se echó las manos a la espalda, agarró a Malcolm por los muslos y lo levantó en el aire mientras él se sujetaba mejor a su cuello. Finalmente consiguió respirar.

—Lo siento —se disculpó Malcolm.

—No importa —dijo Sarah—. Allá vamos.

Empezó a descender por el pasadizo vertical, aferrándose a todo aquello que encontraba. En algunos sitios había manijas, y donde no las había recurría a los tiradores de los cajones, las patas de las mesas, las fallebas de las ventanas o la alfombra del suelo. En un punto la alfombra se levantó y Sarah se deslizó hacia abajo hasta que consiguió afianzarse nuevamente con las piernas. Colgado a sus espaldas, Malcolm gemía y le temblaban los brazos.

—Eres muy fuerte —comentó él.

—Fuerte pero femenina —contestó Sarah severamente.

Ya estaban sólo a tres metros del tablero. Luego a uno. Sarah encontró una manija, se colgó y dejó ir las piernas. Apoyó los pies en el volante. Bajó y colocó a Malcolm en el tablero. Él se recostó, respirando con dificultad.

El tráiler rechinó y se balanceó. Buscó a tientas bajo el tablero y encontró un pequeño armario. Al abrirlo cayeron varias herramientas. Y encontró una cuerda de nailon de algo más de un centímetro de grosor y posiblemente unos quince metros de longitud.

Se levantó y miró por el parabrisas hacia el valle, ciento cincuenta metros más abajo. Junto a ella tenía la puerta del conductor. Al abrirla, giró completamente hacia afuera y chocó ruidosamente contra la superficie exterior del tráiler. La lluvia le azotó en la cara.

Sarah se asomó y examinó el costado del tráiler. Se componía de paneles lisos de metal, sin manijas. Sin embargo, en la parte inferior tenía que haber ejes, cajas y otros puntos de apoyo. Agarrándose de la manija húmeda de la puerta, se inclinó hacia

afuera para echar un vistazo a la parte inferior del vehículo. En ese momento oyó un golpe metálico y alguien dijo:

—¡Ya era hora!

Una silueta robusta apareció de pronto ante sus ojos. Era Thorne, colgado de la parte inferior del tráiler.

—¡Por Dios! —protestó Thorne—. ¿Qué esperaban? ¿Una invitación formal? ¡Vamos!

—El problema es Ian —explicó Sarah—. Está herido.

«Muy propio de él —pensó Kelly, mientras observaba a Arby en la plataforma—. Cuando las cosas se complican, es incapaz de hacerles frente. Demasiadas emociones, demasiadas tensiones, y empieza a temblar y a comportarse de un modo extraño».

Arby había apartado la vista del precipicio hacía rato y miraba en la otra dirección, hacia el río, como si no ocurriese nada. Muy propio de él.

Kelly se volvió hacia Levine.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

—Thorne acaba de entrar —informó Levine.

—¿Entrar? ¿En el tráiler, quiere decir?

—Sí. Y ahora... ha salido alguien.

—¿Quién?

—Creo que es Sarah.

Kelly se esforzó por ver algo en la oscuridad. La lluvia había amainado y ya sólo caía una fina llovizna. Al otro lado del valle el tráiler colgaba aún en el vacío. Kelly creyó distinguir una figura agarrada a la parte inferior del vehículo. Pero no estaba segura.

—¿Qué hace?

—Trepas.

—¿Sola?

—Sí —respondió Levine—. Sola.

Sarah Harding salió de la cabina, contorsionándose bajo la lluvia. No miró abajo. De sobra sabía que el valle se hallaba a ciento cincuenta metros. Notó que el tráiler se balanceaba. Llevaba la cuerda enrollada al hombro. Giró, bajó la pierna y se apoyó en la caja de cambios. Buscó a tientas con la mano, agarró un cable y quedó colgada en parte inferior.

Thorne, desde la cabina, dijo:

—No conseguiremos sacar a Malcolm sin una cuerda. ¿Puedes subir?

Al resplandor de un relámpago Sarah levantó la vista y examinó la parte inferior del tráiler. Vio brillar la grasa. La oscuridad reinó de nuevo.

—Sarah, ¿podrás subir?

—Sí —contestó Sarah. Alargó un brazo y empezó a trepar.

En la plataforma de observación, Kelly preguntó:

—¿Dónde está? ¿Qué pasa? ¿Está bien?

Levine miraba hacia el precipicio con los anteojos de visión nocturna.

—Está subiendo —anunció.

Arby no prestaba atención a sus voces. Contemplaba el río que surcaba el oscuro llano. Aguardó con impaciencia el siguiente rayo para comprobar si sus ojos no lo habían engañado segundos antes.

Sarah no sabía cómo pero, pese a resbalar una y otra vez, había llegado al borde del precipicio. No había tiempo que perder; desenrolló la cuerda y se arrastró bajo el segundo tráiler. Pasó la cuerda por una manija de metal y la ató rápidamente. A continuación volvió al borde del precipicio y lanzó la cuerda al vacío.

—¡Doc! —avisó.

Asomado a la puerta del tráiler, Thorne agarró la cuerda y ató con ella a Malcolm, quien gimió.

—Vámonos —anunció Thorne. Rodeó a Malcolm con el brazo y giró con él hasta que los dos estuvieron apoyados en la caja de cambios.

—¡Dios mío! —exclamó Malcolm al mirar hacia arriba. Pero Sarah tiraba ya de él.

—Utiliza sólo los brazos —indicó Thorne.

Malcolm empezó a subir. En cuestión de segundos se hallaba ya a tres metros de Thorne.

Thorne empezó a trepar, buscando puntos de apoyo firmes para los pies. La parte inferior del tráiler era en extremo resbaladiza. «Deberíamos haber usado material antideslizante. Pero, ¿quién demonios usa material antideslizante en la parte inferior de un vehículo?», pensó.

Mentalmente vio rasgarse el fuelle... lentamente... abriéndose cada vez más.

Siguió trepando. Una mano tras otra. Un pie tras otro. Cayó un rayo, y Thorne vio que ya estaban cerca.

Sarah, de pie al borde del precipicio, tendió las manos para ayudar a Malcolm, cuyas piernas colgaban flácidas. Subía sólo con la fuerza de los brazos, pero no se daba por vencido. Sarah lo agarró por el cuello de la camisa y tiró de él.

Thorne vio que desaparecía sobre el borde del precipicio. Siguió trepando. Resbalaba una y otra vez y le dolían los brazos.

Sin embargo, continuó subiendo. Sarah alargaba los brazos hacia él.

—Vamos, Doc —dijo.

Sarah le tendía las manos.

Con un ruido metálico la tela del fuelle se rasgó totalmente y el tráiler descendió tres metros, sujeto sólo por las espirales, cada vez más extendidas.

Thorne trepó más deprisa, mirando a Sarah, que le tendía la mano.

—Aún puedes lograrlo, Doc...

Thorne trepó, cerró los ojos y trepó, agarrándose a la cuerda, aferrándola firmemente. Le dolían los brazos, le dolían los hombros y la cuerda pareció estrecharse entre sus manos. Se la enrolló en el puño, para asirse mejor. Pero en el último momento empezó a resbalar, y de pronto notó un vivo dolor en el cuero cabelludo.

—Lo siento, Doc —dijo Sarah, tirándole del pelo. El dolor era intenso pero no le importó; de hecho, apenas lo notó porque estaba ya a la altura del fuelle y veía desprenderse las espirales como un corsé a punto de reventar. El tráiler descendió aún más, pero Sarah no lo soltó. Era una mujer extraordinariamente fuerte. Por fin Thorne tocó con los dedos la hierba húmeda y se encaramó al borde del precipicio. Estaba a salvo.

Bajo ellos se produjo una serie de estallidos metálicos a medida que se rompían una tras otra las espirales, y finalmente, con un último gemido, el fuelle se rompió y el tráiler cayó al vacío, haciéndose cada vez más pequeño, hasta estrellarse contra las rocas. A la luz del siguiente rayo lo vieron yacer al pie del precipicio como una bolsa de papel arrugada.

Thorne se volvió y miró a Sarah.

—Gracias.

Sarah se dejó caer al suelo junto a él. La sangre rezumaba del vendaje que le cubría la frente. Abrió la mano y soltó un puñado de pelo gris, que cayó al suelo formando un húmedo haz.

—¡Qué nohecita! —dijo Sarah.

La plataforma de observación

Mirando con los anteojos de visión nocturna, Levine anunció:

—¡Lo lograron!

—¿Todos? —preguntó Kelly.

—¡Sí! ¡Se salvaron todos!

Kelly empezó a saltar y lanzar gritos de júbilo.

Arby se volvió y le quitó a Levine los anteojos de la mano.

—¡Eh! —protestó Levine—. Un momento.

—Los necesito —aseguró Arby. Se dio media vuelta y observó el llano oscuro. Por un momento no vio más que una mancha verde. Encontró la rueda de enfoque, la ajustó rápidamente y una imagen nítida apareció ante sus ojos.

—¿Qué demonios es tan importante? —inquirió Levine, malhumorado—. Esos anteojos son muy caros...

En ese momento todos oyeron los gruñidos. Estaban cada vez más cerca.

En distintos tonos de verde pálido, Arby vio con toda claridad a los raptos. Había doce y avanzaban dispersos por la hierba en dirección a la plataforma. Un animal, al parecer el jefe de la manada, encabezaba la marcha a unos cuantos metros del grupo; pero era difícil discernir una organización interna en la manada. Los raptos gruñían y se lamían la sangre del hocico, limpiándose la cara con las garras delanteras en un gesto curiosamente inteligente, casi humano. A través de los anteojos de visión nocturna, sus ojos parecían despedir un resplandor verde.

Aparentemente no habían reparado en la presencia de la plataforma, pues no la miraban en ningún momento. Pero sin duda se dirigían hacia allí.

De pronto le arrancaron los anteojos.

—Disculpa —dijo Levine—. Será mejor que me ocupe yo de esto.

—De no ser por mí ni siquiera se habría dado cuenta —protestó Arby.

—Silencio —ordenó Levine. Tomó los anteojos, los enfocó y suspiró ante la imagen: doce animales, a unos veinte metros.

—¿Nos ven? —preguntó Eddie en voz baja.

—No. Y el viento sopla de frente, así que tampoco nos huelen. Imagino que siguen el paso de animales que entra en la selva junto a la plataforma. Si no hacemos ruido, pasarán de largo.

La radio crepitó, y Eddie se apresuró a apagarla.

Los cuatro mantenían la vista fija en la llanura. En esos momentos la noche estaba serena. Ya no llovía y la Luna empezaba a asomar entre las nubes. Vieron acercarse a los animales, formas oscuras contra la hierba plateada.

—¿Pueden subir hasta aquí? —susurró Eddie.

—No veo cómo van a poder —contestó Levine con un murmullo—. Nos encontramos a unos seis metros sobre el suelo. No creo que haya peligro.

—Pero tú mismo dijiste que podían trepar a los árboles.

—Chist. Esto no es un árbol. Y ahora todos agachados y en silencio.

Malcolm hizo una mueca de dolor cuando Thorne lo tendió en una mesa del segundo tráiler.

—Por lo que se ve, no tengo mucha suerte en estas expediciones, ¿no?

—No, desde luego —coincidió Sarah—. Y ahora tranquilo, Ian. —Bajo la luz de la linterna que Thorne sostenía, Sarah cortó la pierna del pantalón de Malcolm. Tenía una profunda herida en la pierna derecha y había perdido mucha sangre. Preguntó—: ¿Hay algún botiquín a mano?

—Creo que tenemos uno afuera, donde enganchamos la motocicleta —dijo Thorne.

—Tráelo.

Thorne salió a buscarlo. Malcolm y Sarah se quedaron solos en el tráiler. Sarah acercó la luz a la herida para examinarla de cerca.

—¿Está muy mal? —quiso saber Malcolm.

—Podría haber sido peor —contestó Sarah para calmarlo—. Sobrevivirás.

En realidad, el corte era muy profundo, casi hasta el hueso, pero afortunadamente no afectaba la arteria. Sin embargo, la herida estaba sucia. Sarah vio grasa y trozos de hojas adheridos a la carne rasgada. Tendría que limpiarla a fondo, pero esperaría a que la morfina hiciese efecto.

—Sarah, te debo la vida —admitió Malcolm.

—No tiene importancia, Ian.

—Sí, sí la tiene.

—Ian —dijo Sarah—, esa sinceridad no es propia de ti.

—Se me pasará —bromeó Malcolm con una leve sonrisa. Sarah era consciente de que el dolor debía de ser intenso.

Thorne regresó con el botiquín, y Sarah llenó la jeringa, expulsó las burbujas y le inyectó a Malcolm la morfina en el hombro. Malcolm gruñó.

—¿Qué cantidad has puesto?

—Mucha.

—¿Por qué?

—Porque tengo que limpiar la herida, Ian —explicó Sarah—, y no va a gustarte. Malcolm lanzó un suspiro. Volviéndose hacia Thorne, comentó:
—Siempre pasa algo, ¿no? Adelante, Sarah, hazlo lo mejor que puedas.

Levine observaba a los raptos con los anteojos de visión nocturna. Formaban un grupo disperso y avanzaban con su característico trote. Intentó detectar alguna organización en la manada, alguna estructura, algún indicio de jerarquía. Los velocirraptos eran animales inteligentes y cabía esperar que se organizaran jerárquicamente, y eso debía ponerse de manifiesto en su configuración espacial. Sin embargo, Levine no identificó pauta alguna. Parecían una banda de merodeadores, sin orden, silbándose y agredándose mutuamente.

Junto a Levine, Eddie y los chicos se hallaban agachados. Eddie los rodeaba con los brazos para tranquilizarlos. El chico en particular estaba aterrorizado. La chica, en cambio, parecía más calmada.

Levine no entendía la razón de tanto miedo. En lo alto de la plataforma se encontraban a salvo. Él observaba acercarse la manada con objetividad académica, tratando de advertir algún patrón en sus rápidos movimientos.

Sin duda seguían el paso de animales. Mantenían exactamente la misma trayectoria que los parasaurios unas horas antes: del río a la selva pasando junto a la plataforma. Los raptos no prestaron la menor atención a la estructura. Básicamente interactuaban entre sí.

Los animales rodearon la plataforma, y parecían alejarse cuando el raptor más cercano se detuvo, quedó rezagado del resto de la manada y olfateó el aire. De pronto se inclinó y comenzó a hurgar con el hocico al pie de la estructura.

Levine se preguntó qué hacía.

El raptor solitario gruñó. Continuó husmeando en la hierba y por fin se irguió con algo entre las garras delanteras. Levine entornó los ojos esforzándose por ver de qué se trataba.

Era un trozo del envoltorio de un chocolate.

El raptor alzó la vista. Miró directamente a Levine con ojos resplandecientes y gruñó.

Malcolm

—¿Te encuentras bien? —dijo Thorne.

—Cada vez mejor —respondió Malcolm con un suspiro. Estaba relajado—. No es raro que a la gente le guste la morfina.

Sarah Harding ajustó la férula de plástico inflable en torno de la pierna de Malcolm y preguntó a Thorne:

—¿Cuánto falta para que llegue el helicóptero?

Thorne consultó el reloj.

—Menos de cinco horas. Estará aquí al amanecer.

—¿Seguro?

—Sí.

—Muy bien —dijo Sarah, asintiendo con la cabeza—. Se pondrá bien.

—Estoy perfectamente —afirmó Malcolm con voz de sueño—. Sólo que lamento que concluya el experimento. Y ha sido un buen experimento. Tan elegante. Tan único. Darwin no sabía nada.

—Voy a limpiar la herida ahora —anunció Sarah a Thorne—. Sujeta bien la pierna. —Levantando la voz, añadió—: ¿Qué es lo que Darwin no sabía, Ian?

—Que la vida es un sistema complejo —contestó Malcolm— y todo lo que de eso se desprende. Arquitectura genética. Adaptación controlada. Redes de Boole. Comportamiento autoorganizativo. ¡Pobre hombre! ¡Ay! ¿Qué haces?

—Tú cuéntanos —instó Sarah, inclinada sobre la herida—. Darwin no tenía idea...

—De que la vida es tan increíblemente compleja —prosiguió Malcolm—. En realidad, nadie se da cuenta. Un solo huevo fecundado contiene cientos de miles de genes que actúan de modo coordinado, activándose y desactivándose en circunstancias específicas para transformar esa única célula en una criatura viva completa. Esa primera célula empieza a dividirse, pero las células siguientes son distintas. Se especializan. Unas constituyen el sistema nervioso, otras el tejido intestinal, otras los miembros. Cada conjunto de células sigue su propio programa, desarrollándose, interactuando. Al final hay doscientas cincuenta clases de células distintas, todas desarrollándose conjuntamente y en el momento preciso. Justo cuando el organismo requiere un sistema circulatorio, el corazón comienza a bombear. Justo cuando son necesarias las hormonas, las glándulas suprarrenales empiezan a producirlas. Semana tras semana este desarrollo extraordinariamente complejo

continúa de manera perfecta. Perfecta. Es increíble. No hay actividad humana que se parezca ni remotamente.

»De verdad. ¿Construyeron una casa alguna vez? Una casa es simple en comparación. Aun así los albañiles hacen mal la escalera o ponen la piletta de la cocina del revés; el encargado de los azulejos no llega cuando debe. Infinidad de cosas salen mal. Y sin embargo la mosca que se posa en la comida del albañil es perfecta. ¡Ay! Cuidado.

—Lo siento —se disculpó Sarah, que seguía limpiando la herida.

—Pero la cuestión es —continuó Malcolm— que apenas podemos describir, y ni hablemos de comprender, este intrincado proceso de desarrollo de la célula. ¿Se dan cuenta de los límites de nuestra comprensión? Matemáticamente podemos describir la interacción de dos objetos, por ejemplo dos planetas en el espacio. La interacción de tres objetos, tres planetas en el espacio, es ya más complicada. Pero describir la interacción de cuatro o cinco objetos es imposible. Y en el interior de la célula se produce la interacción de cientos de miles de objetos. Es verdaderamente increíble. Es algo tan complejo que parece mentira que exista la vida. Algunos piensan que las formas vivas se autoorganizan. La vida crea su propio orden del mismo modo que la cristalización genera un orden. Algunos creen que la vida se cristaliza en el ser, y así interpretan la complejidad.

»Porque si no supiésemos nada de química, miraríamos un cristal y nos formularíamos las mismas preguntas. Contemplaríamos esas bellas calizas, esas facetas geométricas perfectas, y nos preguntaríamos: ¿Qué controla este proceso? ¿Cómo es posible que un cristal esté tan perfectamente formado y sea tan semejante a otros cristales? Pero resulta que un cristal es sólo el modo en que las fuerzas moleculares se distribuyen en forma sólida. Nadie controla el proceso. Se produce por sí solo. Si uno tiene demasiadas dudas sobre el cristal, significa que no comprende la esencia de los procesos que conducen a su creación.

»Así que quizá las formas vivas son una especie de cristalización. Quizá la vida simplemente ocurre. Y quizá los seres vivos, como los cristales, poseen un orden característico generado por la interacción de sus elementos. Y bueno, una de las cosas que nos enseñan los cristales es que el orden surge muy deprisa. Tan pronto tenemos un líquido donde todas las moléculas se mueven al azar como se forma un cristal y todas las moléculas se disponen según un orden. ¿No es así?

—Sí...

—Y pensemos ahora en el ecosistema establecido en el planeta por la interacción de las distintas formas de vida. Eso resulta aún más complejo que un solo animal. Toda disposición es en extremo complicada. Como, por ejemplo, la yuca. ¿Saben qué ocurre con la yuca?

—No. Cuéntanos.

—La yuca depende de una mariposa nocturna que recoge el polen, forma una bola con él y lo transporta a otra planta, no a una flor distinta de la misma planta. Luego restriega la bola de polen en la otra planta y la fertiliza. Sólo entonces la mariposa pone sus huevos. La yuca no sobrevive sin la mariposa. La mariposa no sobrevive sin la yuca. Esa clase de interacciones es la que nos hace pensar que el comportamiento es también una especie de cristalización.

—¿Hablas metafóricamente? —preguntó Sarah.

—Hablo del orden de todo el mundo natural —afirmó Malcolm—. Y de lo deprisa que puede surgir a través de la cristalización. Porque el comportamiento de los animales complejos puede evolucionar rápidamente. Pueden producirse alteraciones a gran velocidad. Los seres humanos están transformando el planeta, y nadie sabe a ciencia cierta si ese desarrollo es peligroso o no. De modo que esos procesos del comportamiento se producen más deprisa de lo que suele creerse. En diez mil años los seres humanos han pasado de la caza al cultivo de la tierra, del cultivo a la vida en las ciudades, y de las ciudades al ciberespacio. El comportamiento evoluciona y arrasa, y nadie sabe si podremos adaptarnos. Aunque yo personalmente creo que el ciberespacio será el final de la especie.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque significa el fin de la innovación —dijo Malcolm—. Esa idea de mantener interconectado al mundo entero equivaldrá a la muerte en masa. Todo biólogo sabe que los pequeños grupos aislados evolucionan más rápidamente. Si dejamos mil aves en una isla, evolucionan muy deprisa. Si ponemos mil aves en un gran continente, el ritmo evolutivo disminuye. Actualmente en nuestra especie la evolución se produce en esencia a través del comportamiento. Innovamos el comportamiento para adaptarnos. Y todo el mundo sabe que la innovación sólo se da en pequeños grupos. Si tenemos un comité de tres personas, es posible que lleguen a alguna parte. Con diez personas el asunto se complica. Y si son treinta ya no hay nada que hacer. Con treinta millones resulta absolutamente imposible. Ése es el resultado de la comunicación de masas: impide que ocurran cosas. La comunicación de masas anula la diversidad. Uniforma todos los rincones del planeta. Bangkok, Tokio o Londres se convierten en lo mismo: un McDonald's en una esquina, un negocio de Benneton en otra, y un negocio de Gap al otro lado de la calle. Las diferencias regionales se desvanecen. En un mundo dominado por los medios de comunicación, hay menos de todo salvo listas de los diez mejores libros, discos, películas o ideas. A la gente le preocupa que se pierda la diversidad de las especies en las selvas tropicales, pero, ¿y la diversidad intelectual, nuestro recurso más valioso? Eso está desapareciendo más deprisa que los árboles. Sin embargo, de eso no nos damos cuenta, y ahora planeamos conectar a cinco mil millones de personas mediante el ciberespacio. Y con eso se paralizará la especie entera. Todo se detendrá de repente.

Todo el mundo pensará lo mismo al mismo tiempo. Uniformidad global. ¡Eh, me haces daño! ¿Terminaste?

—Casi —respondió Sarah—. Sigue hablando.

—Y sin duda ocurrirá muy deprisa. Si observamos la evolución de un sistema complejo en un gráfico de adaptación, vemos que el comportamiento varía a un ritmo tan rápido que la capacidad de adaptación puede quedarse atrás fácilmente. No es necesario que caiga un asteroide o aparezca una enfermedad. Un simple cambio en el comportamiento puede ser fatal para una especie. En mi opinión, los dinosaurios, unas criaturas muy complejas, podrían haber sufrido uno de estos cambios. Y eso los llevó a la extinción.

—¿A todos?

—Bastaría con que se extinguiesen primero unos cuantos —aclaró Malcolm—. Supongamos que una clase de dinosaurios se establece en los pantanos que rodean el mar interior: altera la circulación de agua y destruye la vegetación de la que dependen otros animales. Varias clases desaparecen. Eso provoca nuevos trastornos. Se extingue un depredador, y su presa prolifera descontroladamente. El ecosistema se desequilibra. Las cosas empeoran. Mueren más especies. Y de pronto todo ha terminado.

—Sólo por el comportamiento...

—Sí —afirmó Malcolm—. Al menos ésa era la idea. Y pensaba que aquí podríamos verificarla... Pero se acabó. Tenemos que marcharnos. Mejor será que les avisen a los otros.

Thorne pulsó el botón de la radio.

—¿Eddie? Soy Doc.

No hubo respuesta.

—¿Eddie?

La radio crepitó, y a continuación oyeron un ruido que inicialmente sonó como una interferencia estática. Tardaron un momento en darse cuenta de que era un grito humano.

La plataforma de observación

El primer raptor siseó y empezó a saltar hacia la plataforma. A cada intento sacudía la estructura y arañaba el metal con las garras. Eddie observó con asombro la altura de sus saltos: sin aparente esfuerzo se elevaba a dos metros y medio del suelo. Esos saltos atrajeron a los otros animales, que rodearon lentamente la plataforma.

Al cabo de un momento la estructura comenzó a balancearse a causa de las embestidas de los animales, que se lanzaban una y otra vez intentando sujetarse al andamiaje. Pero lo más alarmante, como advirtió Levine, era que aprendían. Algunos de los raptos habían empezado a utilizar los miembros anteriores para agarrarse a la estructura y sostenerse mientras buscaban un punto de apoyo para las patas traseras. Uno de los raptos casi trepó hasta el refugio antes de caer. Las caídas no parecían afectarlos; se levantaban de inmediato y seguían saltando.

Eddie y los chicos se pusieron de pie.

—¡Atrás! —ordenó Levine, empujando a los chicos al centro del refugio—. No miren.

Eddie sacó una bengala de la mochila y la arrojó por encima de la baranda. Dos raptos cayeron al suelo. Sin embargo, el resplandor de la bengala no ahuyentó a los animales. Eddie arrancó una barra de aluminio de la estructura y se asomó por encima de la baranda blandiéndola como una estaca.

Uno de los raptos encaramados al andamiaje lanzó una dentellada al cuello de Eddie. Éste, sorprendido, se apartó pero las fauces del animal le atraparon la camisa. A continuación el raptor cayó, arrastrando a Eddie con su peso.

—¡Auxilio! ¡Auxilio! —gritó, doblado sobre la baranda. Levine lo agarró entre los brazos y tiró de él. Eddie golpeó al raptor en el hocico con la barra, pero el animal siguió aferrado a él como un bulldog. Eddie se hallaba inclinado precariamente sobre la baranda; podía caer en cualquier momento. Le clavó la barra en un ojo al animal, y éste lo soltó. Eddie y Levine cayeron de espaldas en el refugio. Cuando se levantaron, vieron a varios raptos trepando por los costados de la estructura. En cuanto asomaban en lo alto, Eddie los golpeaba con la barra.

—¡Deprisa, al techo! —ordenó a los chicos—. ¡Deprisa!

Kelly trepó fácilmente por la estructura y subió al techo. Arby, en cambio, se quedó inmóvil, con la mirada perdida.

—¡Vamos, Arb! —instó Kelly.

Arby estaba paralizado por el miedo. Levine corrió a ayudarlo. Eddie blandía la

barra, trazando amplios círculos alrededor, golpeando una y otra vez a los raptos.

Uno agarró la barra entre los dientes y tiró con fuerza. Eddie perdió el equilibrio, retrocedió a tropezones y cayó gritando por encima de la baranda. De inmediato todos los animales saltaron al suelo. Desde lo alto de la plataforma oyeron los alaridos de Eddie. Los raptos no dejaban de gruñir.

Levine estaba aterrorizado. Aún tenía a Arby entre sus brazos para ayudarlo a subir al techo.

—Vamos —repetía—. Vamos. Vamos.

Desde arriba Kelly dijo:

—Arb, puedes lograrlo.

El chico se agarró del techo y subió. Tenía las piernas agarrotadas de terror. Sin querer golpeó a Levine en la boca. Levine lo soltó y vio cómo resbalaba y caía de la plataforma.

—¡Dios mío! —exclamó Levine—. ¡Dios mío!

Thorne se hallaba bajo el tráiler desenganchando el cable. Cuando logró soltarlo, salió a rastras y corrió hacia el jeep. Oyó el zumbido de un motor y vio que Sarah se había montado en la motocicleta y se alejaba ya con un rifle Lindstradt al hombro.

Se sentó al volante del jeep, encendió el motor y aguardó con impaciencia a que el cable del cabrestante se enrollase. Miró por encima del hombro y vio desaparecer entre el follaje la luz posterior de la moto.

Por fin se detuvo el motor del cabrestante y Thorne arrancó. Pulsó el botón de la radio y dijo:

—Ian.

—No te preocupes por mí —contestó Malcolm con voz soñolienta—. Estoy bien.

Kelly estaba tendida boca abajo en el techo inclinado del refugio, asomada al borde. Vio caer a Arby violentamente contra el suelo. Eddie había caído por el lado opuesto de la estructura. Kelly volvió la cabeza para aferrarse mejor al húmedo metal, y cuando miró de nuevo, Arby había desaparecido.

Desaparecido.

Sarah Harding avanzaba rápidamente por el camino embarrado. No sabía con seguridad dónde se hallaba, pero supuso que bajando llegaría tarde o temprano al valle. Al menos eso esperaba.

Aceleró, dobló en una curva y de pronto vio un tronco enorme que obstruía el paso. Frenó, dio la vuelta y volvió hacia atrás. Más arriba vio los faros del jeep de Thorne, que giraban a la derecha. Siguió al jeep, acelerando en la oscuridad.

Levine se hallaba de pie en el centro de la plataforma, paralizado por el miedo. Los raptos ya no intentaban trepar por la estructura. Oía sus gruñidos al pie de la plataforma. Arby no había llegado a emitir un solo sonido.

Un sudor frío le recorrió el cuerpo. De pronto oyó los gritos de Arby:

—¡Atrás! ¡Atrás!

Kelly se arrastró por el techo para asomarse por el otro lado. A la tenue luz de la bengala ya casi apagada vio que Arby se había metido en la jaula. Había conseguido cerrar la puerta y asomaba una mano entre los barrotes para cerrar con llave. Alrededor de la jaula había tres raptos, que se abalanzaron sobre él al ver la mano.

—¡Atrás! —gritó Arby.

Los raptos mordieron la jaula, torciendo la cabeza para roer los barrotes. La goma elástica que colgaba de la llave se enredó en la mandíbula inferior de uno de ellos. El raptor tiró con fuerza y de pronto la llave saltó de la cerradura, golpeándolo al animal en el cuello.

El raptor lanzó un chirrido de sorpresa y retrocedió con la goma elástica enrollada en la mandíbula y la llave destellando a la luz de la bengala. Intentó desprendérsela con los miembros delanteros pero había quedado atrapada en los curvos dientes posteriores.

Mientras tanto los otros raptos consiguieron desenganchar la jaula de la estructura y la volcaron. Trataron de morder a Arby a través de los barrotes, pero al comprender que eso no daría resultado, golpearon la jaula repetidamente con las patas. Acudieron otros raptos. En un instante siete animales rodeaban la jaula. Empujándola con los pies, la alejaron de la plataforma.

En ese momento Kelly oyó un suave zumbido y vio unos faros a lo lejos.

Se acercaba alguien.

Arby se encontraba en medio del infierno. Dentro de la jaula, estaba rodeado por rugientes formas renegridas. Los raptos no lograban introducir las fauces por los espacios entre los barrotes, pero la saliva caliente se vertía sobre Arby. Cuando pateaban, las garras penetraban en la jaula y le desgarraban los brazos y los hombros mientras se contorsionaba. Le dolía la cabeza por los golpes contra los barrotes. El mundo daba vueltas; era un aterrador pandemonio. Sólo estaba seguro de una cosa.

Los raptos estaban alejando la jaula de la plataforma.

Cuando el jeep se aproximó, Levine fue hasta la baranda y miró hacia abajo. A la luz de la bengala vio que tres raptos arrastraban los restos de Eddie hacia la selva. Vio también que otro grupo empujaba la jaula con las patas por el paso de animales hacia

los árboles. Miró hacia el jeep. Thorne estaba al volante. Levine confiaba en que llevase un arma. Deseaba matar hasta el último de aquellos malditos animales. Deseaba matarlos a todos.

Desde el techo del refugio Kelly veía cómo se llevaban la jaula los raptos. Uno de ellos quedó rezagado, haciendo girar una y otra vez la cabeza como un perro frustrado. Kelly advirtió que se trataba del raptor que tenía la goma elástica enganchada entre los dientes de la mandíbula inferior. La llave colgaba aún ante su cuello.

El jeep llegó a toda velocidad, y el raptor pareció desconcertado por el repentino brillo de los faros. Thorne aceleró, intentando atropellarlo. El raptor se dio vuelta y huyó por la llanura.

Kelly abandonó el techo y empezó a bajar.

Thorne abrió la puerta del jeep, y Levine subió de un salto.

—Tienen al chico —dijo Levine, señalando hacia el paso de animales.

—¡Esperen! —gritó Kelly, colgada aún del andamiaje.

—Vuelve ahí arriba —ordenó Thorne—. Sarah viene hacia aquí. Nosotros vamos por Arby.

—Pero...

—No podemos perderles el rastro.

Thorne pisó el acelerador y siguieron a los raptos por el paso de animales.

En el tráiler Ian Malcolm oía los gritos por la radio. Percibía en las voces miedo y confusión.

«Ruido negro. El caos se impone. La interacción de cien mil objetos», pensó.

Lanzó un suspiro y cerró los ojos.

Thorne conducía rápidamente entre la densa vegetación. El paso de animales se estrechó. Las hojas de las palmeras azotaban los costados del jeep.

—¿Podremos pasar? —preguntó Thorne.

—El ancho es suficiente —dijo Levine—. Yo lo recorrí esta mañana. Los parasaurios usaron este camino.

—¿Cómo pudo ocurrir una cosa así? —se lamentó Thorne—. La jaula estaba enganchada a la estructura.

—No lo sé —contestó Levine—. Cedió.

—¿Cómo? ¿Cómo?

—No lo vi. Pasaron muchas cosas.

—¿Y Eddie? —preguntó Thorne sombríamente.

—Fue muy rápido.

Thorne siguió avanzando temerariamente. Ante ellos los raptos se movían deprisa; apenas veían al último del grupo.

—¡No me escucharon! —exclamó Kelly cuando Sarah llegó en la motocicleta.

—¿A qué te refieres?

—¡El raptor se llevó la llave! ¡Arby está encerrado en la jaula y el raptor se llevó la llave!

—¿Por dónde? —preguntó Sarah.

—Por allí —dijo Kelly, señalando hacia la llanura. A la luz de la luna vieron la silueta oscura del raptor a lo lejos—. ¡Necesitamos la llave!

—Sube —instó Sarah, descolgándose el rifle del hombro y entregándoselo a Kelly—. ¿Sabes disparar?

—No. Bueno, nunca...

—¿Sabes conducir una moto?

—No...

—Entonces tendrás que ocuparte del rifle —ordenó Sarah—. Mira, éste es el gatillo. ¿De acuerdo? Éste es el seguro. Se quita así. ¿Entendido? Va a ser un viaje agitado, así que manténlo puesto hasta que estemos cerca.

—¿Cerca de qué? —inquirió Kelly.

Pero Sarah no la oyó. La motocicleta aceleraba ya por la llanura tras el raptor. Kelly se agarró a Sarah con un brazo.

El jeep avanzaba por el camino embarrado sacudiéndose violentamente.

—No recordaba que estuviese en tan mal estado —comentó Levine, sujetándose a la manija del jeep—. Quizá deberías ir más despacio...

—Ni hablar —contestó Thorne—. Si los perdemos de vista, no habrá nada que hacer. No sabemos dónde está el nido de los raptos. Y en esta selva, de noche... ¡Maldita sea!

Ante ellos los raptos abandonaron el camino y desaparecieron entre el follaje. Thorne apenas veía el terreno, pero parecía descender casi verticalmente.

—No lo lograrás —dijo Levine—. Hay demasiada pendiente.

—No hay alternativa.

—No seas loco —amonestó Levine—. Afronta los hechos. Perdimos al chico, Doc.

Thorne lanzó una mirada de furia a Levine.

—Él no te abandonó a ti, y nosotros no vamos a abandonarlo a él. Thorne giró el

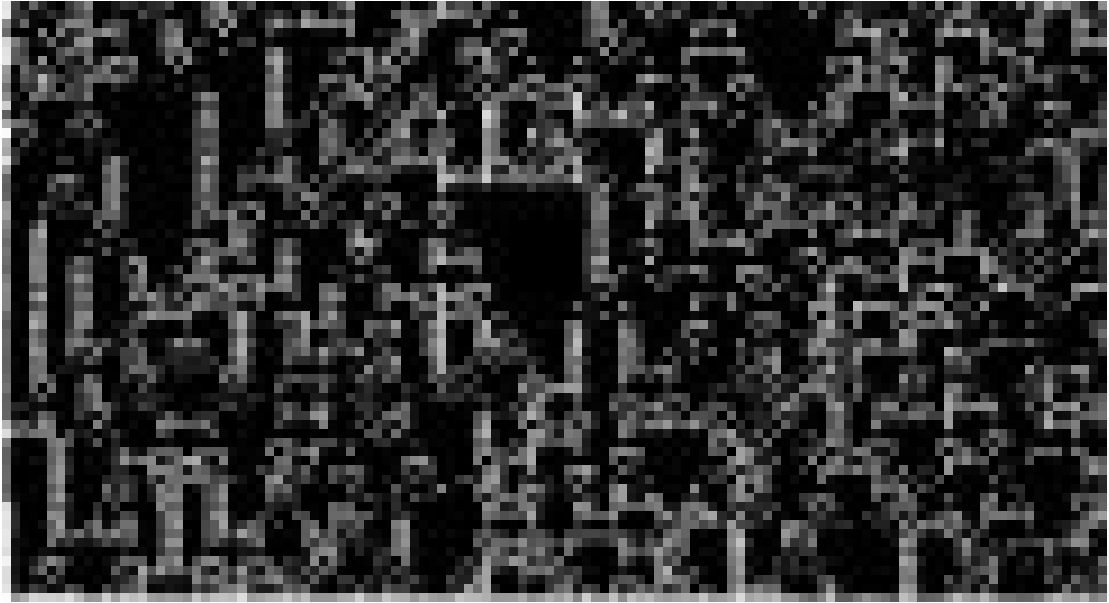
volante y salió del camino. El jeep se inclinó peligrosamente, cobró velocidad e inició el descenso.

—¡Mierda! —exclamó Levine—. ¡Vamos a matarnos!

—¡Agárrate fuerte!

Traqueteando, se precipitaron ladera abajo en la oscuridad.

SEXTA CONFIGURACIÓN



El orden se desmorona en regiones simultáneas. La supervivencia es ahora poco probable para individuos y grupos.

IAN MALCOLM

La persecución

La motocicleta avanzaba rápidamente por la hierba. Kelly se aferraba a Sarah con una mano y sostenía el rifle con la otra; empezaba a cansársele el brazo. La motocicleta se sacudía por el irregular terreno. El pelo, agitado por el viento, le azotaba en la cara.

—¡Agárrate fuerte! —advirtió Sarah.

La Luna asomó entre las nubes, y ante ellas la hierba adquirió una tonalidad plateada. El raptor se encontraba a cuarenta metros, justo en el límite del espacio iluminado por el faro. Ganaban terreno poco a poco. Kelly no veía más animales en la llanura, salvo la manada de apatosaurios que pacía a lo lejos.

Se acercaron al raptor. El animal corría a gran velocidad con la cola rígida, prácticamente oculta entre la hierba. Cuando lo alcanzaron, Sarah giró gradualmente a la derecha para aproximarse al animal. Entonces se inclinó hacia atrás, acercando la boca al oído de Kelly.

—¡Prepárate!

—¿Qué hago? —preguntó Kelly.

Avanzaban ya junto a la cola del raptor. Sarah aceleró, para alcanzar la cabeza.

—¡El cuello! —indicó Sarah—. ¡Dispárale al cuello!

—¿Adónde?

—¡A cualquier sitio! ¡Al cuello!

Kelly manipuló torpemente el rifle y preguntó:

—¿Ahora?

—¡No! ¡Aún no! ¡Espera!

El raptor, aterrorizado por la proximidad de la motocicleta, aumentó la velocidad.

Kelly buscó el seguro. El rifle saltaba entre sus manos. Por fin dio con el seguro y lo quitó. Para disparar tendría que usar las dos manos, y eso significaba soltarse de Sarah.

—¡Prepárate! —le avisó Sarah.

—Pero no puedo...

—¡Ahora! ¡Dispara ya!

Sarah giró levemente, acercándose aún más al raptor. Se hallaba sólo a un metro de distancia. Kelly percibía el olor del animal. El raptor volvió la cabeza y lanzó una dentellada. Kelly disparó, notando el violento retroceso del rifle. Se agarró de nuevo a Sarah. El raptor seguía corriendo.

—¿Qué pasó? —preguntó Kelly.

—¡Fallaste!

Kelly movió la cabeza en un gesto de pesar.

—¡No te preocupes! —dijo Sarah—. ¡Puedes hacerlo! ¡Me acercaré mas!

Sarah volvió a aproximarse, pero esta vez fue distinto. Cuando se encontraban junto al raptor, éste las embistió de pronto con la cabeza. Sarah gritó y giró a la izquierda, aumentando la distancia.

—¡Son criaturas inteligentes! —comentó—. ¡No dan segundas oportunidades!

El raptor las persiguió por un momento y de pronto cambió de dirección, alejándose por la llanura.

—¡Va hacia el río! —advirtió Kelly. Sarah aceleró.

—¿Es muy profundo?

Kelly no contestó.

—¿Es muy profundo? —repitió Sarah, levantando la voz.

—¡No lo sé! —gritó Kelly. Le pareció recordar que había visto a los raptos cruzar el río a nado. Eso equivalía a...

—¿Más de un metro? —preguntó Sarah.

—¡Sí!

—No conseguiremos pasarlo.

El raptor se encontraba ahora a diez metros por delante de la motocicleta y aumentaba gradualmente su ventaja. Sarah giró a la izquierda, alejándose del raptor en dirección al río.

—¿Qué haces? —dijo Kelly.

—Tenemos que cortar el paso.

De pronto una bandada de pájaros alzó vuelo justo delante de la motocicleta. Kelly, sobresaltada, agachó la cabeza. El rifle se le sacudió en la mano.

—¡Ten cuidado! —exclamó Sarah.

—¿Qué pasó?

—¡Se te disparó el rifle!

—¿Cuántos cartuchos quedan?

—¡Dos! —contestó Sarah—. ¡Aprovéchalos!

El río apareció ante ellas, resplandeciente bajo la luna. Salieron de la hierba, y Sarah giró en la orilla lodosa. La motocicleta patinó, y las dos cayeron al barro. Sarah se levantó de un salto y corrió hacia la motocicleta.

—¡Vamos! —gritó.

Kelly, aturdida, la siguió. El rifle estaba cubierto de barro y ella se preguntó si aún funcionaría. Sarah ya se había subido a la motocicleta y le indicó que se apresurase. Kelly saltó tras ella y Sarah avanzó rápidamente por la orilla.

El raptor salió de entre la hierba veinte metros más adelante y corrió hacia el agua.

—¡Se escapa!

El jeep de Thorne bajaba por la ladera sin control. Las hojas de las palmeras golpeaban el parabrisas. No veían nada. El vehículo se desplazó de costado, y Levine gritó.

Thorne sujetó firmemente el volante e intentó corregir la trayectoria. Pisó el freno. El jeep se enderezó y siguió bajando por la ladera. De pronto se abrió una brecha en el follaje, y Thorne vio al otro lado un claro salpicado de grandes rocas negras. Los raptos comenzaron a trepar a las rocas. Quizá si doblaba a la izquierda...

—¡No! —exclamó Levine—. ¡No!

—¡Agárrate!

Thorne dio un golpe de volante. El jeep perdió tracción y se deslizó hacia adelante. Chocaron contra la primera roca y se hizo añicos un faro. El jeep se elevó peligrosamente y volvió a caer al suelo. Thorne pensó por un momento que eso habría inutilizado la transmisión, pero milagrosamente el jeep funcionaba todavía. Siguieron bajando de costado. Golpearon la rama de un árbol y perdieron el segundo faro. Continuaron descendiendo a oscuras y de pronto llegaron a terreno llano.

El jeep rodó suavemente sobre tierra blanda. Thorne lo detuvo.

Silencio.

Miraron por las ventanillas, intentando orientarse. Pero la oscuridad era tal que apenas veían. Al parecer se hallaban en un profundo desfiladero totalmente tapado por las copas de los árboles.

—Contornos aluviales —observó Levine—. Debemos de estar en un arroyo.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Thorne advirtió que Levine tenía razón. Los raptos corrían por el lecho de un arroyo flanqueado de grandes rocas. Sin embargo, el lecho en sí era arenoso y su ancho permitía el paso del jeep. Siguieron a la manada.

El arroyo se ensanchó y desembocó en un amplio embalse. En las orillas los árboles sustituyeron a las rocas. La luz de la Luna se filtraba entre las ramas y la visibilidad era mayor.

Pero los raptos habían desaparecido. Thorne detuvo el jeep, bajó la ventanilla y escuchó. Oyó sus gruñidos y siseos procedentes de algún lugar a la izquierda.

Thorne volvió a poner el jeep en marcha y abandonó el arroyo. Avanzaron por la orilla entre pinos y helechos.

—¿Crees que el chico habrá sobrevivido a ese descenso?

—No lo sé —respondió Thorne.

De pronto los árboles dieron paso a un claro donde los helechos habían sido pisoteados. Más allá del claro vieron las orillas del río. De algún modo habían

regresado al río.

Pero fue el claro lo que atrajo su atención. Varios esqueletos de apatosaurios salpicaban aquel amplio espacio. Las enormes cajas torácicas resplandecían a la luz de la Luna. En el centro había un gigantesco cadáver parcialmente devorado y envuelto por una nube de moscas.

—¿Qué es esto? —preguntó Thorne—. Parece un cementerio.

—Sí —respondió Levine—. Pero no lo es.

Todos los raptores se hallaban agrupados a un lado, disputándose los restos de Eddie. Al otro extremo del claro vieron tres montículos de barro; las paredes estaban rotas en muchos puntos. En los nidos había fragmentos aplastados de cascarón. El hedor de la carne descompuesta flotaba en el aire.

—Éste es el nido de los raptores —dijo Levine, observando el claro.

En la oscuridad del tráiler Malcolm se incorporó con una mueca de dolor y tomó la radio.

—¿Encontraron el nido?

La radio crepitó.

—Sí —afirmó Levine—. Eso creo.

—Descríbelo —le pidió Malcolm.

Levine habló en voz baja, enumerando características, calculando dimensiones. El nido de los velocirraptores le pareció descuidado y mal construido. Eso lo sorprendió, porque normalmente los nidos de dinosaurio transmitían una inconfundible sensación de orden, como él mismo había comprobado una y otra vez en nidos fosilizados desde Montana hasta Mongolia. Entre los velocirraptores, en cambio, la situación era distinta. Todo su entorno ofrecía una imagen caótica: nidos mal hechos, continuas peleas entre los adultos, muy pocos animales jóvenes, cascarones aplastados, montículos pisoteados. Alrededor de los montículos Levine advirtió pequeños huesos dispersos y supuso que eran los restos de recién nacidos. No vio crías vivas en el claro. Había sólo tres ejemplares jóvenes, pero estaban condenados a arreglárselas por su cuenta y presentaban ya numerosas heridas; los tres mostraban evidentes síntomas de desnutrición.

—¿Y los apatosaurios? —preguntó Malcolm por la radio—. ¿Qué me dices de los cadáveres?

Levine contó cuatro cuerpos en distintos grados de descomposición.

—Díselo a Sarah.

Pero Levine se preguntaba otra cosa: ¿Cómo habían llegado hasta allí aquellos cuerpos? Obviamente no habían muerto allí por accidente; sin duda el resto de los

dinosaurios procuraba mantenerse a distancia de aquel nido. No podían haber sido atraídos hasta allí y eran demasiado grandes para ser arrastrados. Entonces, ¿cómo habían llegado? Algo le rondaba por la mente, alguna idea evidente que no conseguía...

—Han llevado a Arby hasta ahí —apuntó Malcolm.

—Sí —dijo Levine . Así es.

Observó el nido, intentando desentrañar el misterio. De pronto Thorne lo golpeó con el codo.

—Allí está la jaula —advirtió, señalando un lugar al otro lado del claro.

Levine vio el brillo de los barrotes de aluminio, tapados parcialmente por los helechos.

—¡Vamos allá! —propuso Levine.

Los raptos, disputándose todavía el cuerpo de Eddie, no prestaban atención a la jaula. Thorne agarró un rifle Lindstradt y abrió el cargador. Seis dardos.

—Con esto no basta —comentó. Había al menos diez raptos en el claro.

Levine buscó su mochila en el asiento trasero. La encontró en el suelo. Abrió el cierre y sacó un cilindro metálico del tamaño de un refresco. En su exterior llevaba estampados unos huesos cruzados y una calavera. Debajo se leía: PRECAUCIÓN, METACOLINA TÓXICA (MIVACURIUM).

—¿Qué es eso? —preguntó Thorne.

—Una sustancia que elaboraron en Los Álamos —explicó Levine—. Es un neutralizador no letal. Desprende un aerosol de colinesterasa de corta duración. Paraliza toda forma de vida durante tres minutos. Dejará a los velocirraptos fuera de combate.

—Pero, ¿y el chico? —objetó Thorne—. No puedes usar eso. Lo paralizarás a él.

—Si lanzamos el cilindro a la derecha de la jaula, el gas volará en la otra dirección, hacia los raptos.

—O quizá no —dijo Thorne—. Y podría afectarlo gravemente. Levine asintió. Guardó de nuevo el cilindro en la mochila y se quedó inmóvil, contemplando a los raptos.

—Y bien, ¿qué hacemos entonces?

Thorne observó la jaula de aluminio, parcialmente oculta entre los helechos. De pronto vio algo que lo obligó a erguirse en el asiento: la jaula se había movido ligeramente.

—¿Te fijaste? —preguntó Levine.

—Voy a sacar a ese niño de ahí —anunció Thorne.

—Pero, ¿cómo?

—A la antigua —contestó Thorne. Salió del jeep.

Sarah aceleró en la motocicleta por la orilla del río. El raptor se dirigía en diagonal hacia el agua.

—¡Vamos! —exclamó Kelly—. ¡Vamos!

El raptor las vio y cambió de dirección, yendo aún hacia el río pero en un ángulo más abierto. Pero en la orilla la motocicleta desarrollaba una velocidad mayor. Le cortaron el paso, y el raptor dobló a la derecha, adentrándose de nuevo en la hierba.

—¡Lo lograste! —gritó Kelly.

Sarah mantuvo la velocidad para ganarle terreno al raptor, que aparentemente había renunciado a cruzar el río y huía sin rumbo.

—¡Maldita sea! —protestó Sarah.

—¿Qué?

—¡Mira!

Kelly se inclinó a un lado y miró por encima del hombro de Sarah. Frente a ellas, a unos cincuenta metros, se hallaba la manada de apatosaurios. Bramaban y giraban asustados.

El raptor corría derecho hacia la manada.

—¡Cree que así nos perderá! —Sarah aceleró para acercarse—. ¡Ahora! ¡Dispara!

Kelly apuntó y disparó. Sintió el retroceso del rifle. Pero el raptor siguió adelante.

—¡Fallaste otra vez! —dijo Sarah.

Frente a ellas, los apatosaurios pateaban el suelo y les volvían la espalda, blandiendo las pesadas colas en el aire. El raptor continuaba avanzando hacia la manada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Kelly.

—¡No nos queda otra elección!

La motocicleta corría paralela al raptor. Juntos pasaron bajo el primer apatosaurio. Kelly echó un vistazo a la curva del vientre, a un metro sobre sus cabezas. Las patas eran tan gruesas como troncos de árbol.

El raptor serpenteó entre las patas. Sarah no se despegaba de él.

Se encontraban ya en medio de la manada. Justo delante, una pata enorme pisó el suelo con fuerza. La motocicleta se sacudió. Sarah giró a la izquierda y pasaron rozando la piel del animal. El raptor dejó atrás la manada y dobló bruscamente para despistarlas.

—¡Mierda! —exclamó Sarah. La cola de un apatosaurio pasó a escasos centímetros de ellas, pero siguieron persiguiendo al raptor, de nuevo en campo abierto. Sarah gritó—: ¡Última oportunidad! ¡Dispara!

Kelly levantó el rifle. La motocicleta se acercó al raptor, que nuevamente intentó embestirla; ella mantuvo la posición y le asestó un puñetazo en la cabeza.

—¡Ahora! —ordenó.

Kelly apoyó la culata en el hombro y apretó el gatillo. El disparo retumbó, pero el

raptor siguió corriendo.

—¡No! —se lamentó—. ¡No!

Pero de pronto el animal se desplomó y rodó por la hierba. Sarah detuvo la motocicleta a cinco metros del raptor, que aún gruñía. Al cabo de un instante dejó de emitir sonido alguno.

Sarah tomó el rifle y abrió el cargador. Kelly vio otros cinco dardos.

—Creía que era el último —dijo.

—Te mentí —admitió Sarah—. Espera aquí.

Sarah se aproximó con cautela al animal caído y le disparó de nuevo. Luego se inclinó sobre el cuerpo inerte.

Cuando regresó, llevaba la llave en la mano.

En el nido los raptos seguían desgarrando el cuerpo de Eddie, pero con menor vehemencia. Frotándose las mandíbulas con los miembros delanteros, algunos se separaron y se encaminaron al centro del claro, en dirección a la jaula.

Thorne subió a la parte trasera del jeep y retiró la capota de lona. Sostenía el rifle en las manos.

Levine se deslizó sobre el asiento y se puso al volante. Encendió el motor.

—¡Adelante! —indicó Thorne.

El jeep se adentró rápidamente en el claro junto al cadáver, los raptos alzaron la vista, sorprendidos ante la intrusión. El jeep había ya pasado el centro del claro y se desplazaba por debajo de las anchas costillas de uno de los enormes esqueletos. Levine giró a la izquierda y se detuvo junto a la jaula. Thorne saltó del jeep y levantó la jaula con las dos manos. En la oscuridad era incapaz de ver en qué estado se hallaba Arby. Levine bajó del jeep, pero Thorne le ordenó que volviese a subir. Cargó la jaula en la parte trasera y él se colocó al lado. Levine puso el jeep en marcha. Los raptos salieron en su persecución. Atravesaron el claro a una velocidad asombrosa.

Cuando Levine pisaba el acelerador a fondo, el raptor más cercano saltó por el aire y cayó en la parte trasera del jeep, aferrándose a la lona de la capota con los dientes.

Levine aceleró y el jeep abandonó el claro con un violento traqueteo.

En la oscuridad, Malcolm se hundía en los sueños de la morfina. Flotaban imágenes ante sus ojos: paisajes de adaptación, las imágenes multicolores de la computadora, que ahora se empleaba para pensar sobre la evolución. En este mundo matemático de cumbres y de valles, se veían poblaciones de organismos que trepaban las cumbres de la adaptación o que se caían por los valles de la incapacidad de adaptarse. Stu Kauffman y sus colaboradores habían demostrado que los organismos avanzados

tenían limitaciones internas complejas que hacían que fuera más probable que no alcanzaran la adaptación, sino que se cayeran por los valles. Sin embargo, al mismo tiempo, las criaturas complejas eran seleccionadas para la evolución, porque tenían la capacidad de adaptarse por sí mismas. Con herramientas, con el aprendizaje, con la cooperación.

Pero los animales complejos habían pagado un costo alto por lograr la flexibilidad adaptativa: habían cambiado una dependencia por otra. Ya no era necesario que modificasen sus cuerpos para adaptarse, porque ahora la adaptación se refería al comportamiento, que estaba socialmente determinado. Ese comportamiento implicaba el aprendizaje. De algún modo, entre los animales superiores la capacidad de adaptación ya no se transmitía a la próxima generación a través del ADN. Ahora se transmitía por medio de la enseñanza. Los chimpancés les enseñaban a sus crías a juntar termitas con una ramita. Estas acciones implicaban al menos los rudimentos de una cultura, una vida social estructurada. Pero los animales criados en forma aislada, sin padres, sin parámetros, no eran del todo funcionales. Los animales del zoológico a menudo no se ocupaban de sus crías porque jamás habían visto hacerlo. No les prestaban atención o las aplastaban o simplemente se enfadaban con ellas y las mataban.

Los velocirraptores estaban entre los dinosaurios más inteligentes y más feroces. Ambas características exigían el control en el comportamiento. Hace millones de años, en el ya desaparecido período Cretácico, el comportamiento debía de haber estado socialmente determinado y se transmitiría de los animales más viejos a los más jóvenes. Los genes controlaban la capacidad de crear estos patrones, pero no los patrones en sí. El comportamiento adaptativo era una especie de moral. Era un comportamiento que había evolucionado a través de muchas generaciones porque era exitoso: permitía que los miembros de las especies cooperaran, vivieran juntos, cazaran y criaran a las crías.

Pero, en esa isla, los velocirraptores habían sido creados en un laboratorio genético. A pesar de que sus cuerpos físicos estaban genéticamente determinados, no sucedía lo mismo con el comportamiento. Estos nuevos raptos llegaron al mundo sin ningún animal viejo que los guiara, que les enseñara el comportamiento apropiado para un raptor. Tuvieron que valerse por sí mismos y ésa era la manera en que se comportaban: sin estructura, sin reglas, sin cooperación. Vivían en un mundo descontrolado y egoísta, donde los más fuertes y agresivos sobrevivían y todos los demás morían.

Thorne se agarró a las barras del chasis para no salir despedido. El raptor seguía sujeto a la lona. Levine se dirigió a la orilla del río y avanzó junto al agua. Sin faros la visibilidad era escasa. Se inclinó y miró al frente con los ojos entornados, atento a

posibles obstáculos.

En la parte trasera el raptor soltó la lona, cerró las mandíbulas en torno de los barrotes de la jaula y empezó a tirar hacia atrás. Thorne se aferró al otro extremo y entabló una feroz pulseada con el raptor. Pero ganaba el raptor. Thorne se sujetó con las piernas al asiento delantero. El raptor gruñó, y Thorne percibió su furia ante la posibilidad de perder la presa.

—¡Toma! —dijo Levine, tendiéndole el rifle. Thorne, tendido de espaldas y agarrado a la jaula con las dos manos, no podía agarrar el arma. Levine volvió la cabeza y se percató de la situación. Miró por el espejo retrovisor y vio que el resto de la manada los seguía. No podía reducir la marcha. Sin levantar el pie del acelerador, giró en el asiento y apuntó el rifle hacia atrás, consciente de lo que ocurriría si disparaba accidentalmente a Thorne o Arby.

—¡Cuidado! —exclamó Thorne—. ¡Cuidado!

Levine consiguió quitar el seguro y dirigió el cañón hacia el raptor, que continuaba aferrado a la jaula. El animal levantó la vista y, con un rápido movimiento, atrapó el cañón entre las mandíbulas. Empezó a tirar del arma.

Levine disparó.

El raptor abrió los ojos desmesuradamente cuando el dardo se alojó en su garganta. Emitió un extraño gorgoteo y al instante, en medio de violentas convulsiones, cayó del jeep, arrancándole el rifle de las manos a Levine.

Thorne se puso de rodillas y reacomodó la jaula en el interior del coche. Volvió la vista atrás y advirtió que los otros raptos aún los perseguían, pero se encontraban ya a veinte metros y perdían terreno rápidamente.

Se oyó el chasquido de la radio.

—Doc.

Thorne reconoció la voz de Sarah.

—Sí, Sarah.

—¿Dónde están?

—Seguimos el curso del río —contestó Thorne.

—No veo las luces —dijo Sarah.

—Las llevamos apagadas.

Se produjo un silencio. La radio crepitó. Con voz tensa, Sarah preguntó:

—¿Y Arby?

—Con nosotros —respondió Thorne.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Sarah—. ¿Cómo está?

—No lo sé. Vivo por lo menos.

De pronto salieron a un amplio valle. Thorne miró alrededor, tratando de orientarse. Enseguida se dio cuenta de que habían regresado al valle, pero mucho más al sur. Debían de estar en el mismo lado del río que la plataforma de observación. Por

lo tanto tenían que buscar a su izquierda el camino de montaña, que los conduciría al claro y al tráiler. Y a la seguridad. Tocó con el codo a Levine y dijo:

—¡Por allí!

Thorne pulsó el botón de la radio.

—Sarah.

—Sí, Doc.

—Volvemos al tráiler por el camino de montaña.

—Muy bien —respondió Sarah—. Voy hacia allí.

—¿Cuál es el camino de montaña? —preguntó Sarah.

—Creo que es el que está allá arriba —respondió Kelly, señalando la montaña por encima de ellas.

—Bien —dijo Sarah e hizo arrancar la moto.

Aprovechando que el terreno era menos accidentado, Thorne se agachó junto a la jaula entre los asientos y examinó a Arby, que gemía entre las barras.

Tenía media cara manchada de sangre y la camisa empapada. Pero abría los ojos y aparentemente movía brazos y piernas. Thorne se acercó más a los barrotes y preguntó en voz baja:

—¡Eh, hijo! ¿Me oyes?

Arby asintió con la cabeza, gimiendo.

—¿Cómo te encuentras?

—He estado mejor otras veces —respondió Arby.

El jeep llegó al camino e inició el ascenso. Levine experimentó una sensación de alivio mientras subían, alejándose del valle. Por fin estaban en el camino de montaña, a salvo.

Dirigió la mirada hacia la cresta. Y entonces vio las formas oscuras bajo la luz de la Luna. Saltaban en lo alto del monte.

Eran raptos.

Los esperaban en el camino. Detuvo el jeep.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Deja —dijo Thorne severamente—. A partir de aquí conduzco yo.

Al borde del caos

Thorne llegó a la cresta de la montaña y dobló a la izquierda, acelerando. La carretera se extendía ante el jeep, formando una estrecha cinta entre la pared de roca a la izquierda y un escarpado precipicio a la derecha. A seis metros por encima de ellos, en la cresta, vio a los raptos, saltando y resoplando mientras corrían paralelos al jeep. Levine también los vio.

—¿Qué vamos a hacer?

Thorne movió la cabeza en un gesto de duda.

—Mira en la caja de herramientas. Mira en la guantera. Agarra lo primero que encuentres.

Levine se inclinó y buscó a tientas en la oscuridad. Pero Thorne sabía que la situación era difícil. Habían perdido el rifle; estaban en un jeep con el techo de lona, y había raptos por todas partes. Calculó que debían de estar a más de medio kilómetro del claro y el tráiler.

Más de medio kilómetro.

Thorne aminoró la velocidad al llegar a la siguiente curva. Al otro lado apareció un raptor agazapado en medio del camino, frente a ellos, bajando la cabeza amenazadoramente. Thorne aceleró. El raptor saltó por el aire y se posó en el capó del jeep. Oyó el chirrido de las garras contra el metal. Golpeó el parabrisas y una telaraña se formó en el vidrio. Con el cuerpo del animal contra el parabrisas, Thorne no veía nada. Pisó el freno.

—¡Eh! —protestó Levine, yéndose hacia adelante.

El raptor cayó a un lado. Thorne pisó el acelerador, y la inercia lanzó de nuevo a Levine contra el respaldo. Otros tres raptos corrieron hacia el jeep desde el costado.

Uno saltó al estribo del lado del conductor y mordió el retrovisor lateral. Thorne giró a la izquierda el volante, rozando la pared de piedra con el jeep. Diez metros más adelante sobresalía una roca. El raptor siguió tenazmente aferrado hasta que el golpe con la roca arrancó el retrovisor. El raptor desapareció.

La carretera se ensanchó. Thorne tenía más espacio para maniobrar. Oyó un sonido sordo y vio que la lona se hundía sobre su cabeza. Unas garras la rajaron junto a su oreja.

Giró bruscamente a izquierda y derecha. Las garras desaparecieron, pero el techo seguía combado a causa del peso del animal. Levine encontró un cuchillo de caza y lo hundió en la lona. De inmediato otra garra perforó el techo e hirió a Levine en la

mano. Levine lanzó un grito de dolor y dejó caer el cuchillo. Thorne lo recogió.

Por el retrovisor veía dos raptos más persiguiendo al jeep. Thorne aprovechó un tramo más ancho del camino para acelerar. El raptor del techo se inclinó y asomó la cabeza por el parabrisas roto. Thorne clavó el cuchillo una y otra vez en el techo. El animal no se inmutó. En la siguiente curva giró violentamente y el jeep entero se ladeó. El animal perdió el equilibrio y cayó por detrás, derribando a los otros dos perseguidores. Los tres se precipitaron monte abajo.

Pero al cabo de un momento saltó de la cresta otro raptor a unos metros por detrás del jeep.

Y ágilmente, casi con facilidad, subió a la parte trasera del jeep.

Levine miró asombrado hacia atrás. El raptor estaba completamente dentro del jeep con la cabeza baja, los miembros anteriores en alto, las fauces abiertas, en una inconfundible postura de ataque. El raptor emitió un silbido.

«Todo ha terminado», pensó Levine.

La criatura volvió a silbar, abriendo y cerrando las fauces, flexionándose para saltar, y de pronto apareció espuma en las comisuras de su boca y puso los ojos en blanco. Una serie de espasmos sacudió su cuerpo y se desplomó de costado sobre el jeep.

Detrás del jeep vio entonces a Sarah en la motocicleta y a Kelly con el rifle. Thorne aminoró la velocidad, y Sarah se arrimó al jeep. Le entregó la llave a Levine.

—¡Es de la jaula! —gritó.

Levine la tomó torpemente y casi se le cayó.

—¡Agarra el rifle! —indicó Thorne.

Levine miró a la izquierda, donde varios raptos más corrían hacia el jeep. Contó seis, pero probablemente eran más.

—¡Agarra el maldito rifle! —repitió Thorne.

Levine tomó el rifle que le tendía Kelly, notando el metal frío del cañón en las manos.

De repente el jeep se sacudió entre estertores.

—¿Qué pasa? —preguntó a Thorne.

—Problemas. Se terminó la nafta.

Thorne puso el coche en punto muerto y perdió velocidad. Delante de ellos había una ligera subida y detrás de la siguiente curva el camino volvía a bajar. Sarah los seguía en la motocicleta.

Thorne comprendió que su única esperanza era llegar a lo alto de la subida.

—Abre la jaula —ordenó a Levine—. Sácalo de ahí.

Levine, movido por el pánico, actuó rápidamente. Se arrastró a la parte trasera, metió la llave en la cerradura y abrió la jaula. La puerta se abrió con un chirrido, y Levine ayudó a salir a Arby.

Thorne vio caer la aguja del cuentakilómetros. Los raptos empezaron a acercarse.

—Ya está afuera —informó Levine.

—Tira la jaula —dijo Thorne.

Levine obedeció, y la jaula rodó por la pendiente.

El jeep avanzó lentamente hasta que, por fin, llegaron a lo alto de la subida e iniciaron el descenso, ganando velocidad.

—¡No lograremos llegar al tráiler! —gritó Levine.

—Ya lo sé.

Thorne vio el tráiler a su izquierda, separado de ellos por una suave pendiente en el camino. No podrían llegar. Pero ante ellos el camino se bifurcaba, y el ramal derecho bajaba al laboratorio. Si la memoria no lo engañaba, todo el camino era cuesta abajo.

Thorne dobló a la derecha.

Vio el vasto tejado del laboratorio. Siguió hacia el poblado. Vio una tienda y los surtidores de nafta. ¿Quedaría combustible en los tanques?

—¡Mira! —exclamó Levine—. ¡Mira! ¡Mira!

Thorne volvió la cabeza y vio que los raptos se quedaban atrás, abandonando la persecución. En las inmediaciones del laboratorio parecían vacilar.

—¡Ya no nos siguen! —dijo Levine.

—Sí. Pero, ¿dónde está Sarah?

La motocicleta se había perdido de vista.

El tráiler

Sarah Harding hizo girar el manubrio y la moto subió a toda velocidad por la breve cuesta del camino. Llegó a lo alto y descendió en dirección al tráiler. Cuatro raptos los perseguían gruñendo. Sarah volvió a acelerar, intentando ganar unos metros preciosos, porque iban a necesitarlos.

—Cuando lleguemos al tráiler, salta y entra lo más deprisa que puedas. No me esperes. ¿Entendido?

Kelly asintió visiblemente tensa.

—¡Pase lo que pase, no me esperes!

—De acuerdo.

Sarah frenó y la motocicleta se deslizó en la hierba húmeda, topando con el costado metálico del tráiler. Kelly se bajó de inmediato y entró. Sarah hubiese deseado guardar adentro la motocicleta, pero los raptos se hallaban demasiado cerca. Empujó hacia ellos la motocicleta y se lanzó al interior del tráiler. Cayó de espaldas en el suelo. Se revolcó y cerró la puerta de una patada en el preciso momento en que el primer raptor intentaba entrar.

—Ian, ¿tiene alguna cerradura esta puerta?

Oyó la voz soñolienta de Malcolm en la oscuridad:

—La vida es un cristal.

—Ian, presta atención.

Kelly apareció junto a ella y buscó a tientas en el marco. Los raptos embestían la puerta una y otra vez.

—Aquí está —dijo—. Casi en el suelo.

Sarah se acercó a Malcolm, que yacía en la cama. Los raptos arremetían contra la ventana, cerca de su cabeza.

—¡Qué ruidosos son, los hijos de puta! —protestó.

Sarah vio junto a él el botiquín abierto y una jeringa en la almohada. Probablemente había vuelto a inyectarse. Los raptos dejaron de lanzarse contra el vidrio. Se oyó un ruido metálico. Sarah miró por la ventana y vio que saltaban furiosamente sobre la motocicleta. No tardarían en pinchar las ruedas.

—Ian —dijo Sarah—. Tenemos cosas que hacer.

—Yo no tengo prisa —contestó Malcolm con calma.

—¿Hay armas aquí?

—¿Armas?... No sé... —Lanzó un suspiro—. ¿Para qué quieres armas?

—Ian, por favor —rogó Sarah.

—Hablas demasiado deprisa. De verdad, Sarah, deberías relajarte.

En la oscuridad del tráiler, Kelly estaba asustada, pero la tranquilizaba la determinación con que Sarah hablaba de las armas. Kelly empezaba a darse cuenta de que Sarah no permitía que nada la detuviera: simplemente hacía lo que tenía que hacer. Esta actitud de no permitir que los demás la detuvieran, de creer que uno es capaz de hacer lo que quiere era una conducta que ella misma comenzaba a imitar.

Al oír hablar a Malcolm, Kelly comprendió que no les sería de gran ayuda. Estaba bajo el efecto de la morfina. Y Sarah no conocía el tráiler. En cambio, Kelly sí; lo había inspeccionado antes en busca de comida. Y le parecía recordar...

Empezó abrir cajones en la oscuridad, convencida de que en alguno había visto una bolsa marcada con unos huesos cruzados y una calavera. Aquella bolsa debía de contener armas. Por fin tocó una lona áspera. Era eso. Lo sacó. Pesaba mucho.

—Sarah, mira.

Sarah acercó la bolsa a la ventana para examinarla a la luz de la luna. Abrió el cierre y observó el contenido. Estaba dividida en compartimentos acolchados. Notó tres bloques cúbicos de un material que parecía goma. Había también un pequeño cilindro plateado, como una pequeña botella de oxígeno.

—¿Qué es esto?

—Pensamos que sería buena idea —contestó Malcolm—. Pero ahora no estoy tan seguro. El caso es...

—¿Qué es? —inquirió Sarah, interrumpiéndolo. Tenía que obligarlo a concentrar la atención. No hacía más que divagar.

—Gas no letal —explicó Malcolm—. Se elaboró en Los Álamos. Queríamos...

—¿Qué es esto? —preguntó, levantando uno de los bloques.

—Un cubo de humo para maniobras de dispersión. Su función...

—¿Sólo humo? —dijo Sarah—. ¿Sólo despide humo?

—Sí, pero...

—¿Y esto? —preguntó Sarah, alzando el cilindro plateado. Llevaba un rótulo estampado.

—Una bomba de colinesterasa. Desprende un gas que produce una parálisis de corta duración. O eso sostienen.

—¿Cómo de corta?

—Unos minutos, creo, pero...

—¿Cómo funciona? —dijo Sarah. El cilindro tenía una tapa con un anillo. Se dispuso a abrirla para inspeccionar el mecanismo.

—¡No! —advirtió Malcolm—. Así se activa. Hay que tirar del anillo y lanzar la bomba. Actúa en tres segundos.

—Muy bien.

Sarah guardó la jeringa en el botiquín y lo cerró.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Malcolm.

—Nos vamos de aquí —respondió Sarah, dirigiéndose ya hacia la puerta.

—Es tan agradable tener un hombre en la casa —dijo Malcolm con un suspiro.

Sarah lanzó el cilindro. Uno de los animales lo vio caer en la hierba.

Sarah observaba desde la puerta, esperando. Nada ocurrió.

No hubo explosión. Nada.

¡Ian! ¡No funcionó!

Uno de los raptos se acercó al cilindro y lo recogió con la boca.

—No funcionó —repitió Sarah con un suspiro.

—No te preocupes —dijo Malcolm con tranquilidad. El raptor sacudió la cabeza y mordió el cilindro.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Kelly.

De pronto se produjo una estruendosa explosión y una densa nube de humo se extendió por el claro.

Sarah se apresuró a cerrar la puerta.

—¿Y ahora qué? —volvió a preguntar Kelly.

Con Malcolm apoyado en su hombro empezaron a atravesar el claro. La nube de gas se había disipado hacía unos minutos. El primer raptor que encontraron yacía de costado, totalmente inmóvil y con los ojos abiertos. Pero no estaba muerto; Sarah vio su pulso regular en el cuello. Simplemente había quedado paralizado.

—¿Cuánto dura el efecto? —inquirió Sarah.

—No tengo ni idea —respondió Malcolm—. Pero hay demasiado viento.

Uno de los animales había caído sobre la motocicleta. Sarah dejó a Malcolm en la hierba, y él empezó a cantar.

Sarah tiró del manubrio de la motocicleta, pero el animal pesaba demasiado. Sin pensarlo dos veces se inclinó sobre el raptor y le rodeó el cuello con los brazos. Con una oleada de asco al notar la caliente piel escamosa, levantó la cabeza del animal e indicó a Kelly que tirase de la motocicleta.

—¡Todavía no! —dijo Kelly, tirando con todas sus fuerzas. Sarah, con las mandíbulas del velociraptor a escasos centímetros de su cara, intentó levantarlo más.

—Ya casi está —avisó Kelly.

Sarah gimió e hizo un último esfuerzo. El ojo del raptor parpadeó.

Asustada, Sarah lo soltó. Kelly consiguió sacar la motocicleta en ese preciso instante.

—¡Ya la tengo!

Sarah rodeó al raptor, advirtiéndole convulsiones en una pata y movimiento en el pecho.

—Vámonos —ordenó Sarah—. Ian, atrás. Kelly, en el manubrio.

—Vamos. —Sarah subió a la motocicleta sin perder de vista al raptor. La cabeza dio una sacudida. El ojo volvió a parpadear. Sin duda estaba despertándose—. Vamos. Vamos. ¡Vamos!

El poblado

Sarah se dirigió hacia el poblado y vio el jeep estacionado ante una tienda, no lejos de los surtidores de nafta. Se detuvo al lado, y los tres desmontaron bajo la luz de la Luna. Kelly abrió la puerta de la tienda y ayudó a Malcolm a entrar. Sarah empujó la motocicleta hasta el interior y cerró la puerta.

—¿Doc? —llamó.

—Estamos aquí —dijo Thorne—. Con Arby.

En la tenue luz que se filtraba por las ventanas Sarah vio que el establecimiento era como el de cualquier estación de servicio. Había una heladera con refrescos; las puertas de vidrio estaban enmohecidas. La estantería metálica contigua contenía chocolates y caramelos con los envoltorios cubiertos de larvas verdes; al lado, las revistas amarillentas y arrugadas tenían titulares de cinco años atrás.

En un extremo del local había hileras de suministros básicos: pasta de dientes, aspirinas, cremas solares, champús, peines y cepillos. Al lado estaban los colgadores de ropa y más allá algunos estantes con recuerdos del lugar: llaveros, ceniceros y vasos.

En el medio había una pequeña isla con una caja registradora conectada a una computadora, un horno de microondas y una cafetera agrietada y llena de telarañas.

—¡Qué sucio está todo! —comentó Malcolm.

—Yo lo encuentro bien —dijo Sarah. Todas las ventanas tenían rejas y las paredes parecían sólidas. Los alimentos enlatados aún debían ser comestibles. En un cartel se leía: BAÑOS, así que quizá hubiese incluso agua corriente. Allí estarían a salvo, al menos durante un rato.

Sarah ayudó a Malcolm a tenderse en el suelo y se acercó a Thorne y Levine, que examinaban a Arby.

—Traje el botiquín —informó Sarah—. ¿Cómo está?

—Muy golpeado —respondió Thorne—. Con algunas heridas. Pero nada roto. En la cabeza tiene un tajo considerable.

—Me duele todo —dijo Arby—. Hasta la boca.

—¿Alguien se fijó si aún hay luz? —preguntó Sarah—. Déjame ver, Arby. Sí, has perdido un par de dientes, por eso te duele. Pero eso tiene arreglo. La herida de la cabeza no es tan grave como parece. —Limpió el corte con una gasa. Volviéndose hacia Thorne, preguntó—: ¿Cuánto falta para que llegue el helicóptero?

Thorne consultó el reloj.

—Dos horas.

¿Y dónde aterriza?

La plataforma está a varios kilómetros de aquí.

—Así que disponemos de dos horas para llegar hasta la plataforma.

—¿Cómo iremos? —inquirió Kelly—. El jeep se quedó sin nafta.

—No te preocupes —dijo Sarah—. Ya pensaremos en algo.

—Siempre contestas lo mismo —observó Kelly.

—Porque siempre es la verdad —repuso Sarah—. Muy bien, Arby. Necesito tu ayuda. Voy a incorporarte y quitarte la camisa.

Thorne se llevó aparte a Levine, que tenía los ojos muy abiertos y se movía de un modo convulso. Por lo visto, el viaje en el jeep le había destrozado los nervios.

—¿De qué habla Sarah? —dijo Levine—. ¡Estamos atrapados! ¡Atrapados! —Se percibía histeria en su voz—. No podemos ir a ninguna parte. No podemos hacer nada. Nos van a...

—Tranquilízate —dijo Thorne, agarrándolo del brazo—. No asustes a los chicos.

—¿Y qué importa? Van a enterarse tarde o... ¡Eh, cuidado! Thorne le apretaba el brazo con fuerza. Acercó la cabeza a Levine.

—Ya eres mayorcito para comportarte como un tontito —advirtió en voz baja—. Ahora cálmate, Richard. ¿Me escuchas?

Levine asintió.

—Muy bien. Ahora, Richard, voy a salir a ver si los surtidores funcionan.

—Es imposible —objetó Levine—. ¿Cómo van a funcionar después de cinco años? Te lo aseguro, es una pérdida de tiempo...

—Richard, tenemos que probar los surtidores. Los dos hombres cruzaron una mirada en silencio.

—¿Quieres decir que vas a salir ahí afuera? —preguntó Levine.

—Sí.

Levine frunció el entrecejo.

—¿Qué hay de las luces? —insistió Sarah, agachada junto a Arby.

—Un momento —contestó Thorne. Inclinandose hacia Levine, dijo:

—¿De acuerdo?

—De acuerdo —accedió Levine, respirando hondo.

Thorne se dirigió a la puerta y salió a la oscuridad. Levine cerró la puerta. Thorne, afuera, oyó el chasquido del pestillo. Se volvió de inmediato y llamó a la puerta. Levine la entreabrió y se asomó.

—¡Por Dios, Richard! —dijo Thorne—. No la trabes.

—Pero pensaba...

—¡No la trabes!

—Muy bien, muy bien. Perdona.

Thorne cerró la puerta y se volvió hacia la noche.

Alrededor reinaba el silencio. La quietud era casi excesiva, pensó. Pero quizá se debía al contraste con los gruñidos de los raptos. Tras permanecer largo rato observando el claro, se encaminó hacia el jeep. Abrió la puerta y buscó la radio. La encontró bajo el asiento del pasajero. La tomó, volvió a la tienda y llamó a la puerta.

—No está cerrado —dijo Levine al abrir.

—Toma. —Thorne le entregó la radio y volvió a cerrar.

A continuación se acercó a los surtidores y los examinó. Agarró la manguera del primero y quitó el seguro. No salió nada. No había nafta. Advirtió que eran surtidores sencillos y fiables, como los que se encuentran en cualquier lugar aislado, y era lógico, pues al fin y al cabo aquello era una isla.

Reflexionó.

Aquello era una isla, lo cual significaba que todo llegaba en avión o barco. Probablemente en barco la mayoría de las veces. En barcos pequeños, donde las provisiones se descargaban a mano.

Se inclinó y examinó la base del surtidor. Se confirmaron sus sospechas: no había depósitos enterrados. Bajo el suelo, casi en la superficie, había una tubería. Vio que la tubería iba hacia la parte trasera de la estación.

Thorne la siguió, avanzando con cautela y deteniéndose a escuchar de vez en cuando.

Llegó a la esquina y encontró lo que buscaba: tres bidones de doscientos litros alineados contra la pared y conectados a una serie de tubos negros. Golpeó suavemente los bidones con los nudillos. Estaban vacíos. Levantó uno con la esperanza de oír un chapoteo en el fondo. Les bastaba con cuatro o cinco litros.

Nada.

Pero debía de haber más bidones. Unas instalaciones como aquellas necesitaban entre diez y treinta bidones como esos. Además, los bidones llenos eran muy pesados, de modo que probablemente los almacenaban cerca de los surtidores.

Volvió lentamente la cabeza. La luz de la Luna le permitía ver con claridad. A la derecha de la cancha de tenis, cerca de la tienda, la vegetación se había adueñado de nuevo del terreno. Pero vio una brecha en el follaje. Un camino.

Se acercó y entre los matorrales vio una línea vertical. Enseguida comprendió que era el marco de una puerta de madera abierta. Había un cobertizo en el follaje. La otra puerta estaba cerrada. Al aproximarse vio un cartel metálico oxidado con letras rojas. Se leía:

PRECAUCIÓN

Se detuvo y escuchó. Oyó los lejanos gruñidos de los raptos, procedentes de la montaña. Por alguna razón todavía no se habían acercado al poblado.

Thorne entró en el cobertizo, y cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio al fondo una docena de bidones herrumbrosos. Había tres o cuatro más a los costados. Thorne los tocó todos rápidamente, uno detrás del otro. No pesaban: estaban vacíos. Todos vacíos.

Con una sensación de frustración retrocedió hacia la entrada del cobertizo. Se detuvo un instante y miró alrededor. De pronto oyó el inconfundible sonido de una respiración.

En el interior de la tienda Levine iba de una ventana a otra procurando no perder a Thorne de vista. A lo lejos oyó los gruñidos de los raptos y comprendió que se habían quedado a la entrada del laboratorio. Se preguntó por qué no habrían seguido a los vehículos. Se le ocurrieron toda clase de explicaciones. Quizá sentían un miedo atávico ante el laboratorio, el lugar de su nacimiento. Recordaban las jaulas y no querían perder otra vez la libertad. Pero sospechó que la explicación más probable era, como siempre, la más sencilla: probablemente el área que rodeaba el laboratorio formaba parte del territorio de otro animal y los raptos no se atrevían a entrar. Incluso el tiranosaurio, recordó, había pasado por allí rápidamente, sin detenerse.

Pero, ¿un territorio de qué animal?

—¿Y las luces? —volvió a decir Sarah—. Necesito luz aquí.

—Enseguida —contestó Levine.

Thorne permaneció en silencio a la entrada del cobertizo. Oía roncadas exhalaciones, como resoplidos de un caballo. Afuera aguardaba algún gran animal. El sonido procedía de la derecha. Thorne se asomó lentamente. A la derecha vio sólo un grupo de rododendros y, más allá, la cancha de tenis.

Nada más.

Miró y aguzó el oído.

Los débiles resoplidos continuaban, semejantes a una suave brisa. Pero no soplaba la más leve brisa: los árboles y arbustos no se movían.

¿O sí?

Thorne tuvo la sensación de que algo se le escapaba, algo que tenía justo delante de los ojos. Por un momento creyó detectar un ligero movimiento en los arbustos de la derecha. El contorno de las hojas pareció desplazarse y volver a su anterior

posición. Pero no estaba seguro.

Thorne miró fijo y empezó a pensar que no eran los arbustos lo que había llamado su atención sino la tela metálica de la cancha de tenis. En casi toda su extensión estaba cubierta de enredaderas, pero en algunos puntos los rombos de alambre eran aún visibles. Sin embargo, advertía algo anormal en la tela metálica.

De pronto se encendieron las luces en la tienda. La luz de las ventanas enrejadas proyectó una forma geométrica sobre el claro y los arbustos situados junto a la cancha de tenis. Entonces, durante un breve instante, Thorne vio que los arbustos tenían una forma extraña, y eran de hecho dos dinosaurios de más de dos metros, uno junto a otro.

Sus pieles formaban una especie de mosaico de tonos claros y oscuros que les permitía confundirse perfectamente con las hojas de detrás e incluso con la tela metálica de la cancha de tenis. Gracias a ese aspecto habían permanecido totalmente ocultos a la vista hasta que se encendieron las luces de la tienda.

Thorne los observó conteniendo la respiración y se dio cuenta de que el mosaico de tonos claros y oscuros cubría sólo la mitad inferior de su cuerpo; de medio tórax para arriba la piel de los animales mostraba un dibujo romboide idéntico al de la valla.

Y mientras Thorne miraba, el complejo dibujo, de sus pieles se desvaneció, y los animales adquirieron una tonalidad blanca lechosa surcada a lo largo por una serie de rayas oscuras que imitaban exactamente las sombras proyectadas por las ventanas.

Los dos dinosaurios se tornaron de nuevo invisibles. Entornando los ojos, Thorne veía apenas sus contornos. Habría sido incapaz de verlos si no hubiese sabido que estaban allí.

Eran camaleones, pero con un poder mimético incomparablemente superior al de cualquier camaleón.

Thorne retrocedió lentamente en la oscuridad del cobertizo.

—¡Dios mío! —exclamó Levine, mirando por la ventana.

—Lo siento —se disculpó Sarah—, pero tenía que encender las luces. Este chico necesita ayuda.

Levine no contestó. Siguió mirando asombrado por la ventana, buscando una explicación a lo que acababa de ver. Comprendió en ese instante qué había visto de reojo el día que murió Diego. Levine tenía ya la total certeza, pero aquello excedía las facultades de cualquier animal terrestre.

—¿Qué pasa? —preguntó Sarah, acercándose a la ventana.

—Mira —indicó Levine.

Sarah miró a través de la reja.

—¿Hacia los arbustos? ¿Qué? ¿Qué se supone que tengo...?

—Mira atentamente.

Sarah observó los arbustos durante un rato.

—Lo siento pero no veo nada.

—Entonces vuelve a apagar las luces.

Sarah apagó las luces y regresó a la ventana. Esta vez vio a los animales al instante.

—¡Mierda! —exclamó—. ¿Hay dos?

—Sí. Uno junto al otro.

—Y... ¿se desvanece el dibujo?

—Sí.

—¿Qué son? —preguntó Sarah.

—Camaleones incomparablemente dotados. Aunque no sé hasta qué punto es correcto llamarlos camaleones, considerando que los camaleones no poseen la facultad...

—¿Qué son? —repitió Sarah con impaciencia.

—Yo diría que *Carnotaurus sastrei*. Un espécimen propio de la Patagonia. Unos tres metros de altura con una cabeza muy característica. Fíjate en esos hocicos cortos, como de bulldog, y el gran par de cuernos sobre los ojos, casi como alas...

—¿Son carnívoros? —inquirió Sarah.

—Sí, claro. Tienen...

—¿Dónde está Thorne?

—Desapareció entre esos arbustos de la derecha hace un rato. No lo he visto, pero...

—¿Qué hacemos? —dijo Sarah.

—¿Hacer? —replicó Levine—. No sé si te entiendo.

—Tenemos que hacer algo —insistió Sarah, hablándole en voz baja, como si fuese un niño—. Tenemos que ayudar a Thorne.

—No sé cómo —respondió Levine—. Esos animales deben de pesar doscientos kilos cada uno. Y hay dos. Ya le advertí que no saliera. Pero ahora...

—Ve a encender las luces —ordenó Sarah, arrugando la frente.

—Preferiría...

—¡Ve a encender las luces!

Ofendido, Levine obedeció.

—¡Enciende! —gritó Sarah, mirando por la ventana.

Levine pulsó los interruptores y se dispuso a volver a la ventana para seguir con sus observaciones.

—¡Apaga! —dijo Sarah.

Levine retrocedió apresuradamente y apagó las luces.

—¡Enciende!

Volvió a encenderlas.

Sarah se apartó de la ventana y comentó:

—Eso no les gustó. Les molesta.

—Bueno, probablemente hay un período refractario... —empezó a explicar Levine.

—Sí. Eso parece. Ven. Quítale los envoltorios a esto.

—Tomó varias linternas de un estante y se las entregó a Levine. A continuación fue a buscar pilas a la estantería contigua.

—Espero que no estén gastadas.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Levine.

—Vamos a hacer —replicó Sarah severamente—. Tú y yo.

Thorne permanecía en la oscuridad del cobertizo mirando a través de la puerta abierta. Alguien había estado encendiendo y apagando las luces en la tienda. Después quedaron encendidas durante un rato y de pronto se habían apagado otra vez.

Thorne oyó un susurro. Al cabo de un instante vio avanzar a los dinosaurios hacia el cobertizo, erguidos y con las colas rígidas. Sus pieles cambiaban de dibujo y color mientras caminaban; era difícil seguirlos.

Llegaron a la entrada y los contornos de sus cuerpos se dibujaron por fin nítidamente contra la claridad de la Luna. Parecían demasiado grandes para cruzar la puerta, y Thorne creyó por un momento que no lo conseguirían. Pero el primero agachó la cabeza, gruñó y atravesó la entrada.

Thorne contuvo la respiración, intentando pensar qué hacer. Pero no había nada que hacer. Los animales eran metódicos; el primero se apartó de la entrada para dejar pasar al segundo.

De repente junto a la tienda destelló media docena de luces. Los haces se agitaban, iluminando los cuerpos de los dinosaurios como reflectores.

Los dinosaurios eran claramente visibles, y eso los incomodaba. Gruñeron e intentaron alejarse de las luces. Cada vez más inquietos, acabaron saliendo del cobertizo y bramaron furiosos. Sin embargo, las luces siguieron moviéndose. Los dinosaurios volvieron a bramar y avanzaron hacia las luces amenazadoramente pero sin convicción. Al cabo de un momento retrocedieron arrastrando los pies hacia la cancha de tenis seguidos por las luces.

Thorne se asomó a la puerta del cobertizo.

—¿Doc? —dijo Sarah—. Más vale que salgas de ahí antes de que decidan volver.

Thorne corrió hacia las luces y encontró detrás a Sarah y Levine. Sostenían unas cuantas linternas cada uno.

Los tres volvieron juntos a la tienda.

Una vez en la tienda, Levine dio un portazo y se recostó sobre ella.

Jamás sentí tanto miedo en mi vida.

—Richard —dijo Harding con frialdad—, trata de calmarte. —Atravesó la habitación y colocó las linternas sobre el mostrador.

—Salir fue una idea descabellada —afirmó Levine, mientras se enjugaba la frente. Estaba empapado en transpiración; su camisa, plagada de manchas oscuras.

—En realidad, fue de mucho provecho —dijo Harding. Se dirigió a Thorne—. Vimos que tienen un período refractario para las reacciones de la piel. Es rápido comparado con el de un pulpo, por ejemplo, pero existe. Mi hipótesis era que aquellos dinosaurios eran como todos los animales que se valen del camuflaje. Básicamente, tienden emboscadas. No son especialmente rápidos o activos. Se mantienen tiosos durante horas en un entorno estático que les permite desaparecer y esperan hasta que un insospechado bocado se acerque. Pero si tienen que adaptarse a nuevas condiciones de luminosidad, saben que no pueden esconderse. Se ponen nerviosos. Y si se ponen lo suficientemente nerviosos, escapan. Y eso es lo que sucedió.

Levine se dio vuelta y miró a Thorne con furia.

—Todo fue culpa tuya. Si no hubieras salido...

—Richard —lo interrumpió Harding—, necesitamos combustible o jamás podremos salir de aquí. ¿No quieres marcharte de una vez?

Levine no respondió. Estaba ofendido.

—Bueno —dijo Thorne—, de todos modos no había combustible en el cobertizo.

—Miren todos quién está aquí —dijo Sarah.

Apareció Arby, apoyándose en Kelly. Vestía prendas que había encontrado en la tienda: un pantalón de baño y una remera que decía «Laboratorios de Bioingeniería InGen». Debajo continuaba «Construimos el futuro».

Arby tenía un ojo morado, una mejilla inflamada y un corte en la frente, que Harding le había vendado. Tanto los brazos como las piernas presentaban intensos moratones. Pero estaba de pie y sonreía con dificultad.

—¿Cómo te sientes, muchacho? —le preguntó Thorne.

—¿Sabes qué es lo que más quiero en el mundo en este momento? —dijo Arby.

—¿Qué? —le preguntó Thorne.

—Una Coca Diet y muchas aspirinas.

Sarah se acercó a Malcolm. Canturreaba suavemente y miraba hacia arriba.

—¿Cómo está Arby?

—Se pondrá bien.

—¿Necesita morfina? —preguntó Malcolm.

—No, no lo creo.

—Bien. —Extendió el brazo y levantó la manga de la camisa.

Thorne limpió el horno de microondas y calentó un poco de carne enlatada. Encontró un paquete con platos de cartón decorados con un motivo de Halloween, donde sirvió la comida. Los dos niños comieron con desesperación.

Le entregó un plato a Sarah y luego se dirigió a Levine:

—¿Quieres?

—No.

Thorne se encogió de hombros.

Arby se acercó, con el plato en la mano.

—¿Hay más?

—Por supuesto —dijo Thorne y le extendió su propio plato.

Levine se acercó a Malcolm y se sentó junto a él.

—Bueno, al menos no estábamos equivocados con respecto a una cosa. Esta isla era un verdadero Mundo Perdido: una ecología prístina e inalterada. Estuvimos en lo cierto desde el comienzo. Malcolm levantó la cabeza.

—¿Estás bromeando? ¿Y todos los apatosaurios muertos?

—Estaba pensando en eso. Sin duda, los raptores los mataron. Y luego los raptores...

—¿Qué? ¿Los arrastraron hasta el nido? Esos animales pesan cincuenta toneladas, Richard. Ni cien raptores podrían arrastrarlos. No, no. —Suspiró—. Los esqueletos deben de haber flotado hasta un recodo en el río, donde se vararon. Los raptores formaron el nido cerca de una buena fuente de alimentación: apatosaurios muertos.

—Bueno, tal vez...

—Pero, ¿por qué tantos apatosaurios muertos, Richard? ¿Por qué ninguno de los animales llega a ser adulto? ¿Y por qué hay tantos depredadores en esta isla?

—Bueno, necesitamos más información, por supuesto... —empezó a decir Levine.

—No. ¿No estuviste en el laboratorio? Ya sabemos cuál es la respuesta.

—¿Cuál?

—Priones —respondió Malcolm y cerró los ojos. Levine frunció el ceño y dijo:

—¿Qué son los priones?

Malcolm suspiró.

—Ian, ¿qué son los priones?

—Sal de aquí —le respondió Malcolm, sacudiendo la mano.

Arby estaba acurrucado en un rincón, casi dormido. Thorne enrolló una remera y la

colocó debajo de la cabeza del muchacho. Arby masculló algo y sonrió.

En escasos segundos, comenzó a roncar.

Thorne se puso de pie y se acercó a Sarah, que estaba parada junto a la ventana. Afuera, el cielo comenzaba a aclarar, celeste, por sobre los árboles.

—¿Cuánto tiempo nos queda? Thorne consultó el reloj.

—Más o menos una hora.

Sarah empezó a pasearse de un lado a otro.

—Necesitamos combustible —afirmó—. Con nafta llegaremos al helicóptero.

—Pero no hay combustible —insistió Thorne.

—Tiene que haber en alguna parte. —Sarah siguió deambulando por la tienda—. Probaste los surtidores...

—Sí. Están secos.

—Y dentro del laboratorio.

—Lo dudo.

—Entonces, ¿dónde? ¿Y en el tráiler?

Thorne negó con la cabeza.

—Es sólo un remolque pasivo. La otra unidad disponía de un generador auxiliar y algunos bidones de nafta. Pero se ha caído por el precipicio.

—Tal vez los bidones no se hayan roto con la caída. Aún tenemos la motocicleta. Podría ir hasta allí y...

—Sarah —dijo Thorne.

—Vale la pena intentarlo.

—Sarah... —repitió Thorne.

—¡Miren! —advirtió Levine en voz baja desde la ventana—. Tenemos visita.

Una buena madre

En la tenue luz previa al amanecer los animales salieron de entre el follaje y avanzaron directamente hacia el jeep. Eran seis: enormes dinosaurios de pico de pato marrones, de cuatro metros y medio de altura.

—Maiasaurios —anunció Levine—. No sabía que también hubiese en la isla.

—¿Qué hacen?

Los gigantescos animales rodearon el jeep y de inmediato empezaron a destruirlo. Uno arrancó el techo de lona. Otro empujó la barra estabilizadora y sacudió el vehículo de un lado a otro.

—No me explico —comentó Levine—. Son hadrosaurios. Herbívoros. Esta agresividad no es propia de ellos.

—Veo —dijo Thorne.

Los maiasaurios volcaron el jeep. Uno de ellos se irguió y apoyó las patas delanteras sobre los paneles laterales y aplastó el vehículo. De pronto cayeron al suelo dos cajas blancas de poliestireno, y los maiasaurios se concentraron en ellas. Mordisquearon tirando los pedazos sobre la hierba. Actuaban apresuradamente, con desesperación.

—¿Buscarán algo de comer? —aventuró Levine.

Entonces la parte superior de una de las cajas se rasgó. En el interior vieron un huevo agrietado. Del cascarón asomaba un trozo de carne arrugada. Los movimientos de los maiasaurios se tornaron más cautos, más delicados. Graznaron y gruñeron. Los grandes cuerpos de los animales les impedían ver.

Se oyó un chirrido.

—¡No es posible! —exclamó Levine.

Un pequeño animal se agitaba en el suelo. Era de color marrón claro, casi blanco. Trató de levantarse, pero se desplomó al instante. Medía menos de medio metro y tenía pliegues alrededor del cuello. Al cabo de un momento apareció junto a él un segundo animal. Sarah lanzó un suspiro.

Uno de los maiasaurios bajó lentamente la cabeza y abrió el ancho pico ante la cría. Al subir la cabeza mantuvo la boca abierta. La cría, posada tranquilamente en la lengua del adulto, miraba alrededor.

Otro maiasaurio recogió a la segunda cría. Tras permanecer allí un momento, como si no supiesen si quedaba algo por hacer, se alejaron graznando.

Atrás dejaron el jeep destrozado.

—Creo que la nafta ya no es problema —comentó Thorne.

—Eso parece —dijo Sarah.

Thorne observó los restos del jeep con un gesto de asombro.

—Es peor que un choque de frente —afirmó—. Parece que hubiera pasado por un compresor. Desde luego no estaba concebido para esta clase de presiones.

—Los ingenieros de Detroit no esperaban que un animal de cinco toneladas se subiese encima —dijo Levine con un bufido.

—Me habría gustado ver cómo soportaba nuestro vehículo una cosa así —comentó Thorne.

—¿Por lo reforzado que estaba, quieres decir?

—Sí —respondió Thorne—. Lo construimos para resistir extraordinarios esfuerzos. Simulamos choques por computadora, añadimos los paneles de carbono y todo eso...

—¡Un momento! —exclamó Sarah, apartando la vista de la ventana—. ¿De qué hablan?

—Del otro vehículo —aclaró Thorne.

—¿Qué vehículo?

—El que trajimos. El Explorer.

—¡Claro! —dijo Sarah con repentino entusiasmo—. ¡Hay otro vehículo! Me había olvidado por completo. ¡El Explorer!

—Bueno, ahora ya es historia pasada —explicó Thorne—. Anoche, cuando venía al tráiler, me metí en un charco y se produjo un cortocircuito.

—Pero puede que todavía...

—No —desechó Thorne con un gesto de negación—. Un cortocircuito como ese acaba con los sistemas. Es un vehículo eléctrico. No tiene remedio.

—Me sorprende que no coloquen disyuntores para estos casos.

—Bueno, antes no los poníamos, aunque en esta última versión... —Se interrumpió y movió la cabeza con un gesto de estupefacción—. ¡No puedo creerlo!

—¿El vehículo tiene disyuntores?

—Sí. ¿Cómo he podido olvidarme? Eddie los instaló en el último momento.

—Es decir, puede que el Explorer aún funcione —dijo Sarah.

—Sí, probablemente, reajustando los disyuntores.

—¿Dónde está? —preguntó Sarah, encaminándose ya hacia la motocicleta.

—Lo dejé en el camino que baja de la montaña a la plataforma. Pero Sarah...

—Es nuestra única posibilidad —afirmó Sarah. Se colocó los auriculares de la radio, se ajustó el micrófono junto a la boca y empujó la motocicleta hasta la puerta.

Asomados a la ventana la vieron alejarse hacia la montaña.

—¿Qué probabilidades crees que tiene? —inquirió Levine. Thorne se limitó a

mover la cabeza.

Al cabo de un momento crepitó la radio.

—Doc.

—Sí, Sarah.

—Estoy ya en el camino. Veo... seis.

—¿Raptos?

—Sí. Están... Oye. Voy a intentarlo por otro camino. Veo una...

La radio crepitó.

—¿Sarah?

Se estaba cortando la comunicación.

—... especie de paso de animales que... Aquí. Creo que será mejor...

—Sarah, se corta la comunicación —advirtió Thorne.

—... lo haga ahora. Así que... ojalá tenga suerte.

Por la radio llegaba el zumbido de la motocicleta. A continuación oyeron otro sonido, que podía ser un gruñido o una interferencia estática. Thorne se inclinó, pegándose la radio a la oreja. De pronto sonó un chasquido y quedó en silencio.

—¿Sarah? —llamó Thorne. No hubo respuesta.

—Quizá la ha desconectado —apuntó Levine. Thorne negó con la cabeza.

—¿Sarah?

Nada.

—¿Sarah? ¿Estás ahí?

Esperaron.

Nada.

El tiempo pasó lentamente. Levine miraba por la ventana. Kelly roncaba en un rincón. Arby yacía junto a Malcolm profundamente dormido.

Thorne estaba sentado en el suelo, recostado contra la caja registradora. De vez en cuando tomaba la radio e intentaba hablar con Sarah. Probó en vano por los seis canales.

Finalmente se rindió.

De pronto la radio crepitó.

—... odio estas porquerías. Nunca funcionan bien. —Un gruñido—. No entiendo... ¡Maldita sea!

Levine se dio vuelta. Thorne agarró la radio.

—¿Sarah? ¿Sarah?

—Por fin. ¿Dónde estabas, Doc?

—¿Estás bien?

—Claro que estoy bien —aseguró Sarah.

—La radio falla. Se ha cortado la comunicación.

—¿Sí? ¿Qué tengo que hacer?

—Aprieta el tornillo que sujeta la tapa de la batería. Probablemente se ha aflojado.

—No. ¿Qué hago con el Explorer?

—¿Cómo? —dijo Thorne.

—Estoy en el Explorer, Doc. ¿Qué hago? Levine consultó el reloj.

—Faltan veinte minutos para la llegada del helicóptero. Quizá lo logre.

Dodgson

Dodgson se despertó, dolorido y entumecido, en el suelo de hormigón del cobertizo. Se levantó y miró por la ventana. Vio vetas rojas en el cielo azul. Abrió la puerta del cobertizo y salió.

Tenía sed y le dolía todo el cuerpo. Empezó a andar bajo los árboles. Alrededor la selva estaba en silencio. Necesitaba agua. Ante todo necesitaba agua. A su izquierda oyó el gorgoteo de un arroyo. Se encaminó hacia el sonido, caminando más deprisa.

A través de los árboles vio que clareaba. Eso significaba que Malcolm y su grupo se encontraban aún allí. Debían de tener un plan para marcharse de la isla. Y si ellos podían marcharse, también él podía.

Llegó a una pendiente. Abajo corría un arroyo. El agua parecía limpia. Descendió apresuradamente. Poco antes del arroyo tropezó con una raíz y cayó.

Se puso de pie y volvió la vista atrás. Advirtió que no era una raíz el motivo de su caída.

Era la correa de una mochila.

Dodgson tiró de la correa y la mochila entera salió de entre el follaje. Estaba rajada y tenía manchas de sangre seca. Al moverla, el contenido se desparramó entre los helechos. Alrededor zumbaba un enjambre de moscas. No obstante, vio una cámara, una fiambarrera metálica y una botella de agua. Echó otro vistazo entre los helechos, pero no encontró nada más, salvo unos chocolates mojados.

Dodgson bebió el agua y notó que tenía hambre. Abrió la fiambarrera con la esperanza de encontrar comida decente. Pero la fiambarrera no contenía comida. Estaba llena de espuma de embalar.

Y en el centro había una radio.

La conectó. El piloto de la batería brilló con intensidad. Pasó de un canal a otro, oyendo interferencias estáticas.

De pronto sonó la voz de un hombre.

—¿Sarah? Aquí Thorne. ¿Sarah?

Al cabo de un momento una voz femenina dijo:

—Doc. ¿Me oyes? He dicho que estoy en el Explorer.

Dodgson escuchó y sonrió.

Así que había un vehículo.

En la tienda, Thorne sostenía la radio cerca de la boca.

—Muy bien, Sarah. Escucha atentamente. Sube al coche y haz exactamente lo que te diga.

—De acuerdo —contestó Sarah—. Pero antes una cosa. ¿Está ahí Levine?

—Sí, aquí está.

—Pregúntale si es peligroso un dinosaurio verde con la frente abovedada y una altura aproximada de un metro veinte.

Levine asintió.

—Dile que sí. Se llaman paquicefalosaurios.

—Dice que sí —transmitió Thorne—. Se llaman paqui no sé qué, y debes andar con cuidado. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque hay unos cincuenta alrededor del Explorer.

El Explorer

El Explorer estaba en medio de un tramo sombrío del camino, bajo los árboles. Se había detenido poco después de una profunda depresión donde sin duda se había formado un charco la noche anterior. El charco era en esos momentos un barrizal gracias a la docena de animales que bebían, chapoteaban y se revolcaban en él. Eran algunos de los dinosaurios verdes de frente abovedada que venía observando desde hacía unos minutos mientras intentaba decidir qué hacer. Ya que no sólo estaban en el charco, sino que se habían acomodado asimismo frente al Explorer y a los costados. Había contemplado a los paquicefalosaurios con inquietud, pues si bien en su vida había pasado mucho tiempo entre animales salvajes, normalmente se trataba de animales que conocía bien. Basándose en una larga experiencia, sabía cuánto podía aproximarse y en qué circunstancias.

Se acercó el micrófono a la boca y dijo:

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Veinte minutos.

—Entonces mejor será que entre ya. ¿Alguna sugerencia?

Se produjo un silencio. Luego la radio crepitó.

—Según Levine, nadie sabe nada de estos animales, Sarah.

—Estupendo.

—Levine dice que no se ha recuperado ningún esqueleto completo, así que de su comportamiento sólo se sabe que probablemente son agresivos.

—Estupendo —repitió Sarah.

—Levine sugiere que te acerques lentamente y veas si la manada te deja pasar. Pero sin movimientos rápidos, sin gestos bruscos. Sarah observó a los animales y pensó: «Tienen esas cabezas abovedadas por alguna razón».

—No, gracias —contestó—. Voy a probar otra cosa.

—¿Qué?

En la tienda, Levine preguntó:

—¿Qué dijo?

—Dijo que iba a probar otra cosa.

—¿Como qué? —preguntó Levine. Se acercó a la ventana y miró hacia afuera. El cielo estaba aclarando. Frunció el ceño. Eso tenía una implicancia. Algo que sabía,

pero en lo que no estaba concentrado.

Algo con respecto a la claridad. Y el territorio.

El territorio.

Levine volvió a mirar hacia el cielo, tratando de comprender. ¿Qué diferencia representaba el hecho de que estuviera amaneciendo? Sacudió la cabeza y se dio por vencido por el momento.

—¿Cuánto tiempo lleva reajustar los disyuntores?

—Uno o dos minutos —respondió Thorne.

—Entonces quizá todavía haya tiempo.

Se oyó un silbido estático de la radio y Harding que decía:

—Bien, estoy arriba del auto.

—¿Dónde?

—Estoy arriba del auto. En un árbol.

Sarah trepó a un árbol cercano cuyas ramas se extendían sobre el Explorer. Eligió una rama que parecía flexible y empezó a deslizarse por ella. Se hallaba a unos tres metros por encima del coche. Sólo algunos animales se habían fijado en ella, pero la manada estaba inquieta. Los que momentos antes reposaban en el barro se habían levantado y giraban sin cesar. Sarah vio cómo sacudían las colas nerviosamente.

Avanzó por la rama y ésta se inclinó. Estaba resbaladiza a causa de la reciente lluvia. Intentó calcular su posición respecto del coche. Parecía la adecuada.

De pronto uno de los animales embistió el tronco con fuerza. El árbol se balanceó. Sarah trató de agarrarse, pero las hojas y la corteza estaban demasiado húmedas. En el momento de caer vio que en realidad no había avanzado suficientemente por la rama. Aterrizó en el barro.

Justo al lado de los animales.

La radio crepitó.

—¿Sarah? —llamó Thorne. No hubo respuesta.

—¿Qué hace ahora? —Levine, intranquilo, empezó a pasearse—. Me gustaría ver qué hace.

En un rincón Kelly se levantó, frotándose los ojos.

—¿Por qué no usa el vídeo?

—¿Qué vídeo? —inquirió Thorne.

—Eso es una computadora —dijo Kelly, señalando la caja registradora.

—¿En serio?

—Sí. Eso creo.

Kelly bostezó mientras se sentaba frente a la caja registradora. Parecía una terminal

pasiva, lo cual significaba que probablemente no tenía acceso a casi nada, pero no se perdía nada probando. La encendió. No se puso en funcionamiento. Pulsó varias veces el botón de arranque. Nada.

Distraídamente movió las piernas y tocó un cable que colgaba bajo la mesa. Se agachó y vio que la terminal estaba desenchufada. La enchufó.

La pantalla destelló y apareció una única palabra:

ACCESO

Sabía que necesitaba una contraseña para seguir adelante. Arby tenía una contraseña. Volvió la cabeza y vio que Arby dormía. No quería despertarlo. Recordó que la había anotado en un pedazo de papel y se lo había guardado en un bolsillo. Quizás aún lo llevaba encima. Cruzó la tienda, encontró en el suelo la ropa húmeda y embarrada de Arby y buscó en los bolsillos. Encontró la billetera, las llaves de su casa y algunas otras cosas. Por fin dio con el papel en el bolsillo trasero del pantalón. Estaba mojado y manchado de barro.

La tinta se había corrido, pero aún se leía: VIG/849/

Con el papel, Kelly volvió a la computadora. Tecleó cuidadosamente todos los caracteres y a continuación apretó la tecla de retorno. La pantalla cambió. Advirtió sorprendida que era distinta de la pantalla que había visto antes en el tráiler.



Estaba ya dentro del sistema, pero el formato era muy distinto. Quizá porque aquello no era la red de radio, pensó. Debía de haber accedido al sistema del laboratorio. Ofrecía una presentación gráfica porque la terminal estaba físicamente conectada a la red, quizás incluso con cableado de fibra óptica.

—¿Cómo va eso, Kelly? —preguntó Levine desde el otro extremo del local.

—Estoy en eso —contestó Kelly.

Con cautela empezó a teclear. Rápidamente aparecieron en la pantalla hileras de iconos, uno tras otro:



Kelly sabía que tenía en pantalla una interfase gráfica, pero era incapaz de interpretar los iconos y no había texto explicativo. La gente que había utilizado aquel sistema probablemente había aprendido el significado de los iconos. Pero Kelly lo desconocía. Ella quería acceder al sistema de vídeo, pero ninguna de las ilustraciones remitía claramente a él. Indecisa, desplazó el cursor por la pantalla.

Se decidió a probar. Seleccionó el icono romboide situado en el ángulo inferior izquierdo y pulsó la tecla del mouse.



—¡Vaya! —exclamó Kelly, alarmada.

—¿Algún problema? —preguntó Levine.

—No. No pasa nada. —Desplazó el cursor hasta la parte superior de la pantalla y apretó la tecla y volvió a la pantalla anterior. Esta vez probó con uno de los iconos triangulares.

La pantalla cambió de nuevo:



«Ahí la tenemos», pensó. Inmediatamente la pantalla gráfica se desvaneció y dio paso a las imágenes reales de las cámaras. En el pequeño monitor de la caja registradora, las imágenes eran minúsculas, pero al menos estaba ya en territorio conocido. Desplazó rápidamente el cursor, manipulando las imágenes.

—¿Qué buscan? —preguntó.

—El Explorer —respondió Thorne. Seleccionó la imagen y la amplió—. Aquí está —anunció Kelly.

—¿En serio? —dijo Levine, sorprendido.

—Sí —repuso Kelly.

Levine y Thorne se acercaron y contemplaron la pantalla por encima del hombro de Kelly. Vieron el Explorer en un camino sombreado. Un gran número de paquicefalosaurios rodeaba el vehículo, husmeando las ruedas y el paragolpes delantero.

Sin embargo, no vieron a Sarah por ninguna parte.

—¿Dónde estará? —preguntó Thorne.

Sarah Harding estaba debajo del Explorer, tendida boca abajo en el barro. Se había arrastrado hasta allí después de caer —no tenía otro sitio adonde ir— y observaba las patas de los animales alrededor.

—¿Estas ahí, Doc? —dijo—. ¿Doc? ¿Doc?

Pero la maldita radio volvía a fallar. Los paquis pateaban y resoplaban, intentando embestirla bajo el vehículo.

De pronto se acordó. Thorne le había dicho que el tornillo de la batería debía de haberse aflojado. Echó un brazo hacia atrás, desprendió la batería y apretó la tapa.

De inmediato oyó la interferencia estática en el auricular.

—Doc —llamó.

—¿Dónde estás? —quiso saber Thorne.

—Debajo del Explorer.

—¿Qué haces ahí? ¿Ya lo has intentado?

—Intentar ¿qué?

—Ponerlo en marcha —aclaró Thorne.

—No —respondió Sarah—. No lo intenté todavía. Me caí.

—Bueno, desde ahí puedes verificar los disyuntores —explicó Thorne.

—¿Los disyuntores están debajo del vehículo?

—Algunos —contestó Thorne—. Mira junto a las ruedas delanteras.

Sarah se deslizó por el barro.

—Bien. Ya estoy mirando.

—Hay una caja justo detrás del paragolpes —indicó Thorne—, hacia la izquierda.

—Ya la veo.

—¿Puedes abrirla?

—Supongo. —Sarah se arrastró hacia adelante y quitó el pasador. La tapa se abrió. Adentro había tres interruptores negros—. Veo tres interruptores y todos apuntan hacia arriba.

—¿Hacia arriba?

—Hacia la parte delantera del vehículo —precisó Sarah.

—Mmm —masculló Thorne—. Eso no tiene sentido. ¿Ves las letras?

—Sí. Dice «15 VV» y «02 R».

—Bien. Eso lo explica.

—¿Qué explica? —preguntó Sarah.

—La caja está invertida. Cambia de posición todos los interruptores. ¿Estás seca?

—No, Doc. Estoy empapada, tendida en el barro.

—Entonces usa la manga de la camisa o lo que tengas a mano —aconsejó Thorne.

Sarah se arrastró un poco más hacia adelante. Los paquis resoplaban y golpeaban el paragolpes.

—Tienen muy mal aliento —comentó Sarah.

—¿Cómo dices?

—No tiene importancia. —Pulsó uno por uno los interruptores. Oyó un zumbido sobre su cabeza—. Ya está. Oigo un ruido en el motor.

—Perfecto —dijo Thorne.

—¿Y ahora qué hago?

—Nada. Mejor será que esperes —recomendó Thorne.

Se volvió de espaldas en el barro y observó las patas de los paquis.

—¿Cuánto tiempo queda?

—Unos diez minutos.

—Estoy aquí atrapada, Doc.

—Lo sé.

Los animales parecían cada vez más excitados. Golpeaban el suelo con las patas y resoplaban. ¿Por qué estarían tan inquietos? De pronto echaron todos a correr, alejándose por el camino, y todo quedó en silencio.

—¿Doc?

—Sí.

—¿Qué los ha espantado?

—Quédate debajo del Explorer —indicó Thorne.

—¿Doc?

—No hables.

Sarah esperó sin saber qué ocurría. Había advertido tensión en la voz de Thorne. Entonces oyó unos pasos y, al mirar en dirección al sonido, vio unos pies en el lado del conductor.

Dos botas cubiertas de barro. Botas de hombre.

Sarah arrugó la frente. Las reconoció. Reconoció también el pantalón caqui, aunque ahora estaba húmedo y sucio.

Era Dodgson.

Las botas se detuvieron ante la puerta. Sarah oyó el chasquido de la manija de la puerta.

Dodgson se disponía a subir al Explorer.

Sarah actuó sin pensarlo dos veces. Gruñendo, se revolvió en el barro, agarró a Dodgson por los tobillos y tiró con fuerza. Dodgson cayó, lanzando un grito de sorpresa. Al ver a Sarah, la miró con desdén.

—¡Mierda! —exclamó—. Creía que había acabado con usted en el barco.

Sarah, roja de ira, se arrastró por el suelo para salir de debajo del vehículo. Estaba casi afuera cuando Dodgson consiguió ponerse de rodillas, pero en ese momento notó temblar la tierra. De inmediato supo la causa. Vio que Dodgson volvía la cabeza y se echaba al suelo. Apresuradamente se arrastró bajo el vehículo.

Sarah miró hacia adelante y vio que un tiranosaurio se acercaba por el camino. Dodgson se encontraba ya bajo el Explorer, apretado a ella. Los enormes pies se detuvieron junto al vehículo. Cada uno medía cerca de un metro. Sarah oyó los gruñidos del tiranosaurio.

Miró a Dodgson, que estaba inmóvil, aterrorizado. El animal volvió a gruñir y bajó la cabeza. La mandíbula inferior tocó el suelo. El tiranosaurio olfateó el vehículo.

Los había olido.

Junto a ella Dodgson temblaba incontrolablemente. Sarah, en cambio, se sentía extrañamente serena. Sabía qué debía hacer. Se contorsionó ágilmente, deslizándose en el barro hasta apoyar la cabeza y los hombros en la rueda trasera. Dodgson se volvió hacia ella al notar que lo empujaba con los pies hacia afuera.

Horrorizado, Dodgson forcejeó, pero la posición de Sarah era mucho más firme. Centímetro a centímetro sus piernas empezaron a asomar en el camino.

Sarah oyó gruñir al tiranosaurio y vio moverse los pies.

—¡No! ¿Está loca? ¡No! —gritó Dodgson.

Sarah siguió empujando y de pronto notó que el cuerpo de Dodgson se deslizaba más fácilmente. El tiranosaurio había atrapado sus piernas con la boca y tiraba de él.

Dodgson se aferró a la bota de Sarah, intentando arrastrarla. Sarah le asestó una patada en la cara con la otra bota. Dodgson la soltó.

Dodgson la miró con cara de terror. Abrió la boca pero fue incapaz de emitir sonido alguno. Hundió los dedos en el barro, dejando profundos surcos. Ya totalmente al descubierto se dio vuelta y miró hacia arriba. Sarah vio sobre él la sombra del tiranosaurio. Vio bajar la enorme cabeza con las fauces abiertas. Y oyó el grito de Dodgson cuando las mandíbulas del tiranosaurio rodearon su cuerpo y lo elevaron.

Dodgson, en el aire, sabía que el animal cerraría la boca de un momento a otro y lo mataría. Sin embargo, el tiranosaurio se limitó a sostenerlo entre los dientes. Sin dejar de gritar, Dodgson se vio transportado por la selva en las fauces del animal. Notaba su aliento caliente. Su saliva le corría por el torso. Pero las fauces no se cerraban.

En la tienda, todos miraban en el pequeño monitor cómo Dodgson era transportado en las fauces del tiranosaurio. Por la radio, oían sus gritos distantes.

—Ven —dijo Malcolm—. Existe un Dios.

Levine tenía el ceño fruncido.

—El rex no lo mató. —Señaló la pantalla—. Se pueden ver los brazos todavía en movimiento. ¿Por qué no lo mató?

Sarah aguardó a que se desvaneciesen los gritos y salió de debajo del Explorer. Abrió la puerta y se sentó al volante. Encendió el motor. Oyó una suave succión y luego un ligero zumbido. Las luces del tablero destellaron.

—Doc.

—Sí, Sarah.

—El Explorer funciona. Voy a volver.

—De acuerdo. Date prisa.

Sarah puso el vehículo en marcha. Era anormalmente silencioso, y eso le permitió oír el ruido lejano del helicóptero.

La luz del día

Sarah avanzaba bajo los árboles de regreso al poblado. El sonido del helicóptero creció en intensidad, desplazándose aparentemente hacia el sur.

Se oyó el chasquido de la radio.

—Sarah.

—Sí, Doc.

—Escucha, no podemos comunicarnos con el helicóptero.

—De acuerdo. —Sarah comprendió de inmediato qué debía hacer—. ¿Dónde aterrizas?

—Al sur. A unos dos kilómetros. Verás un claro. Toma el camino de montaña.

En ese preciso momento llegaba a la bifurcación.

—Muy bien. Voy hacia allí.

—Diles que nos esperen —dijo Thorne—. Luego regresa a buscarnos.

—¿Todos están bien?

—Sí, todos están bien.

Avanzó por el camino y percibió un cambio en el sonido del helicóptero. Le pareció que debía de estar aterrizando. Los rotores continuaron emitiendo un leve ronroneo, lo que demostraba que el piloto no estaba dispuesto a apagarlo.

El camino giró hacia la izquierda. El sonido del helicóptero era ahora sólo un sordo golpeteo. Aceleró a toda velocidad por la curva. El camino aún estaba mojado por la lluvia de la noche anterior. No estaba levantando polvo a su paso. No había forma de que nadie supiera que estaba allí.

—Doc, ¿cuánto tiempo esperarán?

—No lo sé. ¿Puedes verlo?

—Todavía no.

Levine miraba por la ventana. El cielo clareaba entre los árboles. Las vetas rojizas del amanecer habían desaparecido. Por fin brillaba la luz del día.

La luz del día...

Levine cayó de pronto en la cuenta y se estremeció. Fue a la ventana del lado opuesto y miró hacia la cancha de tenis, confirmando sus sospechas: los carnotaurios habían desaparecido.

—Esto no me gusta nada —comentó Levine.

—Son sólo las ocho —dijo Thorne, consultando el reloj. ¿Cuánto tardará en llegar Sarah?

—No lo sé. Tres o cuatro minutos.
—¿Y el viaje de regreso? —inquirió Levine.
—Cinco minutos más.
—Espero que consigamos aguantar —dijo Levine, arrugando la frente.
—¿Por qué lo dices? Aquí estamos a salvo.
—Dentro de unos minutos saldrá el Sol.
—¿Y qué? —preguntó Thorne.
La radio crepitó.
—Doc, lo veo —anunció Sarah—. Veo el helicóptero.

Sarah tomó una última curva y vio la plataforma de aterrizaje. El helicóptero estaba allí, con los rotores en marcha. Encontró otro desvío en el camino, un estrecho sendero que bajaba al claro. Descendió envuelta de nuevo por la selva. Finalmente llegó a terreno llano, atravesó un arroyo y aceleró.

Delante de ella se abrió una brecha entre los árboles. Más allá estaba el claro. Vio el helicóptero. Los rotores empezaron a girar más deprisa. ¡Iba a despegar! A través del vidrio de la cabina vio que el piloto consultaba el reloj, hacía gestos negativos con la cabeza e iniciaba el ascenso.

Sarah hizo sonar la bocina y pisó el acelerador desesperadamente. Pero el aparato estaba ya en el aire. El vehículo se sacudió. Thorne, por la radio le decía:

—¿Qué sucede, Sarah?

Mientras avanzaba, gritaba por la ventanilla:

—¡Espere, espere!

Pero el helicóptero ya se elevaba en el aire y lo perdía de vista. El sonido comenzó a desvanecerse. Cuando el Explorer salió de la selva, el helicóptero desaparecía sobre el contorno rocoso de la isla. Se había marchado.

—Conservemos la calma —instó Levine, paseándose de un lado a otro—. Dile que vuelva de inmediato. Y sobre todo conservemos la calma. —Parecía hablar para sí mismo—. Dile que se dé prisa. ¿Crees que podrá llegar en cinco minutos?

—Sí —respondió Thorne—. ¿Por qué? ¿Qué pasa, Richard?

Levine señaló por la ventana.

—La luz del día. Estamos aquí atrapados en pleno día.

—Ya hemos estado aquí atrapados toda la noche —dijo Thorne— y no ha pasado nada.

—Pero de día es distinto —adujo Levine.

—¿Por qué?

Porque de noche esto es territorio del carnotaurio. Los demás animales no entran.

Pero de día los carnotaurios ya no pueden esconderse en espacios abiertos, a plena luz. Así que se marchan, y esto deja de ser su territorio.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Thorne.

Levine lanzó un vistazo a Kelly, que seguía ante la computadora.

—Créeme —insistió—. Tenemos que salir de aquí.

—¿Y adónde vamos?

Sentada a la computadora, Kelly escuchaba a Thorne hablando con el doctor Levine. Tenía presionado entre los dedos el trozo de papel de Arby con la contraseña. Estaba muy nerviosa. La forma en la que el doctor Levine hablaba la ponía muy nerviosa. Deseaba que Sarah ya hubiera regresado. Se sentiría mejor cuando estuviera con ella.

A Kelly no le agradaba pensar en la situación en que se encontraban. Había mantenido la entereza y el buen ánimo hasta que llegó el helicóptero. Pero el helicóptero se había marchado. Y se dio cuenta de que ninguno de los hombres hablaba sobre cuándo regresaría. Quizá sabían algo. Por ejemplo, que no regresaría.

—Lo ideal sería marcharnos de la isla, pero como eso no es posible, supongo que lo mejor será volver al tráiler. Estaremos más seguros —afirmó Levine.

«Otra vez al tráiler, donde fuimos a buscar a Malcolm», pensó. Kelly no quería regresar al tráiler.

Quería regresar a casa.

Tensa, Kelly estiró el papel húmedo sobre la superficie plana de la mesa junto a ella.

Levine se acercó a ella y le pidió:

—Intenta localizar a Sarah.

—Quiero irme a casa —dijo Kelly.

—Lo sé, Kelly. Todos queremos irnos.

Levine lanzó un suspiro y se alejó de nuevo con paso rápido y tenso.

Kelly tomó el papel, lo dio vuelta y lo deslizó bajo el teclado por si volvía a necesitarlo. Al hacerlo, vio vagamente unas columnas de texto al dorso.

Volvió a sacar el papel y lo miró:

ENCLAVE B		
ALA ESTE	ALA OESTE	ÁREA DE CARGA
LABORATORIO	ÁREA DE REUNIÓN	ENTRADA
PERIFERIA	NÚCLEO PRINCIPAL	GEOTURBINA
TIENDA	POBLADO	GEONÚCLEO
ESTACIÓN DE SERVICIO	CANCHA DE TENIS	MINIGOLF
CENTRO ADMINISTRATIVO	RECORRIDO DE AEROBISMO	CONDUCCIÓN DE GAS
SEGURIDAD UNO	SEGURIDAD DOS	LÍNEAS TÉRMICAS
MUELLE FLUVIAL	COBERTIZO PARA BOTES	SOLAR UNO
CARRETERA DEL PANTANO	CARRETERA DEL RÍO	CARRETERA DE MONTAÑA

Enseguida supo qué era: el listado de pantalla que habían sacado en el departamento de Levine. Parecía que habían pasado miles de años, pero sólo habían pasado... ¿cuánto? Dos días.

Recordaba lo orgulloso que Arby estaba cuando recuperó la información. Recordaba cómo todos habían intentado comprender esa lista. Naturalmente ahora todos aquellos nombres tenían sentido. Eran lugares reales: el laboratorio, el poblado, la tienda, la estación de servicio...

Miró atentamente la lista. «¡No es posible!», pensó.

—Doctor Thorne —dijo—. Venga a ver esto.

Le mostró la lista a Thorne, y éste leyó el nombre que ella señalaba.

—¿Tú crees? —preguntó Thorne.

—Eso es lo que dice: cobertizo para botes. ¿Puedes encontrarlo?

—¿Con la red de vídeo, quiere decir? —Kelly se encogió de hombros—. Puedo intentarlo.

Kelly pasó una tras otra las imágenes del sistema de vídeo hasta que finalmente lo encontró: un muelle de madera protegido por un cobertizo abierto en un extremo. El interior parecía en buen estado. Vio amarrada una lancha de motor, meciéndose contra el muelle. A un lado había tres bidones de combustible. Al parecer estaba en el río.

—¿Usted qué cree? —preguntó Kelly.

—Vale la pena intentarlo —dijo Thorne—. Pero, ¿dónde estará? ¿Puedes encontrar un mapa?

—Quizá.

Kelly tecleó y volvió a la pantalla principal con sus desconcertantes iconos.



Arby se despertó, bostezó y se acercó a ver qué hacía.

—No están mal esos gráficos —comentó—. Has entrado en el sistema, ¿eh?

—Sí —contestó Kelly—, pero no consigo descifrar los iconos.

Levine se paseaba de un lado a otro, mirando por las ventanas.

—Tenemos que salir de aquí —repitió—. Este edificio no aguantará. Está bien para el trópico, pero es básicamente una choza.

—Aguantará, no te preocupes —aseguró Thorne.

—Tres minutos como mucho.

Levine se aproximó a la puerta y la golpeó con los nudillos.

—Fíjate, esta puerta...

Con un súbito golpe la puerta se astilló en torno de la cerradura y se abrió de par en par. Levine salió despedido y cayó al suelo. En el vano apareció un raptor siseando.

Una vía de escape

Sentada ante la consola de la computadora, Kelly quedó paralizada por el miedo. Vio cómo Thorne se lanzaba contra la puerta y la cerraba ante el raptor. El animal, sorprendido, retrocedió. La puerta le atrapó una pata al cerrarse. Thorne se apoyó contra la puerta. Al otro lado el animal gruñía y embestía.

—¡Ayúdame! —gritó Thorne a Levine, que se levantó de un salto y corrió a la puerta.

—¡Te lo decía! —recordó Levine.

En cuestión de segundos la tienda estuvo rodeada de raptos, que se abalanzaban contra las ventanas y las paredes de madera, derribando las estanterías. En varios puntos la madera empezó a astillarse.

Levine miró a Kelly.

—¡Encuentra una manera de salir de aquí!

Kelly permaneció inmóvil. Se había olvidado de la computadora.

—Vamos, Kel —dijo Arby—. Concéntrate.

Kelly miró de nuevo la pantalla sin saber qué hacer. Seleccionó la cruz situada en la mitad superior izquierda. No pasó nada. Seleccionó el círculo contiguo y de pronto la pantalla se llenó de iconos.

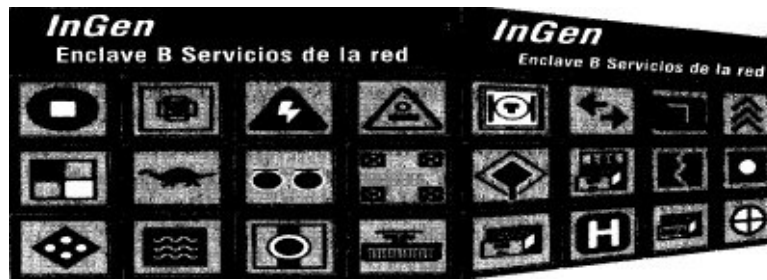


—No te preocupes, debe de haber un menú de ayuda —dijo Arby—. Sólo necesitamos saber...

Pero Kelly no lo escuchaba. Se limitaba a seleccionar un icono tras otro con la esperanza de que ocurriese algo.

De repente la pantalla entera empezó a girar y distorsionarse.

—¿Qué hiciste? —preguntó Arby, alarmado.



Kelly sudaba copiosamente.

—No lo sé contestó, apartando las manos del teclado.

—Lo has complicado más —acusó Arby.

—¡Deprisa, chicos! —rogó Levine.

—Lo estamos intentando —dijo Kelly.

La pantalla seguía contrayéndose y los iconos cambiaban sin cesar.



—Está convirtiéndose en un cubo advirtió Arby.

Thorne arrastró la heladera de puertas de vidrio hasta la puerta.

—¿Dónde están los rifles? —preguntó Levine.

—Sarah tiene tres en el Explorer —respondió Thorne.

—Magnífico.

Los barrotes de las ventanas estaban cada vez más arqueados y en la pared de la derecha empezaba a aparecer una ancha rajadura.

En la pantalla Kelly vio un cubo en rotación. Era incapaz de pararlo.



—¡Vamos, Kel! —dijo Arby . Puedes hacerlo. Concéntrate. Vamos.

Todos gritaban. Kelly contempló el cubo de la pantalla con sensación de impotencia. Ya no sabía qué hacer. Dejó que su mente vagara. Ideas sueltas acudieron a su mente.

El cable de la computadora bajo la mesa. Las conexiones físicas de la red. Muchos gráficos.

La conversación con Sarah en el tráiler.

—Vamos, Kel —insistió Arby—. Tienes que hacerlo. Encuentra una salida.

En el tráiler Sarah había dicho: «La mayoría de las veces lo que la gente te diga será falso».

Kelly siguió pensando en el cable de la computadora, y de pronto cayó en la cuenta. Se agachó bajo la mesa.

—Pero, ¿qué haces? —gritó Arby.

Kelly tenía ya la solución. El cable de la computadora penetraba en el suelo a través de un nítido orificio. Vio una ranura en la madera. Metió las puntas de los dedos y levantó el panel. Miró abajo. Oscuridad.

Sí.

Había sitio para esconderse. No, más aún. Había un túnel.

—¡Por aquí! —gritó.

La heladera cayó al suelo y entraron los raptos, pero ellos ya habían desaparecido.

La huida

Kelly iba adelante con una linterna. Avanzaban en fila por un húmedo túnel de hormigón con paneles de cables a la izquierda y tuberías de agua y gas cerca del techo.

Llegaron a una bifurcación: a la derecha un pasadizo largo y recto que conducía probablemente al laboratorio; a la izquierda un tramo de túnel mucho más corto con escaleras al final.

Tomó por la izquierda.

Salieron a un pequeño cobertizo lleno de cables y tuberías oxidadas. El sol penetraba por las ventanas. Kelly se asomó al exterior y vio descender el Explorer por la montaña.

Sarah, al volante del Explorer, seguía la orilla del río. Kelly ocupaba el asiento contiguo. Vieron un cartel que indicaba la dirección hacia el cobertizo para botes.

El camino que bordeaba el río era un charco y la vegetación lo había invadido casi por completo. Sarah esquivó un árbol caído. Poco más allá vieron el cobertizo.

—¡Vaya! —exclamó Levine. Mis peores presentimientos se han cumplido.

Desde afuera, el cobertizo, cubierto de hiedra, presentaba un aspecto ruinoso. El tejado se había hundido en varios puntos. Nadie habló cuando Sarah detuvo el vehículo ante las anchas puertas de madera cerradas con un grueso candado.

—¿Es posible que haya un bote ahí adentro? —comentó Arby con incredulidad.

Malcolm se apoyó en Sarah mientras Thorne se lanzaba contra la puerta. La madera podrida crujió y se astilló.

—Ven, ayuda tú a Ian —dijo Sarah a Thorne. A continuación golpeó la puerta con el pie hasta abrir un agujero suficientemente ancho para pasar. Entró de inmediato. Kelly la siguió.

—¿Qué ves? —preguntó Levine mientras arrancaba tablas de la puerta para ensanchar el paso.

—Sí, hay un bote —confirmó Sarah—. Y parece en buen estado.

Levine asomó la cabeza por el orificio.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Después de todo, quizá podamos salir de aquí.

La salida

Lewis Dodgson cayó de la boca del tiranosaurio y aterrizó en una pendiente de tierra. Con el golpe se le cortó la respiración y quedó aturdido por un instante. Abrió los ojos y vio una pared inclinada de barro seco. Percibía el olor acre de la podredumbre. De inmediato oyó un chirrido escalofriante.

Se incorporó apoyándose en un codo y vio que estaba en el nido del tiranosaurio, dentro del montículo de barro seco. Ahora había tres crías, una de ellas con la pata envuelta en papel de aluminio. Las crías se aproximaron a él emitiendo chirridos de excitación.

Dodgson, vacilante, se puso de pie. El segundo tiranosaurio adulto se hallaba al otro lado del nido, ronroneando y resoplando. El que lo había llevado hasta allí se erguía a sus espaldas.

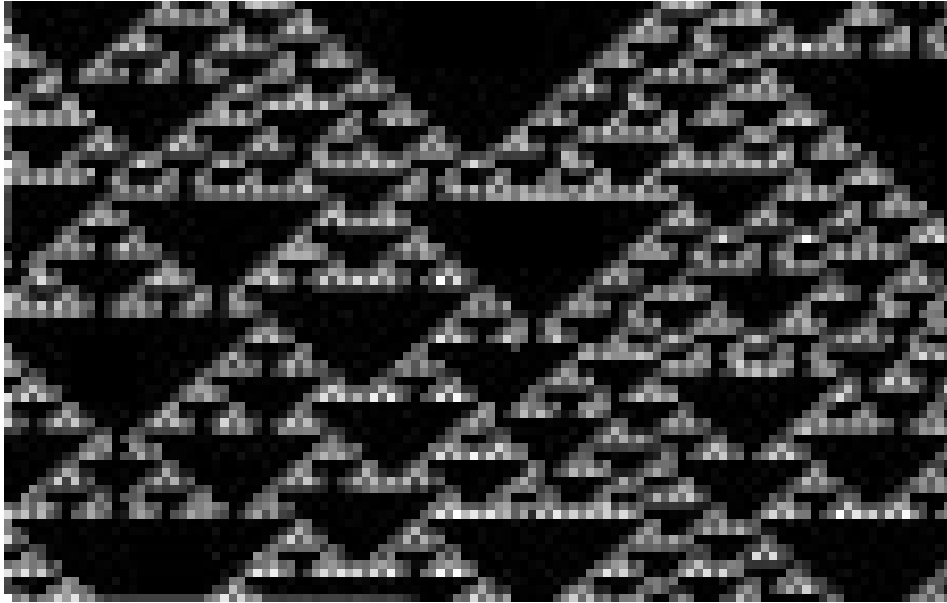
Dodgson observó a las crías, que se acercaban a él con sus cuellos descarnados y sus afiladas mandíbulas. Dio media vuelta y echó a correr. En un instante el adulto bajó la cabeza y lanzó a Dodgson al nido con el hocico.

Dodgson se levantó de nuevo con cautela y el adulto volvió a derribarlo. Las crías chirriaron y se acercaron más aún. Dodgson intentó alejarse a gatas, pero algo tiró de él. Volvió la cabeza y vio que el tiranosaurio lo había agarrado por la pierna. Lo mantuvo así por un momento y después mordió con fuerza, aplastándole los huesos.

Dodgson gritó de dolor. Ya no podía moverse. Sólo podía gritar. Las crías reptaron hacia él con impaciencia. Durante unos segundos se mantuvieron a distancia, lanzando fugaces dentelladas. Al comprobar que Dodgson no se movía, una cría se abalanzó sobre su pierna y hundió los dientes en la carne sangrante. La segunda saltó sobre sus ingles y lo mordió en la cintura.

La tercera se aproximó a su cara y le dio una dentellada en la mejilla. Dodgson aulló. Vio cómo la cría devoraba la carne de su mejilla. La cría echó atrás la cabeza y tragó el pedazo de carne. A continuación abrió de nuevo la boca y la cerró en torno del cuello de Dodgson.

SÉPTIMA CONFIGURACIÓN



Tras eliminar los elementos destructivos puede producirse una reestabilización parcial. La supervivencia viene determinada en parte por sucesos aleatorios.

IAN MALCOLM

La partida

El bote dejó atrás el río y se adentró en la oscuridad. El ruido de los motores resonaba en las paredes de la cueva mientras Thorne conducía el bote a través de la corriente marina. A su izquierda se alzó una columna de agua y vieron a través de ella un rayo de sol. No tardaron en salir a mar abierto. Kelly lanzó un grito de júbilo y abrazó a Arby, que sonrió cegado por la luz.

Levine contempló la isla.

—No creía que fuésemos a lograrlo —admitió—. Pero con las cámaras en su sitio y el enlace con el satélite espero que podamos seguir reuniendo datos hasta que por fin encontremos una explicación a la extinción de los dinosaurios.

—Quizá la encontremos o quizá no —dijo Sarah.

—¿Por qué no? Es un Mundo Perdido perfecto.

Sarah le dirigió una mirada de incredulidad.

—Ni mucho menos. Hay demasiados depredadores, ¿recuerdas?

—Eso parece, pero no sabemos...

—Richard —lo interrumpió Sarah—, Ian y yo consultamos los archivos. En esta isla cometieron un error hace años, cuando el laboratorio estaba aún en actividad.

—¿Qué error?

—Fabricaban crías de dinosaurio y no sabían con qué alimentarlas —explicó Sarah—. Durante un tiempo les dieron leche de cabra, como corresponde. Es muy hipoalergénica. Pero cuando los carnívoros crecieron, los alimentaron con un extracto especial de proteínas animales. Y ese extracto se elaboraba con carne picada de cordero.

—¿Y qué? ¿Cuál es el problema?

—En un zoológico nunca se usa extracto de cordero —añadió Sarah—. Por el peligro de infección.

—Infección —repitió Levine en voz baja—. ¿Qué clase de infección?

—Priones —intervino Malcolm.

—Los priones —confirmó Sarah— son los agentes patógenos más simples que se conocen. Son más simples aún que los virus. Son sólo fragmentos de proteínas. Su simplicidad es tal que ni siquiera pueden invadir un organismo. Deben ser ingeridos pasivamente. Pero una vez en el organismo provocan distintas enfermedades en cada animal: carbunclo y actinomicosis en el ganado; cefaleas en los seres humanos. Y los dinosaurios desarrollaron una enfermedad llamada NX. El laboratorio la combatió

durante años, intentando deshacerse de ella.

—¿Quieres decir que no lo consiguieron? —preguntó Levine.

—Al principio parecía que sí. Los dinosaurios crecieron. Pero algo falló y la enfermedad empezó a propagarse. Los priones se expulsan en las heces, así que es posible...

—¿En las heces? —dijo Levine—. Los compis comían heces...

—Sí, todos los compis están contagiados. Los compis son carroñeros; contaminaron con la enfermedad los cuerpos muertos, y luego se contagiaron otros carroñeros. Al final todos los raptos contrajeron la enfermedad. Los raptos atacan a animales sanos, no siempre con éxito. Y así, mordedura a mordedura, la enfermedad se propaga por toda la isla. Por eso los animales mueren jóvenes. Y el rápido ritmo de mortalidad propicia la existencia de un mayor número de depredadores de lo que cabría esperar...

Levine parecía nervioso.

—A mí me mordió un compi —dijo.

—Yo no me preocuparía demasiado —lo tranquilizó Sarah—. Puedes llegar a tener una ligera encefalitis, pero por lo general sólo un dolor de cabeza. Te llevaremos al médico en San José.

Levine empezó a sudar.

—La verdad es que no me encuentro muy bien.

—Tiene un período de incubación de una semana, Richard. Levine se encorvó en el asiento.

—Pero la cuestión es —prosiguió Sarah— que dudo mucho que esta isla aporte datos fiables sobre la extinción.

—Quizá sea mejor así —dijo Malcolm, contemplando los acantilados—. Porque la extinción ha sido siempre un gran misterio. Se ha producido cinco veces de manera importante en este planeta, y no siempre debido a un asteroide. Todo el mundo se interesa por la muerte de los dinosaurios en el Cretácico, pero también se produjeron extinciones en el jurásico y el triásico. Y pese a su gravedad, no fueron nada en comparación con la extinción ocurrida en el período pérmico, que aniquiló el noventa por ciento de la vida en el planeta, tanto en el mar como en la tierra. Nadie sabe a qué se debió esa catástrofe. Sin embargo, lo que yo me pregunto es si nosotros seremos la causa de la siguiente extinción.

—Y eso, ¿por qué? —preguntó Kelly.

—Los seres humanos son muy destructivos —contestó Malcolm—. A veces pienso que somos una especie de plaga. Lo destruimos todo tan bien que a veces pienso que ésa es nuestra función. Quizá de vez en cuando surge en la historia del planeta una especie que aniquila a todas las demás y permite así que la evolución pase a su siguiente etapa.

Kelly sacudió la cabeza. Se apartó de Malcolm y fue a sentarse junto a Thorne.

—¿Has oído eso? —preguntó Thorne—. Yo no le daría mucha importancia. Son sólo teorías. Los seres humanos no pueden dejar de formular teorías, pero son sólo fantasías y cambian. Cuando Estados Unidos era aún un país joven, la gente creía en la existencia del flogisto. ¿Sabes qué es eso? ¿No? Bueno, no importa, porque en todo caso no es real. También creían que el comportamiento era regido por cuatro humores y que la Tierra existía desde hacía sólo unos cuantos miles de años. Ahora, en cambio, creemos que la Tierra tiene una antigüedad de cuatro mil millones de años, y creemos en los fotones y los electrones, y pensamos que el comportamiento humano se rige por cosas como el ego y la autoestima. Unas teorías suceden a otras, y siempre creemos que las últimas son más científicas y mejores.

—¿Y lo son? —inquirió Kelly. Thorne hizo un gesto de indiferencia.

—Son sólo fantasías, porque nada de eso existe. Por más que la gente se las tome en serio, no son reales. Dentro de mil años la gente se reirá de nosotros. Dirán: «¿Sabes en qué creía la gente entonces? En fotones y electrones. ¿Se imaginan qué estupidez?». Se reirán de nosotros porque por esa época habrá otras fantasías. Y entretanto, ¿te das cuenta de cómo se mueve el bote? Eso es el mar. Es real.

¿Hueles el salitre en el aire? ¿Notas el sol en la piel? Eso es real. ¿Nos ves a todos aquí juntos? Eso es real. La vida es maravillosa. Estar vivo, respirar y ver el sol es un don. Y de hecho no hay nada más que eso. Ahora mira la brújula y dime dónde está el sur. Quiero llegar a Puerto Cortés. Es hora de volver a casa.

FIN

Agradecimientos

Esta novela es una obra de ficción, pero al escribirla me he inspirado en los trabajos de investigadores de muy diversos campos. Estoy en deuda especialmente con la obra y las especulaciones de John Alexander, Mark Boguski, Edwin Colbert, John Conway, Philip Currie, Peter Dodson, Niles Eldredge, Stephen Jay Gould, Donald Griffin, John Holland, John Horner, Fred Hoyle, Stuart Kauffman, Christopher Langton, Ernst Mayr, Mary Midgley, John Ostrom, Norman Packard, David Raup, Jeffrey Schank, Manfred Schroeder, George Gaylord Simpson, Bruce Weber, John Wheeler y David Weishampel.

Sólo queda decir que las opiniones expresadas en esta novela son mías, no de ellos, y recordar a los lectores que un siglo y medio después de Darwin casi todas las hipótesis acerca de la evolución siguen sujetas a un intenso debate.



MICHAEL CRICHTON (Chicago, Illinois, 23 de octubre de 1942 - Los Ángeles, California, 4 de noviembre de 2008) fue un médico, escritor y cineasta estadounidense, considerado el iniciador del estilo narrativo llamado *tecno-thriller*.

Se han vendido más de 150 millones de copias literarias de sus obras, la mayoría best-sellers, que han sido traducidas a más de treinta idiomas y de las cuales doce se han llevado al cine, a destacar *Devoradores de cadáveres* (1973), *Parque Jurásico* (1990) o *Twister* (1996).

Quizá principalmente conocido por ser el padre de *Parque Jurásico*, lo es también de la prestigiosa serie de televisión, *ER (Urgencias)*. Es la única persona que ha tenido: el libro número uno (*Acoso*), la película número uno (*Parque Jurásico*) y la serie de televisión número uno (*Urgencias - ER*), en el mismo instante.